

OSVALDO SEMRIK

Las CHICAS de ROSEWOOD

UNA TRAMA PERVERSA. UNA COMUNIDAD CÓMPLICE.
UNA INSTITUCIÓN DE SALUD MENTAL CUESTIONADA.
UN THRILLER BASADO EN HECHOS REALES.



VESTALES

Semrik, Osvaldo
Las chicas de Rosewood - 1.a ed. - San Martín : Vestales, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4454-73-7

1. Narrativa. 2. Novela. I. Título
CDD 863

© Editorial Vestales, 2020.
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar
www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-4454-73-7

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2020

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

A la memoria de mi padre, Benjamín Semrik Z" L.

PRELIMINARES

La presente novela está basada en hechos reales acontecidos hace menos de un siglo en el Instituto Rosewood, en la ciudad de Baltimore, estado de Maryland, de los Estados Unidos de Norteamérica.

La activa participación del doctor Leo Kanner, quien identificó y sistematizó lo que hoy conocemos como trastornos del espectro autista, con el fin de detener y subsanar lo allí ocurrido también lo es.

A partir de esas certezas documentadas, el autor de la novela utilizó las licencias literarias que consideró convenientes para contar esta historia.

PRÓLOGO

Estado de Maryland, verano de 1997.

La oscuridad de la noche se retiraba con lentitud para declararse rendida ante la arrolladora prepotencia del sol que, aún invisible desde la habitación, ya iluminaba la ciudad de Baltimore.

Aron Lewin, que había aprendido a disfrutar ese momento de cada jornada como si fuese su último día sobre la tierra, contemplaba el amanecer desde la cómoda silla mecedora que había solicitado que le instalaran en el balcón de su cuarto. La decisión de mudarse a la residencia para ancianos había sido la correcta, no quería ser una carga para su familia.

Había superado largamente su propia expectativa de vida, pero lejos estaba de desear trascender al siguiente plano de la existencia, si lo hubiera, como escuchaba decir a algunos de los otros residentes en los escasos encuentros –reducidos a los almuerzos y cenas– que decidía compartir. Hacía años que había abandonado la búsqueda del conocimiento sobre el más allá; había concluido que, por más interpretaciones que desde el Talmud los sabios se hubieran planteado, nadie que hubiese experimentado ese trance había regresado para aclararlo.

Tomó con la mano derecha, que aún mantenía el pulso firme, la taza de café que Ivy, la hermosa muchachita que le habían asignado como auxiliar en la residencia, le había acercado. Sorbió ruidosamente y, luego de depositarla de nuevo en la mesita que acompañaba a la mecedora, tomó al azar uno de los ejemplares de periódicos que conservaba como reliquias en una caja de madera que Ethan le había construido. Las páginas amarillentas revelaban su antigüedad. Con delicadeza, Aron extendió sobre la mesa la pieza escogida y la abrió en sus páginas centrales, procurando, con la minuciosa paciencia que le daban los años, no mancharla con café. Allí encontró un solo artículo ilustrado y remarcado. Con la dificultad de su visión gastada, el hombre tomó de un estuche de cuero la lupa que lo acompañaba desde que sus lentes ya no habían sido suficientes y se dispuso a releer por milésima vez el ensayo.

El gran titular de elegante tipografía que presidía ese segmento principal del periódico se titulaba: “Las chicas de Rosewood”.

Levantó la mirada. El sol era ya completamente visible, y los rayos derramados sobre el balcón le dieron a Aron un nuevo soplo de vida.

Como cada día cuando repetía el ritual, los recuerdos comenzaban a fluir a borbotones en su mente. Apoyó la lupa sobre las páginas del diario, se recostó sobre el respaldo de la mecedora, cerró los ojos y se entregó a las nostálgicas remembranzas.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Gaithersburg, condado de Montgomery, estado de Maryland, verano de 1932.

"Qué calor extraño", pensó Aron. Advirtió que la temperatura se sentía diferente en aquel pequeño pueblo olvidado. Antes de viajar, como buen periodista, buscó información en el archivo de *The Baltimore Sun*. A pesar de tratarse de la tercera localidad en importancia del condado de Montgomery, la fisonomía de la ciudad se veía idéntica a la de tantos otros municipios del interior profundo estadounidense. El pronóstico de prosperidad económica que le había sido augurado desde el puerto de Baltimore durante la década anterior con la expectativa de que ese crecimiento luego derramara desde la ciudad principal hacia los pueblos satélites se había esfumado al compás de la gran crisis que vivía Estados Unidos en general. En su huida, se había cargado a los pequeños comercios y compañías que habían comenzado a instalarse. Debido a la proximidad con el puerto, Gaithersburg había recibido una oleada migratoria procedente de condados menores; la ciudad y sus suburbios se vieron abarrotados de personas que buscaban la oportunidad de realizar cualquier tipo de tarea para sobrevivir y poder enviar magros aportes económicos a sus familiares. Aquella Gaithersburg, que se vislumbraba como una promesa, se había transformado en pocos años en una oscura realidad.

Apenas descendido del autobús que lo había trasladado desde Baltimore, Aron ingresó a la terminal de autobuses y se dirigió al único empleado que allí se encontraba. El boletero era uno de aquellos hombres que habían tenido la suerte de conservar su trabajo, aunque no siempre cuidaba el puesto con el celo de un lobo sobre una presa.

—Buenas tardes —dijo Aron con el objetivo de atraer la atención del hombre concentrado en completar un crucigrama en un periódico. Ante la completa falta de reacción, carraspeó dos veces y, como toda respuesta, logró que el boletero lo observara por un momento con una ceja arqueada, gesto que Aron tomó como respuesta inquisitoria.

—Estoy buscando al doctor Frank Keating, ¿lo conoce usted?

El muchacho hizo un despectivo gesto con su cabeza y volvió a concentrarse en lo que debía de ser su única tarea.

—Tengo entendido que Keating se ha instalado aquí hace algunos años; tal vez usted lo conozca.

Ante la impasibilidad de su interlocutor, Aron tomó del bolsillo unas cuantas monedas que arrojó en una controlada cascada sobre el mostrador de metal, lo que forzó la atención del joven. Sin levantarse ni dejar de observar el periódico, y mientras se hurgaba la oreja con el lápiz que utilizaba para completar el crucigrama, simplemente masculló:

—Con seguridad a esta hora lo va a encontrar en *The Big Fish*.

Aron, ante la cara sorprendida de su poco colaborativo informante que recogía las monedas, dijo con parsimonia:

—¿Y The Big Fish se encuentra...?

El empleado de la boletería por fin fue más locuaz; se levantó de la silla y, mientras se encaminaba hacia donde estaba Aron, completó la frase.

—Donde la calle central hace esquina con la avenida Summit, frente al parque.

Aron agradeció con un gesto a su escueto informante. Tomó la calle central que nacía en la estación de ferrocarril a metros de la de autobuses. Las persianas cerradas de las tiendas de lo que debía de ser el centro comercial le confirmaron la exactitud de lo que había averiguado antes del viaje. Se preguntaba por qué un médico con el prestigio de Keating se mudaría a ese lugar tan cercano a Baltimore en kilómetros, pero tan lejano en economía. Sin cruzar a demasiados transeúntes en el camino, llegó a The Big Fish, según rezaba con grandes letras de molde la marquesina despintada, en la que no faltaba el obvio pez dibujado por algún artista de dudosa habilidad. “Esta taberna debió de tener su época dorada en algún momento”, pensó antes de entrar. Espió el interior del bar a través de sus grandes ventanas vidriadas, casi no había parroquianos.

Ingresó al bar al tiempo que lanzaba una mirada en general y observaba las fotografías viejas colgadas en las paredes. El mediano esplendor que documentaban esas imágenes confirmaba la presunción de Aron: “Hubo tiempos mejores en este pueblo”. Cuatro grandes ventiladores, de los cuales solo la mitad funcionaba, además de un único cliente sentado en una banqueta junto a la barra donde leía el periódico vespertino con notable desinterés, completaban el cuadro.

Aron reconoció al doctor Frank W. Keating gracias a una fotografía que hacía poco había visto. Era un individuo de buen porte que, al igual que en la imagen, llevaba bien cuidada su cabellera canosa y su barba prolijamente cortada, aunque su rostro lucía apagado respecto a aquel que proyectaba el retrato colgado en el *hall* principal del Instituto Rosewood. Si bien la pulcritud de su atuendo parecía haber sufrido los avatares del calor de la jornada, aún mantenía una sobria elegancia. Como un gesto instintivo, Aron desvió la mirada a los percheros que ocupaban la pared contigua, lógicamente allí reposaba un único sombrero que demostraba que el buen gusto y la prestancia no seguían al vaivén de las crisis económicas.

Aron se quitó su sombrero al ingresar a la taberna; se lamentó no haber contado con el lugar adecuado ni el tiempo suficiente para cambiarse la ropa, solo detuvo un minuto el viaje en la única gasolinera del pueblo para lavarse el rostro y mojarse los cabellos, además de peinarlos con los dedos para intentar estar más presentable ante Keating. No quería correr el riesgo de perder la oportunidad de encontrarlo de la forma en que lo había planificado.

Lentamente, contagiado por el letargo con el que parecía funcionar todo por esos sitios, se acercó hasta la banqueta contigua a la del médico y le pidió al tabernero un trago.

—Lo mismo que está bebiendo el doctor.

La palabra “doctor” tuvo el efecto buscado. Keating abandonó de inmediato la lectura y giró la cabeza con lentitud para ver cuál de sus pacientes era el vecino de banqueta, ya que por la voz no pudo reconocerlo.

Miró con extrañeza a ese forastero a quien le pareció no haber visto jamás en la vida. Aron sacó adelante el incómodo momento y, sin dejarle tiempo para reaccionar, disparó:

—Me encuentro con el doctor Keating, ¿verdad?

—¿Quién lo pregunta?

—Mi nombre es Aron Lewin y soy periodista en *The Baltimore Sun*.

Keating no disimuló la expresión de disgusto, nunca le agradó dialogar con la prensa, mucho menos cuando se había alejado de la función pública. Apuró el trago y se incorporó dispuesto a retirarse sin siquiera mirar al muchacho, sabía lo insistentes que podían ser los periodistas. Antes de que el médico terminara de levantarse, Aron jugó su carta y, sin mediar palabra, sacó del bolsillo unas hojas que llevaba cuidadosamente dobladas y las colocó casi entre las manos de Keating.

Pero el hombre ni siquiera las miró.

—Por favor, Joe, carga la consumición en mi cuenta.

Puso tal énfasis en la palabra “mi” que no dejó lugar a dudas de que el whisky que había pedido el joven no era su responsabilidad. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando escuchó las palabras que le dijo el extraño.

—Doctor, vengo a hablarle de Anne Mann.

El cantinero observaba la escena como un espectador en el teatro. Keating permaneció inmóvil, frente a la puerta, sin atinar a abrirla. Solo se escuchaba el susurro de las aspas de los ventiladores que, con esfuerzo, movían el pesado aire del bar. Luego de unos segundos, que a Aron le parecieron eternos, giró el cuerpo y regresó con lentitud a ocupar su butaca. Le hizo una seña al cantinero para que le sirviera otro whisky, esa vez sin hielo. Esperó a tener el vaso entre las manos. Tomó un largo trago, se limpió los labios con una servilleta y tomó los papeles que seguían sobre la barra. Con dificultad, debido a la falta de iluminación, miró el manuscrito. Era una carta. Observó el encabezado, estaba fechada unos meses atrás. Luego dirigió la mirada a la firma y emitió un suspiro. La ajada copia de la carta estaba firmada por Benjamin Mann. Miró al muchacho que permanecía inmóvil a su lado y volvió a leer la firma y la aclaración.

Se apoyó en el respaldo de la banqueta y cerró por un momento los ojos. Aron no lograba interpretar lo que se escondía detrás de ese rostro, pero era evidente que la carta lo había afectado. El muchacho se sorprendió y sintió empatía por el doctor, cuya imagen distaba enormemente de la que había preconcebido. El hombre abrió los ojos, miró al joven y, luego de un minuto sin pronunciar palabra, se reincorporó para disponerse a leer el texto completo.

Edmonton, Canadá, 15 de enero de 1932.

The Washington Post

Señor Director,

me tomo el atrevimiento de escribirle porque estoy desesperado por la suerte que pueda haber corrido mi hermana menor, Anne.

Mi nombre es Benjamin Mann y resido muy lejos de donde usted se encuentra.

Debo hacer una pequeña introducción para que comprenda el motivo que me lleva a recurrir a su compasión como último recurso, ya que me resulta imposible trasladarme hasta su ciudad por no disponer de los fondos suficientes para costear el viaje y mi estadía allí. Provengo de una humilde familia constituida por mi

padres, Samuel y Fanny, mi hermanita Anne y yo. Solíamos vivir en las adyacencias a la ciudad de Baltimore. Teníamos la vida feliz de una familia como cualquier otra. Lejos de ser ricos, nos hallábamos en una cómoda situación.

Todo transcurría en ese marco de tranquilidad hasta que Anne comenzó a demostrar cierta dificultad para realizar las actividades que se esperaban de una niña de su edad. La situación se profundizó cuando debió iniciar su etapa escolar, ya que la institución a la que yo acudía, cercana a nuestro domicilio, rechazó su ingreso por no considerarla madura. Mis padres recurrieron a todos sus contactos para que la aceptaran en alguna otra escuela, pero los resultados fueron igual de negativos.

Hicieron atender a mi hermana por los mejores especialistas a los que pudieron acceder, e incurrieron en enormes gastos que afectaron nuestra situación patrimonial. Mi padre, sin embargo, le aseguró a mi madre que no habría impedimento económico que frenase el apoyo para que Anne superara esa etapa y pudiese tener la vida de cualquier niña.

Oía a mi madre llorar por las mañanas mientras mi padre estaba en el trabajo; ella pensaba que nadie la escuchaba. Una vez tomé coraje y me acerqué con cautela, le pregunté por qué lloraba. Simplemente envolvió con sus manos mi rostro, me dio un tierno beso en la frente y me dijo que no me preocupara, que solo le dolía el estómago, que ya se le pasaría. Nunca más volví a preguntarle sobre sus llantos, porque sabía que no obtendría respuesta sobre el verdadero motivo. Entonces le pregunté a mi padre qué sucedía y me contó que, luego de fracasar en varios intentos con diferentes médicos, el último de ellos les recomendó llevaran a Anne al doctor Elstein, un reconocido psiquiatra. El profesional, luego de algunos estudios, diagnosticó que mi hermana padecía de una enfermedad mental aparentemente ligada a la esquizofrenia, que provocaba en ella dificultades especiales para la resolución de ciertas situaciones que la mayoría de las personas procesábamos de manera natural. Recuerdo que mi padre me dio varios ejemplos de esas circunstancias, me dijo que Anne no lograba asimilar instrucciones directas, que parecía no darse cuenta cuando él o mamá estaban alterados por el efecto negativo de alguna desatención de ella. Agregó, también, un ejemplo que no me pareció indicador de nada que debiera preocuparlos tanto: Anne, al vestirse, se ponía la ropa del lado equivocado, no lograba distinguir qué calzado debía ser colocado en su pie izquierdo y cuál en el derecho. Eso me pasaba a mí también, y no me parecía que por eso debiera ser llevado a un psiquiatra. Dijo papá que el doctor les anunció que no había cura para la enfermedad de Anne, solo paliativos, por lo cual recomendaba la internación en una institución especializada donde recibiría las medicinas y los tratamientos adecuados imposibles de serles brindados en nuestro hogar. En ese momento, no pude procesar todo ese cúmulo de información, pero entendí el fondo del asunto.

El doctor les había recomendado el Instituto Rosewood, que tenía una excelente reputación en el arte de mejorar el rendimiento de los niños con problemas mentales con el objetivo de lograr lo máximo que ellos pudieran alcanzar.

El diagnóstico y el durísimo pronóstico produjeron un quiebre en la salud de mi madre, que no pudo asimilar el golpe. Ella se negaba terminantemente a dejar a su pequeña en un lugar así, “para locos”, tal como le decía, y se hundió cada día más en su mar de llanto. Comenzó a descuidar las tareas de la casa, su aspecto personal, suprimió las salidas con amigas; llegó a encerrarse literalmente en la casa hasta que no salió nunca más, ni siquiera para ir al mercado.

Recuerdo que mi padre habló otra vez conmigo y, a pesar de que yo aún era un niño, me explicó que Anne dependía de que alguna persona adulta la ayudara a resolver aquellos problemas cotidianos que requerían no solo de nuestra comprensión y afecto, sino de un apoyo concreto que no podía dárselo mi madre por sus padecimientos, ni él mismo, por su obligatoria dedicación al trabajo. Eso no le dejaba otro camino que evaluar la contratación de una auxiliar entrenada, cosa que también resultaba imposible para nuestra deteriorada economía familiar. Por todo eso, tomó la decisión unipersonal –mi madre no estaba en condiciones de decidir nada– de que lo mejor para Anne sería internarla de manera provisoria en esa institución hasta que la situación familiar cambiase para mejor y pudiésemos atenderla como ella necesitaba en casa.

Fue la primera vez que mi padre lloró, o al menos la primera vez que yo lo vi hacerlo. Su llanto me contagió, aunque yo no alcanzaba a dimensionar la gravedad de lo que significaría esa internación en el destino de nuestra familia. Nos abrazamos y lloramos juntos un tiempo que no puedo mensurar; aún me duele ese abrazo.

Al día siguiente, allá por marzo de 1925, acompañé a mi padre y a Anne, de apenas seis años de edad, a Rosewood; llevaba una maleta con ropa y sus pocos juguetes favoritos.

Ella caminó entre ambos, le daba una mano a mi padre y sostenía en la otra un osito de peluche que la acompañaba desde su nacimiento y que parecía el único ser que concitaba su atención.

Fue un día terrible. Mi padre realizó los trámites legales, que incluían el expreso consentimiento al tratamiento que se realizaría a Anne y el otorgamiento de la curatela a la dirección del instituto. Aún recuerdo con asombro la falta de reacción de mi hermanita al quedarse en el *hall* de entrada de Rosewood con una enfermera cuando nos despedimos de ella. Nos retiramos con la terrible sensación de no estar haciendo lo correcto, sino apenas lo inevitable. Salimos de allí sin hablarnos, ambos con una congoja que nos cerraba la garganta, dimos una vuelta alrededor del edificio y pasamos una última vez por la puerta de la institución.

Al enterarse de lo que mi padre había hecho, mi madre sufrió un ataque de nervios; rompió todo lo que encontraba a su alrededor hasta que mi padre logró sujetarla. No volví a escuchar ni una sola palabra salir de su boca, incluso dejó de alimentarse por propia voluntad. Llegó a pasar días enteros sin ingerir bocado hasta que, con paciencia infinita, mi padre lograba pequeños éxitos en su lucha

contra el ayuno de mamá. Su situación física desmejoró rápidamente, y la debilidad la hizo presa de todo tipo de enfermedades. La última fue la temida tuberculosis. Ya no salió con vida de esa internación.

Mientras tanto, mi padre debió cubrir su rol de padre asumiendo también con mi colaboración las obligaciones domésticas, lo que lo obligó a descuidar sus trabajos de herrería que, habiendo sido muy requeridos por su excelencia y prolijidad, perdieron esa calidad que los hacía únicos. Los pedidos de los clientes se redujeron; los ingresos empezaron a mermar. No pudo soportar la situación y, fruto de su desesperación y en un acto que no estoy en condiciones de calificar objetivamente, tomó la trágica decisión de quitarse la vida.

Quedé huérfano muy joven; entonces, mi tío Jacob, que vivía tan lejos que pocas veces lo habíamos visto, viajó a Baltimore, completó los trámites de adopción y me trajo a vivir a esta ciudad con su familia y me enseñó su oficio de comerciante llevándome a trabajar con él.

Allí, en Rosewood, quedaba mi hermana Anne, sin nadie de la familia que pudiera ocuparse de ella, en manos de enfermeras y doctores como prácticamente todas las internas, ya que pocas familias, una vez que las dejaban allí internadas, las iban a visitar. Tener una hija con un trastorno mental era algo que tristemente casi todos querían ocultar y, en lo posible, tratar de olvidar.

No fue mi caso ya que, si bien no podía viajar a verla, de manera constante intercambiaba correspondencia con la institución, primero con la ayuda de mi tío Jacob hasta que tuve la autonomía suficiente para escribir y enviar el correo yo mismo. Las respuestas llegaban en un tiempo razonable, con un informe firmado por el director de la clínica acerca del estado general de salud de Anne, las actividades que realizaba a diario y los progresos que lograba a pesar de su enfermedad. Esto fue así hasta hace alrededor de dos años cuando mis cartas dejaron de tener respuesta. Mi insistencia fue en aumento, pero sin resultado alguno.

Es por esto que recorro a ustedes, ya que no tengo otras alternativas. Ya he enviado una carta similar al periódico local de Baltimore, pero no he recibido respuesta. He oído acerca de la calidad de sus periodistas, conozco los trabajos de investigación que realizan y me he enterado de que han hecho tambalear a empresas importantes e incluso a políticos.

Mi ruego, en concreto, es que intenten averiguar qué fue lo que sucedió con mi hermana, que hoy debe tener ya doce años. Mi instinto de hermano me dice que la falta de respuesta no se debe a la burocracia de la institución, sino que, por el contrario, tengo miedo de que le haya pasado algo grave, incluso temo lo peor, lo que sumado a las tragedias que venimos padeciendo en mi familia creo que me quitaría las ganas de seguir viviendo.

No me queda nada más que expresarles y les agradezco que se detuvieran a leerla esta carta entre las miles que seguramente les llegan cada día; ojalá puedan darme algún dato cierto sobre mi hermana Anne, lo único que me queda de esa familia feliz que supe disfrutar en mi Baltimore natal.

Los saludo y espero haber llamado su atención y que me puedan ayudar.

Benjamin Mann

CAPÍTULO 2

Baltimore, verano de 1932.

Apenas llegó a la estación Baltimore Travel Plaza en la calle O'Donnell, al sur de la ciudad, Aron emprendió una veloz caminata hacia el edificio donde residía. Se llamaba Gran Maryland, a pesar de que, debido a cierto abandono en el mantenimiento, su estado de conservación no le hacía honor al nombre. La noche había cubierto con su manto de oscuridad la zona céntrica de Baltimore mientras la habitual neblina proveniente del cercano océano impedía que la luna colaborara con las luces para iluminar las calles.

Antes de ingresar a la residencia, como era su costumbre, se detuvo a curiosear la vidriera del local que años atrás había sido una gran librería y que, por ese entonces, gracias al empeño y tozudez de su propietario, Joseph Lindson, inmigrante como la mayoría de quienes habitaban Baltimore, sobrevivía con dignidad.

Aron amaba la lectura, aunque su habilidad para descubrir en la vidriera de Lindson & Son nuevas piezas que le interesaran era mucho mayor que su capacidad económica para adquirirlas.

Se trataba, sin duda, de una reminiscencia de su infancia, cuando en su hogar en Viena, a pesar de los vaivenes económicos, su padre Shmuel siempre llevaba a casa libros que compartía como trofeos con Aron. No podría decir que Shmuel tuviera un género o unos autores preferidos, simplemente amaba los libros bien escritos. Así fue que Aron conoció al mismo tiempo la Torá y el *Midrash* como en toda casa judía de su pueblo, junto a la obra de poetas nacionales austríacos, como Franz Grillparzer, y libros provenientes de lugares más remotos como de la Inglaterra de Shakespeare o la Italia de Dante que lo obligaron, de a poco, a ir agregando idiomas a su bagaje para poder apreciar esa literatura en estado puro, sin las traducciones que la podrían haber desfigurado. Esa apertura mental que le inculcaba Shmuel le permitía disfrutar de ambos mundos, el religioso y el secular. Además de eso, leía con interés y minuciosidad el periódico, lo que le permitía discutir con autoridad con los amigos de su padre, que lo miraba orgulloso, acerca de los procesos que se vivían en aquella época en la Rusia zarista y los movimientos que, por debajo de la tierra, se iban consolidando a la espera del momento de salir a la luz. Movimientos liderados por una generación de políticos apasionados; su preferido era León Trotsky, quien compartía métodos e ideales con su camarada Lenin, los que distaban de aquellos de Iosef Stalin, a quien muchos, no solo Aron, consideraban un zorro con piel de cordero.

En aquellos tempranos años, su padre le había contado, consternado, los sufrimientos que pasaban sus hermanos judíos bajo el régimen zarista, pero también su temor sobre lo que iría a ocurrir si triunfaba la revolución propulsada por los rojos. También conocía lo que pasaba aún más lejos de su patria, cruzando el océano Atlántico, en donde asomaba el faro de una América que había despertado y que él veía menospreciada por la sociedad europea.

“Cuando Europa despierte, entre Rusia y América habrán relegado su papel protagónico”, pensaba y repetía. Si ese día de 1930 le hubiera preguntado a Aron qué era lo que más extrañaba de su Austria, habría respondido que esos momentos compartidos con su padre, a quien encontraba en la textura de los lomos de los libros cuando los acariciaba o en los aromas únicos que se desprendían de ellos cuando los abría.

Muchos de sus temas de conversación de niño ya se habían plasmado en realidades. La revolución leninista había triunfado en Rusia y los pogromos que Shmuel preveía se habían hecho realidad y seguían produciéndose. La tremenda desigualdad que dejó la Rusia zarista fue el caldo de cultivo para la lucha de clases de los revolucionarios apoyados en la enorme cantidad de pobres, que seguían viviendo en situación de extrema escasez, pero lo soportaban de otra manera gracias a la esperanza de mejoras que el nuevo gobierno bolchevique les prometía que ocurrirían, por supuesto, luego de consolidar y asegurar la permanencia del régimen.

Esa situación, como siempre, culminaría igual a otros procesos históricos similares: los culpables de las desgracias del pueblo finalizarían siendo los judíos, asociados para enfatizar la responsabilidad en una supuesta cercanía al régimen derrocado. Entonces, con las autoridades mirando al costado, poblaciones completas de judíos desaparecían en una sola noche a manos de turbas imparables, que dejaban a su paso aldeas incendiadas, pilas conformadas por los cadáveres de hombres y viudas judías violadas delante de sus hijos.

Por otro lado, Europa occidental, adormecida después de la Primera Guerra Mundial, permitía que, primero tímidamente y luego con toda la fuerza, aparecieran ideas totalitarias en Alemania, Italia y España.

El faro de Estados Unidos, que lo había atraído a cruzar el océano en busca de una atractiva vida social y cultural, había llegado al brillo pronosticado, aunque estuviera en esos días a media luz por la crisis de Wall Street.

Siempre conversaba sobre esos temas con los Lindson, quienes, al igual que él, estaban al tanto por su oficio, su preparación y su hambre de conocimiento de lo que pasaba en el mundo entero. La relación y el cariño mutuo era tal que, si Aron encontraba en la vitrina o en las estanterías de la librería algún ejemplar que despertaba su interés, tenía la posibilidad de llevárselo, con el compromiso de leerlo cuidadosamente y devolverlo en idénticas condiciones. Siempre encontraba joyas dentro de los escaparates y estantes de la librería. Los Lindson tenían un especial don para localizar bibliotecas heredadas por familias a las que la literatura les atraía menos que el dinero que por los libros podían conseguir. Del mismo modo, muchas veces padre e hijo realizaban pesquisas en procura de volúmenes que les encargaban por lectores eruditos y pudientes.

Pero ese día no había tiempo para eso. Subió saltando de a dos escalones los pisos que lo separaban de la habitación que rentaba por pocas monedas; su hogar desde que había llegado a Baltimore. No contaba con más comodidades que las que precisaba, y era lo máximo que podía pagar con su trabajo como redactor de noticias que a pocos interesaban en *The Baltimore Sun*, más algunos dólares que ingresaban a sus arcas por las notas de política internacional que enviaba a sus amigos en *The Washington Post*. Si esas crónicas lograban convencer al editor, se utilizaban para completar alguna página o suplir de último momento una columna que no fuera enviada por el responsable. Esos artículos no disimulaban el estilo aprendido de las lecturas de su referente, el doctor Theodor Herzl. Quedaba claro que la ardua preparación que había tenido daba sus frutos,

puesto que podía vivir de lo que le gustaba. Tomó un baño lo suficientemente largo como para quitarse todo vestigio del largo viaje, pero no tanto como para perder el escaso resto de la jornada.

Había estado evaluando todas las posibilidades desde su encuentro con el doctor Keating en el bar y, luego, mientras esperaba en la estación el primer autobús que lo depositara nuevamente en Baltimore. Ya durante el viaje había elucubrado los pasos a seguir. El baño reparador fue su momento de descanso antes de lanzarse hacia el largo camino que requeriría transitar para lograr su objetivo. Lograr la nota para el periódico al tiempo de saciar su necesidad de información sobre la hermana de Benjamin Mann.

* * *

Aron repasó por enésima vez los breves diálogos mantenidos con Keating, hizo hincapié en su lenguaje gestual, que era más contundente que sus escasas palabras. Evaluó al mismo tiempo los pasos y consecuencias legales de sus próximas acciones. Contaba con una gran intuición en la que confiaba, además de con el conocimiento adquirido en la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena, aunque su paso por esa casa de altos estudios fuera solo una excusa para lo que él aspiraba: llegar a ser periodista como Herzl, su modelo a seguir.

Junto con el fin del baño también le llegó la claridad mental para decidir el siguiente paso. Se vistió con premura, pero con la mínima elegancia que exigía la importancia de la visita, que había decidido realizar de inmediato. Rumbo a la residencia de su amigo, el doctor Leo Kanner, fue ordenando las ideas. Iba en busca de apoyo y consejo. A medida que caminaba, dejaba de lado el centro de la ciudad para ascender hacia las partes más altas. La niebla se disipaba y, por momentos, Aron detenía su paso para descansar y levantar la mirada de modo de observar el majestuoso espectáculo de las estrellas brillantes. Esa porción de cielo compartida, lo hacía sentirse cerca de su familia en Europa.

Aron llegó a la residencia de su amigo cuando ya era noche cerrada. Las luces estaban encendidas en el interior y se podía escuchar ese fonógrafo que había conocido allí, en esa mansión, apenas arribó a Estados Unidos. Sonaba un maravilloso vals de Johan Strauss (h) que lo hizo volar en el recuerdo hacia algunos pocos años atrás, cuando, en aquel salón de baile del Gran Hotel Savoia de Viena, conoció a una jovencita de su edad que lo dejó deslumbrado.

—Se llama “Ingrid” —le dijo su amigo Fritz—. Tal vez, lo mejor será que la olvides. No importa si ella te mira o te corresponde. Su padre es un barón, un héroe de la Gran Guerra, que incluso recibió de manos del archiduque la condecoración más alta del imperio, la *Militär-Verdienstmedaille*. Además, es un acérrimo enemigo de los judíos y está afiliado a los partidos de la derecha más conservadora.

En ese instante Aron entendió al mismo tiempo varias cosas que lo definirían. Entendió que no tenía chances con esa joven tan hermosa. Repasó la obra de su admirado Herzl, que le permitió entender algo que marcaría su vida para siempre: hasta que ese estado judío con el que Herzl había soñado se creara, Aron no tendría lugar en aquella Europa cuya sociedad en general lo

discriminaría siempre a él y a su familia. Allí mismo, en los jardines del parque de Viena tomó la resolución que cambiaría su vida, se iría a vivir a Estados Unidos apenas juntara el dinero necesario para el pasaje.

* * *

Un golpe en el omóplato devolvió a Aron de regreso a la realidad:

—¿Por qué no entras? Hace un minuto que me tienes aquí en la puerta, y tú estás como en otro planeta —le dijo el doctor Leo Kanner.

Aron ingresó con el anfitrión a la casa de donde provenía una hermosa música y vio a Jenne sentada en un señorial sillón en el salón donde, de seguro, hasta la no anunciada llegada de Aron, reposaba el matrimonio Kanner dejándose llevar por su pasión por la música.

La casa de los Kanner estaba a tono con la sociedad burguesa de Baltimore, pero en un exquisito equilibrio con los tesoros judíos que Leo había podido rescatar de su casa natal en Klekotow, un pequeño pueblo en el interior del Imperio austrohúngaro que luego de la Primera Guerra Mundial fue proclamado como Austria a secas por los triunfadores, quienes, como siempre, se quedan con todo y reescriben la historia.

La vida de Leo Kanner tenía raíces muy similares a las de Aron. Fue llamado originalmente como Chaskel Liev Kanner y los sonidos del idish, que era la lengua hablada en los *shetls* del este de Europa, como llamaban a los poblados judíos, lo despertaban cada día. Su padre, Abraham, rabino, lo introdujo en el estudio del hebreo desde los cinco años de edad, para que lo ayudara a traducir la Torá. Mientras tanto, su abuelo Meir preparaba el té en un gigante samovar. La particularidad que relataba Kanner a quien deseaba escucharlo era que su padre escribía libros con sus hallazgos, descubría con gran sabiduría y habilidad referencias cruzadas en los distintos textos sagrados de la religión judía, pero los escribía solo para sí mismo, sin ninguna intención de compartirlos con nadie. Por otro lado, de su madre Klara, el futuro doctor Kanner heredó una actitud terrenal y una inclinación por la vida secular, que llevó a Liev a cambiar su nombre por Leo para que fuera más fácil de pronunciar por aquellos a quienes frecuentaba fuera del círculo judío. Sin embargo, a pesar de su secularidad, jamás se alejó un ápice de la ley y la tradición judías, y el sentido de justicia social que le transmitió esa educación lo marcó para toda la vida. En Klekotow, siete de cada diez habitantes profesaban su misma religión. Luego, ya afincado en Alemania, donde la colectividad judía contaba por entonces con casi seiscientos mil miembros, continuó con sus ritos y su fe sin problemas, lo que no le impidió forjar lazos nobles y duraderos con compañeros de estudio, aunque no compartieran un origen común. Esas vivencias y recuerdos lo acompañaron durante su paso por Berlín, donde realizó sus estudios de Medicina, para luego emigrar a Estados Unidos deslumbrado por todo aquello que le contaba un alumno estadounidense cuando era profesor en la Universidad de Berlín. El muchacho le había contado del avance de las ciencias allí. Por otro lado, cruzar el océano implicaba estar lejos de los pogromos y del odio apenas contenido contra los judíos en aquellos años iniciales de la década del veinte en Europa.

Por todo lo que compartían, una religión, el sentimiento de formar parte del mismo pueblo, un idioma del que se exiliaban, por todo eso, a Aron la casa de los Kanner le recordaba a su familia y a su hogar. Los aromas de las comidas preparadas por Jenne eran por sí mismos un viaje a su infancia tan añorada.

—Supongo que nuestro invitado tiene hambre, querida, ¿te molestaría prepararle algo para comer?

Cuando Aron trató de esbozar una protesta era tarde; Jenne ya había cruzado la sala e ingresado a la cocina.

—Bueno, Aron, dime qué te trae por aquí, sabes que siempre eres bienvenido, pero no es habitual que vengas a esta hora y sin aviso previo. Soy todo oídos.

—Tú me conoces bien, Leo, por ahí soy un tanto impulsivo, pero ambos sabemos eso me ha generado tanto dolores de cabeza como buenos resultados.

—Si no fueras así, quizá no nos hubiéramos conocido —dijo y recordó cuando el periodista había aparecido en la universidad con la excusa de un trabajo para el periódico para el que le solicitaba opinión sobre las instituciones públicas y privadas que trataban la salud mental—. A propósito, nunca vi nada publicado sobre lo que conversamos ese día.

—Sabes que, si bien soy impulsivo, soy muy serio y metódico en mis investigaciones como tú lo eres en las tuyas; mi trabajo aún no está listo para ser impreso —contestó Aron en una actitud defensiva, al tiempo que ingresaba Jenne a la sala con una bandeja que dejaba ver más delicias de las que podría comer el invitado.

—¿Les molesta que permanezca con ustedes unos minutos? Luego iré a arropar a Albert y a acostarme, ya que mañana me espera una larga jornada —preguntó retóricamente Jenne mientras los tres tomaban asiento alrededor de la mesa. Sabía que muchas de las conversaciones de su esposo con su amigo requerían cierta confidencialidad y, además, la aburrían sobremanera—. Aron, tú sabes que eres más que bien acogido en esta casa y que siempre es un placer recibirte, pero bien te vendría ya tener alguna mujer con quien disfrutar de la vida y no tener que andar haciendo visitas nocturnas a tus amigos —dijo Jenne, al tiempo que cruzaba una mirada cómplice con su esposo. —Leo sonrió porque sabía adónde iba a llegar su esposa con esta aparentemente descortés frase. Ella continuó—: Y no es porque que no tengas candidatas. No me alcanzan los dedos de las manos para contar a mis amigas del templo que están solas, no porque no sean interesantes, sino porque no han encontrado al hombre de sus sueños, su príncipe azul... Y, además, compartirías la religión, lo que pondría muy felices a tus padres.

Iba a continuar ante la incomodidad de Aron, cuando intervino Leo para salvar a su amigo de ese acorralamiento al que Jenne lo tenía acostumbrado. La interrumpió con dulzura:

—Querida, creo que nuestro amigo tiene mucho para contar y en tu rostro se nota la fatiga. Deja aquí la vajilla, que mañana Ellen se ocupará de esto.

—Bueno, caballeros, los dejo. Pero Aron... solo hazme un chasquido de dedos y te buscaré la candidata que mejor se amolde a tus preferencias.

La mujer saludó a ambos y se retiró a su dormitorio. Dejó por un instante a Aron pensando en Ingrid, consciente de que, a pesar del dolor con el que debió abandonar el sueño de estar con esa mujer, cualquier candidata que le presentaran no resistiría la más mínima comparación con la hija del barón.

* * *

Ya cada uno con un brandy en la mano, los dos se dirigieron a la terraza que tenía una excelente vista del puerto, donde se podía apreciar el febril movimiento de los marineros que estaban preparando todo para partir al mar con las primeras luces del alba.

Soplaba una agradable brisa, que hacía más placentero el paisaje y movía las ramas de la alta arboleda que separaba el balcón donde se encontraban de las luces del puerto, lo que generaba una ilusión de movimiento en dichas luminarias. La crisis había castigado duramente la economía, por lo que el movimiento de buques, navegantes y transeúntes no se veía como el mismo que cuando Aron llegó de Europa. Por otro lado, cerca de la residencia de los Kanner, en uno de los barrios pudientes, el alcalde destinaba buena parte de su recortado presupuesto para embellecer la zona, porque suponía que los votantes de mayores recursos serían quienes lo apoyarían en su ansiada reelección.

—Y bien, querido Aron, ¿qué es lo que te ha traído hasta aquí?

—Tengo en mis manos lo que puede ser, de confirmarse, un escándalo para la sociedad de Baltimore.

—Aron, con tu puesto en *The Baltimore Sun* y tu llegada a *The Washington Post*, ¿por qué deseas compartir esa bomba conmigo?

—Leo, yo bien podría hacerlo y, sin dudas, de acertar en mi presunción, me haría acreedor de mucha fama como periodista; tal vez, conseguiría quizás mejores perspectivas profesionales. Pero por las implicancias políticas y sociales que posee el asunto que tengo entre manos, y porque se trata de vidas humanas de por medio, no puedo dar lugar solo a mi ego profesional. Necesito de ti, de tus influencias, pero más que nada de tu inteligencia y capacidad como estratega para que, además de lograr mi probable éxito editorial y de provocar un escozor social que durará hasta que otra nota tape las consecuencias de mi primicia, hagamos algo por las vidas de muchas jóvenes inocentes que están en peligro. De confirmarse mis presunciones, muchos prohombres de la ciudad deberían estar tras las rejas o al menos despojados de los privilegios que gozan. Debemos desenmascarar...

—Bueno, bueno, ¡tranquilo, Aron! Aún no sé de qué me estás hablando, y ya estamos metiendo presos a influyentes personajes, te ruego que seas más claro.

—Perdón, Leo, voy a ir directo al grano. Cuando comencé mi investigación sobre salud mental, ese artículo que me reprochaste que aún no terminaba, me mencionaste entre las instituciones más prestigiosas de la zona al Instituto Rosewood y me comentaste que, a pesar de ciertos prejuicios, tú conociste los diferentes directores que pasaron por ella desde su fundación. También dijiste que podías afirmar con conocimiento de causa que lo que allí se desarrolla está ideado, pensado, planificado y ejecutado para el bienestar de los pacientes.

—Sí; esa apreciación es correcta, con una pequeña observación: no conozco a los directores hasta el día de hoy, los conocí hasta la época en que me hiciste aquella pregunta. Sé que ha asumido un nuevo director, un tal Francis Blate, con quien no he tenido oportunidad de conversar.

—Pues yo sí he tenido esa suerte, y no me ha dejado una buena impresión, aunque creo que el desagrado fue mutuo —dijo casi exaltado.

—Quizás otro brandy nos venga bien —propuso Kanner que notaba el ánimo un poco volátil de su amigo.

—Sí, por favor. La primera ficha importante fue una carta, recibida en el *The Washington Post*, firmada por un hombre llamado Benjamin Mann. La misiva, como la mayoría de las miles que reciben en el diario, fue a parar a la montaña de cartas de lectores desde donde, por una jugada del destino, llegó a mis manos. Ya en la primera de las muchas lecturas que hice del texto sentí que tenía entre mis manos material que, de ser cierto, me haría el primer ciudadano nacido en el Imperio austrohúngaro ganador del Premio Pulitzer que otorga la Universidad de Columbia.

—Como siempre que te lo propones, has logrado despertar mi curiosidad, continúa —dijo Leo, mientras se levantaba de su sillón y comenzaba a caminar por el balcón, observando el vaso que sostenía en su mano.

Entonces Aron se dio cuenta de que estaba dejándose llevar por sus ansias de contarle todo a Leo. Le pareció mejor permitir que su interlocutor digiriera la noticia sin las subjetividades que Aron le podría agregar. Introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta, tomó las hojas y se las entregó a Kanner para que pudiese leerlas.

* * *

Kanner terminó de leer la carta, releyó con mayor atención algunas partes y miró a Aron con un gran signo de interrogación dibujado en el rostro. No hacía falta que emitiera palabra para que Aron le contara todo lo que sabía.

—Esa carta llegó a la redacción y se acumuló en la sección de carta de lectores. Esa pila de documentos sin leer, imagínate, Leo, tiene tanta altura que obtiene el equilibrio gracias a una ley física aún no descubierta. Quiso el destino que esa sección la manejara Olga, una vieja amiga mía, quien leyó la carta y, al ver que los sucesos que refería, ocurrían aquí, en Baltimore, me envió el sobre camuflado entre otra documentación a mi nombre a la oficina del *The Baltimore Sun*. Cuando recibí la misiva, me impactó de tal manera que dejé lo que estaba investigando y dediqué todo mi tiempo a este asunto. —La seria y concentrada mirada de Leo invitó a continuar a Aron—. Empecé investigando la verosimilitud de lo relatado por ese hermano desesperado. Fui al archivo del diario, donde me ilustré un poco más sobre el Instituto Rosewood.

Leo lo interrumpió como una manera de recordar en voz alta la historia de la institución:

—Si bien es propiedad del estado de Maryland, que lo financia, fue el doctor Richard Gundry quien en 1888 transformó al instituto en algo realmente útil y positivo para los niños que no son admitidos por las escuelas públicas por defectos en su desarrollo mental. Por esa condición necesitan cuidados y entrenamientos diferenciales para lograr ser personas autosuficientes o parcialmente autosuficientes, siempre cuidados por profesionales especializados. —Aron escuchaba con atención, asentía en la medida en que lo que Leo le contaba coincidía con su investigación previa—. La institución toma la curatela legal de los pacientes, sin costo para las familias, ya que el doctor Gundry se ocupó de conseguir ayuda de filántropos que, al día de hoy, complementan con su aporte aquello que el Estado no puede brindar, menos en esta época de depresión que vivimos. Es importante para ti arrancar la investigación sin el prejuicio con el que

se trata despectivamente a las instituciones mentales como manicomios, loqueros o depósitos de personas insanas. Este no es el caso y doy fe por la relación que tuve hace algunos años con quien hoy es su anterior director, el doctor Frank Keating, que dejó su vida por el bienestar de sus pacientes. Me alegra verte asentir, eso quiere decir que estamos de acuerdo con lo básico. Sin un punto de partida común, me costará ayudarte en lo que me pidas. Continúa, por favor.

—Gracias, Leo. Con la información recabada, que hablaba más que nada sobre los sucesos fundacionales de Rosewood; sin mucho más dato posterior que alguna aparición en la sección de sociales publicada cuando ocurrió algún cambio de directores, me dirigí al lugar de los hechos, con un plan predefinido para ingresar, aunque sin saber con qué escenario me encontraría una vez adentro.

»Al llegar, me impactó la majestuosidad del edificio que sobre una colina se destacaba por sobre todo lo que estaba a su alrededor. Ese día, Baltimore estaba muy nublado y oscuro. Se avecinaba una tormenta, lo que le daba al edificio un aspecto más cercano a una casa de horrores que al panorama alentador que tú me cuentas. Un alto muro rodeaba el perímetro por lo que, a medida que me acercaba al lugar, iba perdiendo la visión del edificio, me quedaba a la vista solo la pared exterior con una gran puerta de ingreso con un majestuoso portón de rejas con una casilla de guardia a un costado. Me acerqué a los guardias que tenían cara de pocos amigos y, a través de la reja, pude apreciar la escalera que ascendía una vez transpuestas las rejas, hacia el edificio que desde allí parecía aún más gigante.

»Ingresar resultó más sencillo de lo que me imaginaba a pesar de esa muralla que parecía inexpugnable. Tal como pensaba, expliqué a los guardias que deseaba una entrevista con el director, para conversar acerca de una nota que me habían enviado a cubrir de *The Washington Post*, periódico para el que trabajo según la credencial que le entregué a uno de los guardias. La nota, les expliqué, versaría sobre una de las instituciones que mejor velan por la salud mental de los más débiles, ya que la fama de Rosewood transcendía las fronteras de Maryland y lo colocaba entre las cinco mejores instituciones del país.

»Recurrir al ego del director dio sus frutos, ya que, luego de aguardar en el ingreso el tiempo que les llevó a los guardias elevar la consulta, antes de transcurrida una hora, me encontraba sentado ante su escritorio. Antes había ascendido por la larga escalera, rodeada de altos y frondosos árboles. Desde la escalera y por los árboles, se perdía la visión completa del edificio que se tenía desde la puerta enrejada. Una vez en el interior del *hall* de ingreso, me esperaba una enfermera que me escoltó hacia el despacho del director. Recorrimos juntos un largo pasillo, donde pude ver cuadros de todos los directores del instituto desde su fundación hasta la fecha; la primera de ellas era la doctora Gundry, hija del fundador y terminaba la fila con la fotografía del actual director. La enfermera me indicó que tomara asiento en uno de los mullidos sillones de la sala de espera hasta que finalmente el mismísimo doctor Francis Blate me invitó a pasar a su despacho.

»Con lentitud, leyó la tarjeta de presentación que había entregado junto a la credencial en el ingreso. Mientras miraba ensimismado aquello que acreditaba mi identidad, me dijo: “¿A qué debo el placer de su visita, señor Lewin?” “Ante todo, muchas gracias por recibirme. Estoy aquí por una tarea investigativa que me ha asignado el director de *The Washington Post*”. La palabra “investigativa” aflojó la sonrisa de su rostro, pero no al punto de hacerla desaparecer y me dejó continuar. Me propuse recomponer la sonrisa original del director: “Su clínica está catalogada

como de las mejores del país. La investigación que se me encargó, se centra en los avances que logran los pacientes luego de los tan elogiados tratamientos que brinda la institución y, de acuerdo a los protocolos del periódico, la nota deberá incluir, por supuesto, el relato del propio director, que estoy ansioso por escuchar, además de entrevistar a algunos de los pacientes”.

»Blate me miró pensativo, como si tratara de establecer rápidamente una conducta, ya que mi última oración lo había sacado de su esquema mental previo a mi discurso. Luego de unos segundos, siguió adelante y me respondió sin perder su compostura: “Muchas gracias por escoger este establecimiento que dirijo, no habría problemas en un reportaje completo conmigo, ya que soy el máximo responsable y, como tal, no hay nada que escape a mi dominio, incluso podría usted entrevistar a alguna enfermera con amplia antigüedad y experiencia. Pero entienda que será imposible que le permita conversar con los pacientes, ya que eso iría en contra de las rígidas medidas éticas del establecimiento, impuestas por un comité directivo en pos de respetarles la privacidad”. “Doctor, el encargo que recibí por parte del director del periódico es expresa respecto a obtener la palabra de algún interno; sin eso, probablemente, rechacen mi artículo. Sin embargo, le propongo hacer la nota con usted y con la enfermera tal como tan gentilmente me ha ofrecido. Luego, será mi tarea convencer a mi jefe haciéndole notar que resguardar la confidencialidad de los pacientes es un mérito más de su institución”.

Conforme con mi flexibilidad, comenzamos el reportaje del cual no obtuve información de relevancia y que yo aparenté escuchar anotando garabatos en mi cuaderno. Luego de dos horas de entrevista, llamó a su despacho a la misma enfermera que me había escoltado a mi ingreso al instituto, para que le hiciera a ella las preguntas que consideraba que serían de mi interés y que giraron sobre temas superfluos que nada agregarían a mi misión. Cuando terminé ese fútil diálogo, convinimos con el director una nueva visita una vez que lograra la autorización de mi superior para darle un cierre a la entrevista y enviarla a Washington, a fin de que fuera publicada en primera plana.

»Confirmé mi intuición de que por un canal formal no conseguiría averiguar nada acerca de la situación de Anne y proseguí con el plan alternativo que había elaborado. Mientras la enfermera me acompañaba a la salida, observé de nuevo la hilera de fotografías de los directores, mientras comparaba mentalmente la secuencia con la que había registrado en mi investigación previa en el archivo del diario: coincidían perfectamente.

»Me dejé llevar hasta la salida, saludé con un medido apretón de manos a la enfermera y salí. Bajé unos escalones hasta saber que los árboles impedirían que fuera observado tanto por los guardias de la puerta como por la enfermera en lo alto y decidí sentarme a la sombra de un alto y frondoso árbol dispuesto a esperar.

»Prácticamente no había movimiento. Yo repasaba las notas que había tomado que tenían más que ver con lo que pude observar en el despacho que con lo que afirmaba el engreído director o la enfermera. Remarqué aquello que me pareció importante, como un gran archivo de metal con enormes cajones, uno de ellos no cerrado del todo, que permitía visualizar unas carpetas prolijamente ordenadas en su interior. El mueble tenía una llave por cada columna de cajones e intuí que una misma llave maestra abriría todas las columnas de cajones. Noté que la ventana tenía unas gruesas rejas, por lo que sería imposible pensar en una entrada furtiva por allí. Recorrí mentalmente la habitación y me detuve en las puertas principales del despacho, que estaban construidas con madera y vidrio, de seguro también protegidas por alguna llave, pero llamaban a

pensar que, al ser tan infranqueable edificio desde el exterior, no serían tan necesarias demasiadas medidas de seguridad para evitar que un intruso pudiera ingresar a la oficina desde dentro del edificio. No tenía muy en claro el motivo por el que anotaba todo eso, pero tengo ese defecto profesional desde que comencé en mi labor periodística.

»Esperé paciente sentado en ese rincón en el que pasaba desapercibido para quienes subían y bajaban las escaleras. Las nubes, como en muchas de las tormentas de verano en Baltimore, habían comenzado a dejar claros y, entre ellos, algunos rayos de sol comenzaban a filtrarse. La sombra proyectada por las ramas del árbol que cubría mi presencia, me protegía ahora del calor y me acosté sobre la hierba, de modo que observaba el cielo entre aquellas añosas y frondosas ramas, lo que me alejaba de mis permanentes pensamientos y me hacía sentir que un sopor me invadía. Ya había cerrado los ojos dispuesto a dejarme llevar por una pequeña siestecilla cuando un murmullo me hizo volver al estado de vigilia. Ese tenue rumor fue creciendo al igual que mi atención y descifré que se trataba del parloteo de un grupo de mujeres que se acercaban desde lo alto de la escalera y que, pronto, pasarían a mi lado. Me senté con rapidez, tomé un libro que cargaba en la mochila y simulé estar leyendo a la sombra, a la espera de algo. Las mujeres pasaron junto a mi posición, algunas advirtieron mi presencia, pero no le dieron ninguna importancia, aunque yo sí a ellas. Eran enfermeras que dejaban su turno, reemplazadas por compañeras que debían de haber arribado mientras yo estaba en mi somnoliento descanso. Dejé que se adelantaran unos metros y me incorporé. Estaba activando la segunda parte del plan que había garabateado en mi cabeza.

* * *

—Seguí con sigilo a las enfermeras a una distancia medida. Cuando llegaron a la base de la colina, se saludaron y se dispersaron en diferentes rumbos; yo ya tenía mi selección hecha. Fui tras mi objetivo unas cuadas hasta que llegó a una parada de autobús, me acerqué a ella con discreción y con gesto amable para que no se sintiera amenazada. Mi optimismo se quedó corto. Cuando la enfermera me vio, antes de que yo le dijera palabra alguna, me interpeló: “Usted es el apuesto joven al que la simpática Julia acompañó de ida y de vuelta al despacho del señor director”.

»Sonreí entre sorprendido y aliviado, ya que lo más arduo que imaginé de mi abordaje a la enfermera había sucedido sin esfuerzo alguno. “Voy por buen camino”, me dije. “Así es, estimada, mi nombre es Aron Lewin y también noté su presencia en mis recorridos”, le susurré mientras me inclinaba levemente para besar su mano enguantada. Intenté no hacerlo demasiado pomposo, aunque no sé si lo logré. Eso alimentó su autoestima, ya que le demostré que no me había pasado desapercibida. “Eunice, mucho gusto”, se presentó.

»Era una mujer de mediana edad, que debió haber sido muy bella en su plenitud, pero cuyo rostro dejaba entrever los rasgos de una vida sufrida. Le dije que tenía algunas dudas sobre mi trabajo de ese día y que estaba seguro de que ella me podría ayudar a clarificarlas, si disponía de un rato para conversar informalmente conmigo. “Sí, joven, trataré de ayudarle, pero no aquí, donde soy demasiado conocida para estar hablando con un extraño y más aún si me ve alguien del

círculo de laderos del director.” Le pedí que me dijera dónde sería más convenientes reunirnos. Me indicó que subiéramos al autobús que en esos momentos giraba por la esquina hacia nosotros y que me bajara cuando la viera a ella descender. Así lo hice: tomé asiento dos filas detrás de Eunice, atento a sus movimientos. Cuando la vi descender, me incorporé de inmediato para bajar tras ella justo cuando el chofer estaba comenzando a acelerar.

»Una vez adentro del bar que había escogido, Eunice me guio hacia una de las pocas mesas vacías donde nos ubicamos y pedimos dos tazas de café al camarero. Me preguntó en qué podía ayudarme. Por supuesto que no le conté todos los detalles de mi investigación porque, si bien mi intuición me decía que era una mujer confiable, mi experiencia en el periodismo me enseñó a no creer jamás que quien se encuentra frente a ti realmente es quien tú crees que es. “Trabajo en una investigación para un periódico que financia mis gustos, tal como invitar a una bella dama como usted a disfrutar de un delicioso momento.” “Deje sus galanterías para las jóvenes que debe frecuentar en otros ámbitos de tu vida, yo estoy aquí con usted más por mi instinto maternal que por una conquista, así que disfrutemos el café y el momento ya que usted invita. Pero dígame el real motivo de esta charla o lo dejaré disfrutándolo en soledad.” Tuve que pedirle disculpas no sin cierta vergüenza. Le agradecí la filosa sinceridad. “Efectivamente, necesito que me ayude a desentrañar un misterio que intuyo ocurre en Rosewood y que ni el director Blate ni Julia parecen dispuestos a ayudarme a entender.” Me alentó a continuar. “Debo tener una conversación con una interna de la institución, llamada Anne Mann, para llevar tranquilidad a su hermano que vive muy lejos de Baltimore. ¿La conoce usted?” A pesar de los vanos intentos por disimularlo, la sorpresa que le habían provocado a Eunice mis intenciones se vio reflejada en su rostro. “Sí, la conozco. Pero no le va a resultar posible hablar con ella, ni con la autorización del director ni del mismo presidente Hoover.” Ante mi asombro por la seguridad con la que lo afirmó, supuse que el peor de los temores de Benjamin sobre su hermana se hacía presente como una gran sombra sobre la mesa que ocupábamos en el jardín del café.

»—¿Qué le ha pasado a Anne? —pregunté con inocultable angustia.

»—En principio no es lo que usted piensa, Aron, al menos eso espero. Desconozco con exactitud lo que pueda haber ocurrido con ella, pero mi sensación es....

»Se interrumpió en mitad de la oración.

»—Eunice, estoy acá para saber lo que sea, solo quiero la verdad completa y mantendré absoluta reserva de lo que usted me cuente.

»—No es que no quiera decirle, realmente excede mi comprensión lo que ha pasado con Anne, pero le aclaro que hay otros casos como el de ella, podría aventurar que decenas en los últimos años. Es muy extraño, mire que yo llevo trabajando aquí mucho tiempo, he visto pasar muchas administraciones y, como en todas las instituciones mentales, suceden cosas. Pero Rosewood fue siempre desde su fundación un ejemplo a seguir.

»—Debo reconocer que me está dejando en un delgado hilo que marca el límite entre lo trágico y lo inexplicable. Pero necesito ir más a fondo en el asunto, dígame, si no es a usted, a quién debería yo recurrir para que me brinde información.

»—Le diré algo que quizás le suene difícil de creer, pero la mejor fuente a la que puede recurrir es al anterior director, el doctor Frank Keating, que renunció en forma repentina hace unos pocos años. Todos lo estimábamos, es un eximio profesional, un excelente ser humano, con muy buenas relaciones con la comisión que dirige la clínica, que veían en él una persona de gran

confianza, al menos por lo que nosotros entendíamos. Por eso nos llamó la atención lo repentino de la renuncia, la inmediata aceptación de la misma por los directivos y su pronto reemplazo por el doctor Blate, que no parece mala persona, pero que tiene un trato distante, en clara confrontación con nuestras costumbres. Sin embargo, es el nuevo jefe y hay que seguir su juego. Keating seguramente estará intentando sepultar en su memoria algunos acontecimientos que ni siquiera intuimos.

»—¿Usted me puede indicar dónde puedo encontrar al doctor Keating? —supliqué porque suponía una respuesta negativa de Eunice, quien de nuevo me sorprendió.

»—No tengo seguridad porque no lo he visto más, pero, por lo que se comenta en los pasillos del instituto, Keating se ha atrincherado en el anonimato que le brinda un pueblito olvidado llamado Gaithersburg, en las afueras de Baltimore, adonde retornó a su amor inicial que es el ejercicio de la práctica clínica, lo que le permitió abandonar las tareas administrativas de las que era responsable como director.

»—Eunice, usted ha sido muy amable conmigo; le pido perdón por la manera inapropiada en que inicié la conversación y le prometo absoluta confidencialidad de lo que me ha contado hoy.

»—Al contrario, usted me regaló el gran alivio saber que alguien se preocupa por Anne, ya que no son muchos los familiares que se interesan por los suyos una vez que los depositan en este tipo de instituciones. Noto que usted está más preocupado por el estado de la chica que por la gran primicia. Lo único que le pido a cambio es que, así como confié hoy en usted, lo haga en mí y me cuente lo que descubra.

»—Tiene usted mi promesa —dije con tal solemnidad que ella sonrió por primera vez en toda la conversación—. Y no se preocupe, creo que usted no será ajena al camino de conocer de la verdad. Con seguridad, la volveré a invitar a tomar otro rico café.

La tarde caía. En la puerta del bar nos despedimos con la intuición que este improvisado encuentro iniciaba algo que marcaría nuestras vidas para siempre. “Dele mis saludos al doctor Keating”, me pidió Eunice al darse vuelta cuando ya había caminado unos pasos en dirección contraria a la mía.

* * *

El doctor Leo Kanner miraba a Aron con una intriga cada vez mayor.

—Te pido por favor, amigo mío, que saltees detalles y me cuentes ahora mismo qué es lo terrible que le ha sucedido a la muchacha Mann, y luego continúes con tu relato porque no puedo esperar para saber el fin de la historia.

—No, Leo, no sé el final de la historia aún —reconoció apesadumbrado Aron—. Sin embargo, creo que estamos muy cerca de conocer qué le ha pasado a Anne y a las otras internas mencionadas por la enfermera.

Entonces Aron relató la visita al pueblo de Gaithersburg. Una vez que completó el relato pormenorizado del encuentro en la taberna The Big Fish, continuó:

—Estoy seguro de que Keating se comunicará pronto al teléfono que le dejé, que corresponde a *The Baltimore Sun* y desearía te involucres conmigo en esta búsqueda de la verdad. Mis habilidades periodísticas me llevan a indagar —con suerte encontrar numerosas puntas al ovilla—, pero reconozco que tu capacidad estratégica es mayor que la mía, sabes lograr lo que te propones con metodología y creo que esto requiere también tu don de manejo de grupos de personas, algo de lo que yo carezco.

—Agradezco tu confianza, Aron, pero tú tienes entre manos una intriga que ningún periodista dejaría escapar.

—No pienso dejarla escapar; perdón si te he dado esa impresión. A la primicia periodística la explotaré de la mejor manera, pero detrás de la noticia en sí misma, olfateo que tal vez haya vidas en peligro, personajes inescrupulosos que eventualmente deberían pagar por sus pecados. Con la publicación de la noticia, solo podré obtener lauros o ascensos, pero no estoy seguro de poder modificar la realidad. Te invito a que combinemos juntos la próxima movida en este inusual partido de ajedrez que tiene la particularidad de que vamos conociendo las piezas a medida que aparecen en el tablero.

—¿Y qué te hace pensar que Keating responderá a tu imprevista visita? ¿Por qué saldría de la comodidad de su retiro para meterse en la historia quizá truculenta, incluso delictiva, que lo hizo huir de esa manera de un lugar donde era querido, donde podía ejercer su profesión y ganar prestigio a nivel nacional manejando una de las mejores instituciones psiquiátricas del país? Me imagino que no crearás lo mismo que la enfermera Eunice sobre el amor a la profesión como motivo de tan drástico y menoscabado renunciamiento.

—Confía en mi intuición. Tú eres un gran estudioso y, cuando inicias una nueva investigación, antes de poner manos a la obra, confías primero en ella. Esta seguramente te fallará en algunos casos...

—Muchos más de los que imaginas, amigo, pero continúa.

—Lo importante es que por algo Keating no salió de la taberna cuando ya estaba en la puerta con un pie afuera. Al escuchar el nombre de Anne algo lo movilizó a volver sobre sus pasos. Observé su rostro, no era el de un delincuente que se siente atrapado en su mentira, sino el de una persona a la que le dolía una realidad que no podía modificar. Confío en mi intuición; confía tú también en él y yo me fiaré de tu dominio del campo estratégico. Ese que te permitió, con menos de cuarenta años de edad y a solo seis años de haber arribado a Estados Unidos, sin conocer el idioma, organizar y tener bajo tu responsabilidad nada menos que el servicio de psiquiatría infantil del Hospital Johns Hopkins, incluso después de enfrentar a una jauría de médicos con mayor edad y antigüedad en el hospital que se creían con más derecho que tú para ocupar ese cargo.

—Me has convencido. O me he dejado convencer. Esperemos a ver si tu intuición se confirma, pero tienes razón en que debemos planificar los próximos pasos y que esto no es trabajo para dos personas. Te ruego que te vayas a descansar y me dejes pensar durante la noche. Mañana te invito a tomar un desayuno en *The Horse*.

CAPÍTULO 3

Apenas Aron se retiró de su domicilio, Leo se dirigió al dormitorio donde, para su tranquilidad, Jenne dormía con placidez. Se asomó a la habitación de Albert quien, como era habitual, dormido se movía y hablaba, de seguro sumido en otro sueño fantástico en el que, transformado en pirata, luchaba contra el despiadado James *Mano de Hierro* Brooke. Gran lector desde pequeño y fruto de su pasión especial por los libros escritos por Emilio Salgari, que devoraba una y otra vez, pasaba largas horas del día jugando con sus amigos a los piratas, juegos en donde él siempre personificaba a su héroe, el pirata Sandokán, blandiendo cualquier elemento que para Albert se asemejara a una espada. Se acercó despacio y le acarició los cabellos hasta que el pequeño regresó al sosiego. Luego, en un intento por no provocar ruidos que despertaran a su mujer ni a su hijo, regresó a su recámara y se colocó sigilosamente la ropa que Jenne había preparado para que él vistiera al día siguiente. Estaba finalizando esa tarea, cuando un sonido lo dejó inmóvil por unos segundos, el tiempo que demoró Jenne en reacomodarse y seguir durmiendo. Aprovechó el sueño profundo de su esposa, abandonó el cuarto y la residencia, y se dirigió a paso firme calles abajo.

La febril actividad del puerto de Baltimore generaba un ruido ensordecedor; sin embargo, allí lograba la concentración que no encontraba en ningún otro sitio. Quizá fuese algo que lo conectaba con el viejo mundo, con su familia, con su infancia y juventud. Cuando se hallaba frente a una disyuntiva, era habitual encontrarlo sentado en un banco elevado en la plaza que formaba parte del complejo portuario, desde el cual podía apreciar el océano por detrás de la bahía, sobre los barcos y barcazas.

Kanner tenía muchas virtudes además de su brillante carrera profesional; entre ellas se destacaba la de establecer relaciones perennes, gracias a su lealtad a prueba de balas, al resguardo de la confidencialidad prometida y, naturalmente, a su carisma y don de gente. Participó en cuanta causa noble hubiera surgido desde el mismo día que llegó a Estados Unidos en aquel lejano 1924. El cruce del océano por parte de Leo y su esposa fue fruto de una casualidad, lo cual no era diferente a muchas de las historias de los inmigrantes que llegaban de países tan lejanos a la tierra de las oportunidades.

Kanner ejercía su profesión en Berlín, su fama y sus pacientes iban en aumento. Sin dudas, se encaminaba a consolidar una gran carrera en Alemania cuando se hizo amigo de un estudiante de medicina estadounidense que estaba en Berlín tomando unos cursos. Holtz, tal el nombre del muchacho, en una de las tantas sobremesas que disfrutaba con Leo y su esposa, los convenció de solicitar una visa de trabajo en los Estados Unidos luego de haberles abierto el apetito con las historias de las maravillas que se vivían en su país. En una rápida determinación, el matrimonio Kanner con su pequeño hijo dejó Europa y se dispuso a iniciar una nueva vida al otro lado del océano.

Siempre el destino jugó a favor de los impulsos de Leo Kanner. Cuando el estallido de la Primera Guerra Mundial sacudió a Europa, fueron pocos los que, viviendo en los países beligerantes, resultaron ajenos al despertar patriótico. Él no fue una excepción. Tras responder a ese impulso, porque siempre se había sentido un miembro más de la sociedad por más que, por su religión, no hubiera sido visto así por sus compatriotas, intentó dos veces incorporarse al ejército alemán. En ambas fue rechazado por su baja estatura y porque le faltaban dos dientes delanteros. Por fin, luego de esos fallidos, se presentó ante los reclutadores austríacos, quienes lo aceptaron y lo asignaron a cubrir tareas de medicina en un hospital de campaña en Ucrania.

Luego de instalarse y de recibir el primer cuerpo de un soldado herido en batalla, Kanner, al sentir cómo esa vida se le resbalaba de entre las manos, comprendió que aquel no era su lugar. Sirvió, sin embargo, en distintos hospitales, cada vez más alejado del frente de batalla, hasta que al fin obtuvo la baja.

Después de esa experiencia, tuvo en claro que jamás volvería a un sitio de combate, pero que eso no significaba que no libraría todas las luchas por causas nobles que se le presentasen.

En ese momento, la noche que Aron lo había visitado con una intriga, no solo tenía a su cargo el servicio de psiquiatría infantil del Hospital Johns Hopkins, lo que le insumía muchas horas de su jornada, sino que no dejaba de recibir pacientes. Le robaba a su familia algunas horas más en atender a pequeños que padecían una extraña afección, cuyo estudio se encontraba empantanado desde hacía muchos años. Para la medicina en general, esa enfermedad estaba ligada a la esquizofrenia, pero Leo no lo consideraba así. Los síntomas se evidenciaban absolutamente diferentes, por lo que Kanner no aceptaba que se les realizaran tratamientos farmacológicos correspondientes a una enfermedad que no padecían.

Esos pequeños, que parecían estar desconectados del mundo exterior y con quienes sus desesperados padres no lograban establecer vínculos, se habían transformado en la máxima preocupación de Leo desde que ingresó al hospital. Quizá fue esa convicción y visión lo que llevó al doctor Adolf Meyer, director del Johns Hopkins, a encomendarle, nada más ni nada menos, que crear y dirigir el departamento de psiquiatría infantil, porque había entendido la importancia de destinar recursos económicos y humanos a la investigación de enfermedades de la psiquis en pequeños pacientes.

Ese desafío, aceptado por Leo, fue lo que le permitió, desde su cargo y con los doctores que él particularmente y con riguroso criterio seleccionó, investigar a fondo sobre esta particular enfermedad. Logró conformar un excelente equipo de colaboradores. Cada paciente que ingresaba con características compatibles a las del grupo de estudio era admitido en una sala especial del departamento, donde Kanner con los miembros del equipo, aplicaban sobre ellos los avances producto de sus investigaciones, con singular éxito, medido con respecto a otros nosocomios.

Leo documentaba todos y cada uno de los casos de estudio, las técnicas aplicadas, los resultados obtenidos. Ya tenía casi terminado el trabajo. Estaba demorando en publicar su investigación solo porque era un perfeccionista. Ante cada lectura del trabajo encontraba elementos para mejorar o para profundizar un poco más. “Trastornos autistas del contacto afectivo” llamaría a su publicación en ciernes, utilizando el término que la doctora Grunya Efimovna Sukhareva se valió en la una década antes para referirse al mismo universo de pacientes, aunque sin diferenciarlo de la esquizofrenia como sí lo hacía Leo.

Esta bomba que le había arrojado Aron en el balcón de su casa lo obligaba a analizar profundamente su accionar inmediato. Tomar el caso de Rosewood con la seriedad con la que ameritaba, significaría un retraso en la publicación de su trabajo. La búsqueda de Anne absorbería todo el tiempo que le permitiera la actividad como responsable del departamento, al que no podía renunciar. Por otra parte, al trabajo con los pacientes podrían seguir llevándolo adelante los médicos de su equipo, quienes estaban capacitados para hacerlo. Además, le informarían todos los días sobre los avances o retrocesos de los pacientes actuales y de aquellos que se incorporaran al ala especial, mientras Leo se encontrase ocupado en esos nuevos menesteres.

Ya sobre la madrugada, Leo tomó la determinación. Por el momento, tomaría el caso de Aron y, si hiciera falta, armaría un equipo de trabajo, permitiéndose él mismo manejar ambos equipos, el de sus colaboradores en el Hopkins y el paralelo.

Con la tranquilidad de haber tomado la determinación correcta, Leo se levantó del banco. Notó que se le habían dormido las extremidades después de estar tanto tiempo sentado. Tomó por las calles camino arriba hacia su domicilio; pensaba que, quizá, tendría suerte de encontrar a Jenne todavía durmiendo.

* * *

Aron se dio un baño helado para tratar de despejar el sueño que lo envolvía aún. Si bien intentó que el paso por la regadera no fuera largo, el agradable golpeteo del agua sobre su cabeza lo ayudaba a despertar. Era poca la presión del agua y pensó por décima vez en hablar con el dueño para que hiciera la reparación correspondiente, pero la perspectiva de lidiar con fontaneros que inevitablemente ensuciarían todo su pequeño reino con penetrante polvillo lo disuadió. Además, el propietario quizás aprovecharía para aumentar la renta, lo que le traería problemas a su ya ajustada economía.

Por añadidura, el día anterior había sido largo. Cuando se acostó en la cama, le costó conciliar el sueño; evocaba y ordenaba los sucesos del día y pensaba estrategias hacia adelante, aunque sabía que Kanner tendría ya una elaborada.

Habría rogado que Kanner lo invitara a almorzar en vez de a tomar el desayuno, pero la ansiedad de Leo fue alimentada por la efusividad de su relato. “Ese hombre nunca descansa”, se quejó Aron mientras terminaba de vestirse sin imaginar la noche que había pasado Leo en el puerto.

Cuando por fin salió a la calle, una corriente de aire fresco que provenía de la bahía Chesapeake lo terminó de despertar. Se dirigió hacia el encuentro sin dejar de esquivar los obstáculos cotidianos a su paso: vehículos que transportaban mercaderías, vendedores ambulantes, un sinfín de basura en la calle, en medio de una ciudad empobrecida.

La mañana, pese a todo, estaba particularmente agradable para la época del año, una bendición luego de los agobiantes calores húmedos de los días previos. Todo el territorio de Baltimore lindaba con el océano a través de la bahía, por lo que la humedad, sumada a las altas temperaturas

veraniegas, transformaban en pegajosa a cualquier vestimenta. Por tal motivo, en la zona donde estaba el bar al que fue invitado por Leo, claramente sobresalía el color blanco en los elegantes atuendos de los transeúntes.

Cuando al fin dobló en Thames Street y llegó a la cantina The Horse You Came in On Saloon, notó que la fachada había recibido una lavada de cara desde la última vez que había estado allí, aunque mantenía el color celeste característico de los ladrillos que dominaban el frente. Los dos bancos de madera que enmarcaban la entrada simulaban ser los típicos del Lejano Oeste estadounidense como se podía ver en las películas *western* que empezaban a hacer furor en los cines de toda América. “Tengo que ir a ver *La gran jornada*”, se recordó a sí mismo antes de entrar al salón. En esos días, las salas anunciaban con pompa la nueva película de John Wayne. Ingresó a la taberna, miró el enorme reloj de estación de trenes que coronaba la pared principal. Ya eran cinco minutos pasadas las ocho. “Leo debe de estar esperándome en su mesa.”

* * *

En efecto, Leo estaba ubicado en su mesa preferida, que se encontraba en una esquina del bar, alejada por completo de la siempre bulliciosa mesa donde un cartel ampuloso anunciaba que allí se había ubicado el emblema de la literatura estadounidense, Edgar Allan Poe, la última vez que se lo vio con vida en 1849. Esa mesa estaba preservada y vedada para el uso, pero era una atracción publicitada para los turistas que pasaban por Baltimore. Todos querían sentarse al lado, aunque más no fuera un minuto, como si así hicieran contacto con la historia del tan conocido escritor. Kanner se reía de esos visitantes sin dejar de interpretar la lógica subyacente que se desprendía de que el contacto que buscaban con el autor era con lo más cercano a su muerte, cuando esa había sido la gran protagonista de su obra.

Los dueños de The Horse celebraban que la gente ingresara al salón movidos por esa anécdota que ellos mismos se ocupaban de difundir. Incluían dentro de la frondosa decoración de las paredes varias fotos del autor y algunas copias bien conservadas de sus manuscritos, que, según rezaban los carteles colocados al pie de cada uno, eran bocetos originales que Poe había dejado en sus mesas en las habituales visitas. En realidad, el escritor no era un habitué de ese salón, pero a nadie le interesaba confirmarlo.

A pesar de llevar seis años en Estados Unidos, el doctor Leo Kanner mantenía el aspecto de un austríaco recién bajado del barco. Su inglés era tan particular como extraño. Su acento se escuchaba muy marcado y poseía una voz aguda, combinación que causaba gracia y, a veces, resultaba incomprensible sin un poco de esfuerzo para los oyentes. Eso ayudaba, en definitiva, para completar la típica imagen que un ciudadano estadounidense se hacía sobre un inmigrante judío austríaco.

Aron se acercó a Leo. Le pidió disculpas por la demora, recibió una sonrisa por respuesta. Si bien había llegado a Estados Unidos con las costumbres sajonas adoptadas de sus compatriotas austríacos, Kanner se hizo forzosamente tolerante a los modos locales, entre ellas la falta de puntualidad.

—¿Ya te ha llamado Keating?

—Mófate ahora, que ya lo hará, y el que se ríe último... Estoy seguro de que tú ya tienes los próximos pasos planificados, ¿o acaso me equivoco?

—Estás en lo cierto, Aron; yo también confío en que llamará y que, si no lo hace, irás de nuevo a buscarlo sin previo aviso.

—Tengo mucha fe en que llamará.

—Estuve pensando bastante en lo que hablamos anoche. Coincido contigo en que tenemos entre manos un tema de gravedad. Debemos avanzar mucho más para saberlo; lo que tú has hecho es brillante, pero, como dijiste, es la punta del ovillo.

—Sí, lo sé, Leo, por eso te he buscado como socio.

—Necesitamos no solo de tu intuición y conocimiento de periodismo que nos ha traído hasta aquí, sino de una mirada diferente, desde lo médico y lo social para entender qué está pasando allí.

—Supuse que eso lo aportarías tú.

—No es tarea fácil, querido Aron. De resultar ciertas tus sospechas, que estoy asumiendo también como mías, necesitaremos de un equipo mayor de gente trabajando con nosotros. Tengo, si tú la apruebas, a la persona indicada para que trabaje contigo en estas tareas preliminares.

—¿De quién se trata? —indagó Aron.

—De una trabajadora social llamada Mabel Krauss, que conoce el funcionamiento de esta clase de institutos, ya que su trabajo habitual consiste en verificar que las condiciones que brindan a los pacientes sean humanitarias y que buscan la mejoría y probable inserción en la sociedad de los internos. Es una persona que ha metido los pies en el barro tantas veces que ya nada que pueda encontrar le afectaría. Además, se maneja en esas instituciones como un pez en el agua.

—Leo, estoy de acuerdo en conocer a Mabel y, si decidimos que trabaje conmigo me parece fantástico, pero ya sabes sobre mi situación económica, no tengo el dinero para pagarle por sus servicios.

—De eso no te preocupes, déjame a mí.

—Igualmente, te sugiero que en esta etapa me dejes hablar solo con Keating, creo que la presencia de otro personaje puede intimidarlo.

—Tú no conoces a Mabel, espera cinco minutos que debe estar por llegar y luego de que tengas una idea formada estudiamos tu objeción. De todos modos, vayamos pidiendo algo que mi cuerpo necesita energía que este pobre café solo no puede darle.

Aún estaba el camarero tomándoles el pedido cuando ingresó una dama que recorrió con una rápida mirada el salón hasta distinguir al doctor Kanner, quien se puso de pie y le hizo señas para que se acercara a la mesa.

La mujer no pasó desapercibida para el resto de los clientes, en su mayoría hombres, que colmaban el local. Su manera de deslizarse entre las mesas, que dejaba a su paso una ola de perfume francés, hizo que todas las miradas la siguieran.

No era una mujer con rasgos bellos si se observaban individualmente, pero, en su totalidad, sin dudas resultaba muy atractiva. Aron también se levantó del asiento. Ambos saludaron a la dama con una respetuosa inclinación de cabeza; tras besarle la mano derecha, acomodaron una silla para Mabel, quien se quitó los guantes blancos, se acomodó con natural seducción el vestido y tomó asiento en el lugar que los caballeros le habían asignado.

Completaron el pedido al mesero y, mientras lo hacían, Aron la observó. Era una mujer de lindo garbo, de unos treinta y tantos años según el rostro, pero con una mirada que la hacía parecer mayor y un tanto misteriosa. A sus dos acompañantes de mesa no les pasó desapercibido el examen visual al que la había sometido y sonrieron entre ellos, lo que puso en evidencia al periodista, que se maldijo a sí mismo porque estaba perdiendo la capacidad de que este tipo de actos pasasen desapercibidos, arma fundamental en su profesión. Como era de prever, su amigo no hizo más que profundizar su vergüenza.

—Estimada Mabel, te presento a Aron; Aron te presento a Mabel, a quien creo que ya tuviste el gusto de conocer recién.

—Mucho gusto, señorita, disculpe usted, pero soy muy exigente al aceptar trabajar en con alguien —se excusó Aron para de salir en forma elegante del brete en el que lo colocó Leo.

—El gusto es mío, caballero. Yo también soy exigente, así que espero que demuestre que es digno de trabajar conmigo. Leo, espero que el motivo por el que me citaste sea urgente e importante, ya que ni siquiera me diste tiempo para maquillarme y así aprobar el examen de tu amigo.

Los siguientes quince minutos fueron suficientes para que Aron le resumiera a Mabel todo lo que ya le había contado a Leo la noche anterior. Varias veces, siempre en forma educada, lo interrumpió Kanner, que aportaba los detalles que Aron omitía, en algunos casos deliberadamente, para no darle toda la información a una persona desconocida hasta hacía media hora.

Cuando terminó el relato, mientras ya saboreaban el desayuno, Leo comenzó a complementar el relato con su planificación.

—Creo que una vez que Keating restablezca el contacto con Aron, debemos tener una reunión con él a la que sugiero que vayan ustedes juntos. No sabemos si su reacción será colaborativa o defensiva, no sabemos si él tiene que ver con la desaparición presunta de Anne, pero podemos interpretar que, si la enfermera Eunice te sugirió hablar con él, es probable que sea ajeno a lo sucedido a Anne y que esté dispuesto a colaborar.

—Leo, te reitero mi opinión acerca de que considero mejor tomar contacto primero solo con Keating...

—Aron, no temas, Mabel sabe cómo hacer este tipo de trabajos, ha descubierto muchos malos tratos en institutos nobles, que a ti y a mí se nos pasarían por alto. Está entrenada para que, en esa entrevista, que puede ser la única oportunidad, no se te pasen detalles ligados a su especialidad.

El periodista hizo un gesto afirmativo. Observó de reojo una gran sonrisa de regocijo en el rostro de Mabel.

—Ahí comienza, querida Mabel, tu participación en la reunión, para utilizar tus conocimientos sobre el funcionamiento de las instituciones, de modo que Keating se sienta cómodo hablando con alguien que habla su propio idioma.

Aron finalmente estuvo de acuerdo en lo propuesto por Leo y sugirió que la primera reunión se realizase en el condado de Montgomery para que Keating se sintiera más cómodo y que luego los sucesivos encuentros, si los había, se hicieran en el despacho de Kanner.

—Deberíamos no perder de vista el rol de Eunice que, según percibo en el relato de tu amigo, podría ser de gran utilidad —acotó Mabel dirigiéndose solo a Leo, lo que demostraba que la desconfianza de Aron hacia ella no le resultaría gratuita.

Finalmente quedaron en otorgarse un plazo de veinticuatro horas para que Keating se comunicara o de lo contrario viajarían ambos a Gaithersburg.

Se despidieron los tres en la salida del bar y cada uno siguió su camino. Aron fue directo a la redacción de *The Baltimore Sun*, ya bajo el fulminante rayo de sol que, apenas caminó dos cuadras, comenzó a hacer mella en su pretendida elegancia.

* * *

Jennifer, la secretaria del editor de *The Baltimore Sun*, miraba con extrañeza a Aron. Llegó a las diez de la mañana, con una bolsa de delicias que había adquirido en una confitería en el camino al periódico y que repartió entre los compañeros de redacción. Pero no fue ese gesto lo que llamó la atención de Jennifer, ya que Aron era sumamente gentil por lo que no le parecía inusual que quisiera convidar a sus colegas. Lo que le despertó la intriga fue que, cuando su costumbre consistía en no permanecer más que diez o quince minutos en la redacción, ese día pasó la mañana completa allí.

Apenas llegó, le preguntó si no había recibido alguna llamada para él en su ausencia, lo que ciertamente no había ocurrido. Por supuesto que, en ese ámbito, el teléfono repiqueteaba todo el tiempo, de modo que, cada vez que eso ocurría, Aron miraba en su dirección esperando una señal que le indicara que era una llamada para él.

Apenas pasado el mediodía, Aron ya no esperaba y observaba, sino que corría a atender el teléfono. Con un gesto de frustración, derivaba el llamado a otra persona pidiéndole que fuera breve ya que esperaba una llamada importante. Como su comportamiento se volvía cada vez más extraño, Jennifer lo regañó con una mirada desaprobatoria. Aron pareció aplacar la ansiedad, pero se quedó en la redacción, mientras simulaba trabajar en una investigación para la que requería consultar los archivos. Sin embargo, esa fachada solo duró un rato: a las dos de la tarde sonó una vez más el teléfono de la redacción. Aron contuvo su impulso de atender, pero se paró al lado de Jennifer, quien lo miró con disgusto.

—*The Baltimore Sun*, buenas tardes, mi nombre es Jennifer. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Buenas tardes, habla el doctor Frank Keating y necesito comunicarme con el señor Aron Lewin.

Jennifer lo miró mientras tapaba con la mano el micrófono del aparato telefónico.

—Es para ti, Aron. ¡Al fin! Ya me estaba por dar una úlcera si seguías revoloteando a mi alrededor. Por favor, toma la extensión que está en el despacho del jefe, ya que él no viene hasta la tarde —ofreció Jennifer con complicidad.

—¡Gracias, Jenny, te debo una!

Aron no se animó a tomar el sillón del director por si llegaba más temprano de lo previsto, se sentó en el de las visitas, que, de todos modos, era más mullido que todos los demás de la redacción. Tomó el moderno aparato telefónico y dijo con la voz más calmada que le permitió su ansiedad:

—Buenos días, doctor Keating, es usted muy amable en llamarme, aunque no tenía dudas de que lo haría.

* * *

Al día siguiente estaban reunidos en su oficina en el Hospital Johns Hopkins Kanner, Mabel y Aron. El doctor Keating había sido muy amable en la conversación telefónica con el periodista y había declinado el ofrecimiento de entrevistarse en el pueblo en el que residía. Prefería encontrarse con ellos en la capital del estado, donde debía realizar unos trámites.

La oficina era de una austeridad estudiada. Predominaba el color blanco tanto en las paredes como en los marcos y ventanas, contrastado por coloridos cuadros pintados por algún artista local, de seguro elegidos por Jenne. También adornaban las paredes numerosos diplomas que acreditaban los profusos logros académicos de Kanner en ambos continentes, en los que resaltaba su nombre, algunos de ellos escritos en alemán y otros en inglés, además de un vasto número de placas recordatorias de sus actividades comunitarias desarrolladas en Baltimore.

El escritorio era sobrio, de madera maciza, muy bien ordenado; ningún papel estaba fuera de lugar. Desde la ventana del despacho, se alcanzaba a distinguir el puerto.

Puntualmente a las nueve, la secretaria de Kanner golpeó la puerta de la oficina y anunció la llegada del doctor Frank Keating. Leo le indicó que él mismo iría a recibir al visitante, salió de su oficina, caminó los veinte metros hasta Keating con una sonrisa, cuando llegó a su lado se dieron un fuerte apretón de manos y lo invitó a acompañarlo a su oficina. En el trayecto le solicitó a la secretaria que llevara café para cuatro.

Luego de las presentaciones de rigor, Leo tomó su papel de anfitrión.

—Estimado colega, es un enorme placer volver a verlo, me he enterado por mi amigo Aron que ha dejado su puesto de director en Rosewood, lo que me ha sorprendido muchísimo. Le agradezco en nombre de los tres que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí.

—El placer es mío, doctor. Respecto a mi renuncia como director de Rosewood, es algo que seguramente quedará aclarado cuando finalicemos esta reunión.

—En rigor de verdad, doctor, usted está aquí gracias a la tenaz tarea del señor Lewin, por lo que me parece atinado dejar que sea él quien le comente los pormenores de su investigación que nos guio hasta esta instancia.

—Muchas gracias, doctor Keating, por su predisposición; y gracias, Leo, por cederme la posibilidad de explicarle al doctor lo que hemos podido avanzar. En primer lugar, le pido disculpas por la manera en que lo abordé en *The Big Fish*, pero desconocía cuál sería su predisposición hacia esta investigación.

Sin más preámbulos, Aron contó todos los pormenores de la información que pudo recabar por las diferentes vías, aunque mantuvo en reserva el nombre de la enfermera Eunice, tal como había pactado con ella.

Keating escuchó todo con aparente paciencia, sin interrumpir en ningún momento el relato. No quería perderse detalle ni desviar a Aron en la ilación de lo que contaba. El relato culminó con la charla en el café con la enfermera.

—Estimado joven, lo felicito por sus habilidades investigativas, debo reconocer que no me gustó la manera en que me visitó el otro día, pero entiendo el motivo por el que lo hizo de esa forma. Lo que usted ha descubierto a raíz de esa carta es la punta del iceberg que hundió al *Titanic*. Les agradezco la oportunidad que me brindan de buscar la verdad que está bajo el agua. Desde ya cuenten con mi ayuda. Pero antes debo ponerlos al tanto de todo advirtiéndoles que no será tan fácil desentrañar esta madeja.

* * *

Por la ventana del despacho, ingresaba al recinto una bulliciosa composición de sonidos, rara mezcla de gritos lejanos vociferados por los trabajadores del puerto que, tras terminar la jornada, se alejaban para apurar algunas frías cervezas que, además del calor acumulado, aflojaban sus ya escasos modales; ese devenir sonoro se confundía con las conversaciones mucho más sosegadas de las enfermeras de la clínica cuando cambiaban de turno. Sin embargo, como un experto en oratoria, Keating logró sin esfuerzo mantener a su pequeño auditorio expectante de sus palabras.

—Esta historia, que comienza hace más de diez años, fue la causante de mi renuncia como director. La institución fue fundada por el Estado de Maryland con el nombre de “Asilo y Escuela de Capacitación para Deficientes Mentales”. Más tarde modificó su nombre por el de “Escuela de Capacitación estatal Rosewood” junto con un cambio en la orientación. En la carta fundacional, se proclama que, frente a la situación de los niños débiles de mente a los que el Estado no está en condiciones de admitir en sus escuelas, debía crearse un hogar y una educación práctica para ellos, sin dejar de brindarles la atención especial necesaria para asegurar su desarrollo. —Hizo una pausa, como si estuviera reencontrándose con recuerdos tanto felices como dolorosos—. Esto quiere decir que Rosewood ni fue ni es un depositario de enfermos mentales, es un instituto que persigue el aprovechamiento al máximo de las capacidades del paciente en su propio beneficio. Así lo entendieron sus fundadores, y así lo entendí como conductor del mismo. —Tomó un respiro, sorbió un poco de agua de un vaso que le procuró Leo y continuó—. Al comienzo de los años veinte, comencé a advertir el accionar de un abogado, el doctor Harry B. Wolf, que desde un comienzo me causó escozor. Llegó a mi despacho de director una notificación de un tribunal de Baltimore, por la cual se nos citaba a una audiencia judicial, a la que concurrí acompañado por el asesor letrado de la institución. En esa audiencia, fuimos notificados sobre la resolución favorable por parte del honorable tribunal a un *habeas corpus* interpuesto por el doctor Wolf en representación de una paciente de Rosewood que estaba internada allí desde hacía varios años.

—No comprendo —dijo Leo—; por lo que sé, y corrijame si estoy equivocado, las internas de Rosewood no están capacitadas para contratar un abogado, por lo que la curatela, es decir, la representación legal, queda en potestad del instituto desde que son allí internadas por sus familiares.

—Está en lo cierto, doctor Kanner, es así. Eso motivó que allí mismo presentáramos una moción al tribunal para impugnar la representatividad del abogado.

Kanner aprobó esa acción con un movimiento de cabeza.

—El tribunal no hizo lugar a nuestro rechazo, ya que mediante una argucia legal el abogado se había arrogado la representatividad de su cliente aduciendo que no debería haber estado jamás institucionalizada, ya que no estaba afectada por ninguna incapacidad mental que lo justificara. Por lo tanto, el principio que debería haber primado, según su presentación, era que fue errónea la admisión involuntaria. Si ese hecho fue incorrecto, mal podía serlo depositar su representatividad en las autoridades del instituto.

—¿Cómo llegó el tribunal a aprobar ese punto con un argumento tan poco creíble? —protestó Kanner.

—El abogado acompañaba ese pedido con un importante volumen de documentación suscripta por profesionales médicos a quienes conozco mucho y que no gozan de prestigio y credibilidad entre la comunidad científica de Baltimore. Resulta obvio que, dado que los tribunales están a cargo de doctos en leyes en vez de expertos en salud, esos documentos fueron suficientes para inclinar la decisión del juez en favor del pedido de Wolf.

Fue entonces cuando Mabel, que escuchaba en silencio el relato del exdirector, intervino:

—Doctor Keating, hasta una persona lega como yo, con mi sentido común, advierto que esta fue una evidente aberración jurídica.

—Supongo que apelaron a una instancia superior —indagó Leo.

—Ya voy a llegar a ese punto, doctor Kanner —acotó Keating para luego proseguir su exposición—. El juez que presidía la corte, al no presentarse nadie en representación de la familia que hacía años no visitaba a la paciente, e ignorando nuestras airadas protestas, asignó en esa primera y única audiencia, la custodia de la joven a una familia acaudalada de Baltimore hasta su adopción definitiva. La familia fue sugerida por el mismo abogado interviniente.

—¡Entonces todo aquello fue un circo! —lanzó Aron de un modo iracundo que en circunstancias afloraba en él.

—Así es, Aron, estaba todo puntillosamente arreglado antes de la audiencia. El juez dispuso que su sentencia fuera de ejecución inmediata, no nos permitió presentar nuestras argumentaciones antes de hacerla efectiva, lo que nos dejó solo la vía apelativa, que el doctor Kanner mencionó hace instantes y que, por supuesto, iniciamos —aseveró Keating—. Para ese recurso, no logramos la misma celeridad que Wolf obtuvo para el fallo de primera instancia. Además, a pesar de presentar de inmediato la apelación, no tenía efectos suspensorios, por lo que lo dispuesto por el juez de primera instancia resultó de cumplimiento inmediato, mientras se sustanciaban nuestras presentaciones en queja.

»Imaginen ustedes nuestra indignación. Sin embargo, no pudimos oponernos a lo que la justicia dictaminó. De esa manera, la paciente, que a nuestro entender debía continuar internada, fue retirada de Rosewood por la familia de custodia ante la incertidumbre de todos. Ese acto se cumplimentó con la presencia de la fuerza pública por si a alguien del nosocomio se le hubiera ocurrido oponerse a la medida, además de la insidiosa supervisión del letrado Wolf.

Lo manifestado por Keating, dejó estupefactos a sus interlocutores; en especial a Kanner quien le requirió a Frank los nombres de los profesionales que firmaron la documentación liberatoria. Apenas leyó los nombres de la lista, con un gesto de fastidio, coincidió con Keating en lo poco calificado que eran.

En ese momento, la atención de las cuatro personas reunidas en el despacho del doctor Kanner se vio alterada por el repentino sonido del aleteo y los graznidos de dos cuervos americanos de brillante plumaje negro azabache, que, en ese momento, se posaron sobre el marco inferior de la ventana. Buscaban para alimentarse las semillas que, desprendidas de los frondosos árboles del parque circundante, la brisa había depositado en ese sitio.

Keating prosiguió su oscuro relato.

—Aún no habíamos superado ese trance, cuando comenzaron a llegar otras citaciones judiciales a nuevas audiencias frente al mismo tribunal, promovidas todas por el doctor Wolf en representación de diferentes pacientes. Ante esta situación, convoqué a una reunión extraordinaria del bureau del Instituto Rosewood, para ponerlos al tanto de lo que se estaba produciendo. La asamblea me dejó aún más desorientado. Nuestro abogado expuso lo ocurrido en la primera audiencia con el resultado negativo que obtuvimos. Me tocó a mí explicar cómo luego se materializó ese revés judicial con el retiro de la interna y, por último, puse al tanto a los miembros sobre la avalancha de audiencias a las que estábamos siendo citados. El presidente del bureau indicó que, como institución estatal que éramos, debíamos ceñirnos a lo que indicara la justicia en cada caso y que concurríamos a las siguientes audiencias para intentar un resultado positivo. En su discurso dejó entrever una descalificación hacia nuestro accionar al agregar que deberíamos planificar mejor nuestra estrategia jurídica, como si conociéramos de antemano el posible escenario al que nos enfrentaríamos.

—Perdón, doctor, me parece una posición muy pasiva la del instituto.

—Exacto, doctor Kanner, no logré transmitir a los integrantes del bureau mi indignación, ni mi el convencimiento de la necesidad de hacer un planteo mucho más enérgico. Se podría haber recurrido a todas las vías a nuestro alcance, incluyendo las políticas, si hubiésemos aprovechado lo influyentes que eran varias de las personas que por aquel momento conformaban el organismo colegiado.

—Lamentable y descalificable actitud —aseveró Leo que apoyaba la irritación que se notaba en el rostro de Keating.

—Por supuesto que las audiencias llegaron. En cada una de ellas, con los mismos exactos argumentos, recibimos, como bofetadas en la cara, las sentencias favorables a Wolf, quien extrajo de Rosewood pacientes que evidentemente no debían abandonar la institución. Las demandas eran idénticas en su forma, solo cambiaban los nombres de las pacientes y los de las familias sugeridas como adoptantes. Algo me llamó la atención; advertí que un patrón se repetía: todos los casos eran referidos a pacientes que no recibían visitas de sus familiares, lo que le permitía a Wolf asumir su representación legal sin oposición. Alguien puertas adentro de la institución proveía al abogado los perfiles adecuados, pero no pudimos descubrir quién era ese infiltrado.

—Debió de ser alguien que tenía acceso a información restringida; no tendría que ser tan difícil determinar quién lo hizo —sugirió Mabel que parecía irritada por el relato.

—No se preocupe —le dijo un Keating avergonzado—. Yo mismo me hago las mismas recriminaciones, me siento muy frustrado por no haber sido capaz de descubrir en aquel momento, y hasta el día de hoy, cómo fue que ocurrió esa fuga de información frente a nuestras narices.

Vanos resultaron los intentos de Leo de hacer sentir un poco mejor al exdirector.

—Vi ejecutar ante mis narices, y sin poder mover un dedo para evitarlo, ocho sentencias favorables a Wolf que dejaban en manos de esas familias de la alta sociedad a personas que no estaban preparadas para afrontar una vida fuera de las paredes de Rosewood. No solo lo percibía como una derrota profesional, sino ya como algo personal.

—¿No encontró manera de detener esa sangría? —preguntó Mabel con una congoja empática con los sentimientos del doctor Keating.

—Recurrí una vez más al bureau para manifestar mi indignación ante la aberrante corruptela que estaba llevándose adelante, ya sin margen de dudas de que era algo organizado. Tanto los jurados, los médicos que firmaban los informes falsos, el abogado y las familias receptivas de las pacientes formaban parte de una conspiración en la que debía circular mucho dinero. Para mi sorpresa, el bureau se pronunció por no denunciar una maniobra delictiva de la que, según nos indicaron, no teníamos pruebas sino sospechas y que no era suficiente para iniciar una denuncia que pudiera volverse en contra de la institución que los directivos estaban obligados a proteger.

En ese momento intervino Aron:

—¿Qué más pruebas necesitaban que saber que los informes eran prescritos por médicos con un historial oscuro?

—Volví de esa reunión con el ánimo por el suelo, la moral destruida y una decisión adoptada. Yo no sería cómplice de esa perversión. Tampoco podía luchar como un quijote contra una confabulación que pareció incluso llegar al propio bureau del instituto. Ese mismo día presenté la renuncia indeclinable a mi cargo, me dirigí personalmente a cada uno de los miembros del cuerpo colegiado para decirles en la cara cuán indignos del puesto que ocupaban me parecían, además de que lo que estaban apañando era lo más vil que había visto en mi extensa vida profesional. Ninguno de los señalados atinó a la más mínima defensa ante mis dichos. Probablemente, estaban esperando que dejara mi cargo. Ni siquiera me despedí del personal, retiré las pocas pertenencias de mi despacho y me fui a mi casa. Al día siguiente, tomé el autobús a Gaithersburg, donde llevé una vida tranquila mientras atendía a mis pacientes e intentaba olvidar lo inolvidable, hasta que me encontró el sabueso Aron.

Después de un minuto de silencio en el que cada uno de los oyentes trató de asimilar lo escuchado, y Keating se repuso de los amargos momentos que le volvieron como fantasmas, Aron preguntó:

—Doctor Keating, ¿Anne Mann fue una de las pacientes afectadas por el accionar de Wolf?

El rostro de Keating de golpe se oscureció y pareció avejentar varios años en esos segundos antes de contestar.

—La respuesta a tu pregunta es no, Aron. Anne aún estaba internada cuando yo me retiré de Rosewood. A Anne la perdimos cuando yo ya no era director del instituto. No fue a manos de Wolf, sino de uno de sus aprendices.

Los tres compañeros de reunión de Frank advirtieron que aquel “la perdimos” lo dijo en primera persona del plural. Para Keating se trataba de una pérdida personal. Guardaron un respetuoso silencio. Ninguno quiso indagar más sobre el alcance de esa expresión y por consiguiente sobre la manera en que Keating se enteró de la desaparición de Anne si ya no estaba en funciones.

CAPÍTULO 4

—Anne fue retirada del Instituto Rosewood por las maniobras del doctor Wolf y sus sucesores.

—¿A qué se refiere con “sucesores”, doctor Keating? —preguntó Mabel que formuló lo que todos querían saber.

—Las actividades deshonestas de Wolf no fueron solo las relativas a Rosewood. Era un abogado especialista en maniobras *non sanctas*. Y, tarde o temprano, ese tipo de individuos tropieza engeguedo por la codicia. En su caso, fue acusado por obstruir a la justicia en una investigación por una muerte de etología dudosa. Debido a esa causa, Wolf fue expulsado del Colegio de Abogados y debió retirarse de la profesión, con unos cuarenta años de edad. Por supuesto, con suficiente dinero para no tener que volver a trabajar el resto de su vida.

»Sin embargo, los abogados inescrupulosos sobran por aquí, de modo que otros letrados tomaron la posta. Por lo que tengo entendido, los casos como el de Anne continuaron con otros actores, luego de mi retiro, bajo la vista gorda que hicieron los que me sucedieron en la dirección de Rosewood.

Leo Kanner, entró en uno de sus silencios profundos. Apoyó los codos sobre el escritorio y se cubrió la frente con una mano. Así permaneció, inmóvil, durante al menos cinco minutos. Aron y Mabel ya conocían esos trances, no era la primera vez que lo veían en ese estado. Pero Keating se veía desorientado y hacía mudas preguntas a los demás para ver si todo estaba bien.

Luego de ese mutismo, Kanner se aclaró la garganta, tomó un vaso de agua y, por fin, expresó el plan que había estado elaborando en ese momento de profunda meditación.

—Primero necesito estar seguro de si están ustedes dispuestos a ingresar en un terreno fangoso que no se limitará a una investigación periodística. Nuestro objetivo será conocer qué fue de la vida de esas pobres personas retiradas del instituto, averiguar en dónde están en este momento y rescatar a la mayor cantidad posible de ellas. Pero, luego de reunir la información, llevaremos el caso a los estrados para determinar y hacer públicas las responsabilidades de los actores. Sepamos y seamos conscientes de que, en esto, iremos contra un sistema corrupto y contra gente poderosa de Baltimore. Tenemos que estar seguros de que estamos dispuestos a ser difamados por aquellos a quienes acusemos. Dirijo la inquietud especialmente a usted, doctor Keating; no lo tome a mal, ya que se lo digo con todo el respeto que se merece. Quizás usted se vea salpicado por los hechos acontecidos bajo su dirección y que no fueron denunciados a la justicia, aunque ya conocemos nosotros los motivos que lo desalentaron a hacerlo. Usted consideró que lo ético era renunciar, pero hay un posible delito de omisión de denuncia, eso debe saberlo.

—Doctor Kanner, vivo con esa carga desde el día que dejé el cargo, me cuesta conciliar el sueño pensando en aquellos sucesos. No dude ni por un segundo que mi deseo más profundo es subsanar en lo posible el daño que no pude, en su momento, evitar que sufrieran estas personas a

quienes era mi deber proteger. Seguramente, con su ayuda, lograremos desentrañar el accionar turbio del que no pueden ser ajenos personajes públicos y notorios de la justicia y de la sociedad de Baltimore. Entiendo y acepto que deberé afrontar el costo de mis acciones u omisiones. Le agradezco la consideración que me tiene a pesar de mis graves errores.

—No se castigue usted tanto. Comprendo, y creo hablar también por Mabel y Aron, que hizo lo que creyó posible. Cuando sintió que no podía luchar contra el sistema solo como estaba y con la sospecha de que el bureau estaba implicado, no tuvo otro camino más que la renuncia. Pero le aseguro que juntos, los cuatro, haremos todo lo necesario para desenmascarar la organización y trataremos de reparar, aunque sea mínimamente, el daño ocasionado en las pacientes, aunque temo que en muchos casos ya sea tarde.

Mabel y Aron asintieron, lo que le dio el pie suficiente a Leo para comenzar a compartir el plan que tramó en aquellos cinco minutos de silencio.

—Veo dos caminos que deberemos transitar simultáneamente; uno de ellos, quizás el más difícil de lograr pero que nos ayudaría a ganar tiempo, nos lleva inexorablemente a Wolf. —Ante el gesto de asombro y las protestas de sus acompañantes, especialmente de Keating, Leo siguió hablando—. Ahora que estamos los cuatro de acuerdo en ingresar a estas arenas movedizas, es mi responsabilidad tomar los recaudos para que, en todo lo que hagamos, tengamos cubiertas nuestras espaldas. En lo personal, no puedo, por un paso en falso, poner en riesgo el prestigio del hospital donde soy funcionario. La vida privada de una persona deja de serlo cuando su nombre figura en la placa de ingreso de un hospital tan acreditado. De igual manera, las investigaciones que, junto a mi equipo, tenemos en curso en el departamento de psiquiatría infantil se podrían ver oscurecidas si mi nombre sufriera alguna mancha. Lo mismo le sucederá, con certeza, a cada uno de ustedes. Necesitamos, antes de continuar, contar con una asistencia legal y creo que tengo a la persona adecuada para eso. Si no les resulta inconveniente, les propongo que discutamos cada paso a dar en adelante con mi amigo y abogado personal, John Benmiske, quien dirige un renombrado bufete de abogados.

Con el acuerdo de los presentes, Leo pidió a su secretaria que lo contactara con el abogado. Propuso suspender la reunión hasta luego del almuerzo, para poder conversar con su amigo, sin dejar de invitar a Keating a ese encuentro.

* * *

El doctor Benmiske había iniciado su carrera en los tribunales penales del Estado de Maryland aún antes de recibirse de abogado. Su padre, William Benmiske Jr., ejerció como juez durante más de dos décadas. Cumplió esa función en todas las instancias que conformaban el sistema judicial de Maryland. Comenzó la carrera como juez en el Tribunal de Distrito, en el que se dirimían cuestiones menores, para pasar luego por el Tribunal de Circuito, ante el que desfilaban los casos penales más graves; finalmente actuó en la máxima instancia del estado, como juez de los Tribunales de Apelación que definían los casos en los que la fiscalía o los representantes del condenado planteaban cuestiones de disconformidad con la actuación de los jueces de los tribunales de menor jerarquía.

John recibió en su hogar la pasión por el derecho, y se encaminaba a continuar los pasos de su padre ya retirado, cuando le tocó actuar como fiscal en un caso en el que se juzgaba a un reconocido abogado por el asesinato de su exmujer y de quien era su pareja en ese momento. Se trataba de un caso muy fácil de probar para el Estado. John no tuvo problemas en demostrar ante el jurado la culpabilidad del acusado. Sin embargo, le defensa presentó un recurso con un viejo artilugio legal ante los Tribunales de Apelación, que invocaba un improbable supuesto descuido en la cadena de custodia de una de las pruebas condenatorias. Se impugnó lo resuelto por el juez de primera instancia y se tuvo que realizar un nuevo juicio. La reacción de John no se hizo esperar, dio una conferencia de prensa en las escalinatas mismas de los tribunales, acompañado de los familiares de las víctimas. Denunció que una actitud corporativista de los letrados de Baltimore había beneficiado a uno de los suyos, hecho que le hacía descreer a él mismo de la imparcialidad del sistema judicial de Maryland. Entonces, anunció en ese mismo lugar su renuncia a la fiscalía. Desde ese momento, John continuó con su lucha desde su bufete de abogados; aceptaba todos los casos en el que se veían vulnerados los derechos de cualquier ciudadano; en especial, si había que enfrentar a la camarilla judicial, lo que le dio no pocos dolores de cabeza.

Durante el almuerzo al que fue invitado de urgencia, Kanner se disculpó por lo imprevisto de la convocatoria y lo interiorizó de los hilos que habían podido recoger, haciendo hincapié en la necesidad de que alguien como él, experto en leyes y especializado en maniobras turbias en los tribunales participara en el trabajo que se avecinaba. Como Leo sospechaba —motivo por el cual invitó al exdirector a participar de la reunión—, Benmiske hizo numerosas preguntas a Keating sobre detalles de los procesos; cosas que jamás se le hubiesen ocurrido preguntar a Leo, quien sonrió para sus adentros por el acierto de haber invitado a su amigo abogado. Las sospechas de conspiración que dejó intuir Benmiske en sus preguntas, incluyeron al asesor letrado que representaba a Rosewood en aquellos juicios, de quien Keating nunca había desconfiado hasta ese momento. Indagó acerca de la documentación que poseían sobre los procesos, a lo que Frank acotó que en su domicilio había archivado varias cajas con legajos que atinó a retirar de su despacho al momento de su renuncia. John le preguntó si había posibilidades de acceder a dichos documentos, y a otros que a él se le ocurriese pudieran ser de valor.

—Por supuesto que ansío aportar todo lo que está en mi posesión e incluso imagino que, así como los legajos procesados en mi mandato estaban bajo custodia en mi despacho, los correspondientes a juicios posteriores deberían estar en el mismo mueble de archivo en mi oficina, perdón, en la oficina de mi sucesor.

—Leo, conozco muy bien a Wolf, no tengo dudas de lo que el doctor nos ha contado, pero es mi responsabilidad como asesor estudiar minuciosamente los documentos que respaldarían una acción legal de nuestra parte. Te ruego que me brindes la posibilidad de tomarme el día de hoy, quizás también mañana, para analizar todo antes de darte una respuesta.

—Por supuesto, John —aceptó Leo—. Es más que razonable tu pedido.

—Estimados, como Leo conoce, yo no vivo en Baltimore, debo volver a mi domicilio no solo a buscar esos documentos, sino a arreglar algunos asuntos de agenda con mis pacientes.

—Ningún problema, Frank —dijo Kanner—. Pongo a su disposición mi vehículo para que Aron lo traslade a Gaithersburg y regrese de inmediato con las cajas que usted menciona, así John puede ir estudiando los documentos. Por favor, tómese el tiempo necesario para resolver sus asuntos antes de regresar aquí.

—Me parece una gran idea, doctor Kanner, yo regresaré aquí en dos días a más tardar.

—Coincidirá con el tiempo que necesito para estudiar el caso —asintió John.

—Querría hacer un aporte más a raíz de lo que hablamos —agregó Keating mientras tomaba de un sorbo el café que el camarero les había servido una vez finalizado el almuerzo—. Es respecto a los documentos que supongo se encuentran en el despacho de Blate. Se me ocurre quién puede ayudarnos si fuera necesario llegar a ellos.

* * *

—He podido leer exhaustivamente la documentación que me proveyó el doctor Keating. No solo yo, sino que también lo hizo uno de mis asociados —aseveró John cuando se reunieron los cinco en la oficina de Leo dos días después de aquel cuarto intermedio—. Los hechos que demuestran son tan contundentes para probar las maniobras, como de difícil utilización en caso de judicializar el tema. Como le adelanté a Leo en el primer momento, Wolf es un viejo conocido. Sus habilidades de zorro están plasmadas en la forma que manejó los casos que estamos estudiando. —Hizo caso omiso a la decepción dibujada en los rostros de los cuatro oyentes y continuó—: Si ustedes me preguntan si resulta evidente que se ha manipulado la realidad para obtener los fallos que obtuvo Wolf, les respondo con un rotundo sí. Si me interrogan acerca de la injusticia cometida con las pacientes, les declaro mi más profunda indignación. Me hierve la sangre como a ustedes. Por una vez en mi vida me tienta abandonar mi compostura y buscar a Wolf para darle su merecido personalmente. Si la pregunta es si los hechos llevados a cabo por el mismo Wolf y hasta por el abogado que lo asesoraba a usted, doctor Keating, pasando por médicos y jueces, configuran un delito evidente, lamento desilusionarlos, pero la respuesta no es tan taxativamente positiva.

Leo notó que el aire que se respiraba en el despacho se volvía denso, fue hacia la ventana, abrió de par en par los postigos, para dejar entrar la luz que a esa hora de la mañana iluminó por completo la habitación.

—John, te agradezco la sinceridad y profesionalidad que le estás agregando a nuestras ansias de justicia. Dinos si tenemos alguna posibilidad de rescatar a las mujeres, muchas de ellas niñas, que están en manos de familias que se las apropiaron.

—A decir verdad, Leo, compañeros —declaró John que se sentía parte del equipo—, creo que, si bien las acusaciones en el campo de lo legal pueden no resultar fructíferas, no por ello deben ser desechadas. El ejercicio del derecho no es una ciencia exacta. Créanme que he visto casos en los que todo apuntaba hacia una sentencia, y la resolución de los jueces terminó resultando la contraria a la esperada. Creo que, si logramos que el jurado entienda la marcada intencionalidad de las atrocidades cometidas “legítimamente” por un grupo de personas, tenemos alguna posibilidad. Nosotros debemos actuar con la firmeza de quienes se sienten ganadores, cuidando no pasar la línea que, si me permiten sumarme a su grupo, les iría marcando ante cada paso que se fuera a dar.

Leo consultó con la mirada a Aron, a Mabel y a Keating quienes, cada uno a su turno, fueron asintiendo.

—John, es un orgullo que te sumes.

—Ya revelé que Wolf es un individuo que conozco al dedillo. Y él también me conoce de la misma manera. Sabe que, si estoy frente a él, no cejaré en mis esfuerzos en destruirlo definitivamente, ya que es una lacra que deja muy mal parada a nuestra profesión ya de por sí vapuleada. Nuestra ventaja, paradójicamente, es que Wolf cree que ya no tiene nada que perder. No ejerce su profesión y su prestigio está por el piso, pero mantiene el nivel de vida que sus riquezas mal habidas le permiten. Sin embargo, todos tenemos nuestro talón de Aquiles. En su caso creo que es esa sensación de impunidad que le hace subestimar el peligro. Estoy seguro de que entre los pésimos antecedentes que pesan sobre él referidos a su conducta en el accionar judicial que lo llevaron a perder la licencia, debe de haber algunos que excedan el marco de la ética profesional por la que fue juzgado por sus colegas. El hecho de que el Tribunal de Ética del Colegio de Abogados de Maryland no haya elevado las actuaciones a nivel penal, no significa nada, ya que quienes posiblemente debieron denunciarlo se verían salpicados por esas mismas causas, aunque más no sea como cómplices. Él debe conocer, ya que no es ningún improvisado, que, si recayera sobre él alguna denuncia por la comisión de fraudes reiterados, una condena le birlaría esa comodidad y le haría pasar un tiempo en prisión además de sufrir la incautación de sus bienes, de modo que no podría ni pagar una fianza, ni gozar de ellos al salir. Y si quedase un remanente, sus propios abogados se los quedarían para cobrarse los honorarios.

—¿Tú crees, John —inquirió Leo—, que Wolf es consciente de ese peligro, como para colaborar con nosotros a cambio de alguna inmunidad?

—Creo que sí, pero para ello hay que hacerle creer que contamos con mucha más información condenatoria de la que poseemos. Allí está nuestra habilidad. Si logramos esa confesión de Wolf las probabilidades de éxito en nuestro caso se multiplicarían.

—Quizás logremos de él información preciosa a cambio de negociar su parcial exculpación si es que el caso, como espero, llega a los tribunales.

* * *

Una vez conocido el panorama jurídico, Leo esbozó la estrategia a seguir, que fue elaborando sobre la marcha, a medida que el abogado exponía las opciones que tenían.

—Creo que debemos dividirnos en dos equipos en este momento, uno de ellos, profundizará junto a John el armado del caso judicial, mientras que el otro estaría en condiciones de comenzar con Wolf.

—Doctor Keating, usted mencionó el otro día que tenía en mente la manera de conseguir los archivos de los juicios posteriores a su renuncia, ¿podría explayarse sobre ello?

—Efectivamente, John, conozco a la persona indicada. Se trata de una enfermera que yo consideraba mi mano derecha dentro del equipo, pero desconozco si aún permanece en Rosewood. Si es así, ella tiene la capacidad y sagacidad como para obtener la información que necesitamos. Su nombre es Eunice.

La cara de Aron se iluminó; él por supuesto que pensaba en ella cuando el abogado planteó la posibilidad de que alguien desde adentro pudiera ayudarlos, pero nunca imaginó que Keating coincidiera con él. Cuando la nombró, Lewin se sintió liberado del compromiso de

confidencialidad asumido con la enfermera y le explicó a Frank que se trataba precisamente Eunice quien le había sugerido dirigir sus pasos hacia él. Leo tomó la palabra:

—Eso confirma que continúa trabajando, con lo que la segunda parte del plan va tomando forma. Aron y Keating serán los encargados de reunirse con ella y lograr que los ayude a conseguir los archivos de las pacientes secuestradas y ofrecerle, bajo mi responsabilidad, un trabajo en el Hospital Johns Hopkins para que pueda cumplir su parte tranquilamente sin temor a perder su empleo.

Todos estuvieron de acuerdo con los planes de Leo. Lo que siguió fue fijar un cronograma con fechas precisas para llegar lo más rápido al objetivo.

* * *

Si existía un sector de Baltimore que reflejaba el brillo logrado por la ciudad en su época de gran esplendor —y que había transformado su puerto en el segundo en importancia luego del de Nueva York—, ese sector era Mount Vernon. Una al lado de otra, se disponían las más enormes y bellísimas construcciones de la ciudad donde residía la *crème de la crème* de la sociedad. Coronaba el barrio el imponente monumento a George Washington que, con sus más de cincuenta metros de altura, resultaba visible desde cualquier rincón de la zona. Desde lo más alto, se podía gozar de vistas espectaculares de la bahía. Mabel y Leo se reunieron en la intersección de Mount Vernon Place y Washington Place, caminaron en silencio los cincuenta metros que los separaban del domicilio de Wolf. Leo golpeó la puerta de madera lustrada que tenía el número 1835 con letras doradas en su puerta.

Wolf fue un precoz letrado que, a los veintiocho años, ya había sido electo congresista de Estados Unidos por el Partido Demócrata. Lo precedía un récord de mil causas iniciadas en un año, la mayoría de ellas con sentencias favorables. A pesar de haberle sido suspendida su matrícula de abogado, ni siquiera la gran depresión que comenzó a finales de los veinte afectó su buen pasar. Con buen gusto para los automóviles y los lujos, vivía en el barrio más cotizado de Baltimore, donde se concentraba la alta sociedad. La misma alta sociedad que fuera cómplice de sus maniobras en Rosewood.

Leo era consciente de que llegaban a una partida de póker sin tener las mejores cartas. No podían esperar tener certezas por lo que tendrían que moverse entre presunciones. Entre la experiencia de Mabel en instituciones junto a la de Kanner en el trato con gente importante, podían suplir un par de reyes, pero nada podrían hacer contra cuatro ases. De todos modos y con los consejos brindados detalladamente por John Benmiske, jugaron todas sus fichas en esa sola partida.

Nadie atendió a los golpes en la puerta por lo que Leo insistió. Por fin se abrió. Por ella se asomó la figura de un cincuentón vestido con finas ropas lo que le sugirió a los visitantes que se trataba de la persona que buscaban.

—¿Doctor Harry Wolf?

—El mismo, ¿con quién tengo el gusto?

—Buenos días, doctor, le presento a la licenciada Mabel Krauss, asistente social; mi nombre es Leo Kanner, soy doctor en psiquiatría.

La cara inexpresiva del abogado ni se inmutó.

—¿En qué puedo servirles?

—¿Nos permitiría pasar así le explicamos el motivo de nuestra visita? Seremos breves, pero sería mejor hacerlo en privado.

—Por supuesto, adelante, pasen ustedes.

Se lo veía tranquilo, no tendría por qué no estarlo. Pese a lo inusual de la visita, pensó Mabel, no sabía bien de qué se trataba ni qué querían los extraños. El doctor Kanner quiso entender de otra manera esa calma de Wolf: no importaba cuál fuera el tema que quisieran tratar los visitantes, siempre habría impunidad para él. No existían problemas que no tuvieran alguna solución si se disponía de dinero y de una de las mejores agendas de Baltimore. Una vez dentro de la vivienda, cuyo lujo coincidía con lo que ambos visitantes imaginaban, tomaron el asiento que Wolf les ofreció en la sala principal de la residencia.

—Antes de comenzar, les ruego me permitan convidarles con algo para beber. Señorita Krauss, tengo para usted un té de hebras cuyo sabor no olvidará jamás. Lo descubrí en un viaje de negocios a Oriente. Desde entonces me lo hago traer especial y exclusivamente para mí por Jack Wellington, un importador cuya familia fue de las primeras en instalarse en el Lexington Market. Supongo que, como todos los habitantes de Baltimore seguramente ustedes también concurren asiduamente al Lexington, pero pocos conocen su historia. El mercado fue construido en 1782, digamos que nació con nuestra nación, sobre tierras donadas por mi tatarabuelo, el general John Eager Howard, de gran fama por su heroísmo. El general es el miembro más antiguo de mi familia que pude rastrear cuando elaboré nuestro árbol genealógico —dijo con orgullo Wolf para darse corte. Quería invocar a la tradición como una forma de amedrentar a quienes tenía enfrente. No sabía aún qué querían, así que le parecía que intimidarlo con su prosapia era la mejor estrategia. No dejaba de ser un abogado, después de todo.

Leo sabía, sin embargo, que toda la historia de Wolf acerca de que por su sangre corría la de los padres fundadores no era más que una farsa inventada por él mismo con el solo objeto de embaucar a algún desprevenido posible cliente. Los Wolf se habían enriquecido durante la fiebre del oro y lo habían perpetuado con el comercio. Lo demás solo se trataba de una patraña efectista. Kanner observó a Mabel y la notó más que sorprendida por el relato del anfitrión, lo que lo preocupó un tanto.

—Doctor, si usted desea algo más fuerte que un té...

—dijo Wolf mientras señalaba la mesa bar con rueditas repleta de variadas bebidas.

—No, gracias, no estamos aquí en visita social, sino por un asunto complejo. —Quería llegar pronto al meollo del asunto.

—Perfecto, me gusta su forma de ir directo al punto, dígame por favor en qué los puedo ayudar, aunque es mi deber adelantarles que no ejerzo más la profesión desde hace varios años. Sin embargo, como sabrán, mantengo contactos con gente importante que quizá sea de ayuda para su asunto.

—El tema que nos movilizó a molestarlo, está referido a unos sucesos que ocurrieron años atrás, cuando usted aún no se había retirado y tienen que ver con unos recursos de *habeas corpus* que presentó representando a diferentes pacientes del Instituto Rosewood.

—Sí, claro que lo recuerdo, fue uno de las más grandes satisfacciones que me dio la profesión, logré liberar de ese temible instituto a varias pobres personas que estaban internadas sin necesidad y sin su consentimiento.

Wolf se levantó de su sillón, por lo que Mabel y Leo intuyeron que se había terminado la reunión; sin embargo, el abogado los sorprendió solicitándoles gentilmente que lo aguardaran mientras se retiraba hacia otro sector del domicilio del que regresó con dos ejemplares del periódico *The Baltimore Sun*. En uno se leía en grandes letras de molde: “Joven fue liberada por la corte tras siete años en una institución”; en el otro con un tamaño aún mayor el titular decía “Tras treinta años en Rosewood, mujer ganó su libertad”.

—Por eso estamos aquí, doctor Wolf, investigamos los casos en los que usted intervino y, tras revisar la documentación que compone los legajos judiciales, hemos notado grandes irregularidades. Por ejemplo, a los dos médicos que firmaron todos los documentos que usted utilizó les fue retirada su licencia para ejercer, al igual que a usted su título de abogado.

Wolf no demostró en el rostro reacción alguna. Simplemente cruzó sus brazos como única reacción. “Típica actitud defensiva”, pensó Kanner a quien a esa altura nada le asombraba.

—Además no encontramos, en ninguno de los casos, conformidad de las familias de sus defendidas respecto al pedido de retirar a sus familiares que ellos habían decidido internar en Rosewood. Incluso muchas de las pacientes eran menores de edad.

—Estimado doctor, esto fue hace mucho tiempo y quizá algún detalle se me escape; sin embargo, tengo absoluta seguridad y puedo afirmar sin ninguna duda, que los informes médicos fueron realizados a conciencia por profesionales aptos y habilitados en aquel momento, desconozco los motivos por los que según usted dice luego les quitaron la licencia, pero puedo asegurarle que en aquel momento estaban legítimamente facultados para el ejercicio de la medicina. Si le llama la atención que se repitan los mismos médicos en todos los casos que patrociné, debo informarle que siempre he trabajado con los auxiliares de la justicia que más confianza me brindaban; era mi derecho, pero más que nada mi deber actuar responsablemente para defender los intereses de mis clientes con las mejores armas con las que me habilitaba la ley, tal como hacen todos mis colegas... Perdón, olvido que debo decir excolegas. —Wolf introdujo una pincelada de ironía como parte de su estrategia de demostrar que no le había hecho la menor mella en la autoestima haber sido destituido como abogado.

—En relación a mi personería como representante de cada paciente, deberán entender que no son ustedes los que deban ponerla en tela de juicio, ya que, de no haber sido correctamente fundada, los tribunales no habrían fallado a favor de mis presentaciones. Por lo tanto, no entiendo el motivo de su visita y le ruego que sean claros en lo que desean saber así procedo a explicárselo. No tengo nada que ocultarles.

Esa última frase fue la que le dio a Leo la tranquilidad que necesitaba para saber que iban por buen camino, su experiencia en el estudio de la mente le había enseñado que, por lo general, quien dice no tener nada que ocultar está reconociendo inconscientemente que sí lo tiene y que el interlocutor lo sabe. Mabel pareció captar lo mismo, e intervino por primera vez.

—Doctor Wolf, disculpe, en realidad creo que el título de doctor no corresponde. Señor Wolf, usted ha liberado a una decena de pacientes de Rosewood por lo menos, ¿verdad?

Wolf contestó molesto por primera vez, para beneplácito de Mabel y Leo.

—Señorita, el título me fue quitado injustamente, mediante un artilugio legal que inventaron mis adversarios, ya que a quienes actuamos en política por más probos que seamos, no nos faltan enemigos. Por lo que le solicito que, si se va a dirigir a mí, lo haga con respeto. Respecto a su pregunta específica, sí, creo que fueron nueve o diez los casos que presenté y en todos tuve éxito en salvar a esas personas injustamente privadas de su libertad. Pero debo corregirme, estaría cometiendo un exceso en mi ego si no le aclaro que no las he liberado yo, ha sido la corte, la que ha resuelto liberarlas al aceptar mi exposición de sólidos argumentos a tal efecto.

—Doctor —continuó con ironía Mabel—, en esos nueve o diez casos, ¿conoció usted personalmente a sus clientas? Porque en los expedientes que revisé, pude ver que las autorizaciones para que usted las representara ante la justicia fueron supuestamente firmadas no delante suyo, sino de una persona que se presentaba como asistente suya. También leí que sus clientas no tenían necesidad de estar presentes en las audiencias, ya que los jurados se basaron en los informes médicos presentados, además de los escritos firmados por ellas bajo su patrocinio. ¿Es tal vez posible que usted no las haya conocido hasta el mismo momento en que las pacientes eran entregadas a sus familias adoptivas?

—Es posible, no necesitaba conocerlas porque confiaba en mi asistente y en los médicos contratados como peritos.

—¿No le interesaba ver con sus propios ojos si las personas que usted hacía retirar de Rosewood estaban preparadas para la vida fuera de esa institución?

—¡Por supuesto que me interesaba! Por eso contraté a los mejores médicos que dictaminaron que no solo podían, sino que debían salir de allí en forma urgente por su propio beneficio.

A esa altura Wolf había perdido la compostura por completo, la intuición de Mabel acerca de expedientes que ella no había visto, resultaron ser ciertas y minaron por completo la tranquilidad del exabogado. “A confesión de parte, relevo de prueba”, pensó Leo, orgulloso de su compañera, que había corrido fuera del juego al participante que tenía el póker de ases, cuando ella solo un par doble de sietes y ochos. Leo entendió que era el momento de intervenir para comenzar las estocadas finales.

—Qué extraño, doctor. A ver si puede ayudarme a entender esto. En mi carrera, he colaborado para el Estado de Maryland *ad honorem* en muchas instituciones, entre ellas Rosewood. Si hay algo que funciona en todas las clínicas mentales que conozco, es un estricto celo respecto al ingreso y egreso de personas, porque los intentos de fuga de los enfermos que se consideran mal internados, como lo eran sus clientas de acuerdo a sus escritos, son muy habituales. Pero he podido corroborar, al revisar los libros de ingresos y egresos de Rosewood de los últimos años en los que usted ejerció, que durante el lapso que duró su actuación como representante de pacientes, no existen registros en esos libros que indiquen ningún ingreso ni egreso de los dos médicos que firmaron sus dictámenes. Apostaría todas mis fichas a que esos médicos ni siquiera conocen el interior de la clínica. Con un solo pedido de careo con los galenos, su estrategia se derrumbará como un castillo de naipes. Además, por lo que sé, sus clientas no salieron nunca de Rosewood hasta la entrega a sus nuevos hogares. ¿Qué opina usted de eso? ¿Cómo pudieron los médicos haber emitido juicios sobre la conveniencia de sus clientas sin siquiera entrevistarlas? Es sospechoso, ¿verdad? Por otra parte, ¿no deberían haber sido especialistas en psiquiatría los peritos, ya que Rosewood es una institución dedicada a pacientes con deficiencias mentales? Por lo que vimos son o fueron médicos generales, ni siquiera peditras, cuando un gran porcentaje de

liberadas eran menores de edad. —Mabel y Leo fueron testigos de una de las pocas veces en las que Harry B. Wolf se sintió acorralado en su vida—. Doctor, contamos con el patrocinio y consejo del doctor John Benmiske. —Si el rostro de Wolf ya no tenía nada de color antes de escuchar el nombre de John, la estocada de Leo lo puso al borde del colapso nervioso—. Por deferencia a usted, le voy a relatar cómo es que pensamos que ocurrió y que, como verá, es una explicación fácilmente comprobable ante la apertura de un juicio criminal con jueces honorables e incorruptibles, que gracias a Dios aún quedan en la justicia.

»Lo que sucedió fue que usted encontró una veta más de negocio, dentro de su nutrido portfolio de actividades reñidas con la moral que siempre ha desempeñado. El negocio no finalizaba con la entrega de las pacientes a las familias acaudaladas. En realidad, el negocio comenzaba por allí. Por eso sus únicas presencias en Rosewood coincidían con las libertades obtenidas de sus clientas. Las familias receptoras tenían que verlo a usted en ese instante. Gracias a sus relaciones con la alta sociedad, usted ofrecía a familias acomodadas la posibilidad de contar con personal de servicio doméstico gratuito, podríamos llamarlo esclavo, a cambio de una suma importante de dinero que usted percibía y repartía entre los jueces, sus peritos médicos y su propio bolsillo. Tengo la duda de si parte iba a parar a los miembros del bureau de Rosewood o si ellos simplemente lo encubrieron por sus relaciones políticas. —Wolf estaba mudo, petrificado y acorralado—. Ese negocio le funcionó en una primera prueba piloto, que le sirvió para ajustar y aceitar el mecanismo. Luego, en un plazo de dos años, lo utilizó esa decena de veces que usted reconoce. Y habría continuado brindándole pingües ganancias si no fuera porque, por otro caso, le quitaron la matrícula de abogado. Eso lo obligó a retirarse de los ámbitos judiciales, lo que fue aprovechado por otros buitres que continuaron con su impronta, incluso para llevarla hasta límites increíbles.

—¿Qué quiere de mí, doctor Kanner?

—Lo que pretendemos de usted es que brinde su conocimiento de las causas y de las complicidades del sistema judicial de modo que podamos desenmascarar más velozmente a las lacras que participaron de esta repulsiva trata de personas para que, de esta manera, logremos lo antes posible rescatar las esclavas que usted y los colegas de su calaña vendieron. Si lo hace tal como le estoy diciendo, me indicó el doctor Benmiske que él personalmente solicitará al tribunal algún tipo de indulgencia para usted por haber colaborado con la justicia. —Kanner observó el presuntuoso reloj que colgaba de la pared—. Wolf, son las once y quince. Con Mabel lo aguardaremos aquí sentados quince minutos. Si a las once y treinta no tenemos sobre esta mesa su confesión firmada, nos reuniremos con Benmiske para que mañana a la mañana presentemos la demanda judicial con usted como principal acusado. De esta forma podrá volver a apreciar su foto una vez más en la portada de *The Baltimore Sun*. Dígame, Wolf, qué político amigo suyo estará dispuesto a mover un dedo para salvarlo con la indignación que causaría esa nota en la población. Usted bien sabe, porque lo ha vivido, que todos ellos son amigos mientras no se ponga en juego su nombre y su futuro. ¿O acaso cuando le quitaron la matrícula alguno de sus excompañeros de bancada en el Congreso hizo algo para impedirlo? En cambio, si usted nos entrega esa confesión, personalmente la guardaré en mi caja fuerte hasta que llegue el momento de utilizarla, espero que sea para ayudarlo a disminuir la pena a cambio de su colaboración hasta el final del proceso.

Wolf no utilizó el tiempo que le había acordado Leo. Tomó el papel y el bolígrafo que Kanner le acercó y se dispuso a escribir.

* * *

A la mañana siguiente, Aron buscó a Frank Keating por el domicilio de Leo, en cuya habitación de huéspedes se alojaba durante su estadía en Baltimore.

La noche anterior habían estado reunidos de nuevo los cinco, Leo y Mabel les relataron entusiasmados el más que exitoso resultado de su misión mientras que en la caja de seguridad de los Kanner había varios folios manuscritos de Wolf, suficientes a criterio de Benmiske para, al menos, iniciar una causa judicial. Sabían, de todos modos, que el conocimiento que Wolf podría compartir tenía sus limitaciones, ya que había actuado solamente en diez casos. El grupo, sin embargo, tenía la confirmación de que eran muchos más los ilícitos que se habían cometido con el mismo *modus operandi*, por lo que les llevaría un tiempo desentrañar todos los casos.

Se volvía necesario ejecutar la siguiente parte del plan: contactar a Eunice para que, desde adentro, consiguiera la información de las pacientes externadas y de las familias a las que se las habían otorgado en custodia.

Aron y Keating caminaron esa mañana hasta las cercanías de Rosewood donde se separaron. Mientras Lewin se dirigió a la parada de autobuses en el horario en que Eunice se retiraba de la institución, Frank se dirigió al mismo bar en el cual había ocurrido la primera charla entre Eunice y Aron. En la parada, el periodista esperó unos minutos, hasta que la vio acercarse con su uniforme y una sonrisa que significaba que lo había visto y reconocido.

—¡Qué alegría verlo! ¡Qué guapo se lo ve! ¿Qué sucedió? ¿Percibió una nueva partida de viáticos que viene a compartir conmigo?

—Así es, Eunice. Pero esta vez le traje una sorpresa.

—Me encantan las sorpresas —dijo ella mientras lo tomaba del brazo y subían al autobús.

Repitieron el breve recorrido, pero esa vez ambos iban sentados a la par. Bajaron del vehículo, caminaron un trecho e ingresaron al bar. Allí, esperándolos, estaba el doctor Frank Keating, con una sonrisa que develaba lo feliz que estaba de ver a Eunice. Se levantó de su asiento, ambos se saludaron con mucho afecto, y Frank le acomodó gentilmente la silla.

—Cómo se extrañan estos gestos, doc, ¿por qué se fue dejando a ese nuevo director que ni siquiera recuerda nuestros nombres? —El reclamo se escuchaba serio. Muchos en la institución habían quedado dolidos por la renuncia inesperada del anterior director que se fue sin siquiera saludarlos.

—Eunice, es muy largo de explicar, pero usted no se mereció mi huida. Si tiene tiempo, y a Aron no le molesta, comenzaré disculpándome ante usted, pero lamentablemente no le puedo pedir que haga extensiva esta disculpa al resto de sus compañeras porque esta reunión debe mantenerse en la mayor discreción.

—Disculpas aceptadas; debe tener un motivo más que suficiente para haberlo hecho de esa manera.

—En eso también tiene usted razón. Quiero dejar en claro que no fue nuestro joven amigo periodista quien mencionó su nombre, ya que cumplió como caballero que es el pacto que hizo con usted. Yo recomendé su nombre para una misión y fue recién en ese momento cuando él develó su

identidad.

—Gracias, Aron —dijo la mujer.

—Eunice —prosiguió Keating que estaba con todas las neuronas funcionando a máxima velocidad en sintonía con el plan ideado por Kanner—, tanto usted como yo sabemos que pasaron cosas extrañas en Rosewood mientras estuve a cargo. Esos sucesos me hicieron dimitir de mi puesto ante la impotencia que sentí de no poder hacer nada para evitar lo que sabía que era algo muy malo para nuestras pacientes. Se trata de algo que pesa sobre mi conciencia y que estoy dispuesto a revertir. ¿Cuento con usted?

—Por supuesto, doc. Aron, por fin alguien viene a mover las cosas para terminar con esta aberrante injusticia que se está haciendo. Aunque le advierto que hay casos que ya son irreversibles.

—Hemos conformado un equipo de trabajo en el que estamos nosotros dos, junto al doctor Leo Kanner, una asistente social y un abogado de renombre. Si usted acepta incorporarse, y, dado que pondría en riesgo su trabajo, el doctor Kanner nos autorizó a adelantarle que usted ya cuenta con un trabajo seguro en el departamento que él dirige en el Hospital Johns Hopkins.

—Es muy amable el ofrecimiento, pero no es necesario tener red para que yo dé el salto al vacío. Soy enfermera por vocación, no por una oportunidad laboral. Si tengo que perder mi trabajo por cumplir con mi deber, lo haré. Agradézcanle al doctor Kanner en mi nombre y díganme en qué puedo ayudar.

—Obtuvimos la confesión de puño y letra del abogado Wolf, sobre sus maniobras para entregar pacientes nuestras a distintas familias acomodadas de Baltimore.

—¡Por Dios! Ni me lo nombre.

—El tema es que él conoce el nombre de diez pacientes y, por lo tanto, diez familias. Pero nosotros sospechamos que los casos son mucho más que diez, ya que cuando yo me retiré estaba creciendo exponencialmente la cantidad de citaciones a la justicia que recibía en mi despacho. Calculamos al menos treinta o cuarenta casos aparte de los declarados por Wolf.

—Aron, doctor, ¿ustedes me están hablando en serio?

—Sí, por supuesto Eunice, no bromearíamos con algo así. ¿Le asusta el número?

—Me asusta que ustedes se crean ese número. ¡Les puedo asegurar que son más de cien los casos! Me arriesgaría a decir que al menos ciento cincuenta pacientes fueron robadas delante de nuestras narices.

Los dos hombres no podían dar crédito a lo que ella decía. Aron pensó que la enfermera exageraba, pero Keating le dijo:

—Confía en Eunice, es una mujer con mucho más juicio que tú y yo juntos. Si dice ciento cincuenta, deben ser ciento cincuenta... O, a lo sumo, serán ciento cuarenta y nueve; démosle un margen de error de uno, se lo merece.

—Gracias, doctor, por su confianza; Aron, no te preocupes que yo misma desconfiaría si alguien me contara esto, pero lo que les digo es cierto.

—Eunice, lo que le vinimos a pedir es su colaboración para conseguir los datos de las pacientes otorgadas en custodia a esas familias acaudaladas y, por supuesto, los datos de esas familias. Nos hemos propuesto llevar el caso a la justicia penal, pero no podemos esperar el resultado si queremos rescatar con vida a la mayoría de estas personas. Pensábamos en cincuenta posibles víctimas y usted subió la vara en cien más. Necesitamos obtener los datos de aquellos

juicios que fueron perdidos luego de mi renuncia. Creo que esos legajos están en la oficina de Blate. ¿Le parece que hay alguna manera de conseguirlos? Sé que podemos contar con usted, pero ¿podrá con esto sola?

La mujer les pidió que la dejaran pensar unos minutos. La seguridad exterior del complejo era muy estricta como para que alguien de afuera pudiera entrar sin ser detectado. Pero, una vez adentro, la movilidad dentro de la parte administrativa de la institución estaba poco vigilada, ya que todos los esfuerzos de seguridad interna estaban destinados a cuidar a los pacientes y que no hubiera problemas en los espacios comunes.

—Sí, creo poder hacerlo. Quizá necesite dos o tres días y la ayuda de alguien sobre quien ponga las manos en el fuego. Si tengo la dosis de suerte necesaria, tendrán toda la información que necesitan.

—“Que necesitamos” —aclaró Keating—; usted ya es parte del equipo.

Aron había esperado este momento de la conversación para hacer su pregunta.

—Eunice, ¿qué nos puede relatar respecto a lo que pasó con Anne Mann? Fue su hermano quien envió la carta disparadora para comenzar esta investigación. Personalmente, me siento con la obligación de priorizar su búsqueda.

—Anne es una de las pacientes más dulces e inteligentes que me ha tocado atender en mis muchos años de enfermera. Tiene algunas pequeñas dificultades en su sociabilización, pero cuando es comprendida por quienes la rodean se vuelve una persona capaz tanto como usted y yo. Solo que, ante una situación familiar desdichada, acabó internada en el instituto. Le diría que, de aquellas pacientes que los abogados nos quitaron, ella es una de las que más claramente no debería haber estado institucionalizada. Lamentablemente, no tiene una familia que la acoja: sus padres fallecieron y su único pariente directo es un hermano que no puede hacerse cargo de ella. Si el proceso del aprendiz de Wolf hubiese sido bien intencionado y Anne hubiese sido entregada en adopción a una buena familia, seguramente habría tenido la vida de cualquier muchachita.

—¿Y dónde fue a parar? ¿Sabe algo más? Usted habla de ella en tiempo presente, ¿piensa que está con vida?

—¡Ay, Aron! ¡Ojalá le pudiera dar esa respuesta! No lo sé. Lo que le puedo decir que lo último que supe de ella data de hace años. Estaba en ese momento viviendo con una familia muy adinerada. Sin embargo, le adelanto que el jefe de esa familia es un despreciable individuo, peor que Wolf. Si Anne sigue con vida, no va a ser fácil tomar contacto con ella. Por favor, tenga un poco más de paciencia y les daré la información que necesitan dentro del plazo que les estoy pidiendo.

CAPÍTULO 5

El plan de Eunice era simple, pero no privado de riesgo. No se requería solo valentía para encararlo; se debía tener, además, esa sed de la justicia que a la enfermera le sobraba para aceptar la misión. El acto que estaba pronta a cometer tenía una limitación. Como les había mencionado a Aron y Keating, no podía hacerlo sola, necesitaba a alguien más. Como sucedía en cada crimen de las novelas policiales de Agatha Christie, que Eunice devoraba cada noche antes de dormir, ese cómplice, por lo general, era el punto débil del criminal. Solía cometer errores, traicionaba la confianza de quien lo había convocado, complicaba las cosas y, como contrapartida, facilitaba la resolución de los delitos por parte de Hércules Poirot o *miss* Marple. Pero en esa ocasión era imprescindible confiar en alguien. Tenía un solo candidato a colaborador: el ordenanza Jack Gilbert, empleado de mantenimiento de Rosewood de oficio y anarquista por naturaleza, que odiaba al doctor Blate y a todo lo que representaba ya que simbolizaba el poder establecido. Por su parte, Eunice, por su antigüedad en el instituto, era dentro del cuerpo de personal una de las que más libertad gozaba para moverse allí dentro. Nadie sospecharía de ella si la viese deambular por el área administrativa, aunque no fuese su lugar habitual. En el caso de Gilbert, por su tarea misma, pasaría absolutamente desapercibido.

Apenas Eunice le comentó sobre el caso al que lo invitaba a involucrarse, Jack estuvo feliz. Al igual que la enfermera sabía que algo turbio había estado ocurriendo y se mostró deseoso de participar en sacarlo a la luz. Definidos los actores, esos solo deberían esperar que el doctor Blate y la jefa de enfermeras, Julia, sin dudas su pareja, según Gilbert, se retiraran de Rosewood.

Una vez que ellos se retiraran, sería muy sencillo para Eunice hacer creer a sus compañeras que Julia le había dejado encomendada una tarea que debía realizar en su despacho, que era contiguo al de Blate.

Gilbert por sus tareas, poseía en un manojo todas las llaves de las dependencias del instituto, se lo conocía allí con el mote de San Pedro, lo que lo irritaba por ser Pedro el padre de la Iglesia Católica, una de las instituciones que, como anarquista, repudiaba. Con ese elemento, Eunice tendría expedito el ingreso al despacho del director. Y tenía la casi certeza de que en ese despacho estarían guardados, en el armario que sugirió Keating, las causas que estaban buscando. Blate no confiaría en nadie más, ni siquiera en Julia para entregarle esas carpetas que lo comprometían a él tanto como a los miembros del bureau. Sin embargo, nada escapaba del alcance de San Pedro, pensó Eunice entre risas.

En esos archivos, según suponía Keating, deberían estar las versiones apócrifas de la salud de cada una de las pacientes secuestradas. Pero rogaba, que, junto a esos legajos judiciales, se encontraran las verdaderas historias clínicas de las chicas. Sería una ingenuidad por parte del director, pero no por ello poco probable, ya que, como se trataba de causas finalizadas, a nadie le interesarían.

Una vez dentro del despacho, Eunice tendría que tener velocidad para corroborar las sospechas de Keating. No podía darse el lujo de que algún miembro del equipo del instituto pasara casualmente y advirtiese movimientos extraños en la oficina del director. No esperaba un cartel que dijese *habeas corpus*, pero confiaba en su intuición para localizarlas.

En los días previos, ella se había quedado después de hora. También había pasado frente a los despachos del director y su jefa de enfermeras, para que el personal que trabajaba en ese horario, se acostumbrase a verla por la zona. Al tercer día, como se había comprometido, puso manos a la obra.

Su primera presunción fue correcta, la llave de la sala de personal que le proveyó Jack también abría el despacho del director. Se aseguró de que nadie la viera ingresar, cerró con llave por dentro, hizo lo propio con todas las cortinas y se iluminó con la tenue luz de una linterna que le había facilitado el ordenanza. Después de probar en varios cajones de los archivos metálicos del despacho sin resultado, en un tercer intento descubrió los legajos atados prolijamente con carátulas judiciales. “Estas tienen que ser las chicas que nos faltan”, pensó con una extraña mezcla de rabia y esperanza.

Tomó el primer paquete, desató el hilo con un nerviosismo que la sorprendió a ella misma y, como cuando se libera un resorte, saltaron sobre la mesa una decena de carpetas. Abrió la primera. Para su satisfacción descubrió que efectivamente su intuición nuevamente no le había fallado. Era el legajo de Ruth Grossman, una de las primeras internas que se habían llevado del instituto. Sin detenerse a pensar lo que estaba haciendo, acomodó esa pila de carpetas, volvió a atarlas con el mismo hilo y fue sacando de los cajones todos los cuerpos similares. Había más de quince de esas parvas de papeles, por lo que le llevó bastante trabajo acomodarlos al lado de la puerta.

Luego, cerró los cajones y procedió a preparar su salida tratando de no dejar ningún rastro que llamase la atención de Blate cuando llegase a la mañana siguiente. El plan suponía que Eunice presentara un pedido de licencia por unos días con la excusa de tener que viajar para visitar a un pariente fuera de Baltimore. La idea era que el director recién notara la ausencia de las carpetas cuando el escándalo estallara. Para ese entonces estas ya deberían estar a salvo en la oficina del doctor Leo Kanner.

Eunice esperó hasta que Gilbert golpeará el marco con la secuencia establecida como contraseña y suavemente le abrió la puerta. Jack estaba parado en la puerta del despacho con el gran canasto de ropa de cama para llevar al lavadero. En menos de un minuto introdujo debajo de las sábanas los paquetes que Eunice le fue alcanzando.

Salir de Rosewood a esa hora con el canasto era una misión suicida, así que, como habían acordado, ella se retiró de la institución solo con su cartera y le dejó a su cómplice la tarea de sacar el carro, como habitualmente lo hacía, por la mañana a primera hora.

No le fue fácil a la enfermera esperar hasta la mañana para conocer el éxito de una tarea que ahora dependía de otra persona. Por eso se levantó al alba y llegó muy temprano a Rosewood para presentar en la oficina de personal el pedido de licencia. No llamó la atención de nadie su temprana aparición, todos sabían que la vida de Eunice pasaba por su trabajo, ya que no tenía familia en la ciudad ni amante conocido. Al subir las escaleras para llegar al ingreso, vio a Jack

que bajaba por la rampa el canasto con la ropa sucia. Le guiñó un ojo para alivio y al mismo tiempo fastidio de Eunice que observó a su alrededor para asegurarse que nadie había visto esa seña tan obvia.

En la base de la colina, aguardaba un Ford A verde, modelo 1928, cuyo conductor, ataviado con vestimenta de chofer, se encontraba parado al lado de la puerta del vehículo, como si hiciera tiempo mientras aguardaba a su pasajero. Gilbert cumplió su misión: se agachó como si fuera a atarse los cordones del calzado, de modo que el automóvil ocultara sus movimientos de quienes pudieran pasar por la calle. Antes de enderezarse, había dejado sobre la acera el preciado contenido, para continuar luego con el carro hasta el final de la cuadra donde lo aguardaba el camión de la lavandería. El conductor del Ford tomó el fajo de papeles y lo depositó en el asiento del acompañante, puso en marcha el vehículo con la manivela y partió tranquilamente.

* * *

Esa mañana, la oficina de Leo en el hospital estaba lejos de su rutinario orden. En simultáneo a la ejecución de la arriesgada misión de Eunice en Rosewood, Frank y Mabel iniciaron la clasificación de las carpetas que el doctor había conservado en su poder y que contenían suficiente información de cada paciente de acuerdo a las indicaciones de sus historias clínicas reales, muchas de ellas iniciadas por el propio Keating al recibir personalmente a las pacientes el día de su admisión en Rosewood.

El clima era de tensa expectativa, ya que ambos esperaban ansiosos el arribo de Leo con noticias acerca del resultado del operativo que había tenido lugar la noche anterior en el despacho del director Blate. Podía haber ocurrido un verdadero desastre.

Cerca de las once, y cuando ya los nervios habían tensado el ambiente hasta su extremo, se asomaron por la puerta la silueta de Eunice acompañada por Leo. La tranquilizadora sonrisa que exhibían tuvo un efecto inmediato en Mabel y en Keating.

Leo presentó a las dos mujeres, Eunice observó con cierta desconfianza a Mabel, la vio tan bella que sintió una punzada de celos; se sorprendió de sí misma ya que hacía mucho tiempo que no tenía ese sentimiento. En seguida se recompuso y puso a ambos al tanto de lo que ella podía afirmar con certeza: desde la cantidad de expedientes que había tomado de la oficina del director hasta su cruce con Jack y el canasto de ropa sucia esa mañana temprano.

Leo, que comprendía la ansiedad colectiva y la suya propia, los invitó a tomar un descanso. Caminaron los cuatro hacia el parque del hospital. Kanner compró un paquete con distintas variedades de *bagel*, que eligieron y saborearon sentados en dos bancos. Por afinidad, Mabel lo hizo al lado de Leo. Los cuervos que abundaban en el parque al igual que en todo Baltimore, se les acercaron a recoger las migas que descuidadamente a algunos, y a propósito a Eunice, dejaban caer al suelo cubierto de piedritas blancas que marcaban el camino. Mabel comentó que las aves, con el reflejo de los fuertes rayos del sol en sus plumas, parecían más bellas que el día anterior en que los alborotaron en la oficina. Debieron explicar a Eunice de lo que hablaban, quien se rio sin disimulo al imaginar el susto que les habían provocado aquellos parientes de quienes hoy comían a sus pies, escarbando entre los guijarros. Los celos que sentía sobre Mabel se habían diluido.

—¡Qué bonito! Uno anda corriendo como un demente y ustedes aquí de picnic.

Los sobresaltó un grito entrecortado por la agitación de la que era presa Aron, que llegaba corriendo al jardín desde el cuerpo principal del hospital donde se encontraba la oficina de Leo. Cuando estuvo a la altura de sus compañeros, se sentó en un banco al lado de Eunice. Tras reponerse de la agitación, anunció sin más.

—¡Todo a salvo en tu despacho, Leo!

Una algarabía mesurada invadió al grupo. Leo fue a comprarle un refresco a Aron, quien entre sorbos y respiraciones profundas, les narró lo exitoso que había resultado esta parte del plan, resultado que los demás desconocían y esperaban.

—¿Qué les parece si volvemos al trabajo? —propuso Leo cuando todos ya calmaron sus ansias de preguntarle al pobre Aron que no daba abasto en responder.

* * *

El doctor Benmiske tenía por delante una dura y áspera tarea. Decidió compartir ideas y pulir estrategias con el fiscal Nick Miller, quien había sido compañero suyo mientras desarrollaba su carrera como funcionario público y compartían los mismos ideales de búsqueda de justicia más allá de los nombres y corporaciones en el banquillo. Uno había decidido hacerlo desde fuera del sistema, mientras que el otro decidió llevar adelante la lucha desde adentro.

El encuentro fue en el Thames Street Oyster House, adonde acostumbran concurrir a saborear ostras y frutos de mar con vista de la bahía desde el piso superior. Después de disfrutar una entrada compartida de pulpo portugués regado con vino blanco, ordenaron al camarero un plato de ostras fritas de Long Island y uno de pastel de cangrejo. Se dispusieron a entrar en el motivo especial de esa gastronómica reunión. John reveló a su amigo los pormenores del caso complejo ante el que se hallaba. Mientras hacían frente ya al segundo plato, coincidieron en que la mejor práctica sería conseguir amparos legales para cada caso puntual que, por su gravedad, les permitiesen actuar de inmediato con el fin de recuperar la mayor cantidad de jóvenes para luego continuar con los largos procesos que afrontarían como querellantes. De la misma manera en que Wolf consiguió sentencias de cumplimiento instantáneo, ellos deberían lograr —actuando en conjunto, uno como representante del Estado y el otro bajo la figura de *amicus curiae*— órdenes judiciales que permitieran retirar con urgencia —con el objetivo de evitar males mayores— a las jóvenes adoptadas mediante maniobras que *a priori*, y según el criterio de ambos, no habían estado atadas al espíritu de la ley.

Mientras tomaban un café cargado y fuerte que solicitaron al *maître* para digerir semejante ingesta de comida y para que les quitara la modorra, ultimaron los detalles y combinaron para la mañana siguiente la presentación de los primeros recursos de amparo.

Desde allí, John se dirigió a la oficina de Kanner que lo aguardaba junto a Keating, para determinar cuál sería el primer caso sobre el que actuarían el día siguiente cada uno de ellos y su gente, una vez puestos en conocimiento los médicos de la táctica diseñada por los abogados. De la primera clasificación que hicieran el día anterior Mabel y Keating sobre los casos de los que este último poseía documentación completa, surgió uno paradigmático. Justamente, aquel reflejado en

los titulares de *The Baltimore Sun* que, con orgullo, Wolf les había mostrado a Leo y Mabel. Una paciente que había pasado treinta años internada desde que tenía cinco años de edad, fue quitada del abrigo de Rosewood y entregada a la familia de un tal Peter Williams. Conmovidos, se miraron y, sin mediar palabra, decidieron que debían comenzar por ella. Estremecía el alma el solo pensar la situación de esa mujer. No podían esperar ya más.

Toda la noche trabajaron los tres. John escribía lo que sería la presentación del pedido del recurso de urgencia; Leo junto a Keating aportaban los datos médicos necesarios para sustentar el escrito.

—Esperen a que tenga en mis manos la orden del juez para actuar —imploró el abogado.

—John, entiendo tu pedido, pero, con la experiencia que he adquirido en el manejo de personas y grupos, noto que este en particular no está en condiciones de esperar los pasos lentos de la justicia.

—Mañana me presento en la corte, calculo que me podrá llevar uno o dos días conseguirlo, ¿no pueden esperar ni siquiera eso?

—Creo que Leo tienen razón —reforzó Keating, quien también conocía el comportamiento de las personas—. A lo que sí podemos comprometernos, doctor Benmiske, es a mantener la máxima prudencia hasta tener el aval de la justicia.

—En ese caso —se resignó el abogado—, la única carta con la que contarán será con la confesión explícita de Wolf sobre el caso en cuestión. Y estaré atento a sus novedades por si se complica la situación.

—No hará falta, John, confía en mí y en el doctor Keating —aseveró Kanner.

—Está bien, pero prométeme, Leo, que, si no obtienen resultados en la visita, sabrán retirarse a tiempo de la escena. No quiero ir a buscarlos a una comisaría.

—Cuenta con ello; disculpa que esta vez no siga a pie juntillas tus consejos, pero creo que solo actuando sabremos en dónde estamos parados, más allá de que, del éxito tuyo, dependa el de todos.

CAPÍTULO 6

Mientras John dirimía el tema en la corte, Leo, Frank y Aron se habían propuesto rescatar esa misma mañana a Edna May, cuya familia *adoptiva* tenían localizada. Era la familia de Peter Williams, a quien Leo Kanner conocía por sus permanentes participaciones en veladas de gala y fiestas con fines benéficos, organizados por la alta sociedad de Baltimore. Como había dicho Eunice, Williams no era una persona fácil. Sin embargo, la contundencia de la confesión de Wolf, en la que reconocía que había recibido una suma importante de dinero a cambio de entregarles a Edna como sirvienta, era un arma, aunque con escaso poder de fuego, en manos de los rescatistas.

El barrio donde residían los Williams no estaba lejos de la mansión de Wolf. Mientras los tres descendían del vehículo para dirigirse a la entrada de la casa, Leo le rogó a Aron que conservara la prudencia, ya que estaba seguro de que lograrían más por la vía persuasiva. Con preocupación, notó que, mientras Keating asentía, el más joven no le contestó en absoluto.

Subieron de par en par los escalones que llevaban de la acera al acceso principal, donde una enorme puerta, que lucía un lustrado perfecto, tenía un llamador con la figura de un ángel. Leo utilizó el llamador con una delicadeza que comenzó a exasperar a Lewin.

—Tranquilo, Aron.

A los pocos segundos, un ama de llaves entreabrió la puerta y, con una amable sonrisa, les preguntó qué deseaban.

—Buscamos al señor Peter Williams.

—Disculpen, ¿el señor los aguarda?

—Sí, por supuesto, señora.

—¿A quiénes debo anunciar?

—Dígale, por favor, que ha llegado el doctor Kanner.

Aprovechó que el ama de llaves se retiró hacia el interior de la casa sin cerrar la puerta e ingresó al *hall* de recepción, al tiempo que le hacía señas a Aron y a Frank para que hicieran lo mismo.

—¡Ya te he dicho que no espero a nadie, Maddie! ¡Cuántas veces te debo decir que si no te doy instrucciones precisas no le digas a nadie acerca de si me encuentro o no en la residencia!

La voz furiosa no podía ser de nadie más que de Williams, pensaron los visitantes. A los pocos segundos, apareció por las escaleras el hombre, seguido por la pobre Maddie que parecía estar acostumbrada al mal genio de su empleador.

Cuando Williams se percató que tres hombres estaban dentro de la casa, su rostro directamente se transfiguró. Pero al reconocer a Leo, debió sosegar las ganas de expulsar a los intrusos por la fuerza. Maddie aprovechó para escabullirse del salón.

—Doctor Kanner, es una sorpresa verlo por aquí. ¿Qué asunto será de tanta urgencia para que se presente en mi domicilio de esta manera, e ingrese al mismo acompañado de dos absolutos desconocidos para mí?

—Jack, nos conocemos desde hace mucho tiempo, tenemos muchos amigos en común y no estaríamos aquí con el señor Lewin y el doctor Keating sin invitación si no fuera que el motivo que nos trae es de urgencia absoluta.

—¿Qué puede ser de tanta urgencia como para no anunciarse e incluso ingresar en mi morada sin mi aprobación?

—Buscamos a la señorita Edna May.

—¿Buscan a una Edna May? Están totalmente equivocados; no conozco ninguna Edna May. Ustedes están dementes, ingresar a un domicilio de esta manera impropia, por lo menos de su parte, doctor, ya que a sus acompañantes no los conozco, es de por sí un delito. Además hacerlo en un hogar equivocado, los convierte no solo en delincuentes sino en idiotas. Le doy treinta segundos para no verles más la cara, de lo contrario ya mismo llamaré a la policía —dijo mientras tomaba el aparato telefónico.

—A ver, Williams, seamos racionales —dijo Leo—. Quizá no recuerde usted el nombre de Edna, pero hemos tenido una amable conversación con el doctor Wolf; a él lo conoce, ¿verdad?

—Wolf supo llevarme algunos asuntos legales en el pasado, pero, si han conversado con él, sabrán que ya no ejerce su profesión de abogado.

Leo tomó el legajo que tenía en la mano y leyó el documento textualmente:

—“Yo, Harry Benjamin Wolf, en uso de todas mis razones, expongo lo siguiente en carácter de declaración jurada. En el año 1922, contratado por el señor Jack Williams, procedí a presentar en la justicia de Baltimore un recurso de amparo, por el cual solicitaba se retire del Instituto Rosewood a la interna Edna May para lo que utilicé un mandato supuestamente otorgado a mi favor por dicha joven, lo cual era falso, ya que ella me concedió poder alguno, sino que su firma fue falsificada. Para aseverar la injusta reclusión de Edna May, utilicé certificados expedidos por los doctores Johnson y Harper, que manifestaban que sería beneficioso para Edna retirarse de la institución y ser dada en adopción por una familia bien constituida de Baltimore. Dicha familia es la del señor Jack Williams. Debo consignar que, para realizar esa maniobra, el señor Williams me otorgó la suma de quinientos dólares, por lo que le extendí un recibo cuya copia adjunto, en concepto de honorarios profesionales y gastos. Esos gastos eran, y Williams lo sabía perfectamente, sumas asignadas para solventar los gastos de justicia, los honorarios de los peritos médicos y los de los jueces que dictaminarían a favor de mi presentación. Todo ocurrió de acuerdo a lo planeado, por lo que el día 23 de febrero de 1922 la justicia entregó a la joven Edna en adopción a la familia Williams.” —Hizo una breve pausa—. ¿Ahora recuerda a Edna, señor Williams?

—Como le dije antes, el doctor Wolf no atiende mis asuntos desde hace ocho o diez años. Y uno de los motivos por los que dejó de hacerlo es porque se comenzó a comentar que utilizaba maniobras reñidas con la moral para lograr sus éxitos profesionales. Es verdad que lo contraté para un proceso de adopción de una joven, pero no es cierto que en las pautas de esa contratación se hubiesen incluido las maniobras espurias que se mencionan en el escrito que me leyó y que ni siquiera puedo dar fe que haya sido escrito por el doctor Wolf —respondió el dueño de casa más calmado.

Entonces intervino Aron:

—Señor, usted reconoce entonces que su familia adoptó a la joven Edna May. Recién dijo desconocer por completo a esa persona. ¿Me podría explicar qué lo llevó a contratar un abogado y pagarle semejante suma de dinero por una simple adopción que, con una sentencia legal que la avalara, habría sido simplemente tarea de una asistente social para que seleccione la mejor familia para la joven?

Para aprovechar el envión dado por Aron, continuó Leo:

—¿Por qué no nos dejamos de sandeces, y nos trae ya mismo a Edna así la llevamos de vuelta al lugar de donde nunca debió salir? No creo que sea un honor para su familia verlo afrontar el juicio criminal que estamos iniciando para quienes cometieron el aberrante delito de sustracción de personas de instituciones de salud mediante ardides en la justicia, junto al de trata de personas. Le recuerdo que la esclavitud fue abolida hace muchos años. Hubo hasta una guerra por ese tema. ¿Cómo se verá esto en su círculo de amistades? ¿Seguirá luego de esto siendo miembro del distinguido Baltimore Club? ¿Sus hijas podrán continuar con sus estudios en la magnífica y exclusiva escuela a la que asisten?

Williams estaba abatido, pero aún confiaba en que, de ser ciertas las amenazas de Kanner, sus excelentes abogados y sus contactos políticos lo salvarían del oprobio.

—Ahora recuerdo a esa joven, tanto como la estafa de la que fui objeto por parte del doctor Wolf. En efecto, tomamos la custodia con fines de adopción de una mujer cuyo nombre no recuerdo, pero quizás sea esa tal Edna. Sin embargo, se llamase como se llamase, lo cierto es que realmente era una estúpida. —La sangre comenzó a subir hacia el rostro de Keating quien tenía los puños cerrados, lo que le valió una señal que imploraba calma por parte de Leo—. Esa infeliz no podía vivir en un hogar respetable, apenas balbuceaba frases inentendibles, no parecía capaz de respetar los modales de la mesa, una verdadera inservible. Nos vimos obligados a renunciar a su custodia a los pocos días de recibirla, debido a que no estábamos preparados para que un ser de esas características viviera en nuestra casa y fuera un ejemplo para nuestras pequeñas hijas.

—No sea cínico —explotó Keating—. Usted no deseaba la adopción de Edna ni de nadie, solo deseaba darle a su esposa la criada que ella le exigía para hacerla trabajar en su casa. Y cedió fácilmente a la tentadora oferta de Wolf, quien le aseguraba proveerle una esclava a la que no debería abonarle ni un centavo por su trabajo, solo darle un colchón para que duerma en el depósito y el mismo alimento que recibían las mascotas. Obviamente, no le sirvió Edna como no le hubiese servido ninguna de las internas de Rosewood, ya que se trataba de personas que estaban acostumbradas a ser atendidas en sus necesidades y a trabajar en talleres específicos de acuerdo a sus habilidades, no para fregar baños y limpiar porquerías. ¡Especialmente Edna, que llevaba treinta, repito, treinta años en esa institución para que usted con un abogado de pacotilla la sacara de allí! ¡Qué esperaba de ella! ¡Es usted un infame miserable! Le prometo que lo vamos a denunciar y destruir. Vaya avisándole a su familia que serán tapa de todos los periódicos, distinguido señor Williams.

Leo comprendió que había llegado la hora de emprender la retirada, antes de que las cosas pasaran de castaño a oscuro. Depositó en una mesa al lado del ingreso la copia de la confesión firmada por Wolf y arrastró literalmente a sus compañeros hasta la calle.

El operativo había resultado un fiasco y los había dejado muy preocupados por el destino de Edna. También inquietos ante la posibilidad de que Anne no hubiese tenido mejor fortuna.

* * *

El trabajo de Eunice y Gilbert había sido óptimo. Entre los legajos que ellos lograron sustraer del despacho de Blate, sumados a los aportados por Keating, se recolectaron ciento sesenta y seis carpetas, cada una de ellas correspondiente a un caso de las pacientes de Rosewood que habían sido externadas de la institución mediante el ardid jurídico. Además, se había cumplido la presunción de Keating, por lo que las carpetas contenían las historias clínicas reales de las internas.

En la reunión estaba presente casi todo el equipo: Leo, Frank, Aron, Mabel, Eunice y el abogado John Benmiske. Gilbert no estaba porque siguió trabajando por el momento en Rosewood para no llamar la atención, mientras que Eunice había presentado el pedido de licencia. Era la primera vez que Eunice faltaba al trabajo, lo que podría ser sospechoso; sin embargo, la necesitaban en la reunión. Por otro lado, ella no se habría perdido participar activamente en el desenlace de la historia. Ambos, Eunice y Gilbert, sabían que, de necesitarlo, enseguida estarían trabajando en el hospital Johns Hopkins.

El número de casos era una cifra que superaba la peor expectativa, y la indignación se había esparcido en todos ellos cuando descubrieron la cuantía del espanto. Ninguno lo podía creer, ni siquiera Eunice, que había visto salir a las pacientes, creía realmente que hubieran sido tantas. Superado el estupor, las mujeres se pusieron manos a la obra. Habían clasificado todos los casos de acuerdo a la antigüedad y a las características de las pacientes con el método que les había explicado Kanner.

—Su tarea, estimada Eunice y Mabel, es sumamente importante para definir el orden de atención de la enorme cantidad de casos, ya que, si no lo hacemos con la rigurosidad y la precisión que requiere, perderemos un tiempo valioso que puede significar la diferencia entre la vida y la muerte de una de nuestras chicas. El método que les enseñaré se denomina *triage*, que no es más que un modo organizado de clasificación de las urgencias, muy utilizado en catástrofes. Durante mi insostenible paso por los hospitales de campaña en Ucrania, en la Gran Guerra, alistado por el ejército austríaco, tuve que aprenderlo y utilizarlo a diario. Junto a mis colegas, todos jóvenes e inexpertos como yo, tuve la desgracia de enfrentar cara a cara la muerte, en cada traslado de heridos del frente que llegaban en camiones militares a diario y de a cientos. Recaía cien por ciento sobre nuestras espaldas la durísima tarea de determinar dentro de un grupo de heridos, a quiénes había que atender y con qué prioridad. Trabajamos con colores. Clasificábamos con el color rojo a aquellos que debían ser atendidos con prioridad uno, ya que estaban gravemente heridos, pero con alguna chance de poder salvarles la vida si actuábamos de inmediato. Al mismo tiempo que decidíamos a quiénes atender prioritariamente, debíamos determinar con el color negro a los que llegaban agonizando, a quienes solo podíamos aliviarles el dolor aplicando morfina para ayudarles a soportar el trance que precedía a su inevitable muerte. Los clasificados con color amarillo eran los soldados que, si bien estaban seriamente heridos, mostraban un estado general compensado y podrían esperar a ser atendidos luego de los de color rojo, aunque había que estar atentos porque, en cualquier momento, sufrían una

descompensación que los transformaban en máxima prioridad. Luego, teníamos a los pacientes marcados con color verde que, con heridas de levedad, podían ser atendidos por enfermeros o, simplemente, aguardar en las literas. Por último, en el *triage*, quedaban los soldados etiquetados con el color blanco, con heridas menores, que podían aguardar sin problemas.

»A ustedes les pido que estudien cada caso de estos ciento sesenta y seis como si fuesen heridos de guerra, solo que utilizaremos solo tres colores. De acuerdo a su criterio conjunto deberán marcar en la carpeta de cada una el color que les corresponde. Si no hay acuerdo entre ustedes, mi voto define. El rojo será utilizado para los casos que consideren de más urgente intervención, ya que, al salir de la institución tenían chances medianas de sobrevivir, pero que debido a la previsible curva de desgaste en sus estados podría estar en peligro inminente. Para eso tendrán que recurrir a toda su experiencia. Al verde, utilícenlo para aquellas pacientes cuyas salidas de Rosewood hubiesen sido más cercanas en el tiempo y que, de acuerdo a su estado o fortaleza en aquel momento, les permita suponer que podrían resistir más tiempo en las condiciones nefastas en las que podrían estar hoy. Por último, marquen con negro a aquellas pacientes que, a su criterio, resulte muy difícil que al día de la fecha continúen con vida. Les pongo como ejemplo el caso de Edna que, después de treinta años de no cruzar la puerta de Rosewood, fue puesta a trabajar como esclava y, a los pocos días, tirada a la calle como si fuese un perro que mordisquea los sillones de su dueño, perdón por la burda comparación, pero necesito que lo entiendan bien.

Las caras de Eunice y Mabel se pusieron pálidas ante la certeza de que podrían ser ellas las que determinarían el peor final para esas pacientes marcadas con negro. Por eso Leo las tranquilizó, o al menos lo intentó.

—Señoras, no es que no lo vayamos a intentar con estos últimos casos, solo que nuestra obligación consiste en trabajar primero con aquellas que tengan las mayores posibilidades de estar vivas. De todos modos, si ustedes lo desean, yo pondré la tercera firma en todos los casos que deban ser marcadas con negro.

Las mujeres quedaron más calmas y comenzaron la difícil tarea. En un rincón de la amplia oficina, Leo se reunió nuevamente con Keating y Benmiske, para analizar la primera experiencia que habían tenido en su tarea de campo. A la luz del resultado, debían redefinir la estrategia general, ya que la irrupción en la casa de Williams podía haber tenido un costo alto, además de no haber resultado exitosa. Por otra parte, apenas comenzaran a hacer ese tipo de acciones provocarían un ruido que, de seguro, llegaría a oídos del doctor Blate. Si el director de Rosewood descubría el faltante de documentación antes de que prosperaran las denuncias promovidas por John y el fiscal, la cuestión empeoraría y podrían enfrentar una demanda judicial por robo de documentación.

La sugerencia de John era la de constituir de inmediato una fuerte denuncia por trata de personas y fraude procesal contra todos los participantes, desde los miembros del bureau de Rosewood, el director actual, los abogados que interpusieron los *habeas corpus*, los galenos certificantes e incluso los jurados que dictaminaron la viabilidad de los procedimientos. Por supuesto, debían también acusar como grandes responsables a los jefes de las familias a quienes se asignaron a las jóvenes, porque de ellos provino el dinero para pagar las jugosas comisiones percibidas por todos los restantes.

Inmediatamente, luego de presentada la denuncia judicial, Benmiske se encargaría de notificar mediante agentes de la justicia a Blate y a los miembros del bureau, para que, en el caso de que recurrieran a la justicia por la sustracción de las carpetas, los jueces habrían de entender que se trataría de una maniobra obstructiva de los ya acusados. Ningún juez, por más corrupto que fuese, con la denuncia que presentaría Benmiske en sus manos, se animaría a actuar a favor de Blate, arriesgándose a ser acusado de cómplice del ocultamiento. Eso les daría tiempo a Leo, Aron y Keating de actuar con rapidez sin algún freno judicial.

Al mismo tiempo, el abogado continuaría presentando los pedidos de allanamiento de domicilio y de rescate en todos los hogares que recibieron a las ciento sesenta y seis chicas de Rosewood, muchos de los cuales, tal como había descubierto el equipo, se repetían en varios casos, ya que algunos de los hombres reiteraron la maniobra dos veces o más, tras haber desechado a jóvenes por inservibles para sus planes de mano de obra gratuita. Al tiempo que prescindían de esas pobres muchachas, exigían al abogado su reposición por otra interna.

Todos suponían que muy pocas de las pacientes apropiadas se mantendrían en el hogar al que habían sido entregadas. Eso implicaría un trabajo caso por caso entre Mabel y Eunice junto al doctor Keating para investigar qué fue lo que había ocurrido con esas mujeres y cuál había sido su destino al ser dejadas en la calle sin ningún tipo de preparación para defenderse en el mundo exterior. Sospechaban que esa sería la peor parte. Luego, comprobarían que no estaban equivocados.

* * *

Desde el punto humano para Eunice y Mabel, realizar la tarea indicada por el doctor Leo Kanner, se transformó en algo difícil. El *triage* implicaba determinar la suerte de personas de carne y hueso. Esa parte del trabajo no se parecía en nada a las muchísimas tareas que ambas habían tenido que realizar en sus extensas experiencias. Kanner, conocedor de eso, nunca las dejó solas, les daba ánimo en forma permanente mientras le hablaba sobre la importancia de su trabajo y les aliviaba la conciencia cuando alguna carpeta era marcada con color negro. En esos casos, les hacía ver que, de ese modo, permitían salvar a la mayor cantidad de niñas, jóvenes y mujeres. De esa forma, las damas pudieron realizarlo con eficiencia y, sin dejar de trabajar día y noche, en pocas jornadas tuvieron lista la clasificación: de las ciento sesenta y seis pacientes, cincuenta y seis obtuvieron la marca verde, sesenta y siete la marca roja y cuarenta y tres la terrible marca negra.

Leo Kanner estaba seguro de que, por más que él personalmente había supervisado el trabajo, el guarismo de la marca negra debería haber sido mucho mayor, solo que la compasión y humanidad de Eunice y Mabel las llevó a colocarle la marca roja. De todos modos, no comentó nada al respecto, para no desmerecer la capacidad de las dos integrantes mujeres del grupo.

Durante el tiempo que llevaban trabajando en conjunto, hubo numerosas situaciones en las que diferencias de criterio entre las damas produjeron discusiones a veces airadas, pero siempre sobre la mejor manera de llevar adelante alguna tarea, lo que, unido al manejo de grupo ejercido

por Kanner, evitó que pasaran a mayores. En ese momento del final de la clasificación del *triage*, sin embargo, se produjo una grieta que amenazó con romper la unidad del equipo. El motivo no fue otro que Anne Mann.

CAPÍTULO 7

Baltimore, septiembre de 1925.

Anne tenía siete años de edad cuando ingresó a Rosewood junto a su padre Samuel y su hermano Benjamin. Los acontecimientos ocurridos en esa fecha quedarían grabados con fuego en la memoria tanto de Keating como de Eunice. Luego de la elaboración del informe que realizaron los médicos pediátricos que revisaron a la niña el doctor Keating recibió a Samuel en su despacho, mientras los hermanos quedaban al cuidado de Eunice.

El doctor leyó para sí el informe de sus médicos, que incluía una evaluación clínica y psiquiátrica. En la parte clínica, no se observaba en la pequeña ninguna anomalía; sin embargo, en la psiquiátrica, se evidenciaba un comportamiento diferente. No registraba una evolución acorde a su edad. Presentaba numerosos síntomas de estar aislada del mundo exterior, no respondía a las preguntas que los médicos le hacían, encerrada en su universo interior. Sus reflejos estaban intactos; la mirada respondía a los estímulos de luz, aunque no la fijaba en los ojos de quienes la examinaban, por lo que descartaban problemas de visión; la audición también se apreciaba adecuada para su edad. Parecía simplemente ajena a la realidad. Mientras leía el informe, Keating recordó lo publicado algunos años atrás por el doctor Eugen Bleuler, quien acuñó la palabra “esquizofrenia” en reemplazo de “demencia precoz” que era un diagnóstico que se utilizaba hasta ese momento. El suizo Bleuler advirtió que uno de sus pacientes con esquizofrenia había comenzado un proceso que culminó con su aislamiento completo del mundo exterior. A partir de ese caso, denominó autismo a esa subclase de esquizofrenia con la que había ingresado el paciente. El doctor Keating encontró en las descripciones de los médicos que examinaron a Anne muchas similitudes con las realizadas por Bleuler. Contra la regla general que era basarse en exclusiva en el informe médico al momento de una admisión al instituto, Keating, sin adelantarle al afligido padre diagnóstico alguno, le solicitó que regresase al *hall* de ingreso con sus hijos, mientras él revisaría cierta documentación.

Se dirigió a su vasta biblioteca y la exploró hasta encontrar los trabajos de Bleuler; los repasó con atención extrema. Luego hizo ingresar a la niña a la oficina, donde la sometió a un exhaustivo nuevo examen: esa vez siguió las recomendaciones dejadas en papel por su colega suizo. Tras corroborar las coincidencias entre lo expuesto por Bleuler y lo que él pudo notar en Anne Mann no le quedaron dudas de que lo que padecía la niña se trataba de un brote esquizofrénico, con características autísticas, según las palabras de su antecesor en la materia.

Lo reconfortaba encontrar un diagnóstico; sin embargo, no coincidía en aceptar lo que ese diagnóstico significaría en la vida de Anne si fuese tal como Bleuler lo planteaba en sus ensayos científicos. El suizo argumentaba que las esquizofrenias estaban destinadas a exacerbaciones y

remisiones, por lo que nunca nadie había sido completamente curado de esa dolencia, de modo que siempre habría algún tipo de debilidad cognitiva o defecto perdurables que se manifestarían en el comportamiento del paciente.

Sin embargo, Keating, como todo apasionado por una profesión, jamás dejaba de estudiar. No había publicación en el mundo de la que él tuviera conocimiento que no devorara con inusual interés. De ese modo, se había enterado años atrás sobre los trabajos de Bleuler en la lejana Suiza. También, del mismo modo, estaba al tanto y en comunicación epistolar con una doctora rusa de apellido Sukhareva. Ella ponía en tela de juicio la universalidad del destino de los pacientes esquizofrénicos que Bleuler auguraba. La doctora Sukhareva coincidía con el psiquiatra suizo en clasificar al autismo como una rama de la esquizofrenia y que ambas eran enfermedades incurables. Sin embargo, se diferenciaba de su colega porque aseguraba y documentaba grandes avances en el funcionamiento de niños autistas. Sostenía la rusa, en sus misivas a Keating, que, al brindarle a los niños pequeños apoyos y los estímulos terapéuticos adecuados, además de escolarizarlos en institutos especializados, al cabo de un tiempo, muchos de esos jóvenes desarrollaban las capacidades necesarias para ser recibidos en establecimientos comunes a los demás. La diferencia de criterio entre Bleuler y Sukhareva se notaba a simple vista. Coincidían en la definición y en el carácter de incurable del autismo, aunque diferían al extremo en las posibilidades de desarrollo de los pacientes.

Keating decidió que lo mejor para su entrevista con el señor Mann sería basarse en esa visión más optimista que le transmitía su colega contemporánea.

* * *

El señor Mann firmó la papelería que debía suscribir para la admisión de Anne en Rosewood. Dejó en manos del doctor Frank Keating el futuro de su pequeña hija. Luego, Mann salió de la oficina, se arrodilló en el piso del *hall* donde aguardaban sus dos pequeños al cuidado de la enfermera y se fundió en un abrazo desde el alma con Anne, que por supuesto no pensaba que ese sería el último contacto que tendría con su padre. Dentro de la tristeza a la que no se acostumbraba pese a la habitualidad, al doctor Keating le asombró para bien que la niña se dejara abrazar de esa manera. Esa posibilidad de contacto físico suponía un grado de autismo más leve en caso de confirmarse el diagnóstico. Quizá fuese la llave de entrada al conjunto de jóvenes que mejores resultados le brindaba a su colega rusa.

Samuel Mann contuvo el llanto, consciente en el dolor, de que tenía sobre su rostro la mirada fija de un hijo que esperaba encontrar en el padre la manera de reaccionar ante lo que estaba aconteciendo. La enfermera Eunice tomó de la mano a Anne, despeinó con la otra la cabellera enrulada de Benjamin y esperó respetuosa las instrucciones de su jefe.

Cuando Samuel y Benjamin se retiraban de la clínica de la mano, y ya estaban a una distancia prudente, Keating se acercó a Eunice y a Anne. Los tres tomaron asiento en uno de los bancos del ingreso. Allí puso al tanto a la enfermera del diagnóstico, quizá prematuro, de las conclusiones de Bleuler y de Sukhareva; luego, la comprometió.

—Eunice, hemos visto ingresar a esta institución a cientos de pacientes. Esta niña es especial, veo en ella un gran potencial. Desafiaremos el destino de incurabilidad de los niños autistas. Anne será un caso modelo de recuperación. La pongo bajo su cargo directo; no me defraude.

—Doctor, me he encariñado con esa criatura desde el momento en que la vi ingresar. Pierda usted cuidado de que seré fiel cumplidora de todo lo que indique. Haremos de Anne Mann un ejemplo de superación, además de un orgullo para Rosewood.

CAPÍTULO 8

Baltimore, verano de 1932.

El trabajo en equipo bajo la dirección de Leo iba de maravillas. Hasta que estalló un conflicto inesperado dentro del grupo. El *triage* había colocado el caso de Anne en la categoría verde. Tenía posibilidades y aptitudes para sobrevivir en un clima adverso mejor que aquellas pacientes marcadas con rojo. Podría esperar a la segunda etapa del plan. Por supuesto que Eunice no pudo aplicar su objetividad en ese caso, de modo que insistía en ponerle el color rojo. Anne debía ser rescatada con urgencia. Para Mabel, no había dudas de que correspondía el verde y se mantuvo en su postura. Debió terciar el doctor Kanner; con su intachable objetividad y justicia, sin poder ser infiel a la norma que el mismo había impartido, inclinó su decisivo voto por la profesional opinión de Mabel antes que por la emocional de Eunice. Eso provocó una crisis de llanto en la enfermera, que debió ser consolada por la misma Mabel y por supuesto por Leo, a quienes se les partía el corazón, pero estaban seguros de hacer lo correcto.

Parecía que todo quedaba en calma, Eunice aceptaba la decisión contraria a su interés por parte de sus compañeros, porque sabía que esas eran las reglas del juego a la que ella había aceptado sujetarse al asumir el delicado trabajo. Esa calma duró poco. Voló en pedazos apenas Aron ingresó en la oficina y advirtió las huellas del llanto en el rostro de su preferida. ¿Qué había sucedido para poner en ese estado a una persona como ella, estoica y acostumbrada a lidiar con problemas gravísimos en su trabajo? Cuando le comentaron el motivo, Aron reaccionó de manera previsible: se negó airado a aceptar esa determinación y manifestó su postura con firmeza, incluso subiendo el tono de voz.

—No me importa si le ponen rojo, verde, amarillo, azul o violeta: la primera persona que buscaremos es a Anne. Se lo debemos a Benjamin, sin cuya carta no estaríamos ni enterados de todo esto. Y se lo debemos a Eunice que arriesgó hasta su libertad para traernos los archivos a los que ahora le ponemos colores. No aceptaré ninguna otra posibilidad que buscar a Anne primero. Si no lo hacemos en conjunto, con dolor les notificaré que abandono el grupo y procederé a continuar esa búsqueda solo. No los necesito —concluyó Aron que se retiró de la oficina con un portazo que sacudió el silencio de los pasillos del hospital. De inmediato salió de su oficina Leo para hacer regresar al iracundo periodista, lo que logró solo gracias a su increíble capacidad de persuasión.

El resto quedó en silencio. Todos entendían el argumento de Lewin. De todos modos, si había que proceder a quebrar una norma impuesta por Kanner como cabeza de grupo, aunque aceptada por unanimidad por todos ellos, la única forma sería con el mismo nivel de aceptación. Leo evaluó que, en una eventual votación, no había dudas de cuál sería la elección de Aron, de Eunice y de Frank. Benmiske seguramente se abstendría, ya que lo suyo estaba orientado a lo judicial y no

le correspondía opinar en algo que no entraba en su campo de acción. Quedaba por saber si Mabel aceptaría el criterio de la mayoría o se aferraría a la legalidad del procedimiento adoptado. Por supuesto, Kanner también debería emitir su juicio.

Leo sabía que, si él y Mabel no aceptaban poner a Anne en primera fila, Aron rompería el grupo y la buscaría por su cuenta, lo que pondría en riesgo toda la estrategia. Por otra parte, si votaba en favor de la mayoría, la que se sentiría menospreciada sería Mabel. La única forma de que nadie quedara herido, sería lograr que uno de los dos extremos cambiara de opinión por ánimo propio y no por la autoridad del coordinador del grupo. Sabía que Aron no lo haría, por lo que la única ficha que le quedaba a Kanner era convencer a Mabel de que ella misma fuera la responsable de su cambio de votación. Pidió a todos que, por favor, hicieran un cuarto intermedio, que dejaran la oficina y que le permitieran conversar a solas con Mabel.

* * *

—Leo, nos conocemos hace mucho tiempo. No es necesario que me trate de convencer de nada, sé poner el bien del grupo por encima del de cada uno de los integrantes. No voy a promover una ruptura. Simplemente pídamelo y cambiaré mi voto.

—No, Mabel, no haría eso jamás. Es cierto lo del grupo por sobre las personas, pero no es mi forma de actuar. Yo quiero que hablemos. Si decides mantener el voto y Aron debe irse a buscar a Anne solo, tendrá que ser así. Pero si, en cambio, decides cambiarlo, tiene que ser algo que nazca de tu propio raciocinio, no desde tu lealtad.

—Gracias, Leo, entonces le confirmo, de verdad creo que no corresponde cambiar las reglas de juego porque Anne haya terminado en un segundo plano. Si fue así, y usted me acompañó en esa decisión, fue porque consideramos que había otros casos más urgentes que el de ella. Porque la niña logró, gracias a la dedicación y al amor del trabajo de Eunice y del doctor Keating, superar lo inexpugnable de ese autismo con el que ingresó a Rosewood. Porque ella es capaz de comunicarse con el exterior, porque obtuvo un nivel de capacitación tal que le permitiría con más posibilidad que otros pacientes sobrevivir en el mundo exterior.

—Ahí está el punto, mi estimada Mabel, hablamos de probabilidades; no de certezas. Suponga por un momento que no fuese correcta esa medición de las posibilidades, sabemos que no hablamos de una ciencia exacta.

—Leo, eso puede ocurrir con cualquiera de los casos. Podemos suponer en exceso o en defecto las fortalezas de las jóvenes. Es parte del riesgo.

—Exacto, coincido ciento por ciento contigo, pero resulta que acá hay tres personas que tienen un especial y legítimo interés en esa niña. Te voy a contar algo que tú no sabes probablemente. El día que Anne ingresó a Rosewood, Keating y Eunice hicieron un pacto según el cual la sacarían adelante hasta convertirla en una persona autosuficiente, de modo que la pequeña sería el primer caso en que una paciente internada en Rosewood podría salir dada de alta. Luego, se enteraron de las tragedias de los padres de la niña Mann y redoblaron la apuesta. Sería Eunice quien tomaría como hija a Anne desde ese momento y, pasara lo que pasase, el pacto seguiría en pie. Cuando Keating resignó su puesto de director, Eunice lo sintió como una traición, pero se reunieron en

forma absolutamente secreta y sellaron otro pacto que fue de confidencialidad. Frank no le comentó a la enfermera el motivo por el que se alejaba de la dirección, pero le prometió a Eunice que, algún día, lograrían el alta de Anne y que, el día que eso ocurriese, moverían cielo y tierra para conseguir la custodia de la niña en favor de la enfermera. Cuando Eunice le contó desesperada a Keating que se habían llevado a Anne, él investigó por su cuenta y supo que la habían alojado con una familia de apellido Silverman.

Mabel miraba absorta a Leo.

—¿Cómo es posible que no supiéramos nada de eso? ¿Cómo es que, si Aron no contactaba a Eunice, y ella no lo enviaba con Keating, nunca hubiésemos llegado a este punto de la investigación? ¿O estaba todo tan manipulado como para hacernos creer que era todo obra del destino? Realmente no alcanzo a comprenderlo.

—Mabel, querida, realmente el destino, aunque yo como creyente lo llamo Adonai, jugó sus cartas. Si no hubiese recibido Aron esa carta del hermano de Anne, si no hubiese tramado sus planes para hablar con una enfermera, si esa enfermera no hubiese sido Eunice, que lo envió con Keating, probablemente Frank hubiese cometido una locura, que casi seguro estaba destinada a ser una tragedia. Me ha confesado el día que lo conocí que tiene un arma que adquirió para ir a rescatar a Anne a punta de pistola. No podemos adivinar cómo terminaría eso, pero apostarí que Silverman estaría muerto, Keating detenido, Anne internada en una institución mental y Eunice... quién sabe qué hubiese hecho Eunice ante un panorama de ese tipo.

—La verdad, Leo, es que no tengo capacidad para entender cómo el destino juega con nosotros como si fuésemos piezas en un tablero gigante de ajedrez.

—Mabel, yo tampoco lo entiendo, lo cierto es que así ocurrieron las cosas. Por otro lado, está el compromiso tácito que asumí Aron con Benjamin y por el que no se va a detener hasta darle una satisfacción.

—No cuentes conmigo para cambiar mi voto acerca de la regla impuesta y tomar un caso de los no urgentes solo porque se trate de Anne. —Kanner no entendía nada, pensó que había sido convincente—. No es necesario votar, considero que el caso de Anne Mann debe cambiar de color, es un caso claramente rojo por sus implicancias dentro del grupo. Solo no comprendo por qué no apoyaste la postura de Eunice cuando disentíamos con ella y tú hiciste valer tu voto decisivo.

—Mabel, yo necesitaba que pasara todo esto para que comprendieras el real motivo. No podía romper mi pacto de confidencialidad con Keating salvo por una razón de suficiente peso y demasiado valedera como esta. Perdóname que te haya forzado a llegar hasta aquí. Por favor, llamemos a todos y digamos que el operativo Anne está aprobado.

* * *

Leo sintió el alivio de haber resuelto la crisis más importante en cualquier equipo de trabajo que hubiera coordinado. Seguía invicto, ya que jamás, incluso ese día, debió forzar a nadie a cambiar su punto de vista para destrabar un conflicto, siempre lo logró por medio de la persuasión. Convocó a todos de nuevo a su oficina, pero llevó a un aparte a Eunice y Keating, para advertirles que debió utilizar el permiso previo que ambos le concedieron para develar a Mabel la real

historia completa de Anne que los comprendía a ambos como actores principales. Ellos le agradecieron esa información, le confirmaron para su tranquilidad que no había actuado de manera infidente.

—Creo que es momento de incluir en el conocimiento de la historia completa también a Aron y a John —manifestó Eunice, con el consentimiento materializado con un leve movimiento afirmativo en la expresión de los rostros de los dos hombres.

Una vez reunido el equipo completo, Leo les cedió la palabra a ambos para que contaran al resto lo que habían ocultado. Aron escuchó incrédulo toda la historia. Esperó y, cuando ambos concluyeron el relato compartido, se expresó con tranquilidad mientras se dirigía en forma alternativa tanto al doctor como a la enfermera:

—¿Es decir, estimados míos, que he sido objeto de un coordinado engaño? ¡Al final resulté ser mucho menos intuitivo de lo que me consideraba! En el primer café que tomamos con usted, Eunice, al relatarle mi investigación con escasos logros hasta ese momento, me envió a indagar al doctor Keating, aquí presente, pero nada me dijo que ustedes mantenían un diálogo y que ambos estaban al tanto de todo lo acontecido, especialmente sobre Anne.

—Comprenda, Aron, mi sorpresa al enterarme de que aquel menudo hermanito de Anne, a quien acompañé en aquellos duros momentos del ingreso de la niña a Rosewood no solo estaba con vida, sino que no la había abandonado. Supuse que revelarles toda la historia no sería lo adecuado en un primer encuentro con un entonces desconocido. Tenía que saber si en verdad frente a mí había alguien valioso o solo un periodista que dejaría todo de lado ante la primera dificultad de conseguir la historia. Preferí hacerle transitar un camino más largo que lo conduciría a un mejor resultado. Además, usted cree que me eligió de entre todas las enfermeras, cuando fui yo la que se paseó delante suyo tantas veces hasta que le parecí adecuada para abordar —dijo eso último entre risas.

Aron no podía creer que había pasado de cazador a presa. Sonrió y se dirigió a Frank:

—Doctor Keating, cuando lo visité en Gaithersburg, no logré desentrañar su reacción. Pensé que tendría temor por una investigación que podría conducirle a usted ante los estrados judiciales por cómplice o partícipe en la apropiación de sus pacientes. Sin embargo, no fue eso lo que pareció provocarle la carta de Benjamin Mann. Creo haberle dicho a Leo cuando le conté de nuestro encuentro que usted transmitió empatía y hasta alivio, si bien dentro de una confusión que trataba de disimular. Ahora entiendo casi todo. Lo que no comprendo es el motivo por el que no me dijo directamente que estaba en contacto con Eunice y que sabía por ella las últimas novedades. Incluso, más adelante, fui engañado absolutamente por una gran actuación de ambos, en el encuentro que supuse sorpresivo en el café cuando creí, ahora entiendo que equivocado, que era su reencuentro.

—Querido Aron, si me otorgas tus disculpas por esto, estaremos a mano con las que te otorgué por haberme abordado así en *The Big Fish*. Intentaré explicarte mi actuación de aquel día y también las posteriores. En efecto, yo mantuve el contacto con Eunice después de retirarme de Rosewood. Nos unía la preocupación por el destino de nuestra adorada Anne. Pero cuando tú me visitaste por primera vez, yo no había recibido una carta que Eunice me envió alertándome sobre tu inminente visita. Te moviste más veloz que el servicio postal. —Sonrisas de por medio, continuó—. No lograba entender cómo habías llegado hasta mí; primero pensé que estabas al tanto

de la continuidad de mis relaciones con Rosewood a través de Eunice, pero el pacto de silencio que compartíamos me hizo descartar rápidamente esa hipótesis. —Eunice sonrió halagada por la confianza de Keating—. Entonces me tomé el tiempo para madurar el tema y, cuando combinamos la reunión inicial de este equipo, arreglé previamente una reunión con Eunice para diseñar una estrategia que nos permitiese mantener nuestro secreto a salvo si fuese necesario. Coincidimos con ella en que Kanner, por ser el coordinador del grupo, debía conocer todas las cartas con las que contaba. Por eso lo hicimos cómplice de una parte de nuestros secretos.

Todos miraron a Leo que hizo una mueca mezcla de culpa por ocultar lo que sabía con picardía por haber participado del engaño. De inmediato, se dirigió a Keating.

—Estimado Frank, recién usted al final de su alocución ha dicho que yo fui cómplice de una parte de sus secretos, dando a entender que no de todos, ¿es que existe la posibilidad de que hubiese más que debamos y podamos conocer los aquí presentes?

El exdirector de Rosewood miró fijamente a los ojos a la enfermera e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza; dejaba en manos de la mujer la responsabilidad de decidir si revelar o no lo que aún no habían contado. Eunice sonrió con su rostro ruborizado y tomó con su habitual coraje el hierro caliente que le había dejado Keating en las manos.

—En realidad, mantenemos algo en secreto Frank y yo, que no revelamos hasta ahora porque no considerábamos que fuese necesario. —Fue la primera vez que Eunice utilizó el nombre de pila de Keating delante de los presentes—. Parte de esto ya lo escucharon hace un rato, pero ampliaré los detalles si no les molesta, de modo que comprendan el proceso entero del enigma que mantuvimos tanto tiempo. Cuando llegó la pequeña Anne a la institución que dirigía Frank y en la que yo ya era una de las enfermeras más antiguas... antigua en el trabajo, ¡no de edad! —La oportuna comicidad de la mujer hizo aflojar la tensión a todos, que aprovecharon para desahogarse y transformaron sus rostros tensos por sonrisas. Entonces continuó—: En ese durísimo momento, cuando vi retirarse de Rosewood resignados y tan doloridos a ese padre y ese niño, no pude contener las lágrimas mientras sostenía a la pequeña. Me prometí a mí misma que la devolvería a su familia en poco tiempo y con todo un futuro por delante, algo impensado para la realidad que vivíamos, ya que no había ocurrido eso en ningún caso desde mi ingreso a la institución. Enorme fue mi sorpresa cuando se acercó Frank y, como si hubiese leído mis pensamientos, me hizo la misma promesa que yo me había hecho instantes antes. Ese pacto compartido, nos acercó muchísimo; esa vez como personas, ya que profesionalmente trabajábamos codo a codo desde siempre.

»Pero Frank fue siempre tan estrictamente profesional que jamás se hubiese permitido una relación de amistad con una persona que trabajara bajo sus órdenes. Al poco tiempo, nos enteramos de las sucesivas desgracias acontecidas en el seno de la familia Mann. La muerte casi simultánea de ambos progenitores y la partida de Baltimore de su hermano Benjamin nos conmovió terriblemente. Fue entonces cuando Frank redobló la apuesta, y debimos cambiar nuestra promesa secreta. Él me aseguró que me conseguiría la custodia de Anne apenas lográramos hacer que no dependiera de Rosewood para su bienestar. Me dijo que entendía que no habría mejor madre sustituta para la pequeña y que él estaría personalmente a mi lado. —Eunice sintió un nudo en la garganta que le impidió seguir hablando. Eso hizo que Mabel, quien por fin comprendía la mirada recelosa que le lanzaba, corriera a alcanzarle un vaso con agua. Eunice le hizo señas a Keating porque no podía continuar hablando, por lo que él tomó la palabra.

—No era un vano halago el mío, Eunice, sabes qué es lo que pensaba y pienso sobre ti. Mientras Anne lograba grandes avances en su tratamiento, comenzaron a suceder cada vez con más frecuencia las victorias de aquellos abogados contra la institución, que, a esa altura, se entregaba como un boxeador que no levanta los brazos para protegerse de los golpes del rival. No pude tolerarlo. De inmediato, pedí una nueva reunión al bureau en las que les exigí que no se quedasen de brazos cruzados, pero la respuesta fue siempre la misma. Un resignado encogimiento de hombros fue todo lo que obtuve de esos directivos. En ese momento, entendí que eran parte del juego y que, con seguridad, no lo hacían en forma gratuita. Descargué sobre ellos una catarata de insultos que me avergüenza recordar y me fui pegando un portazo que hizo saltar un trozo del marco de la puerta cuyo daño aún debe estar como testigo mudo de lo que les estoy relatando. Recogí mis escasas pertenencias de la oficina que ocupaba y me fui sin saludar a nadie, ni siquiera a Eunice, en mi día de furia. —Hizo una pausa mientras miraba a la enfermera—. Sin dudas esto coincide con el cese de respuestas a las cartas que menciona Benjamin Mann en la misiva que disparó todo esto —dijo mientras apuntaba con un movimiento de su dedo índice a todos los presentes—. Yo le respondí en persona cada una de sus cartas mientras estuve allí, pero como es de suponer, al retirarme culminaron las respuestas. Por eso, Aron, mi reacción de sorpresa, agrado, vergüenza, todo al mismo tiempo, cuando leí por primera vez esa carta que ahora llevo leída al menos veinte veces. Quiero responderle a Benjamin cuando tengamos a Anne, ¡ojalá que sea ella misma la que escriba la carta!

Eunice, que ya estaba repuesta, prosiguió:

—A partir del momento en que Frank dejó de ser director de Rosewood, desplegué mis encantos y lo fui envolviendo en una amistad de la que no logró escapar. Entiendan que ambos éramos solteros, nos habíamos dedicado de lleno al trabajo, pero a mí me atrajo desde el primer día en que ingresó al instituto. Además de ser tan buen mozo como cualquiera de los galanes de las películas de Hollywood, de él me cautivó su cándida timidez cuando debía hablar con una dama; en especial me parecía que ese rubor se hacía mayor cuando charlaba conmigo. Eso me ponía en un estado casi indisimulable. Creo que solo él no lo notaba. Para peor, su excesivo celo en no dejar ninguna duda de que su relación con cualquier persona del plantel no era más que profesional lo hacía exagerar la distancia que tomaba de mí. Sin embargo, mi intuición me decía que yo lo atraía. Una cosa llevó a la otra y dos semanas después de rota la relación laboral, logré que él me invitara... —dejó a entender que fue ella que lo indujo a esa invitación— al cine. Luego, a esa salida le siguieron otras, fuimos a cenar, a caminar, hasta que un día lo tomé por sorpresa y le robé un beso, que atesoro en mi memoria entre los recuerdos más preciados.

»A todo esto, él se había retirado a Gaithersburg, pero volvía semanalmente a visitarme de incógnito porque, a diferencia mía, a él si le importaba el qué dirán. Después de ese beso robado sentados sobre un mantel en la hierba del parque, por fin Frank se desinhibió un poco y se convirtió en alguien desconocido para mí. Un amante a la vez que un caballero impecable, un protector absoluto al que le costó mucho tiempo dejarse proteger por mí. En fin, el príncipe azul que estuve esperando por décadas... Bueno, por años —se corrigió de inmediato lo que causó nuevas risas en la audiencia—. Cuando le comenté que Anne había sido sustraída de Rosewood, su furia fue tal que hasta a mí, que lo conocía perfectamente, me sorprendió. Una vez más, intercambiamos la promesa de que no solo la recuperaríamos de quienes se la habían llevado, sino que ese mismo día nos casaríamos, y Anne sería nuestra primera hija. La idea de agregar lo

de “primera” hija, me hizo pensar para mis adentros, este individuo está loco si piensa que a mi edad yo iba a poder tener otra hija que no fuera esa pequeña, pero lo dejé con su ilusión. Nunca tan bien utilizada esa palabra, porque es medio iluso mi querido Frank. Así fue como nos pusimos en campaña para lograr el rescate. Para esa época, llegó Aron a nuestras vidas y luego se agregaron ustedes Leo, Mabel, el doctor Benmiske... y sentimos que entre todos lo lograremos.

Eunice terminó de revelar lo que los demás no conocían. Lo había contado con el ensueño que rodea a cualquier cuento de hadas, aunque todos sabían que la realidad era mucho más dura, fría y compleja. Aron, Mabel y John se sorprendieron de la capacidad de esos dos de no aparentar ser una pareja, cuando pasaban tantas horas juntos.

Kanner solicitó a su secretaria que les alcanzara de la heladera que tenía en su *kitchenette* personal dentro de la cocina del sector dos botellas heladas de champagne de la bodega Moët & Chandon. Tenían una historia muy especial, ya que se las habían regalado a Leo los padres muy agradecidos de un paciente que atendía desde muy pequeño, con un aislamiento extremo; un niño que, gracias al trabajo de Leo y su equipo, se había convertido en un adolescente pleno y feliz.

—Leo, te pido un favor. Somos muchos para brindar, pero hagamos un esfuerzo, brindemos solo con una de las botellas y dejemos la otra como parte del compromiso grupal de rescatar a Anne. Allí, con ella entre nosotros, la tomaremos con mucho más placer que a esta. Incluso prometo subirme a la mesa y bailar un charleston con ligas y todo... —rogó Eunice lo que llevó a otra ola de risas contagiosas.

—Espero que no se enteren en *The Washington Post* de todo lo que me dejé engañar por esta pareja o mi carrera está acabada —dijo Aron con un fingido pesar que no lograba disimular su alegría por la pareja.

* * *

Una vez terminado el momento de confesiones, Leo los urgió a no perder el tiempo y continuar la selección de los casos catalogados con el color rojo, entre los que ahora estaba el de Anne Mann. Repasaron los pasos. John presentaría al día siguiente, en compañía del fiscal Nick Miller, la demanda ante los tribunales del circuito que atendían casos de delitos graves como la trata de persona y reducción a la esclavitud, al tiempo que solicitaría los oficios para diligenciar con participación de la fuerza policial de Baltimore las notificaciones y allanamientos pertinentes a todos los implicados. Le llevaría toda la noche preparar la denuncia incluso con la ayuda de los abogados asociados de su estudio, pero la tendría listo a las ocho de la mañana, al horario de apertura de los tribunales. La estrategia sería presentar la denuncia, para que, luego, el fiscal Miller instara al jefe de fiscales a que el estado se constituyera como parte querellante, algo a lo que difícilmente el responsable del accionar de los fiscales podría negarse si se tenían en cuenta el tamaño del escándalo que se avecinaba.

Debía conseguir que, en paralelo a su presentación, el fiscal presionara para que prosperara el recurso que ordenara la inmediata restitución de Anne, ahora sí convertida por el favor de todos en el primer caso en el que proceder de entre los sesenta y ocho rojos, que se reducían a cuarenta

y dos familias diferentes, ya que alguna habían recurrido al mismo método más de una vez. Aumentaban las chances de encontrar a Anne, ya que en su caso no hubo pedido de recambio por parte de los padres custodios.

Esa vez primaron los consejos de Benmiske y, aunque algunos de ellos lo hicieron refunfuñando, decidieron tomar el día siguiente libre para todos menos el abogado que tenía demasiada labor en tribunales.

* * *

El día había amanecido totalmente libre de nubes, las aguas de la bahía reflejaban hacia la ciudad los rayos del sol mientras que ascendía en el horizonte. Se veía como una jornada espléndida, aunque auguraba altísimas temperaturas para el mediodía. Salvo Eunice, que estaba bajo el amparo de la licencia en el instituto, y Keating, que había cancelado todas sus citas en Gaithersburg, tiempo que aprovecharon para estar juntos como pareja, el resto del equipo debía aprovechar la jornada para ponerse al día con las labores habituales.

Leo decidió postergar por un rato la firma de la montaña de documentos que sus secretarias le habían apilado en el despacho. Decidió priorizar la reunión con los médicos de su equipo de investigadores en el hospital y los citó en la sala de reuniones, ya que la oficina estaba bastante desordenada, llena de cajas y documentos que no quería que los colegas advirtieran. Antes de comenzar el encuentro con los otros médicos, recordó cómo había sido esa mañana. Tan parecida a las otras y, sin embargo, él tenía motivos para sentirse diferente.

Luego del acostumbrado baño matinal, disfrutó el desayuno que le preparó en persona su confidente esposa a quien puso al tanto de los agitados acontecimientos del día anterior. Recibió esas cariñosas palabras de aliento que siempre le fogueaban el ánimo, aun en las circunstancias más difíciles. Ya fuera de la casa, recorrió las cuadras que lo separaban del puerto mientras disfrutaba a cada paso los sonidos y aromas que de allí provenían. A esa temprana hora el puerto bullía en plena actividad de descarga de mercancías provenientes de todo el mundo. “Los estibadores de Jack Wellington deben estar bajando el té oriental que importa para venderle exclusivamente a Wolf en el Lexington Market... No sabe Wellington que, probablemente, Wolf no pueda comprarle más esa preciada mercancía”, pensó mientras un atisbo de sonrisa le recorría el rostro.

Abstraído del ruido como solo él podía hacerlo, Leo reflexionó sobre los acontecimientos de los últimos días. La primera acción, en la casa de Williams, había tenido un final desalentador, ya que no lograron dar con Edna, lo que produjo una gran desazón en el equipo, además del sentimiento compartido de que habría muchos casos similares en los que ya fuese tarde para rescates. Sin embargo, por otro lado, los dichos del mismo Williams corroboraron que las investigaciones previas comenzadas por Aron y la detallada confesión de Wolf eran verídicas.

Estaban apenas en el comienzo. Sabía que tendrían éxitos y fracasos en la justicia, confiaba muchísimo en John, pero algunos recursos, incluso el de Anne, podrían ser denegados, por lo que deberían proseguir las acciones judiciales o recurrir a la corte de apelaciones, todo lo que retrasaría la labor del equipo y jugaría en contra de las probabilidades de rescate de las mujeres.

Ese ambiente propicio para sus reflexiones le permitió aceptar, también, que había muy pocas chances de que la justicia fallara finalmente contra personajes importantes de Baltimore, incluidos algunos jueces. No obstante, como John le había sugerido, el tener esas acciones en su contra, detendría eventuales contrademandas por los atropellos –de los que el doctor Kanner era consiente– estaban cometiendo él y sus compañeros.

Esa claridad, en ese momento y en ese banco del puerto, no implicaba una resignación de Leo, al contrario, lo empujó a determinar que a las acciones penales de las que no esperaba demasiado, debía dejarlas en manos de John, para dedicar sus esfuerzos a la tarea activa de rescate. En los casos en que no estuvieran ya en custodia de las familias, como Edna, la tarea consistiría en buscarlas en las calles, en los hospitales, en los burdeles y en las morgues.

Todo eso llevaría un tiempo bastante largo. Por otro lado, él no podría darse el lujo de desatender por mucho tiempo más sus obligaciones en el Hospital Johns Hopkins, ni tampoco debía demorar en exceso la publicación de sus investigaciones sobre el autismo. Luego del empujón inicial, en el que todo el carro empujaría a encontrar a Anne –que sabía era el principal motor de varios de sus compañeros y de sí mismo– y de hacer lo propio en aquellos casos menos dificultosos, quedaría una tarea residual que llevaría años. Esa sería labor de Mabel si aceptaba, cosa que Leo daba por sentado, con alguna auxiliar que él contrataría y solventaría, al igual que lo hacía con la remuneración de la asistente social. El resultado de todo este trabajo recién se vería en cinco o seis años. El doctor Kanner suponía que sería un recorrido con luces y sombras, en el que tendrían tantas satisfacciones como frustraciones.

No todo estaba perdido. Sin embargo, cuando se levantó del banco y se dirigió al hospital, la preocupación por la responsabilidad que caía sobre sus hombros le hizo olvidar con rapidez los aromas y sonidos que solían permanecer en su cabeza durante largos minutos.

* * *

Apenas tuvo en las manos las copias de las demandas presentadas por John y el recurso conseguido por el fiscal sobre la causa de Anne Mann, Leo citó al resto del equipo a su despacho a las seis de la tarde, horario en el que ya cada uno habría finalizado sus diligencias.

Allí resolvieron que la visita a Silverman la harían los mismos que fueron a lo de Williams, con el agregado de Benmiske. El encuentro sería a las ocho de la mañana a dos cuadras de distancia de la residencia Silverman, una antigua casa reformada a nuevo por su actual dueño, situada en las inmediaciones de la Universidad Johns Hopkins, en la calle Guilford Terrace, a escasos metros de la intersección con Southway. Por supuesto, estaba ubicada en una zona privilegiada de la ciudad, acorde al poder económico de su dueño.

A las ocho en punto, estaban allí Leo, Keating y Aron, pero John no había aparecido. Esperaron quince minutos y, como no llegaba, mascullando comentarios sobre la impuntualidad de los abogados, decidieron comenzar sin él. Leo, en el camino, repasó el plan de acción con sus compañeros; un paso en falso podía tirar por la borda todo.

—Lo más importante es no salirnos del libreto para que esta historia termine como debe terminar. No tenemos la orden conseguida por el fiscal que debía traer John ni otro papel que nos autorice a ingresar a la morada. Tampoco podemos forzar al dueño de casa a hablar con nosotros; mucho menos retirar a Anne del interior de la casa. Si él se niega, deberemos marcharnos para volver con John y la bendita orden. Mantengan la compostura. Diga lo que diga el personaje que nos toque en suerte. ¿Están todos de acuerdo?

Frank golpeó con fuerzas la puerta de la elegante morada y fue atendido por el dueño de casa en persona.

—¿Se encuentra el señor Silverman?

—Soy yo. Perdón, pero no conozco a ninguno de ustedes. ¿Por qué vienen a incordiarne a esta hora a mi casa?

—Se lo voy a explicar con pocas palabras. Usted y su esposa retiraron de Rosewood a una jovencita de apenas doce años. Su nombre es Anne Mann.

—Sí, eso es correcto, la rescatamos de esa institución mental; la trajimos en custodia para adopción con el objetivo de darle una vida digna, pero...

—No hay ningún “pero”, señor Silverman —tomó la palabra con firmeza Leo—. Lo que usted hizo fue una maniobra fraudulenta. Tenemos suficientes pruebas de ello como para poder derribar en la justicia la utilería montada alrededor de esa adopción supuestamente legal. Podemos hacerlo comparecer ante los tribunales federales como integrante de una banda de apropiadores de niños. Antes que nada, permítanos ver cómo está Anne.

—Amigos —respondió el dueño de casa con cierta ironía—, en primer lugar, quiero que sepan que soy abogado, por lo tanto conozco la ley y mis derechos. De ninguna manera los autorizo a ingresar. Para hacerlo necesitarán una orden judicial, que dudo que tengan porque, de ser así, ya me la habrían mostrado. De lo contrario, atrévanse a poner un pie dentro de mi casa y serán aprehendidos en el acto. Roger —ordenó Silverman a uno de sus auxiliares—, ponme en el teléfono al comisario Esteffano.

El empleado corrió a cumplir la orden de su empleador. Leo, que conocía el terreno en que ingresaban, levantó la mano derecha para indicarle al grupo que se detuviera.

—En segundo lugar —continuó Silverman—, si quieren ver a Anne, primero tendrán que encontrarlas a ella y a mi exesposa, ya que se fugaron de aquí hace aproximadamente un año.

CAPÍTULO 9

En la oficina de Kanner, el equipo estaba destruido anímicamente. Habían llegado tarde a rescatar a Edna. Ahora el fracaso se repetía. El golpe fue durísimo.

Silverman les relató que hacía más o menos un año, durante una ausencia suya por un viaje de negocios, su mujer había juntado algunas pertenencias y se había retirado de la residencia sin indicar a los empleados hacia dónde iba. Llevaba consigo a Anne. El único rastro que pudo seguir Silverman, según sus dichos, fue uno suministrado por el chofer del taxi que llevó a Sylvia y a Anne hasta la estación de trenes, pero allí ya no hubo quién le diera algún dato de las mujeres.

Silverman hizo la denuncia de desaparición de personas en la estación de policía, lo que fue verificado por el doctor John Benmiske. En efecto, existía la denuncia y, según pudo leer en el expediente, los testimonios de los que trabajaban en el domicilio daban cuenta de permanentes discusiones y maltratos por parte de Silverman hacia Sylvia y Anne. Los parientes de la mujer declararon desconocer la decisión de marcharse, aunque sí les había mencionado que su esposo les hacía la vida imposible a ella y a su hija adoptiva. El expediente seguía con testimonios de amigos, del taxista y, si bien la policía no había descartado en un principio que Silverman hubiera tenido que ver con la desaparición de las mujeres, los testimonios de los empleados de la casa y del taxista, más la sólida coartada presentada por Silverman, hicieron caer esa hipótesis con rapidez. El asunto permaneció boyando en las actuaciones policiales y jurídicas. Se hicieron averiguaciones en otras ciudades y estados sin ningún resultado, por lo que, a esa altura, la denuncia estaba a punto de ser archivada. El doctor Benmiske pidió la activación del caso y solicitó ser parte en representación de los intereses de la menor, lo que le fue concedido por la justicia. Mucho más no había para hacer por el momento.

La desazón cundió en Leo y su gente. Pero había más de ciento sesenta casos por investigar, otras mujeres a las que rescatar, así que los arengó a seguir adelante en el camino emprendido.

—Estoy seguro de que, tarde o temprano, encontraremos a Anne; nadie puede desaparecer de esa manera. Además, por los testimonios, me da la sensación que Sylvia no trataba mal a la niña, sino que la defendía de su marido. Aron, a ti te pido temple, sé que has tomado este caso muy personalmente. Pero te necesito para actuar en los otros. A ustedes, Eunice y Keating, si están con fuerzas de seguir, ya no por Anne sino por el resto de las niñas, les ruego continúen con nosotros. Por favor, vayamos a descansar. Mañana nos reunimos aquí a las nueve para continuar los que estemos en condiciones de hacerlo.

Leo no fue a dormir cuando se retiraron sus compañeros. No había tiempo para eso.

* * *

El siguiente caso en atender fue el de la joven Judith Klein. Había sido internada en Rosewood con un cuadro familiar similar al de Anne. Su madre había fallecido al momento del parto. Su padre, Joseph, era un inmigrante que había llegado de Europa sin familia y trabajaba como estibador en el puerto. Los abuelos maternos de Judith le dieron la espalda al fallecer su hija. El viudo no podía brindarle los cuidados hogareños que la niña necesitaba. Con su salario apenas podía mantener el hogar. Requería de la ayuda de una vecina para cuidar a Judith mientras él trabajaba. Cuando la mujer, madre de otros tres pequeños, le hizo ver a Joseph que la niña no tenía un desarrollo acorde a su edad, él la hizo revisar. En primer lugar, por el especialista pediátrico del hospital donde había nacido la niña. El médico derivó a la paciente a un psiquiatra, quien, al ver el cuadro de la niña y las escasas posibilidades de contar con el padre para los tratamientos que requería, le aconsejó al afligido hombre que la internara en Rosewood, institución en la que el propio psiquiatra también prestaba sus servicios médicos, ya que allí tendría la garantía de recibir cuidados específicamente dirigidos al progreso de la niña.

Keating y Eunice la recordaban muy bien. Clínicamente, un caso similar al de Anne. También con posibilidades de recuperación. Avanzaba con rapidez en el camino de la recuperación cuando sufrió la apropiación, que tuvo lugar cuando Frank ya no estaba a cargo del instituto.

El apropiador se llamaba Stearling. Eunice, a diferencia de las asistentes sociales y de los directivos de Rosewood, que pronto olvidaron haber tenido una interna llamada Judith Klein, siguió el caso hasta infringir el límite de sus facultades. De hecho, había logrado establecer un vínculo con el personal doméstico de la casa. Así se enteró de que, si bien al señor lo consideraban tan detestable como ella lo había hecho desde el primer momento en que lo vio ingresar a Rosewood, su esposa, Susan, era otro tipo de persona. La mujer había adoptado a Judith como a la hija que había perdido años atrás en un horripilante accidente hogareño.

La pequeña Mary, de apenas tres años de edad, había muerto por las quemaduras que le produjo una estufa eléctrica. A Stearling le encantaba incorporar a su hogar los últimos avances de la tecnología y lucirlos ante sus invitados. No extrañaba a nadie que apenas la primera tienda exhibió una cocina que funcionaba con electricidad como fuente generadora de energía, patentada por unos ingleses, no demorara en incorporarla al mobiliario del hogar. Como todo accidente doméstico, sucedió en un instante, pero la culpa acompañaría a la madre de la niña toda la vida. En un segundo, mientras Mary correteaba por la cocina, chocó con el flamante artefacto que cayó sobre ella y la alcanzó con su alambre incandescente, lo que le provocó quemaduras de segundo grado en casi todo el cuerpo. Tras una corta agonía en la sala de quemados del Hospital Johns Hopkins, debieron afrontar el más doloroso de los funerales. Luego de un prolongado período de duelo, en el que Susan siempre se culpó a sí misma por esa tragedia, apareció en su vida esa segunda oportunidad de brindar todo su amor a una niña. Judith no sería una hija de sangre, pero sí de corazón.

Con esta información, Eunice se acercó a Susan y trabó con ella una relación que, sin ser una amistad, había resultado suficiente para que la enfermera conociera el estado de Judith. Tiempo después, cuando parecía que la vida de la niña podría ser la de una joven como cualquier otra, los fantasmas de las tragedias que la rodearon desde su más tierna infancia volvieron de repente. En una terrible epidemia que azotó Baltimore, Susan contrajo tuberculosis. Lamentablemente, ni la medicina, ni el dinero de Stearling nada pudieron hacer para evitar que falleciera. En ese

momento, el destino dio un giro de ciento ochenta grados para Judith. Todo el progreso logrado en esos años de cuidados por parte de Susan volvió a foja cero. La edad y los avances madurativos de la niña, desde lo profesional en Rosewood y desde lo emocional en casa de su madre acogedora, le hicieron percibir, y por ende sufrir, muchísimo más la falta de Susan que la de su madre biológica, con quien jamás había podido contar. Sintió que el mundo se le derrumbaba. A Eunice, por ese entonces, el personal de la casa ya la conocía, por lo que supo que, al poco tiempo de ocurrida la desgracia, Stearling tuvo una nueva esposa y, por fin, convirtió a la joven Judith en lo que él había pretendido siempre: una sirvienta más sin salario. Tampoco descartaba la enfermera que el desalmado abusara sexualmente de ella.

Esa vez con la orden judicial en la mano, el “grupo de acción”, como se autodenominaban, se dirigió a la mansión Stearling. En esa ocasión, sumaron a Eunice con el objetivo de contener a la muchacha en caso de que dieran con ella, ya que era una figura conocida en la que podría confiar. Benmiske, debido a unos trámites impostergables relacionados al propio caso que debía realizar en tribunales, prometió llegar al sitio de la acción lo más rápido posible.

Cuando arribaron al domicilio, se repitió el ritual: Frank Keating golpeó la puerta del domicilio; el grupo esperó detrás de él. Esa vez atendió un mayordomo, a quien Frank le preguntó por el señor Stearling, de parte del doctor Keating. El hombre cerró la puerta mientras iba a avisarle al dueño de casa que lo requería un médico. Stearling no tenía ninguna idea de quién podría ser ese tal Keating, pero, acostumbrado a que por su actividad lo visitase en su domicilio gente desconocida para requerir sus servicios de tasador especialista en joyas y piedras preciosas, no dudó en dirigirse a la puerta y abrirla:

—Buenos días, doctor, dígame en qué puedo ayudarle.

—Stearling, no puede ayudarme en nada, estamos aquí junto a estos caballeros y esta dama, para retirar de este domicilio a la señorita Judith Klein ya que le ha sido revocada judicialmente la custodia de la misma.

—¡Hey! ¡Un momento, caballero! Judith nos fue encomendada a mi difunta esposa y a mí para que veláramos por su seguridad. Ustedes no pueden venir, así como así, a intentar quitármela.

—El acto por el que se le otorgó la custodia de Judith estuvo viciado de nulidad, por tal motivo acaba de ser revocado —lo interrumpió Leo.

—Se procedió con la más absoluta de las legalidades, como todos los actos que realizo en la vida. Mi amada esposa deseaba fervientemente tener un nuevo hijo, ya que la naturaleza nos había quitado a nuestra primogénita, por lo que, cuando un abogado allegado a la familia nos comentó que estaban en los tribunales de familia de Baltimore en busca un hogar para una joven con algunas deficiencias mentales, el corazón de mi Susan fue más fuerte que su raciocinio, y no tuve manera de hacerle comprender que, habiendo tantos niños sanos que esperaban en hospicios que alguna familia de estirpe como la nuestra pudiera hacerse cargo de ellos, no tenía sentido adoptar una muchacha con una enfermedad mental como la que nos ofrecía el abogado.

Esto fue demasiado para Frank. Por primera vez en su vida, dejó de lado la compostura y le encajó un potente *uppercut* de derecha al mentón de Stearling, que no solo le hizo perder el equilibrio, sino que lo arrojó al piso en un estado de inconsciencia. Aron, Leo y Eunice miraron a Frank estupefactos. Él les devolvió la mirada levantando las cejas con una enorme satisfacción.

Leo negaba con la cabeza, como si intentara retroceder un minuto el giro de la tierra para que lo que acababa de pasar nunca hubiera ocurrido. Era esperable una acción de ese tipo de parte de Aron, pero jamás de Frank. Sin embargo, a pesar del disgusto que le producía, debió reconocer la precisión del golpe de su amigo. Stearling estaba en el piso. Parecía el momento adecuado de olvidar el plan recomendado por Benmiske y actuar con la máxima velocidad.

Leo reasignó las tareas. Mientras él se dirigía al noqueado comerciante de joyas para asistirlo, de modo de evitar que la situación empeorara aun más, Eunice y Frank se adentraron en la casa en busca de Judith, mientras tanto Aron permanecía en la puerta del domicilio por si alguien se arrimaba. La pareja irrumpió hasta las dependencias interiores al grito de “¡Judith! ¡Judith!” con la tenue esperanza de encontrarla. En el camino, se toparon con una mujer vestida con el clásico uniforme de empleada de servicio, que reconoció a Eunice por haberla visto conversar mucho con la señora Susan, aunque no entendía qué hacían esos dos dentro de la casa de Stearling. Ante la actitud decidida de los intrusos, no pudo más que guiarlos hasta donde se encontraba la muchacha, en el baño de la residencia, con un uniforme idéntico, cepillando el piso. A Keating le habían empezado a doler insoportablemente los nudillos, pero nada le importaba menos que eso. La empleada de servicio, Kate, era el ama de llaves de la residencia desde que el matrimonio Stearling se había mudado allí. Había sido testigo de los cuidados y el amor que la señora Susan le brindaba a Judith; también había presenciado la canallesca manera con la que, desde que había fallecido la señora, más aun desde que había llegado la nueva esposa de Stearling, el dueño de casa maltrataba a la joven adoptada. Judith casi no interactuaba con sus compañeros. Comía en soledad, luego de que los demás integrantes del servicio doméstico acabaran sus almuerzos y se levantaran de la mesa. Kate la tomó como su protegida, por respeto a la memoria de la señora Susan que jamás habría permitido algo semejante. El ama de llaves había establecido una relación de afecto mutuo con Judith, por lo que no pocas noches consolaba a la joven que lloraba en silencio, acurrucada como una pequeña niña indefensa en su litera. Por eso no comprendía la forma diferente a la habitual con la que Judith observaba a la pareja que había irrumpido violentamente en la casa. La joven volvió en esos instantes a tener el mismo brillo en los ojos que le iluminaba el rostro cuando compartía actividades con la señora Susan.

El ama de llaves no sabía qué hacer; lo razonable sería llamar a la policía, ya que, al pasar por el *hall* de entrada, pudo ver claramente al señor Stearling tirado en el piso atendido por un desconocido que trataba de reanimarlo. No pudo evitar una pequeña satisfacción de ver a su patrón desparramado en el suelo. Algo le indicó que no debía hacer esa llamada. De última, podría decir que la pareja la mantuvo amenazada para que no lo hiciera y que ella, tras haber observado lo que le había ocurrido a su jefe, no podría dudar de la veracidad de esa advertencia. Optó por eso último y decidió ser testigo de lo que sucedía con Judith y el sorprendente cambio en su mirada.

Kanner todavía trataba de hacer reaccionar a Stearling quien apenas abría los ojos. Leo le hablaba, pero sin obtener respuesta. No tenía ni una linterna para ver el comportamiento de sus pupilas. Aron procedió a ingresar y cerrar la puerta, para no llamar la atención de los transeúntes que podrían, ante la duda, llamar a la policía.

El resto del personal presente en la casa, el mayordomo y dos mucamas se reunieron para observar con pasividad la escena. Una de ellas se acercó; colocó a modo de almohada una toalla doblada bajo la nuca de su patrón y le tendió otra a Kanner quien comenzó a arrojarle viento al

rostro con la misma.

Mientras tanto, en el baño, Eunice se acercó a Judith. La tomó del brazo y, con suavidad, la ayudó a incorporarse. La mirada luminosa que Kate había detectado en la niña asustada, se nubló por las lágrimas que comenzaron a asomar con vergüenza hasta liberarse y dejar fluir un desconsolado llanto. Kate, que había calmado esos gimoteos tantas veces, nunca la vio desahogarse de esa manera. Junto a Eunice, ambas adultas no tardaron más que unos segundos en permitirse también romper en un llanto acongojado.

Entonces fue Frank el que con suavidad tomó a Judith. Le habló con dulzura; luego, la condujo hasta el desván, donde la hizo sentar. El terror de la joven y el pánico del ama de llaves que los escoltaba, le hizo comprobar que el personal tenía absolutamente prohibido hacer uso del mobiliario de la sala. Frank tranquilizó a la empleada, le pidió que le sirviera un vaso con algo fuerte a Eunice y otro para ella misma. Muy despacio, se acercó a Judith hasta que ella se dejó abrazar y se aferró con fuerza a los hombros de Frank.

A pesar de los mensajes que solicitaban premura desde la puerta, debieron pasar al menos diez minutos para que Eunice se pudiera sentar frente a la joven y hablarle con todo el amor que había juntado esos años, además de con técnicas profesionales hasta que la hizo entrar en confianza. La mayor satisfacción fue cuando la joven, que ya había dejado de sollozar, le dio un fuerte abrazo y le dijo al oído “mamá” como le decían en el instituto algunas de sus dilectas pacientes.

* * *

Frank Keating suponía que, mientras en el desván todo auguraba un reencuentro, en el *hall* de entrada el clima debería de ser diferente.

En efecto el dueño de casa, había recobrado el sentido y desde el piso ordenaba al personal que se comunicara con la policía, amenazando a Leo y Aron con todo tipo de improperios. La mirada impávida de los empleados y la inacción lo exasperó.

—Ya van a ver ustedes; ¡están todos despedidos!

Los despedidos parecían todos satisfechos con ese desenlace para la relación laboral, lo que no hacía más que confirmar los malos tratos que se recibían en ese domicilio.

En ese momento, llegó Benmiske. Luego de finalizar el trámite que le impidió participar desde el principio en el rescate, se asomó por el vano de la puerta, observó asombrado a Stearling, que aún yacía en el piso, intercambió una mirada con Leo, quien miró el reloj en forma reprobatoria por la demora y lo instó a intervenir. El abogado hizo caso omiso al reto de Leo e hizo lo suyo.

—Señor Stearling, me presento, soy el doctor John Benmiske y en este momento ejerzo funciones de un auxiliar de la justicia, ya que vengo en cumplimiento de un mandamiento del juez Johnson, como podrá leer en esta orden judicial que porto, en la que me nombra responsable de rescatar a una persona con el uso de la fuerza pública si fuese necesario. Si yo fuera usted, y me alegro de no serlo, estudiaría la situación antes de llamar a nadie, ya que, si concurre la policía, me ayudarán a cumplir mi función, además de detenerlo de inmediato por obstrucción al accionar de la justicia. En todo caso, le aconsejo que llame a su abogado, pero uno serio, no como el ave negra que le entregó a Judith Klein.

—Aquello fue legal; en cambio ustedes irrumpieron en mi casa, me golpearon arteramente y pusieron a mi propio personal en mi contra. Van a conocer la prisión estatal de Baltimore si es que aún no lo han hecho, ya que por su proceder me parecería muy extraño que tengan un prontuario limpio.

—Si el mandamiento judicial que le acabo de entregar en presencia de varios testigos —agregó John señalando a los propios empleados del dueño de casa— no fuera suficiente para hacerle cambiar de actitud, aquí tengo copia de la demanda presentada contra usted por los delitos de trata de blancas, reducción a la esclavitud y apropiación de menores de edad cometidos durante la sustracción del Instituto Rosewood de Baltimore de la joven Judith Klein, menor de edad, mediante maniobras fraudulentas y pago de sobornos a magistrados, médicos, abogados y directivos de esa institución. Si quiere agravar los delitos que se le imputan, proceda, por favor, llame a la policía ya mismo, a mí me facilitaría la tarea. Pero, si desea tener chances de salir airoso y quizás con libertad bajo palabra, mi consejo es que llame al mejor abogado que conozca. Mientras tanto, nos llevaremos a la señorita Klein bajo la custodia provisoria que me acaba de otorgar el juez hasta hallar el hogar adecuado para ella. De paso le comento que noté muy interesado a su eminencia en verlo comparecer ante el tribunal. No gaste esfuerzos y recursos que necesitará para su defensa en denunciar ante la justicia que recibió usted ese precioso golpe al mentón que, lamentablemente, no pude presenciar, ya que en ese caso aduciremos que fue un accidente penoso cuando usted se interpuso en el camino de quienes venían a cumplimentar una orden legal.

—Tengo de testigos a todos ellos que dirán que no fue un accidente —vociferó el aún turbado Stearling que señalaba a sus recién despedidos empleados.

—Disculpe, señor, pero nosotros no pudimos ver nada, porque llegamos al *hall* cuando usted ya estaba en el suelo. Siempre le dijimos que no había que encerrar tanto el piso porque era peligroso.

* * *

Cuando fue rescatada de la mansión Stearling, Judith permaneció en el área de pediatría del Hospital Johns Hopkins bajo el permanente cuidado de Eunice que no la abandonaba ni de día ni de noche. Mientras, el abogado Benmiske había logrado el permiso judicial para otorgarle la custodia a Eunice hasta que se cumplieran los trámites judiciales de adopción plena.

Leo Kanner le había realizado los exámenes y chequeos de salud en la clínica. Con los resultados en la mano, junto a Keating y su propio equipo, llegaron a la conclusión de que el estado de salud general de la joven era bueno. Se la notaba de contextura fuerte y, si bien había una innegable regresión en los avances logrados en sus años en Rosewood, no parecía imposible de revertir con cariño y mucho trabajo.

Resultaba evidente que su desarrollo madurativo se veía como el de una niña de algunos años menos. Pero eso, al leer la historia clínica iniciada en el ingreso a Rosewood por el mismo doctor Keating, no les llamaba la atención. En aquel momento, Frank había detectado en ella ciertas características muy bien definidas por la doctora rusa Grunya Efimovna Sukhareva en las misivas

que intercambiaban; las que, al poco tiempo de la internación de Anne, publicó en dos revistas especializadas en salud mental y trastornos neurológicos. Primero, en una revista rusa; al año siguiente en la revista alemana *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, el mensuario para psiquiatría y filosofía alemán; ambas publicaciones conservadas por Keating. También guardaba un trabajo posterior de Grunya en ruso que no había sido traducido aún: “Conferencias sobre psiquiatría infantil clínica”, donde corregía algunas de sus aseveraciones anteriores.

El doctor Leo Kanner le solicitó a su colega esos textos que quería leer en el idioma original para no extraviarse en alguna incorrecta traducción. Devoró la primera publicación y su posterior corrección. En el primer artículo, la doctora denominó al trastorno que afectaba a aquellos niños como “psicopatía esquizoide” en concordancia con la clasificación de Eugen Bleuler y Ernst Kretschmer, pero luego lo cambió por “psicopatología autística” en la publicación posterior. La científica describía exhaustivamente los comportamientos de los niños que habían estado bajo su supervisión en Kiev. Kanner reconoció en Judith la mayoría de esos comportamientos, tal como Keating había intuido en su primer contacto con la niña. Incluso a diferencia de Bleuler, cuya obra Leo conocía, la científica rusa tomaba con optimismo la posibilidad de mejorar sustancialmente las habilidades sociales de sus pacientes con el debido tratamiento de rehabilitación. Basado en las recomendaciones de Sukhareva más lo que la experiencia le dictaba, Leo Kanner estableció un estricto protocolo de tratamiento de Judith, bajo la supervisión médica del doctor Keating y anímica de Eunice, ambos incorporados al Hospital Johns Hopkins, al igual que Gilbert, el exmaestranza de Rosewood que había sido una pieza clave en la recuperación de los legajos de las jóvenes.

El pronóstico de Leo sobre Judith era alentador. Los increíbles progresos que ella demostraba, junto a la custodia obtenida por el abogado Benmiske, permitieron que, a los pocos meses, la joven se trasladara a vivir junto a Eunice.

* * *

Baltimore, 15 de septiembre de 1932.

Estimado señor Benjamin Mann,

tengo el agrado de retomar el contacto con usted, interrumpido durante un triste período de tiempo. Debo decirle, antes que nada, que ya no formo parte del personal del Instituto Rosewood; sin embargo, cumplo con el compromiso personal de mantenerlo informado acerca de su hermana.

Quiero manifestarle que, gracias a su empeño en no abandonar a Anne, junto a un grupo de personas de bien, hemos logrado desentrañar actuaciones hasta ahora ocultas dentro de Rosewood llevadas a cabo por un colectivo de individuos que prefiero no calificar.

Lamentablemente, es mi deber informarle que Anne fue dada en tutelaje, mediante una maniobra muy discutible desde lo legal, a una persona cuyo rastro ha desaparecido. Estamos poniendo todos los esfuerzos en hallar a esa mujer y, junto

con ella, a Anne. Por nuestras investigaciones sospechamos que se encuentra bien protegida por esa persona que posee su custodia legal, pero no podemos aún darle ninguna precisión.

Le prometo que dedicaré todo mi empeño en localizar a Anne. Espero tener salud para hacerlo.

Sin otro particular, y con pesar por el tenor de la información, saludo a usted en nombre de todo el grupo que está trabajando en la localización de su hermana.

Atentamente,

doctor Frank Keating

* * *

Si bien Judith logró una enorme recuperación luego del ingreso al hogar de Eunice, su particular forma de racionalizar los sucesos y palabras la acompañaría por el resto de la vida. De todos modos, el entrenamiento practicado con Eunice, que seguía las indicaciones del equipo de Kanner, la había dotado de las herramientas para tomar aquello que percibía del exterior de manera diferente a la de la mayoría de las personas y traducirlo a su propio estilo de pensamiento para poder asimilarlo. Lo mismo ocurría cuando debía expresarse; había aprendido ejercicios que le permitían hacer ese trabajo de traducción de una manera que resultaba inadvertida por los demás. Recién estaba en el primer año de una readaptación que le llevaría muchos más. Los progresos, sin embargo, a todos le parecían asombrosos.

El diagnóstico de autismo era algo muy reciente. Había escasa casuística estudiada hasta esa fecha. Sin embargo, los comportamientos de las niñas con conductas autísticas leves, como el caso de Judith, se volvían mucho más difíciles de diagnosticar que los varones, por contar ellas con un poderoso don de imitación mucho mayor. Si bien sus mentes autísticas les dictaban ciertos comportamientos diferentes a las demás niñas, contaban con esa capacidad para observar cómo sus congéneres actuaban y lograr hacerlo como una de ellas. El caso de Judith mostraba un claro ejemplo de ello. Si alguien que no fuera del entorno interactuaba con ella, difícilmente detectaría alguna afectación especial.

Sin embargo, esa aparente similitud con las niñas mal llamadas “normales” no evitaba todas las repercusiones negativas que en ella ocasionaban algunas situaciones. Si bien podía traducir a su mundo interior lo que sucedía en el afuera, no podía evitar sentir angustia cuando debía abandonar sus rutinas, cuando había demasiado ruido o cuando alguien que no fuera cercano tomaba contacto físico con ella. Esas alteraciones provocaban en ella hasta un dolor físico. Eunice se empeñaba con ahínco para evitarle esos episodios. Esa angustia que podía percibir en Judith, la sentía con la misma intensidad en su propia piel.

La enfermera no estaba sola en este proceso, la cercanía y el apoyo de Frank eran permanentes. El doctor pasaba horas junto a Judith mientras Eunice trabajaba y había establecido una muy buena conexión con la pequeña.

Reconstruir raíces familiares había sido de gran valor para fortalecer la estructura emocional de Judith. Si bien había sentido el amor de madre brindado sin reservas primero por Susan y luego por Eunice, el hecho de conocer los lazos que la unían a generaciones pasadas sería a los ojos de Leo y de sus colegas expertos una pieza fundamental para los avances que Judith debería hacer.

Por eso, Leo puso manos a la obra en la misión de localizar a Joseph Klein, aun a riesgo de que solicitara recuperar la custodia de su propia hija, a la que ningún tribunal se negaría. Sin embargo, el beneficio eventual para Judith de reconstruir su pasado era mucho mayor que el peligro de que lo anterior ocurriese.

Obviamente, Eunice no estaba muy feliz con esa posibilidad, pero entendió que todo se hacía por el bien de la joven y aceptó el consejo de Leo.

No le llevó demasiado tiempo localizar al pobre hombre, que seguía trabajando en el mismo sitio y cuya vida prácticamente estaba destruida. El fallecimiento de su esposa junto a la posterior internación de Judith habían sido dos mazazos a los que solo pudo resistir aferrándose a la religión. Concurría diariamente a la sinagoga a prestar *minyán* y rezar por sus seres queridos, los que había perdido en Baltimore y los que habían quedado en Europa. Sin embargo, lo que más dolor le causaba tenía que ver con sus propias acciones. Luego de la internación, jamás había regresado al instituto a visitar a Judith. Construyó diversas excusas para sobrellevarlo, pretextos que debía renovar en cuanto el anterior ya no calmaba su tormento. Utilizó como justificativos en ese trance primero la angustia de volver a despedirse de su niña al finalizar la visita, luego la culpa por no haber sabido evitar ese abandono, más tarde lo que lo detuvo fue la vergüenza que sentiría por presentarse después de un más que respetable tiempo ausente. Quizá, si hubiese verbalizado esos sentimientos ante el rabino Kolster, su más cercano confesor, lo habría ayudado a recapacitar y enmendar esa falta mucho tiempo antes.

Leo entendió que la mejor manera de abordar a Joseph debía ser mediante el mencionado Kolster. Conversó con él para ponerlo al tanto de todas las novedades, tanto lo ocurrido con Anne Mann como lo de Judith, para concluir con la necesidad de contactar a Joseph para informarle sobre su hija y permitirles restablecer un vínculo que, seguramente, sería un bálsamo para los dos, ya que ambos habían sufrido mucho desde que la niña era muy pequeña.

El rabino le recordó a Leo que, si Joseph deseaba recuperar la custodia de su hija, de acuerdo a la ley judía, y entendía que según la ley civil estadounidense también, tendría todo el derecho a hacerlo, por lo que él no iba a tratar de influir para que no ocurriera si Joseph así lo deseaba. Kanner respondió que eran conscientes de ello y que también estaban de acuerdo en que el derecho de un padre tenía un valor supremo, salvo en casos en que se pusiera en riesgo la vida o la integridad del hijo.

Con ese punto aclarado, convinieron en que Leo iría al próximo servicio matutino de lectura de la Torá en la sinagoga. Allí ambos conversarían con Joseph.

Al día siguiente, al finalizar la lectura, el *rebe* le pidió a Joseph que permaneciese en el templo ya que debía tener una conversación con él. Entonces, se reunieron los tres.

El *rebe* hizo las presentaciones de rigor. Leo le comentó al sorprendido hombre lo sucedido a su hija igual que lo había hecho el día anterior al rabino.

—Judith está bajo la custodia de Eunice, una mujer que la ama y que tiene la posibilidad de brindarle todo aquello que usted no pudo darle; sabemos que no por decisión propia, sino por las vicisitudes que se le presentaron, agravadas por la enfermedad detectada en su pequeña hija. —

Ante el asombro reflejado en el rostro de Joseph, Leo concluyó—: Creemos en el derecho de ambos a retomar su contacto y, a la vez, sentimos que ese contacto le sería a la joven de mucha utilidad para su mejoría.

El rabino completó:

—Joseph, quiero ser claro. Tú tienes el derecho a recuperar la tenencia de tu hija si te consideras en condiciones de brindarle el tiempo y el tratamiento que ella necesita.

El hombre lloró, lo hizo por su pobre esposa fallecida en la plenitud de la vida, por la hija a la que pensaba perdida para siempre; se lamentó por todas las penurias por las que pasó, por la imposibilidad de hacerse cargo y les juró con lágrimas en los ojos a Leo y al rabino, que no haría nada que arruinase aún más la vida de su hija. Agregó que, aunque se sentía inútil, estaba dispuesto a colaborar con el tratamiento en lo que le indicaran que hiciera, pero que de ninguna manera intentaría retirarla de donde tanto afecto le estaban brindando.

Fue suficiente para Leo, quien le pidió a Joseph que le permitiera dos días para preparar a Judith antes del encuentro que podría ser fuerte para ella. Después, se dirigió directamente al hogar de Eunice a transmitirle las buenas nuevas.

Esos dos días fueron una montaña rusa de emociones para todos. Tanto Leo como el rabino prepararon a Eunice psicológicamente para el momento, de manera que ella pudiese hacer lo propio con Judith. No faltaron los momentos en que la determinación de la enfermera perdía fuerza; momentos en que dudaba si estaba haciendo lo correcto, si no perdería a Judith. Eso la destrozaría. Pero el apoyo de Frank, más la convicción de que estaba buscando lo mejor para Judith, lograban reencauzar sus pensamientos. Cuando finalmente se lo contó a la niña, ella, que solía no demostrar demasiadas emociones, lloró de felicidad por estar a punto de materializar la historia sobre la que Eunice siempre le había hablado. Conocería a su padre, ya que lo poquito vivido con él se había le desdibujado en la mente. Le pediría que le contara sobre su madre a quien no había conocido. Estaba realmente emocionada, ansiosa y entusiasmada.

* * *

Finalmente llegó el día. El sol acariciaba la mañana otoñal de Baltimore, ciudad que despertaba de una noche en la que la temperatura había descendido bruscamente, por lo que los madrugadores trabajadores disfrutaban de los rayos solares.

A la hora indicada, Joseph pasó por última vez por su canosa cabellera el peine que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón y golpeó con muchos nervios la puerta de la casa de Eunice. Vestía con lo que se notaba como su mejor traje, cuya tela de color oscuro, ya brillante por el desgaste, permitía aventurar la antigüedad que tenía. Completaban el atuendo un sombrero que había tenido mejores años, una corbata ancha color amarillo, unos zapatos gastados pero impecablemente lustrados y un morral de cuero que le colgaba del hombro derecho. Llevaba dos ramos de flores, que había comprado gastando de seguro gran parte de su salario semanal: para su hija y para Eunice.

Le abrió la puerta Leo quien, con un guiño mientras le estrechaba la mano con fuerza, buscó aportarle seguridad al visitante, luego de lo cual hizo las presentaciones de rigor y solicitó permiso a Eunice para retirarse no sin antes asegurarse de que todo aparentaba, al menos, suceder según lo programado. Joseph, por respeto hacia la dueña de casa, saludó primero con afecto a Eunice, le entregó el ramo de flores y le agradeció todo lo que hacía por Judith. La enfermera, con una gran ternura y don de gente, aceptó con una amplia sonrisa las flores y se corrió hacia un costado para permitirle al padre que recuperara el contacto con su hija después de tanto tiempo. El hombre se acercó a ella tan despacio como Leo le había recomendado. Judith lo observó minuciosamente; trataba sin éxito de encontrar en su memoria algún rasgo, algún aroma, algo que la retrotrajera a aquellos lejanos días. Joseph estiró con cautela un brazo hacia Judith, quien aferró la mano extendida por su padre para luego tomar mayor contacto hasta llegar a un abrazo tan poderoso que hizo volar el ramo de flores.

Lo que siguió fue muy emotivo. Joseph lloró como un niño mientras, sin soltar el abrazo, le pedía perdón a su hija por haberla tenido que abandonar. La pequeña consolaba al padre, paradójicamente, con el apoyo constante de Eunice, que se encontraba de frente a la joven y le hacía señas aprobatorias. Cuando el abrazo culminó, tomaron asiento. Judith sostenía la mano de un Joseph exhausto por la emoción pasada. Eunice puso palabras a la situación:

—Joseph, no se martirice ya que usted ha hecho lo que pudo y aún más. He visto, en mi larga carrera, muchísimos padres que contaban con mayores recursos, que en su lugar no se preocuparon por darle ninguna solución a la enfermedad de su hija. Usted, en cambio, la llevó a todos los doctores de los que oía hablar hasta que no pudo más y, por recomendación médica y por una determinación llena de amor, resolvió que la internación en ese instituto habría de ser lo mejor. Yo le puedo asegurar que lo era. Su hija fue un caso maravilloso de superación, gracias a los servicios del personal de Rosewood.

—Sí, señora...

—Llámeme Eunice, por favor.

—Lo intentaré, Eunice. Yo entiendo lo que usted señala, pero no pude dejar de pensar en todos estos años lo que habría sentido mi niñita al verse abandonada por su padre. Más de una vez estuve a punto de ir a retirarla, pero siempre el pensamiento que prevalecía me indicaba que estaría mejor allí que con un padre inútil para ayudarla.

—No se considere inútil; simplemente no contó con las herramientas adecuadas.

—Padre, quiero que me cuentes qué has hecho en tu vida, quiero conocer detalles de mi mamá...

Sin dejarla terminar, Joseph buscó dentro del morral y le entregó un sobre muy bien conservado que contrastaba con el desgaste del resto del atavío del hombre, del que Judith retiró ansiosa una decena de fotografías que en él se encontraban. En casi todas ellas, la protagonista era una mujer joven y hermosa, que mostraba en algunas de ellas con orgullo un abultado abdomen. La mujer se veía muy parecida a la joven que observaba con devoción los retratos. Otra fotografía reflejaba el casamiento de la pareja que luego acabaría tan trágicamente en el mismo momento en que Judith asomaba al mundo. En algunas más, se podía ver a un joven Joseph con su pequeñísima hija.

* * *

Judith era judía para la ley mosaica, por ser hija de vientre judío, aunque luego no hubiera tenido una educación dentro de la Torá. Resolvieron de manera conjunta y voluntaria entre Joseph y Eunice esperar hasta que Judith se encontrara en condiciones de tomar la decisión de optar en libertad entre retomar la religión de sus antepasados o mantener aquella en la que había crecido.

Con el tiempo, Judith optó por volver a sus raíces, de modo que Joseph tuvo la oportunidad en ese proceso de cumplir un rol muy importante en la vida de la joven, porque se transformó en su tutor en asuntos relativos a la religión, sin interferir para nada en su vida secular, ni en la relación con su madre adoptiva, Eunice. Eso superó lo que el doctor Kanner esperaba acerca de reafirmar la estructura propia de Judith, quien, si tenía en claro su origen por fin podría encarar un futuro libre de manchas pasadas. El rabino Kolster junto a Joseph la prepararon para la ceremonia del *bat mitzvá*, es decir, la ayudaba a transitar el paso, de acuerdo a la religión judía, entre la infancia y la adultez.

CAPÍTULO 10

Baltimore, abril de 1936.

El día amaneció nublado, fresco a pesar de estar entrados ya en la primavera de Baltimore. A las siete en punto, sonó la odiada chicharra del reloj despertador de Judith, quien, sin abrir los ojos, a tientas logró apagarlo para seguir durmiendo un rato más. Eunice se asomó al cuarto. Al ver que la joven no daba ninguna señal de estar despierta, se acercó con a la cama y cumplió el diario ritual de despertarla con un dulce beso en la frente mientras le acariciaba los cabellos, tal como había hecho en Rosewood antes de que se la arrancaran de las manos.

Judith despertó; a regañadientes protestó como lo hacía cada día.

—¡Mamá! Ya no soy una niña, ¡tengo diecisiete años! Déjame dormir un rato más, que aún es temprano.

La palabra “mamá” en boca de Judith se había vuelto un mimo para Eunice. Aunque la adolescente estuviera enfadada, le parecía un sonido de campanillas mecidas por el viento y le hacía brillar los ojos como estrellas. Se había comprometido a no reemplazar a la madre de Judith, por lo que le había solicitado a Joseph, en el momento de su encuentro con su hija, que le hablara acerca de ella.

—Judith, mi vida, te voy a aclarar como siempre dos cosas: que tú siempre serás mi niñita y que, como una joven de diecisiete años, tienes responsabilidades que cumplir. Así que vamos, arriba, que el desayuno está servido.

La muchacha se desperezó, se incorporó en la cama unos instantes para acabar de volver del mundo de los sueños hasta que, por fin, tomó impulso y se levantó. Se vistió con medida premura, se cepilló el ondulado cabello rubio frente al espejo y se dirigió a la sala.

Allí, Frank, que ocupaba la cabecera de la mesa, leía el periódico mientras saboreaba una tostada que había sido untada con jalea. Eunice iba y venía por la sala, al mismo tiempo preparando el desayuno para los suyos y alistándose para partir hacia la clínica. Judith se acercó a Frank, quien no la sintió llegar, y le abrazó el cuello con la ternura de siempre, para luego darle un ruidoso beso en la mejilla a su padre, que estiró los brazos hacia atrás para abrazarla.

—Hola, querida hija, ¿cómo has dormido? ¿Ya te ha fastidiado tu madre como a mí?

—Por supuesto, papá, ¡no sería mamá si no lo hiciera!

—Silencio que los estoy escuchando. ¡Holgazanes! Apuren el ritmo del desayuno o llegaremos tarde y saben que eso no me gusta.

Esa rutina se repetía desde hacía ya cuatro años, cuando Frank y Eunice adoptaron a la niña, casi del mismo modo que se habían prometido formar una familia cuando estalló el escándalo de las chicas de Rosewood.

Judith, que se había convertido en una hermosa joven, era la hija más dulce Eunice podía imaginar. El tratamiento y el afecto recibidos desde su rescate le permitieron manejar los síntomas del autismo que le había sido diagnosticado con muy pocas herramientas teóricas por quien ahora era su orgulloso padre. Esa presunción inicial había sido ratificada por Kanner también. Ahora Judith había sido invitada a incorporarse a trabajar en la clínica.

A raíz de los convulsionados sucesos que llevaron a la liberación de la joven, Leo inició en el hospital un innovador servicio especializado de psiquiatría infantil, que se dedicaría a trabajar exclusivamente con aquellos niños y jóvenes que presentasen algún trastorno emparentado con el autismo. No había otra persona mejor que Judith, un ejemplo de superación sin igual, para ser tutora y guía de los pacientes con el padecimiento que ella había elaborado de tal forma que pasara desapercibido.

Judith se había vuelto una luz de esperanza para los padres que llegaban a la clínica por la fama alcanzada por el doctor Kanner gracias a sus éxitos en el tratamiento de enfermedades psiquiátricas. Había logrado mediante sus escritos y conferencias hacerles ver a esos padres dolientes que sus hijos, a quienes en otros consultorios les auguraban un futuro de aislamiento y soledad, con el tratamiento adecuado, podrían tener una vida feliz, casi muy parecida a una normal si realmente se pudiera definir qué convierte a una vida en “normal”.

—Hablar de normalidad significa una injusta e irritante descalificación hacia aquellos a quienes no se los considera como tales —repetía Leo en sus conferencias y conversaciones, hasta que finalmente acuñó el término “neurotípico” o “neurologicamente típico”, para calificar a aquellas personas cuyos cerebros no actuaban en forma similar a aquellas que se hallaban dentro del espectro autista.

Ahora compañeras de trabajo, madre e hija, caminaban diariamente hasta el Hospital Johns Hopkins, acompañadas por un infaltable Frank Keating, quien ya estaba retirado, pero disfrutaba comenzar el día tomando un café con su gran amigo, el doctor Kanner.

Sin embargo, no todo era color de rosas para Leo.

Las chicas de RosewoodLas chicas de Rosewood* * *

Habían transcurrido cuatro largos años del alta de Judith. Mientras todo marchaba sobre ruedas en su caso, en relación a Anne y a las demás internas secuestradas de Rosewood los resultados no eran igual de positivos. La enorme mayoría de las pacientes ya no estaban en los hogares de los apropiadores, las órdenes judiciales ya no salían tan velozmente, lo que demostraba que la larga mano de la corrupción había invadido el poder judicial en protección de los prohombres incluidos en las denuncias. Sin embargo, el grupo encabezado por Kanner no bajó los brazos y continuó con la moral lo más alta posible, a pesar de que los resultados no acompañaban.

Sin embargo, con el tiempo, tras haberse determinado ya la transformación de los secuestros en meros abandonos de persona, se pasó a la tarea más dura que fue la de rastrear en las calles y barrios marginales a las pocas sobrevivientes dejadas a la buena de Dios por sus apropiadores. Para entonces del equipo solo quedaba activa Mabel que trabajaba bajo la supervisión de Leo. Las chicas que Mabel tuvo la habilidad y la fortuna de encontrar con vida estaban en un estado

tétrico, casi lamentable. Las que no habían encontrado la muerte por enfermedades venéreas o plagas, sobrevivían gracias a las magras limosnas que recibían o a las migajas que con desprecio les dejaban los que usaban sus cuerpos para satisfacer las más oscuras y crueles fantasías, aquellas que ni siquiera las mujeres que ejercían la prostitución como oficio les permitían. Se logró volver a institucionalizar a un número muy reducido de pacientes, la mayoría de ellas en el Hospital Johns Hopkins, pero con un diagnóstico oscuro y poco auspicioso.

Para el caso de Anne, John Benmiske, tras una sugerencia de Leo, contrató los servicios de un investigador privado de nombre John R. Russell, para que rastreara el paradero de Sylvia y Anne, ya que la investigación iniciada por la policía y la fiscalía de Baltimore había quedado en el archivo por falta de avances. Russell había logrado notoriedad al ubicar al joven Richard Wayne Landres Jr., que había sido secuestrado por sus abuelos paternos cuando tenía apenas cinco años y fue localizado por el investigador casi veinte años más tarde. Por el momento, las pesquisas de Russell en busca de Anne Mann no habían llevado más que a pistas falsas. Leo no podía lidiar con ese sufrimiento sin hacerlo público.

CAPÍTULO 11

Universidad de Pittsburgh, mayo de 1937.

El edificio central de la Universidad de Pittsburgh, conocido como “catedral del aprendizaje” se erguía en medio del campus, con sus casi ciento sesenta mil metros cuadrados que lo convertían en aquella época en el edificio educacional más grande de occidente. En los parques arbolados situados en los alrededores, un numeroso grupo de personas esperaba fumando y departiendo entre sí. Se trataba de un conjunto muy diverso de individuos, pero algo que los unía: la psiquiatría. Conformado por especialistas que habían concurrido desde los lugares más recónditos del planeta, se encontraban allí para el congreso anual de la Asociación de Psiquiatría Americana, que reunía tanto a los especialistas más laureados del país, como a colegas de muchos países invitados a participar en él como expositores o como parte de la calificada audiencia. No cualquier psiquiatra podía formar parte de la asociación, mucho más difícil aún resultaba aspirar a integrar el auditorio del congreso y las posibilidades de cualquiera de ellos, salvo aquellos considerados las estrellas del momento, de tener un lugar en la agenda de expositores eran nulas.

Cuando faltaba media hora para el comienzo del acto inaugural, se abrieron las puertas del salón principal. Los participantes previamente acreditados comenzaron a ingresar y a tomar asiento. Los más antiguos miembros de la asociación en sus sitios reservados, y los demás en aquel lugar que alcanzaron a ocupar en procura de estar lo más cerca del escenario. Mientras eso sucedía, el doctor Leo Kanner mantenía en el primer piso del edificio una durísima reunión con los miembros de la organización. Con su habitual mezcla de envidia y persuasión, Leo intentaba por todos los medios convencer a la comisión directiva de la asociación que le permitieran disponer de un tiempo para exponer una situación tan urgente y reciente que obviamente no le había permitido postularla para que fuera incluida en el estricto temario del congreso, que se definía tanto en disertantes como en contenido de las disertaciones con anticipación de casi doce meses. Cada año, apenas concluía un congreso y mientras los participantes aún se saludaban y despedían, el comité ya comenzaba el arduo trabajo de selección para el siguiente, ya que por el prestigio que brindaba exponer en esos simposios la oferta de disertantes duplicaba o triplicaba la capacidad de absorción del programa.

Nadie antes había planteado lo que Kanner les proponía a los organizadores, quienes se mostraron absolutamente reacios a dejar sentado un precedente que les podría costar muy caro en el futuro. Sin embargo, las dotes de persuasión de Leo excedían a su capacidad técnica, que nadie se atrevería a poner en tela de juicio. No había manera de que lo frenasen y, si no se lo permitían, lo sabían capaz de tomar de todos modos el micrófono, por lo que, finalmente, para evitar un

escándalo, le otorgaron el cuarto de hora que faltaba antes de la inauguración oficial. La excusa presentada decía lo habían programado fuera del cronograma dado a conocer oficialmente por tratarse de una denuncia pública grave.

Leo miró el reloj, bajó las escaleras casi más rápido de que la orden se transmitiera del comité a aquellos empleados que daban los últimos toques a la puesta en escena. Se sentó solo en la mesa del estrado, ante la mirada sorprendida de todos los profesionales que colmaban el auditorio. Algunos ya ocupaban sus posiciones mientras que otros aún estaban en los pasillos intercambiando palabras con sus colegas. Encendió el micrófono que tenía frente a sí, se presentó para quienes no lo conocían y procedió a iniciar el discurso que había llevado escrito, a pesar de su costumbre, ya que era un eximio disertante que no necesitaba de guías para hablar. En esa oportunidad, no quería decir ni una palabra de más ni una de menos, ante el silencio absoluto de la multitud de eminencias. Se aclaró la garganta, probó el micrófono con tres golpecitos a la almohadilla y comenzó:

Estimados colegas: debo agradecer a los organizadores del congreso, quienes me han asignado este tiempo para que presente ante ustedes una historia que desearía que fuese ficción, pero, lamentablemente, debo anticiparles que no lo es.

Lo que les voy a narrar a continuación es una crónica del horror que, a pesar de estar relacionada con la profesión que amamos todos los aquí presentes, no tiene como protagonista a un psicópata asesino, ni se inicia en algún tétrico hospital psiquiátrico de los que aún quedan, tampoco sucede en uno de los marginales barrios de la ciudad capital del estado de Maryland de donde provengo. Por el contrario, sus inicios se desarrollaron en los prósperos barrios de Catonsville y Forest Park, en la mejor área residencial de Baltimore, con enormes y lujosas mansiones en bellísimas calles bordeadas de árboles.

Durante más de veinte años, algunas de las familias más ricas de la ciudad, en convivencia con el cuerpo de abogados, jueces y responsables de la salud pública, han sacado provecho de indefensas pacientes institucionalizadas en el prestigioso Instituto Rosewood. Esas mentes perversas idearon un mecanismo que redujo prácticamente a la esclavitud, abolida hace tantos años y con tanta sangre de nuestros conciudadanos vertida para ello, a niñas y mujeres con problemas mentales que estaban internadas allí con el fin de lograr brindarles una vida más digna que la que podrían tener en sus hogares. Lo más grave es que lo hicieron en forma legal con la colaboración de colegas nuestros que, a mi entender y según denuncia, violaron las normas éticas que juramos defender.

Literalmente, la alta sociedad de Baltimore, por acción o por omisión, puso al lobo a cuidar el rebaño.

Leo hizo silencio. Recorrió con la mirada el auditorio. Notó con satisfacción que había logrado la atención incluso de quienes aún no habían tomado ubicación en los respectivos asientos.

Desde 1932, con colegas y un equipo de colaboradores, investigamos el asunto a fondo. No existe lugar a dudas de que fue una operación de tráfico de personas con sus engranajes bien engrasados.

Las chicas, que habían residido en la institución entre cinco y treinta años, no pensaban abandonarla. Allí las trataban bien, tenían un hogar permanente y, en definitiva, no estaban preparadas para la subsistencia extramuros. Por supuesto, ellas desconocían los procesos espurios que se tramaban en los juzgados hasta el día en que, por orden de la corte, se encontraban bajo la custodia de mujeres de alta sociedad a quienes no conocían y que no las conocían a ellas. Imagínense ustedes, señores, si hubieran vivido treinta años protegidos en una institución psiquiátrica y, de repente, se encontrasen fregando inodoros en los baños de algún suntuoso palacete donde la dueña de la casa les reclamara, en forma permanente y cruel, que se esforzaran más y más, además de estar agradecidos por lo que ella hacía por ustedes.

Un silencio que aturdió invadió la sala. Kanner había logrado un difícil objetivo: lograr que las eminencias médicas abandonaran la frialdad para introducirse en los zapatos de los pacientes.

Una vez descubierta la maniobra, nos fijamos como meta tratar de rescatar a la mayor cantidad de pacientes traficadas. En un trabajo que ya lleva cinco largos y penosos años, logramos localizar la ruta de la mayoría de las antiguas residentes de Rosewood para determinar qué había sido de ellas desde sus extracciones.

No pretendíamos hallar unas bonitas historias. Sin embargo, lo que encontramos fue más sórdido de lo que podría haber salido de la oscura mente de un escritor de novelas de horror. La gran mayoría había sido condenada a residir con esas madres respetadas de la alta sociedad cuyos esposos habían pagado los servicios de abogados inescrupulosos a los efectos de obtener mano de obra esclava para sus cónyuges.

Muchas de las mujeres pronto se sentían insatisfechas con sus nuevas trabajadoras y expresaban gran asombro por descubrir que las chicas parecían “estúpidas” o “lentas”. Ese descubrimiento, sin embargo, no los disuadió de solicitar otra chica diferente al abogado cuando se deshacían de la que se les había asignado.

Leo hizo una pausa, miró preocupado su reloj para ver cuánto tiempo le quedaba, levantó la vista y observó los rostros de quienes estaban en las primeras filas muchos de ellos miembros del comité directivo de la asociación y percibió un interés que lo animó a seguir, aunque excediera su tiempo. Retomó entonces la lectura, previa aclaración que consideró necesaria y que no estaba en su discurso.

Colegas, como advierto cierta incredulidad en algunos rostros, la que no difiere demasiado de aquella que sentí yo mismo al comenzar a desentrañar la madeja, les voy a comentar algunos casos emblemáticos de entre las decenas que podría

enumerar. Una mujer tuvo un cambio de opinión sobre la utilidad de una residente de Rosewood en el mismo momento en que abandonó el tribunal, por lo que la dejó confundida en el mismo estacionamiento de la corte.

La esposa de un ilustre miembro de la sociedad local deseaba y logró una doncella personal por solo dos meses. La echó cuando la familia se fue de vacaciones a Europa, como si fuese un peluche adquirido por capricho de uno de sus hijos.

Algunas de las damas de Baltimore sobrecargaban tanto y mal alimentaban de tal manera a sus “lentas” domésticas que varias de ellas murieron dos o tres años después de su externación de Rosewood, principalmente a causa de una tuberculosis pulmonar aguda.

Una mujer que recolectó no menos de treinta y cinco niñas de Rosewood tenía una hija joven especialmente diabólica que escupía en las caras de las doncellas y les volcaba los baldes mientras hacían un trabajo agotador. Aquellas que osaron quejarse del comportamiento, simplemente fueron reemplazadas por chicas nuevas.

Algunas fueron abusadas sexualmente. Resulta muy impactante el caso de una niña ingresada en la casa de un médico. La jovencita llevó durante nueve meses un embarazo fruto de las violaciones del médico y dio a luz sin que nadie lo notara. Como final escalofriante a este caso, la esposa del médico descubrió al bebé recién nacido en su armario.

Por supuesto que una vez que demostraban no ser útiles, algunas veces con reclamos a los abogados, indefectiblemente las niñas, jóvenes y mujeres terminaban arrojadas a las calles. Entonces cuando las cosas se ponían aún más sombrías para ellas. Las chicas de Rosewood vivieron una triste peregrinación por los prostíbulos y casas de mala muerte de los barrios marginales.

No debería permitirme aburrirlos con números, pero considero que es importante que los conozcan. En definitiva, de los ciento sesenta y seis casos de *habeas corpus* registrados, hemos logrado rastrear hasta el momento ciento dos. Descubrimos que once mujeres –todas en perfecto estado de salud cuando salieron de Rosewood– habían muerto por enfermedad o negligencia; diecisiete estaban plagadas de enfermedades infecciosas como sífilis, gonorrea o tuberculosis; veintinueve eran prostitutas; ocho fueron reinstitucionalizadas en hospitales psiquiátricos; y seis estaban en prisión por crímenes graves.

En general, ochenta y nueve fracasaron miserablemente, de modo que causaron graves daños y peligros a ellas mismas y a las comunidades en las que viven o vivieron.

A la fecha, un total de ciento sesenta y cinco niños ya han nacido de este grupo de ciento dos expacientes de Rosewood. De esa segunda generación, ciento ocho son, fuera de toda discusión, débiles mentales.

Leo hizo una última pausa mientras esperaba que la mayor cantidad de presentes digiriera algo tan difícil de tomar con naturalidad incluso para gente que por su profesión había observado con certeza casos de mala praxis, muchos de ellos cubiertos por el corporativismo, pero nunca algo

tan diabólicamente tramado.

Dejé para el final el caso paradigmático, que es el de Edna May. En 1924, un juez se la entregó a una mujer que quería una mucama. Al poco tiempo estaba en la calle. Edna May se hizo prostituta y, al menos en una ocasión, tuvo relaciones sexuales con su propio hermano. Ella ahora tiene cuatro niños de mente débil, descuidados y desnutridos, que a menudo están cubiertos de sarna y viven en barrios sucios y plagados de sabandijas.

Señores, colegas, voy a redondear porque he excedido el tiempo que con generosidad me cedieron los miembros del comité organizador. Quiero transmitir, por un lado, la impotencia que siento porque la justicia no actuó con los ojos vendados. A pesar de que recurrimos a los tribunales para hacer que los responsables paguen por sus delitos con una documentada presentación de cada uno de los casos, avalada por los mejores y más afamados juristas de Maryland, los miembros patricios de nuestra sociedad continúan escapando al supuesto largo brazo de la ley. Como siempre, el hilo fue cortado por su porción más delgada: se castigó solo a los abogados y a algunos de los médicos intervinientes, mientras que las familias implicadas solo recibieron como sanción el oprobio, rápidamente olvidado, de aparecer en las páginas interiores de un periódico nacional y en la portada de uno local.

Por otra parte, es mi deseo que lo ocurrido no se borre de la memoria colectiva, de modo que, en un par de años, deje de ser recordado que, amparados en el uso inescrupuloso de la justicia y del corporativismo médico, un grupo de rutilantes autoridades en la psiquiatría como lo son aquellos que ocupaban puestos en el bureau de Rosewood, institución de merecido prestigio, haya permitido semejante vergüenza para nuestra profesión. Deseo con fervor que los miembros de la sociedad médica nacional e internacional nos mantengamos firmes en nuestro juramento de defender y proteger a nuestros pacientes.

Ojalá estuviera aquí para presentar los auspiciosos resultados de los estudios que estamos llevando a cabo en el equipo de la Hospital Johns Hopkins, que tengo la fortuna de dirigir.

Lejos estoy de estar orgulloso de nuestro descubrimiento; mucho menos de los espantosos resultados que pudimos relevar.

Solo me consuela la satisfacción de haber podido, junto a mi equipo, rescatar a algunas de las mujeres del infierno en el que estaban e intentar reencauzar su vida mediante una internación en el Hospital Johns Hopkins donde, gracias a la excelente voluntad del doctor Meyer, aquí presente, pudimos darles el cobijo y el tratamiento necesario. Esperamos poder rehabilitarlas al menos al estado en que estaban al abandonar Rosewood.

He depositado en la oficina de la organización el material con la completa documentación de todo lo expuesto por mí esta tarde, con el detalle de los ciento sesenta y seis casos. A ustedes, les dejo una petición. Me tomé la atribución de

instalarme frente a este micrófono y frente a tan excelsa audiencia, para hablarles hoy, porque, quizás, este mismo *modus operandi* esté sucediendo en otro lugar bajo nuestras narices. Por favor, no permitamos que algo así vuelva a suceder.

Les doy las gracias a todos por escucharme con atención y pido mil disculpas a la organización por excederme en el tiempo que gentilmente me otorgaron.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 12

Washington D. C., julio de 1937.

Ingresar al despacho de Eugene Isaac Meyer, director y único accionista del periódico *The Washington Post* y observar el ostentoso lujo con el que había sido decorado, producía una estudiada sensación de superioridad del anfitrión sobre los visitantes.

—Adelante, señor Lewin, pase. Siéntanse como en su casa —lo invitó al aún absorto Aron.

—Muchas gracias, señor Meyer, le agradezco su tiempo y su atenta recepción.

—Faltaba más, su fama de interesante compañero de charla lo antecede.

—Al mismo tiempo que me honra ese inmerecido laurel, genera sobre mí la enorme presión de no desilusionarlo.

—Permítame presentarle a mi hija Katherine —puntualizó Meyer dando por concluido el juego de galanteos.

—Encantado de conocerla, señorita.

—Lo mismo digo, caballero.

Una vez finalizado el primer round de presentaciones, tomaron asiento alrededor de una extensa mesa.

—Le ruego no se ofenda con mi curiosidad, pero es mi oportunidad de conocer de la fuente, si es verdad lo que se comenta sobre ella o si no es más que otra de las leyendas que circulan en los medios en los que nos movemos —declaró Aron mientras observaba atentamente cada detalle del mueble.

Sin dudas ese escritorio era el que más orgullo le otorgaba a Meyer y del que no dejaba de hacer referencia a sus invitados. Aron lo sabía.

—No voy a esbozar una falsa modestia —replicó Meyer—. Esta mesa tiene su historia. Es una réplica exacta de la *Resolute*, mesa encargada y obsequiada por la reina Victoria al entonces presidente de los Estados Unidos, Rutherford B. Hayes, mientras que una idéntica permanecía en el Palacio de Buckingham, en Londres. La conocí en una reunión en la Casa Blanca que coincidió con la remodelación de esta oficina que había acabado de adquirir por lo que le encomendé al arquitecto que construyera una igual.

Si el mueble se veía imponente, el resto de la decoración no le iba en zaga. Las paredes estaban revestidas de fotografías en las que se podía observar a Eugene Meyer junto a cada una de las personalidades de esas primeras décadas del siglo XX. No faltaban en su colección presidentes, embajadores, científicos, exponentes del arte, directores y actores de teatro o cine, además de los infaltables deportistas que alcanzaban la preciada fama.

Ciertamente Aron no pudo sentir menos excitación que todos aquellos que visitaban ese mausoleo por primera vez. Para un periodista, estar allí simbolizaba haber llegado a la cúspide. “Cuántos colegas habrán pasado aquí sus quince minutos de fama, fama que luego se esfumaría como humo por carecer de la habilidad para mantenerla”, pensó con una mezcla de éxtasis y temor de ser uno de los tantos que llegaban allí con la expectativa de ser ganadores de un Pulitzer y se retiraban con su enorme desilusión auestas.

En el sillón principal estaba el señor Meyer, que lo observaba con su ojo experto; su reputación describía que en solo un minuto notaba si el interlocutor valía los catorce restantes o si sería invitado gentilmente a retirarse con la promesa del clásico “aguarde nuestro llamado”.

Enfrentados a Meyer se encontraban Katherine y Aron.

—Espero que no le moleste por haber decidido unilateralmente que participe mi hija de esta reunión, pero ya estoy promediando mi sexta década de vida. Es mi deseo jubilarme pronto y que su sangre joven unida a su inteligencia, heredada de la madre con certeza, asuma la dirección del periódico.

Ante la reprobatoria mirada de Katherine a su padre por la manera de ser presentada, Aron intentó colaborar para salir del incómodo momento

—No solo no me molesta, sino que, sinceramente, creo que una visión femenina será muy positiva.

La intervención de Aron no tuvo el efecto deseado.

—Estimado señor Lewin —replicó la joven—, a pesar de su juventud, sostiene usted un pensamiento tan retrógrado como el de mi padre. Pensar en el siglo XX que la visión de una persona es una cuestión de género, me resulta ridículo. Lo que mantiene solo a los hombres al frente de los países y de las empresas es una vetusta creencia. De más está decir, observando los procesos históricos pasados y presentes, una creencia que ha llevado y sigue llevando al mundo por la trágica senda de autodestrucción. Pero no se preocupe, mi padre proclama a una mujer como su sucesora por una cuestión hereditaria, no porque posea una mente más amplia que la suya. Si yo tuviera un hermano, de seguro él estaría sentado en esta silla hoy.

Se produjo un silencio. Una mueca similar a una sonrisa en el magnate que fue transformándose en una jocosa carcajada que quebró la solemnidad de esas palabras.

—Katherine, no asustes a caballero, creo que ya entendió tu punto. Pasemos al tema que nos convoca —finalizó Meyer su frase para volver a la formalidad—. Me confieso su seguidor, he leído cada uno de los artículos con los que ha contribuido en este periódico. Me interesan, en especial, muchísimo sus análisis sobre la misión y visión de Theodor Herzl, que veo lo guio, al menos en sus inicios, en el periodismo.

—Muchas gracias, señor Meyer, me honra con sus palabras. Realmente ha sido Herzl quien me ha inspirado en la concreción de mi vocación. Lamento no haber tenido la oportunidad de conocerlo en persona.

—Tiene usted razón, señor Lewin, si Herzl con sus escritos moviliza tanto, imagino que haber podido presenciar un discurso suyo debería haber sido algo inolvidable. Además de mi conocimiento, viene usted con la mejor de las recomendaciones de mi amigo Kent, su director en *The Baltimore Sun*. Ahora, si no le importa, con Katherine estamos ansiosos por escuchar lo que tiene para contarnos.

Aron utilizó sus quince minutos de una manera brillante. Explicó paso a paso la investigación, solitaria al principio y colegiada después; demostró que poseía documentación respaldatoria, antecedentes judiciales, todo aquello que debería brindar tranquilidad al propietario del periódico, de que, en caso de aceptar la publicación de “Las chicas de Rosewood”, como Aron había bautizado a su historia, no se verían luego envueltos en problemas legales y juicios por difamación, situaciones que, si bien no asustarían a un hombre como Meyer, permanentemente asediado por ese tipo de planteos judiciales, quizás incidirían inclinando la balanza para el lado contrario del que quería Lewin. Por otra parte, les comentó que, a pesar de haberla hecho público el doctor Leo Kanner ante la comunidad psiquiátrica en un evento tan importante como el Congreso Anual de la Asociación de Psiquiatría Americana, la noticia no había tenido repercusión fuera de ese reducido grupo. En los casos en que se difundió periodísticamente, fue solo en notas aisladas de algunos periódicos, incluido *The Washington Post*, sin la relevancia que merecía.

—Cuénteme, Aron —inquirió Meyer—, ¿cuál piensa usted que sería la mejor forma de difundir su historia?

—Mi propuesta, señor Meyer, es publicarla casi como una novela en su periódico, en forma de fascículos incluidos en las ediciones dominicales, para ofrecer un atrapante material de lectura, supongo que, más que nada, para las mujeres de la casa.

Un leve vistazo a su izquierda le sirvió a Aron para notar que seguía perdiendo puntos en la apreciación que Katherine elaboraba sobre él.

—Una novela —repitió el zar de los medios—. Un capítulo por semana en la sección femenina del diario... No me convence. A esta historia hay que contarla de otra manera, si no terminará pareciéndose a un folletín.

—Con todo respeto, señor Meyer, aquí hay una historia que es más que noticia de un día. Yo quiero extraer del anonimato las historias de estas chicas, de Judith, de Anne y de muchas más. Quiero denunciar este delito y, a la vez, recuperar este hecho e inmortalizarlo, que quede vivo en el recuerdo de los lectores.

—Claro, muchacho, pero para eso necesitarás un espacio y una continuidad. Será una novela, desde ya. Para mantener la atención de los lectores tendrás que recurrir a tus habilidades literarias sin apartarte de la verdad de los hechos.

Luego de unos minutos de silencio, durante los cuales cada uno de los presentes exploraba en su interior las opciones posibles, Mayer opinó con un tono que se asemejaba más a una sentencia que a una propuesta:

—Ya sé lo que haremos. Todos los sábados dispondrás una columna especial en la página central de la sección de policiales en la cual irás desarrollando la historia con tu propio estilo. Quiero una historia atractiva, que sostenga la intriga, con giros narrativos. Veremos cómo reacciona el público. El tamaño de esa columna lo irá determinando el impacto que tenga en la audiencia. —Tras notar el carácter imperativo de lo que había dicho, intentó enmendar el error—. ¿Qué opinas, hija?

Katherine hizo un gesto afirmativo con la cabeza, para luego increpar a su coetáneo.

—Me interesa saber qué opina usted, señor Lewin. ¿Está preparado para saltar a las grandes ligas y atrapar lectores sin diferencia de género?

—Señorita, lamento haberle generado una impresión equivocada sobre mi persona. Me parece muy buena la propuesta de su padre y, si usted está de acuerdo, comenzaré de inmediato a corregir la estructura de mis escritos para adaptarlos a este nuevo formato que me proponen.

—No tan de prisa, jóvenes. Resta definir un asunto que no es menor: el económico. Por nuestra parte, dejo el tema en tus manos, Kathy. Convérsalo con Jackson y realicen a Aron la mejor propuesta que nuestra empresa pueda afrontar.

Katherine asintió. Meyer se incorporó del sillón, lo que provocó que Aron se levantara de inmediato. El dueño del diario se quedó pensativo unos segundos sin emitir palabra hasta que volvió a sentarse. Aron permaneció expectante. No sabía si tomar asiento de nuevo o esperar otra indicación.

Tras un lapso difícil de mensurar, Meyer regresó de sus cavilaciones al notar que Aron era el único de pie en la habitación. Lanzó una nueva carcajada muy divertido por la situación.

—Tome asiento, querido amigo. Kathy, te ruego no te molestes, solo voy a expresar mis pensamientos en voz alta. —Por tercera vez en la reunión Katherine asintió en silencio esperando que su padre la sorprendiera como era habitual en él—. Hija, seguramente recuerdes nuestra conversación de hace unos días sobre la organización del equipo de colaboradores del periódico.

—Por supuesto que lo tengo presente.

—Aron, lo pongo al tanto brevemente. Desde que adquirí el *Wapo*, como le decimos los que trabajamos en *The Washington Post* coloquialmente, en una subasta, estamos junto a Kathy y otros colegas haciendo un esfuerzo para adaptarlo a los tiempos que corren. ¿Escuchó hablar de las emisiones radiales?

—Sí, por supuesto, aunque confieso que no lo suficiente —admitió un tanto avergonzado Aron.

—Cuando la década del veinte estaban aún en pañales, la emisora WWJ de Detroit comenzó a emitir una programación de divertimento para un número cada vez mayor de oyentes. A mediados del mismo año 1920, el diario *Detroit News* aprovechó las emisiones de la WWJ para transmitir su *Detroit News Radiophone*. A fines de 1922, ya eran más de seiscientas las emisoras existentes en Estados Unidos. Las fábricas de electrodomésticos habían vendido más de cuatrocientos mil receptores. En los años siguientes, se fundaron las grandes cadenas como la RCA y la CBS. En los días que corren, son demasiadas las emisoras que incorporaron a sus programaciones de divertimento espacios, por lo general de un cuarto de hora, dedicados a la lectura de las noticias que aparecen en los periódicos. Las grandes agencias de noticias, como United Press y Associated Press, vienen resistiendo las exigencias de las emisoras para transformarse en sus clientas directas, solo debido a la presión que ejercemos los periódicos. Pero, sin dudas, eso va a cambiar y con ello cambiará radicalmente la historia de los medios de comunicación. Si ese cambio no nos encuentra preparados, nos veremos en graves dificultades.

Aron intervino.

—Perdón que lo interrumpa, señor Meyer, pero ¿no debería entonces *The Washington Post* propugnar para que las noticias lleguen a un público masivo lanzando su propia emisora?

—Joven —declaró el mayor con una sonrisa de satisfacción en su rostro—, vaya acostumbrando sus oídos al nombre *Washington Post Radio*.

—Disculpe, señor Meyer, le agradezco la información; sin embargo, me genera una gran duda. ¿Por qué me cuenta esto que imagino que es confidencial?

—Aron, mientras un equipo de nosotros está preparando ese futuro no podemos darnos el lujo de descuidar el presente. Necesitamos fortalecer la sección de policiales del periódico con un periodista de alma, que tenga sagacidad, curiosidad y determinación, un individuo que sepa distinguir una noticia bomba del pescado podrido que permanentemente nos intentan vender. Como le dije antes, su fama lo precede y las referencias que nos hicieron llegar desde *The Baltimore Sun* son impecables. Para redondear mi pensamiento en voz alta —finalizó con una mirada furtiva a su hija—, ¿le interesaría el puesto de director de policiales del *Wapo*?

—Padre, ¿ya hemos conversado acerca de que tus pensamientos en voz alta cada vez son más parecidos a asuntos decididos? —le reclamó, aunque sin perder las formas, Katherine a Eugene quien sonrió cariñosamente a su hija.

Aron no supo qué contestar. Por un lado, sería un envión importantísimo en su carrera, quizás una oportunidad única, pero, por el otro, lo unían a Baltimore demasiados afectos.

—Señor Meyer, es una emocionante pero difícil encrucijada en la que me coloca su inesperado ofrecimiento. Le ruego me otorgue tiempo hasta mañana para sopesar lo que significaría aceptarlo o rechazarlo.

—Discúlpeme que me inmiscuya en algo tan privado como semejante determinación. Permítame correrme de mi puesto y hablarle como lo haría a un hijo. Los trenes a veces pasan una vez en la vida. Tómese el tiempo que necesite, lo entiendo, pero tenga en cuenta mi consejo.

—Muchas gracias, señor Meyer, Katherine. Prometo estar aquí a las cuatro de la tarde y darles una respuesta.

—Esperaremos encantados, Aron. —Habló Meyer que se atribuyó la decisión que le correspondía a su hija que le lanzó otra cínica mirada—. Kathy, por favor, mientras tanto, reúnete con Jackson y tengamos lista la propuesta económica para la publicación de la novela y para el puesto de encargado de la sección policiales.

* * *

El traqueteo del tren sobre las vías, producía un movimiento que invitaba al sueño. Aron viajaba en un vagón de tercera categoría, que se encontraba atestado de pasajeros. A su lado, una señora llevaba sobre su falda a una pequeña de apenas unos meses, según calculó él, sin mayores referencias sobre edades de los niños. La pequeña no dormía y, con curiosidad, miraba por la ventana. Le hablaba a su madre con sonidos que Aron no comprendía, pero la madre parecía hacerlo porque le contestaba imitando mal la forma en que hablan los pequeños; en un tono que al periodista le parecía irritante. “¿Será que la señora piensa que su hija es incapaz de entenderla que le habla de esa manera?” No le faltaban ganas de decirle a la dama que le hablara de la forma que lo hacía con los demás, que su hija la iba comprender o no, de la misma manera que si impostaba ese falso y molesto modo infantil.

Aron no podía dormir, poco le importaba aquel parloteo. Pensaba en todo lo ocurrido ese largo día en la capital del país. Haber aceptado la propuesta de Meyer le producía la lógica algarabía de un ascenso en su profesión y, por supuesto, en su situación económica, pero una gran incertidumbre sobre si hacía bien en dejar sus seres queridos.

“De todos modos, las distancias no son tan largas y podré volver a visitarlos las veces que lo desee”, se consolaba. Esa posibilidad de viajar, con la responsabilidad de no desatender el trabajo, había sido un punto que Aron pidió incorporar al contrato que fue aprobado por sus nuevos empleadores.

Al arribar a Baltimore, agradeció no tener que soportar más a la madre que había sido su indeseada vecina de asiento y, luego de caminar unos metros, comenzó a acelerar sus pasos hasta terminar literalmente corriendo hacia la residencia de los Keating.

Todos los días pasaba por allí, aunque solo fuera media hora, con más razón esa noche, feliz de poder compartir la noticia con sus amigos. En su veloz carrera, solo un milagro hizo que no chocara él mismo con un vehículo que cruzaba la bocacalle con el paso a su favor. A punto estuvo luego de derrumbar pilas de frutas de diferentes colores que, artesanalmente colocadas sobre cajones de madera, formaban el nombre de la elegante verdulería en cuyo frente se encontraban.

Al llegar a la residencia, algo que llamó la atención de Aron hizo detener abruptamente su alegre carrera. Frente al domicilio se hallaban estacionados varios vehículos. Reconoció entre ellos el de Leo, lo que le resultó más extraño aún.

Tocó el timbre de entrada, pero no fue capaz de esperar y abrió él mismo la puerta. Cuando entró y vio los rostros de quienes allí estaban, supo en el acto lo que había sucedido. Judith se levantó del sillón y corrió a abrazarlo, llorando agitada. Era muy extraño ver llorar a Judith, lo que confirmó sus sospechas.

—¿Frank? —le preguntó Aron a Leo, que movió la cabeza afirmativamente.

Ya hacía unos meses que a Frank se le dificultaban las caminatas, se cansaba y se agitaba muy rápido. Como todo médico, era reacio a concurrir a un colega cuando se sentía mal. «Ya se me pasará», decía y contrariaba así sus propios consejos a los demás sobre que no había que dejar pasar ni un solo día entre una dolencia y una visita médica. Leo explicó sin necesidad de preguntas.

—Esta mañana, cuando Eunice se despertó y estaba pronta a iniciar su rutina, notó que Frank estaba extrañamente inmóvil. Ellos compartían la habitación, pero en camas separadas, ya que ninguno de los dos quiso, al casarse, renunciar a disfrutar de todo el ancho de sus respectivas camas. Eunice me contó que se acercó despacio a Frank y, para su horror, descubrió que no respiraba. Su piel tenía un tono morado. No le hizo falta más nada para saber que había perdido a una de las dos personas que más amaba en la tierra. Llorando, con un exiguo hilo de voz, me llamó a mi oficina y luego intentó hacerlo contigo al diario, pero sin éxito.

Aron abrazó con fuerzas a Judith sin que palabra alguna saliese de su boca. Luego fue a saludar a su querida Eunice, quien descargó en un compungido abrazo toda la angustia que tenía acumulada desde el terrible descubrimiento de esa mañana.

Luego, el periodista pudo ver que, en la sala, además de Leo Kanner con quien se estrechó compartiendo el dolor por la pérdida de un amigo, se encontraba también una pareja de médicos recién arribados de Europa, a quienes Aron conocía porque trabajaban con el equipo psiquiátrico que Leo lideraba en el servicio de psiquiatría infantil de la Universidad Johns Hopkins; eran una pareja de médicos austríacos, George Frankl y Annie Weiss con quienes intercambió un saludo acorde a las circunstancias. Además, se encontraban en la sala algunas otras personas que no le resultaron habituales y que imaginó una combinación de familiares y compañeras de trabajo de Eunice con los pocos amigos de Frank.

El tamiz de ingreso al domicilio era Leo, pero estaba tan conmocionado que se habían escapado a su filtro algunas de esas matronas curiosas que nunca faltaban. Aron saludó a los presentes con un simple movimiento de cabeza y volvió a concentrarse en Judith. La muchacha estaba desconsolada. A la angustia propia que sentía por la pérdida, le agregaba el enorme desconsuelo que envolvía a Eunice, única familia que le quedaba. Joseph, su padre biológico, aquel que fuera tan importante para el reencuentro de Judith con sus raíces, había tomado suficiente distancia respetando la unicidad de Eunice y Frank como progenitores de la joven.

Aron llevó a una habitación de la casa a Eunice y a Judith. Les confesó que no era capaz de expresar nada que mitigara el dolor que las atravesaba, pero que, en ese mismo momento y lugar, él se comprometía a asistirles en todo aquello que necesitaran. Eunice no entendía el porqué de esas palabras innecesarias por resultar tan obvias para ella, ya que siempre Aron estuvo cerca y no tenía dudas de que ahora lo estaría aún más. Pero el periodista no podía olvidar que se había comprometido confidencialmente con Joseph, observadores ambos de que a Frank se lo veía como un hombre muy fatigado, en que jamás le faltaría a Judith el afecto del que fuera privada tantos años. Sabía que Frank era un padre muy presente para Judith y sintió que al faltar aquel, ese era el momento en que dejaría de ser un visitante asiduo a la casa de Eunice para transformarse en parte de ese pequeño núcleo familiar.

* * *

El sepelio de Frank Keating tuvo lugar dos días después de su deceso, una vez concluidos los trámites legales de los que se ocupó Leo Kanner en persona, asistido por los favores de los amigos que tenía en cada rincón público de Baltimore.

Eunice, de riguroso duelo permaneció esos días con Judith y Aron quien intentaba brindarles ánimo. Recibían las visitas de rigor de quienes, por no haber podido —o deseado— asistir al velatorio y sepelio, ahora concurrían al domicilio de las mujeres para brindarles su pésame. Cada una de esas ceremonias provocaba una apertura en la herida con la obligación de volver a relatar una y otra vez la forma en que sucedió. Fue Kanner quien les sugirió que, por el bienestar mental de ambas, pusieran coto a esas situaciones, con la sugerencia de que, gentil pero firmemente, agradecieran la intención del visitante, pero no le franquearan el acceso al domicilio. Si estaba presente Aron, sería él quien se encargaba de transmitir ese mensaje a quienes golpeaban la puerta.

El mejor amigo de la familia, con el asesoramiento de Leo, daba mensajes de consuelo a las damas afligidas. Cuando creyó que era el momento adecuado para ello, las invitó a sentarse en los sillones de la sala.

—El mayor consuelo, queridas mías, es que Frank se fue sin sufrir, no sintió absolutamente nada, fue un infarto masivo que lo encontró durmiendo —comenzó Aron—. Es una desgracia para los que quedamos aquí, pero pensemos en él y en qué hubiese sido de Frank si en vez de marcharse así, de súbito, hubiese quedado con secuelas o invalidez. Qué hubiésemos ganado de mantenerlo convertido en una persona que no pudiese valerse por sí misma, luego de una vida de absoluta independencia, al punto de preferir vivir solo hasta caer en la tela de araña que tú le

tejiste, Eunice. —Esas palabras arrebataron la primera sonrisa del rostro de la mujer desde el terrible shock que había vivido al descubrir a su esposo sin vida—. Por eso, les pido que no seamos egoístas, que agradezcamos a Dios que Frank tuvo el final digno que merecía.

Eunice asintió con el rostro empapado de lágrimas y lo abrazó con fuerza, agradecida de haberlo conocido. Sin su aparición aquel día en la parada de autobuses a la salida de Rosewood, quizás ella y Frank nunca hubiesen logrado rescatar a Judith. El matrimonio con Frank había durado pocos años, pero esos años en familia, con su esposo y su hija, habían sido sin dudas los mejores de su vida.

—Aron, tienes razón. Judith —se dirigió a la muchacha que aún lloraba acurrucada sobre su falda—, debemos actuar como Frank hubiera deseado, salir adelante, continuar con su ejemplo de vida de brindarse al prójimo sin límites y amarlo como hasta ahora. Él estará siempre presente en nuestras vidas, apoyándonos, aconsejándonos y cuidándonos desde el lugar donde se encuentre.

Eunice sabía que debería elaborar su propio duelo rápidamente para ayudar a la joven a trabajar el suyo, que sería mucho más difícil ya que la muchacha no expresaba fácilmente sus sentimientos y, si no lograba aflorar su dolor, sería una herida que no cicatrizaría jamás.

Tenía apenas dieciocho años, una vida por delante. En ese momento, pensó por primera vez que ella misma no era una jovencita, que, si bien se la veía muy bien de salud y así se sentía, ya pisaba los cincuenta y cinco años y no estaría por siempre como sostén de Judith. Gracias a Dios, su hija era autosuficiente, podría trabajar en la clínica como lo estaba haciendo y sería capaz de encarar sin duda otros proyectos, pero sentía que solo ella podía ayudarla en determinadas oportunidades.

Aron continuó conversando con ellas. Judith había servido café para los tres y el joven les relató la reunión en Washington con Meyer y Katherine, les explicó en detalle acerca del espacio semanal en las páginas principales del periódico de las que dispondría para “Las Chicas de Rosewood”, pero omitió comentar lo de su nuevo cargo de director de investigaciones del diario. Mientras Aron hablaba, Eunice lo escuchaba, pero su mente volaba. Los veía a Aron y Judith tan unidos que en su cabeza comenzó a rondar una ilusión. Jamás se perdonaría transformar en palabras lo que pensaba, pero esa idea no abandonó su mente nunca más.

Más tarde, desde las oficinas de *The Baltimore Sun*, Aron realizó una llamada telefónica a Meyer.

—Señor Meyer, ¿cómo está usted? Le habla Aron Lewin, espero que aún me recuerde —bromeó Aron.

—Algo recuerdo, joven. ¿No es usted acaso el nuevo encargado de la sección de policiales de mi diario?

—Ese es precisamente el motivo de mi llamado.

A continuación, le explicó el panorama con el que se encontró al regresar a Baltimore, con el lamentable evento que se sucedía mientras ellos estaban reunidos en el despacho del ejecutivo.

—Me veo en la obligación, aunque sé que estoy dejando pasar una oportunidad quizás única en mi vida, de retirar mi respuesta afirmativa en lo referido al puesto de director de la sección de noticias policiales. Mi amigo Frank, al partir, dejó una viuda y una hija que son mi familia. No puedo abandonarlas; al menos, no en este momento.

—Aron, entiendo y valoro tu loable forma de actuar, pero permíteme redoblar la apuesta. Tráelas a Washington, hablaré con Katherine. De seguro encontraremos una partida del presupuesto de la empresa para costear el traslado y los mayores gastos que implique.

—Señor Meyer, me avergüenza reconocer que sus palabras despertaron en mí una emoción que me desborda. Noto y agradezco cuánto dimensiona usted mi valor, pero por asuntos que le explicaré en nuestro próximo encuentro, que ojalá sea pronto, si me las llevo de Baltimore las estaría matando. No puedo ser tan egoísta, espero que lo del tren no se dé y, esta vez, pase dos veces en mi vida.

—Estoy seguro de eso, acepto tus motivos y no solo los acepto, sino que los hago míos. Hablaré con Katherine y buscaremos la manera en que puedas colaborar con nuestros proyectos desde Baltimore, quizás con visitas periódicas a nuestra ciudad. Debo entender que el proyecto de “Las Chicas...” sigue en pie, ¿verdad? Me comentó Kathy que se han puesto de acuerdo en las condiciones en que se haría.

—Por supuesto, señor Meyer, eso sigue más vigente que nunca.

—Un solo pedido antes de terminar esta charla, termina ya de llamarme señor Meyer, para mis amigos soy Eugene.

* * *

Los días y las semanas pasaron. La vida de la familia Keating fue volviendo a una rutina diferente, pero rutina al fin. Aron se acomodó, como había planeado, a su situación con *The Washington Post*, y Kent le dio en el *The Baltimore Sun* el cargo que habría ocupado en el *Wapo*. Ya tendría otros momentos para cumplir el sueño que le duró unas horas.

Eunice colaboraba con el equipo de Leo, con la reciente incorporación de George Frankl y Annie Weiss, mientras Judith trabajaba y se entrenaba al mismo tiempo en el equipo de rehabilitaciones de la unidad de psiquiatría infantil.

Esa noche, Aron realizó una de sus visitas nocturnas a la residencia de los Kanner. Como siempre los encontró disfrutando de la buena música de Strauss antes de irse a dormir. Leo atendió con una sonrisa a la llamada a la puerta que le hizo Aron y lo hizo pasar. Jenne estaba sentada en su sillón favorito bajo el embrujo de los sonidos del viejo fonógrafo. El pequeño Albert leía recostado en el sillón con la cabeza apoyada sobre el regazo de su madre, quien le acariciaba los rizos. El niño estaba enfrascado por décima vez en una edición ya ajada de *El hijo del corsario rojo*, escrito por Salgari a principios de siglo.

—Aron, aún está vigente la propuesta de presentarte a mis amigas. Aunque ya me parece que son demasiado grandes para ti. He visto que te interesan las mujeres más jóvenes que nosotras, ¿verdad? Tendría que recurrir a algunas conocidas que se ocupan de buscar parejas entre los miembros de la sinagoga.

—Gracias, Jenne, pero, si deseara una pareja, preferiría poder encontrarla por mis propios medios.

La mujer rio y reconoció la derrota.

—Es verdad, eres un muchacho muy buen mozo y me imagino que ahora que tienes ese puesto tan importante en el periódico no faltarán quienes pululen a tu alrededor.

—De todos modos, agradezco tu permanente interés en convertirme en un hombre comprometido así no vengo a molestar en horarios inoportunos.

—No, de ninguna manera. Leo disfruta muchísimo de las charlas contigo y no le quitaría ese placer por nada del mundo. Te conseguiría una esposa con la que pudiesen venir juntos a visitarnos... en horarios más diurnos.

—Dejemos por ahora tu rol de celestina y escuchemos a este muchacho que, cuando viene, es porque algo trae entre manos.

—Esta vez no traigo nada de lo que te tengo acostumbrado. Vengo a pedirte consejos profesionales.

—Bueno, queridos —se despidió Jenne—, buenas noches. Vamos Albert, es hora de dormir, dejemos a papá con su amigo que seguramente tienen cosas de que hablar. Por cierto, Aron, si necesitas consejos de otro tipo, aquí me encontrarás.

—Ven conmigo, muchacho, vamos a la terraza desde donde han surgido nuestras mayores locuras.

Cuando ambos amigos se encontraban, por lo general, surgían conversaciones referidas a las raíces que los unían en Austria, allá lejos en distancia y en tiempo. Sus paralelas vidas dejaron de serlo cuando el destino los hizo conocerse en Baltimore. Tenían tanto en común que, cuando uno de ellos comenzaba a entonar una canción de cuna en ídish que le cantaba su *bobe*, el otro podía concluir la sin cambiar ni una sola sílaba. Esa noche de viernes el tema no podía escapar a las cenas de *shabat* de sus infancias con idénticos rituales del encendido de las velas por las madres de cada uno de ellos, las *jalot* preparadas por sus hermanas, las ceremonias del *kidush* recitado por sus padres. Ambos reían al recordar, dentro de las enormes similitudes que mantenían sus respectivos recuerdos, cómo esperaban ellos con la picardía de niños que eran, el momento en que participaban del *kidush*, mojando apenas los labios con el vino de la copa que circulaba entre los presentes, ante las miradas vigilantes de sus madres para que los párvulos no se excedieran aprovechando la tradición.

Luego de un lapso final en silencio, en el que cada uno voló con su mente a aquellos años felices en sus respectivas casas paternas, Aron actualizó a Leo acerca de sus trabajos, ya que no habían tenido tiempo de conversar a solas desde el fallecimiento de Keating.

—He comenzado la ardua tarea transformar mis borradores iniciales sobre Rosewood para adaptarlos según un criterio absolutamente innovador que me invitó a utilizar Meyer. Si me pongo en el lugar del lector, debo admitir que resulta mucho más atractiva y atrapante la historia cuando, a pesar de la utilización de herramientas cercanas a lo novelesco, no deja dudas acerca de que no se trata de ficción. —Leo asentía con la cabeza mientras apuraba su brandy y analizaba lo que Aron le comentaba—. Te aseguro que esta labor me resulta mucho más dificultosa que aquella en la que recopilé toda la información que he ido plasmando en mis borradores a medida que se producían los hechos. De veras estaba convencido de que había relatado una interesante historia. Hoy me da vergüenza el hecho de pensar que Eugene Meyer ha leído esos pésimos escritos. A medida que los releo para esta transformación, me convengo de que no estoy a la altura de las circunstancias y no descarto abandonar el proyecto para el que, creo, parece no estoy capacitado. —Leo sonreía en silencio dejándolo continuar con su catarsis—. Una cosa es redactar crónicas policiales y publicar ensayos de tinte político; otra muy diferente escribir un libro, lo que en definitiva será la colección de notas cuando finalicen las publicaciones semanales.

—Debes tranquilizarte, Aron. ¿Tú crees que Eugene Meyer, el zar de los medios, quien tuvo la visión de adquirir *The Washington Post* cuando atravesaba un proceso de quiebra y desprestigio, va a apostar por ti si no estuviera seguro de que puedes hacerlo? Tienes la pasta suficiente. Tus escritos hasta el momento son solo borradores que, cual diamante en bruto, requieren de una buena pulida para brillar. Eso es lo que te toca ahora: pulir tu historia con la genial idea que te dio un experto que, por supuesto, puede ver mejor que nosotros hacia dónde se dirige la prensa. —El periodista lo observaba fijamente, como si así pudiera convencerse de que lo que le decía con evidente lógica su amigo era cierto. Leo continuó—: Te advierto, por mi experiencia, que eso de no gustarte lo que tú mismo escribiste quizás un día antes, te sucederá hasta el momento en que, por fin, envíes a *The Washington Post* cada capítulo terminado. Mientras más lo revises, más demorarás en considerarlo listo para su envío. Siempre habría aspectos que corregir, frases que podrían haberse expresado de otra manera, palabras que faltan o sobran.

—Entiendo, pero me resulta imposible dejar pasar esos errores que detecto.

—Te doy por el mismo precio un consejo y un ofrecimiento. Cuando yo comencé a publicar mis trabajos, igual que a ti me resultaba imposible darlos por terminados. Hasta que, con un colega al que le sucedía lo mismo, hicimos un arreglo que aún perdura. Cuando termino un trabajo, luego de dos autocorrecciones, número máximo que nos fijamos, le entrego a él los textos. Mi amigo los lee marcándome aquellos puntos que, a su criterio, requieren ajustes; incluidas, en caso de tenerlas, sugerencias de cómo mejorar algunos párrafos. Luego está en mí aceptar o no sus críticas y consejos, pero esa es la última revisión. De ahí directo a la publicación. El mismo procedimiento cumplimos a la inversa. No puedo explicarte cuánto me enriquecen sus correcciones y cómo también aprendo de sus trabajos que versan sobre otra área de la psiquiatría. Te ofrezco lo mismo en este caso con la historia de Rosewood, con la misma contrapartida que tengo con mi colega.

—Muchas gracias; me parece excelente tu idea y desde ya te la agradezco. Pero no pretenderás que yo corrija tus textos científicos...

—No te equivoques. Hay científicos que solo publican obras destinadas a la misma comunidad de camaradas. Pero otros investigadores, y si hubieras leído algunos de mis trabajos, lo habrías notado, deseamos expandir el espectro de lectores de nuestras obras —le dijo con un guiño de ojos—. Es nuestro deseo acercar la ciencia a la gente y hacerla práctica para la vida cotidiana. No te negaré que algunos de mis escritos son demasiado técnicos; lógicamente no pretendo que sean amigables para el lector lego. Pero en aquellos que deseo compartir con la comunidad, tu visión y corrección de seguro me resultarán de mucha utilidad. De todos modos, sigo contando con mi compañero para la revisión de la parte técnica y dura de lo que escribo, pero créeme que tú estás más capacitado que yo para comprender cómo llegar con mi redacción a un público general. En este trato, si lo aceptas, te aseguro que ganaremos ambos.

—Por supuesto que acepto, aunque creo que son disímiles las contraprestaciones. Te entregaré cada capítulo luego de dos revisiones y aguardaré tus aportes y comentarios.

—Trato hecho. Ya verás que el resultado será muy superior al trabajo individual. No olvides que, además, yo no he abandonado el proceso Rosewood y tengo frescos en mi memoria elementos que, con gusto, aportaré a tu trabajo. Tu tendrás que encontrarle la veta literaria.

—Tal vez sea demasiado para una noche, querido amigo, pero tengo otro problema. Te he comentado que, a raíz de mi declinación al puesto de director de noticias policiales de *The Washington Post*, he tomado a mi cargo el puesto equivalente en *The Baltimore Sun*. Necesito tu

ayuda: debo coordinar el trabajo de cinco periodistas y mi única experiencia fue como entrenador de fútbol de los niños de diez años en el SC Hakoah de Viena antes venir a Estados Unidos.

Leo rio con ganas, algo no habitual en él, quizás influenciado por el alcohol, y volvió a tranquilizarlo.

—Tú tienes el don de líder, lo he comprobado en nuestras aventuras, solo hay un consejo que debo darte. Aprende a dominar tus impulsos. Eres una persona impetuosa, y eso, cuando eres jefe de un grupo, no es conveniente. Debes pensar las cosas dos y hasta tres veces antes de dejarte llevar por una corazonada. No la abandones, pero antes de poner manos en la masa, decide cuál es la mejor forma de hacerlo, quién es el mejor hombre de tu equipo para hacer cada tarea; coordina siempre el trabajo de los demás. A lo largo del tiempo no te conviene tener un jugador que no siga las instrucciones del director técnico. Debes ser tú el que saque lo mejor del jugador y lo coloques en el lugar de la cancha donde más rinda.

—Gracias, Leo, veré si puedo con mi genio para frenar mi impulsividad. Te cambio radicalmente de tema: ¿qué hay de Russell? ¿Ha encontrado algún rastro de Anne?

—No; es como si se las hubiera tragado la tierra.

—No puedo dejar de pensar en eso.

—Tampoco yo. Te lo aseguro.

—Leo, no quisiera abusarme de ti, pero tengo otro tema que es el más importante que traje esta noche a nuestro encuentro. Hablando con tu colaborador George Frankl, me ha transmitido noticias muy frescas de Europa, que trajo de su reciente huida de Austria por las bajas a las que están siendo sometidos los judíos austríacos y el oscuro panorama que se cierne sobre ellos. Sabes que mis padres y mis hermanos quedaron allí. Si bien no me comentan en sus cartas lo que George me ha contado, supongo que lo hacen para que yo no me preocupe demasiado por ellos. Pero ahora que lo sé, no me puedo quedar de brazos cruzados, ¿crees tú que me podrías ayudar a traerlos a Estados Unidos?

Leo desde hacía años trabajaba activamente en el jdc, el Comité Judío Estadounidense para la Distribución Conjunta. Sus miembros rescataron no a cientos sino miles de personas que corrían peligro en Europa.

—Por supuesto que te ayudaré con lo que me pides, pero, desde ya, me veo obligado a adelantarte que no será tarea fácil, ya que los últimos rescates que pudimos realizar, entre los que está, ya que lo acabas de mencionar, el de George Frankl, resultaron muy dificultosos. Las autoridades alemanas y austríacas han puesto todo su celo en impedir la salida de judíos de esos países y los colaboradores que teníamos en ellos han sido capturados en su mayoría. No quiero imaginarme el destino que han tenido. Algo similar ocurre, aunque resulte difícil de creer, en Francia, natural ruta de escape desde Alemania y Austria, no por disposiciones gubernamentales ni por antipatía hacia los judíos, sino por terror a la Gestapo, que ha logrado infiltrar algunos de los muchos grupos de apoyo que supimos construir en secreto y sin conocimiento de las autoridades locales, los que fueron desmoronándose.

»Sin embargo, no quiero desanimarte, solo quiero advertirte ante qué panorama nos encontramos. Pásame un listado con los nombres de tus padres y tus hermanos; haré que los contacten allí. Por favor, tú no les cuentes nada de esto porque las cartas pasan por toda clase de

controles por parte de las autoridades antes de llegar a destino. Nosotros tenemos un método para comunicarnos con nuestros pocos hombres en Viena salvando ese obstáculo, entenderás si te ruego que no me preguntes cuál es, ahórrame la incomodidad de negarme a responderte.

Aron tomó un bolígrafo de su bolsillo, le solicitó a Leo un papel y escribió en él la información que poseía de su familia, en especial los nombres y domicilios que era todo cuanto necesitaba Leo para mover sus piezas.

—Es mi turno, Aron, de preguntarte algo que no salió a la superficie hoy. ¿Cómo la ves tú a Eunice? Desde lo ocurrido al pobre Frank, te veo sumamente preocupado por ella. Más de una vez me has traído a colación la situación tanto de Eunice como de Judith. ¿Qué te preocupa de ellas? A decir verdad, yo las veo bastante fuertes y contenidas. Sé por Eunice que tú eres su gran sostén. Si lo que te preocupa es la parte económica, quédate tranquilo, nada les va a faltar.

—En lo físico Eunice se ve firme, y sé que nada les faltará en lo material. Lo que me preocupa de nuestra querida enfermera es su salud psíquica. Creo que no ha procesado del todo lo que ha ocurrido en los últimos años. Simplemente, se ha dejado llevar por la corriente, siempre haciendo lo que debía. Brindarse por completo a los demás, sin esperar nada a cambio es muy loable, pero hasta la más bondadosa de las personas necesita un equilibrio en su vida, aunque no se pueda dar cuenta de eso. Ella encontró ese equilibrio entre el dar y recibir en el querido Frank. Ahora que él no está más, pesa sobre ella un gran temor que entiendo habitual en quienes tienen a su cargo una persona que requiere de su especial atención. Judith es una joven muy independiente. A esta altura me atrevo a pensar que saldrá adelante sin ese apoyo permanente de su madre, que no parece, al menos a nivel inconsciente, convencida de eso. Esa incertidumbre se la ha vuelto un peso muy difícil de sobrellevar.

—Tienes razón, Aron. Habitualmente, los padres que tienen en el seno de su familia alguien que padece una discapacidad, incluso una mínima disminución en sus funciones cognitivas, sienten esa carga sobre sus espaldas como una pesada roca, se preguntan qué pasará cuando no estén ellos para ocuparse del más necesitado.

»Te contaré una pequeña historia. ¿Has oído hablar del doctor August Forel? Se trata de un antiguo director de la Clínica Burghölzli en Suiza que es el nombre común dado al Hospital Psiquiátrico de la Universidad de Zúrich, pionero en el campo de la psicología. Uno de los principales discípulos de Forel emigró a Estados Unidos e introdujo aquí sus extensos conocimientos en el campo de la psiquiatría, pero, además, se convirtió en uno de los fundadores del psicoanálisis en el país. Se lo reconoce por estos días como el eslabón más fuerte entre los pensamientos europeos y locales. Su permanente pensamiento crítico hizo que no fuera un ferviente adherente a ninguna de las escuelas psicoanalíticas. Este médico desarrolló sus propias teorías y entiende que una enfermedad mental no es producto ni de un cerebro no funcional ni de un medio ambiente patológico, sino que es la suma de ambos factores.

—Leo, debo reconocer que estoy mareado, ¿podrías explicarme adónde quieres llegar y en que ayudaría a Eunice todo esto que me estás explicando?

—¿Sabes de quién estoy hablando, Aron?

—¿De Sigmund Freud? —arriesgó Aron, solo porque era el único nombre que le llegó a la mente cuando Leo hablaba de psicoanálisis.

Esa vez la sonora carcajada de Kanner resonó casi hasta en el puerto.

—¡No, Aron! Perdóname que te tendí esta zancadilla, sabía que dirías Freud, la gente lejana al ambiente no conoce más que su nombre; no es tu culpa. Te hablo del doctor Adolf Meyer, ¡mi mentor en esta universidad!

—Claro que conozco al doctor Meyer, hemos compartido las más amenas veladas que recuerde en tu casa. Su conocimiento sobre cualquier tema del que se converse es increíble.

—Claro que sí, es tal cual lo has descrito. Yo he conversado muchísimo con él de esta actitud de los padres como Eunice de la que hablábamos como un problema invisible que ella lleva encima.

—¿Y tú crees que el doctor Meyer podrá ayudar a Eunice?

—Estoy seguro de eso, necesita ayuda de un especialista y quién mejor que Meyer para que sea su sostén psicológico. Hay que ir eliminando el tabú de que la psicología, e incluso la psiquiatría, son para las personas con enfermedades mentales.

—No sabes la tranquilidad que me das.

—Pero eres tú, Aron, a quien Eunice escucha, debes ayudarme a convencerla de que le será útil tener unas pláticas con el doctor Meyer y que no la consideramos insana por ello.

—Dalo por hecho; yo conversaré con ella mañana mismo.

—Trato hecho. Mañana me pondré en campaña para ver qué podemos hacer por los tuyos en Austria.

* * *

Ya era una alegre costumbre para Eunice recibir la visita diaria de Aron en su domicilio a la tarde cuando él terminaba sus tareas en *The Baltimore Sun*. No tenía otra vida social ni deseaba tenerla. Desde que Frank las había dejado, el hogar se había transformado en su lugar preferido. Sabía que no era bueno para Judith y ella recluirse, pero a ambas les gustaba estar tranquilas, leyendo sus libros; por otro lado, les molestaba demasiado tener que ir a reuniones sociales. En Judith, podía atribuirse al leve autismo que padecía. En el caso de Eunice, se produjo primero por el duelo, luego porque detestaba cuando las conocidas la paraban en cualquier sitio para preguntarle cómo había sido lo de Frank, y ella debía relatar de nuevo, una y otra vez, los tristes detalles que de por sí nunca abandonaban su mente. Sin embargo, una cosa era vivir con los recuerdos y otra muy distinta tener que andar repitiéndolos ante gente que, en muchos casos en forma sincera y en otros no tanto, se compadecían de ella.

Por eso, disfrutaba de la presencia de Aron, la única persona que las sacaba de esa soledad de una forma en que ambas lo disfrutaban. Ese día, sin embargo, el joven iba a conversar de un tema que a la enfermera la pondría en posición incómoda.

El joven periodista comenzó por los temas cotidianos, les contó supuestas anécdotas de su trabajo que inventaba solo para hacerlas reír, luego les comentó del pedido que había realizado a Leo acerca de su familia mayormente residente en Viena y les habló algo de sus avances en la historia de Rosewood en la que las dos mujeres habían intervenido con roles muy diversos.

—Aron, ¿aceptarías nuestra invitación a quedarte a cenar con nosotras?

La obligada pregunta en todas las visitas del hombre con la misma respuesta:

—Por supuesto; no tengo planes para esta noche y va a ser un verdadero placer para mí.

Eunice le solicitó a Judith que fuera a la proveeduría de la señora Albert a adquirir unos ingredientes que le faltaban para preparar la cena, momento que aprovechó Aron para cumplir la misión de esa jornada.

—Eunice, tú eres una persona sumamente inteligente y autosuficiente...

—¡Ay, Aron! Cuando comienzas de esa manera, me recuerdas al joven que conocí hace años, el que intentó utilizar la seducción para conseguir datos para una investigación sobre Rosewood.

—Sí, sí... ¡Por favor! No me lo recuerdes, que me provoca la misma vergüenza que en aquel momento. —Ambos rieron—. ¿Me permites continuar? Te conozco muy bien y sé que tú tienes en tu interior un gran temor, que es sobre el destino de Judith cuando tú no estés a su lado. Estuve leyendo sobre ese sentimiento y puede averiguar dos cosas. Es el mismo temor para una madre o un padre de treinta años que para uno de edad más avanzada, sin avalar con estos dichos lo que tú sientes acerca de que estás en una edad riesgosa. Ese temor es natural, se tenga o no un hijo con alguna dificultad, pero son más proclives a sentirlo los padres de niños especiales. No debes permitir que esa responsabilidad te quite el disfrute de Judith. Lo otro que me atrevo a decirte por la amistad que nos une es que tú eres demasiado bondadosa a la hora de dar y demasiado orgullosa a la hora de solicitar. Eso te convierte en un ser brillante para los demás, pero destructivo para ti. —Elle le permitía continuar sin interrumpirlo porque sentía que este estaba dando en el clavo en cada una de sus aseveraciones. Entonces, él se atrevió—: Eunice, estuve conversando del tema con Leo. —Eso ya no le gustó a la dueña de casa, aunque decidió dejarlo terminar—. Sé que confías en él, y por eso me atreví a hacerlo. Él coincide con mi apreciación y me habló del doctor Meyer, a quien conoces, que se especializa en ayudar a los padres a superar esas enormes rocas que cargan sobre sus espaldas. Me pidió tu autorización para hablarle de ti y coordinar unas charlas entre ustedes. Yo te traslado el pedido de autorización a ti...

—Aprecio muchísimo que te preocupes por mí, ya que yo misma, como tu intuyes, estoy preocupada por Judith, en vez de por mí misma. Me parece bien conversar con el doctor Meyer si él dispone de tiempo para mí. No soy una mujer terca, y sé escuchar los consejos de dos amigos como ustedes. Solo que te pediré algo a cambio.

—Lo que necesites.

—Necesito que tú me prometas que, si algo me pasara, serías el apoyo de Judith. Sé que prometiste a Joseph cuidarla para siempre, pero hoy, luego de la muerte de Frank, que para mí fue tan inesperado, te solicito expresamente que me ayudes a lidiar con eso que cargo y que tú definiste tan bien como “una roca”.

—Sí, Eunice, se lo prometí al padre biológico y lo vuelvo a prometer hoy ante tu requerimiento. Siento a Judith como una hermana, y nunca dejaré que nada le ocurra.

—Ese es otro tema, Aron. Judith no es tu hermana. Era una niña que ha crecido. Hoy es una joven que está adentrándose en la adultez. Yo me sorprendo día a día por su crecimiento intelectual, para no hablar de la transformación de su físico que cada día la convierte en una hermosa mujer, aunque está mal que su madre lo diga. Así que el segundo pedido que te hago a cambio de aceptar tu consejo de ver al doctor Meyer es que no veas a Judith como a la niña que salvamos del indigno Stearling. Tú me entiendes...

No hubo tiempo para más ya que Judith ingresó a la casa, con las compras que le había encargado su madre. El silencio que se produjo con su intempestiva entrada a la sala, le llamó la atención y dirigió una mirada inquisidora a Eunice, que le preguntó si la señora Albert no le había mandado ningún mensaje frente a un azorado e incómodo Aron.

* * *

Las charlas semanales entre Eunice y el doctor Meyer comenzaron tan pronto como el psiquiatra logró acomodar un espacio en su nutrida agenda. Leo les había advertido a ella y a Aron.

—Ustedes saben que no hablamos de un dolor de estómago para el que un médico prescribe una droga y el dolor desaparece. Para las cuestiones psicológicas hay que tener paciencia. Son procesos que van muy lento. Los resultados no deben esperarlos antes de los dos primeros meses de tratamiento.

Habían pasado unas tres semanas desde aquella charla nocturna de Kanner y Lewin, donde también Aron le había comentado la preocupación por su familia que permanecía en Austria. Leo lo invitó a su casa para comentarle las novedades sobre ese último tema. Brandy de por medio, salieron a la terraza donde todo había comenzado. Luego de conversar de temas cotidianos y de los infaltables recuerdos que los remontaban a otras épocas juveniles, Leo fue al punto.

—¿Cuánto hace que no recibes cartas de tu familia?

El periodista repasó mentalmente para estar seguro y, cuando lo estuvo, manifestó que hacía un mes que no tenía noticias de Viena.

—Tengo el deber de ser yo quien te transmita unas noticias no muy esperanzadoras.

—Adelante, Leo, estoy preparado —aseguró aunque en realidad no lo estaba.

—Nuestros amigos de Viena se contactaron con tu hermano Markus. Debes saber que él está casado y tienes dos pequeños sobrinos, Theodor de diez años y Iara de siete.

—Sí, lo sé.

—Markus le contó a mi gente que tu hermano Edgar se encuentra desaparecido y que él creía que estaba enrolado en alguno de los grupos de resistencia que entre las sombras luchan en una guerra de guerrillas contra los grupos de choque de la derecha fascista austríaca, muy influenciada por las ideas nacionalsocialistas de Hitler.

—Siempre fue así Edgar; no me extraña.

—Markus también estuvo a punto de pasar a la clandestinidad, pero el temor de dejar a tu cuñada y a tus sobrinos lo hicieron desistir.

—Claro, Markus siempre pensando en la familia. Fue quien más reparos puso en su momento a mi emigración a Estados Unidos, más que mi propia madre. Imagínate lo que eso significa.

—Mis amigos de Viena conocen a todos los grupos de resistencia e intentaron localizar a Edgar, sin éxito. Pudieron dar con la célula en la que Edgar daba batalla, pero su líder les informó que durante la más grave incursión nazi que sufrió la Stadttempel, la más importante sinagoga de Viena, su grupo era el que tenía a su cargo la defensa. Los tiroteos entre ambos bandos duraron toda la noche, ante la ausencia total de intervención policial. Incluso otras unidades de la resistencia se movilizaron para apoyar al grupo asignado. Entre todos lograron repeler el ataque,

pero no fue gratis, en la refriega murieron integrantes de los bandidos atacantes y de los defensores, cuyos cuerpos fueron rescatados por los sobrevivientes una vez disipado el ataque para darles judía sepultura. Sin embargo, hubo integrantes de la célula de tu hermano que no estaban ni entre los sobrevivientes ni entre los cuerpos hallados, por lo que suponen que han sido secuestrados por sus atacantes. Por desgracia, Aron, tu hermano está entre esos hombres cuyo destino es desconocido. Lamento muchísimo tener que darte esta terrible noticia. —Hizo una pausa porque notó que Aron hasta el momento escuchaba como si estuvieran contándole una historia ajena y debía caer en cuenta de que no era otra escaramuza de guerra, de que estaban hablando de su hermano Edgar y de que, si se suponía que había sido capturado por los nazis, no debería esperarse una buena resolución de esa desaparición forzada.

Después de unos segundos, Aron reaccionó al romper en llanto, enmarcado en un silencio respetado por Leo quien solo atinó a apoyar el brazo sobre el hombro del muchacho y servirle un nuevo vaso de brandy.

Transcurrido un tiempo que a Leo le pareció atinado, continuó.

—Aron, ¿puedes seguir escuchándome?

—Sí, adelante, por favor, quiero saber qué pasa con el resto de mi familia.

—Tus padres, que tú sabes están grandes, pasan todo el día rezando, a la espera de que Edgar aparezca por la puerta. Si existe una sensación peor que la de perder un hijo, es la de no poder siquiera llorarlo, aferrado a la tenue esperanza de que no esté muerto, sino escondido en algún sitio a la espera de que pase lo peor para luego retornar al hogar paterno.

—¿Tú crees que no existe la posibilidad de que eso ocurra?

—No, Aron, ojalá la hubiera, pero el comandante de la célula de Edgar fue terminante al respecto. Le informaron de eso a Markus, quien sintió el mazazo por parte doble, al tiempo de conocer el fallecimiento de su hermano, debía ser quien se lo dijera a tus padres.

Aron saltó de su silla en un arrebato mezcla de dolor, bronca e impotencia.

—¡Debo a viajar ya mismo a Viena a intentar rescatar a Edgar y traerme a mi familia a Estados Unidos! Tú debes ayudarme Leo, no tengo nada que perder.

—Eso que me pides, cuando lo analices fríamente, notarás que es una locura, amigo mío. Primero que nada, no puedes viajar a Viena, así como así, ya demasiado nos cuesta traer de allí a los judíos que están cerca de una condena a muerte como para enviar otro más al cadalso. Segundo, entiendo tu negación ante el hecho consumado de Edgar, pero deberás aceptarlo, esa situación se vive a diario en Europa. Si no mueren en la resistencia, mueren en los campos de exterminio, pero los nuestros desaparecen como moscas en manos de los tiranos. Además, como te expliqué hace un tiempo, hoy es casi imposible salir de Austria o de Alemania, que dentro de poco tiempo serán una sola nación según los planes anexionistas de Hitler.

—¿Cuál fue la reacción de Markus cuando le contaron la suerte que debe haber corrido Edgar?

—La misma que la tuya, negación, luego desesperación, llanto y la preocupación que te comenté sobre cómo afectaría a tus padres la noticia.

—Nunca lo aceptarán, conozco muy bien a mis padres, su creencia en Dios resiste cualquier prueba en contrario. Si no ven el cuerpo de Edgar...

Aron debió suspender sus palabras porque las lágrimas que estaba conteniendo volvieron a surgir en forma de llanto inconsolable. Ante eso, Leo decidió romper el silencio, previo verificar que su amigo lo escuchara detrás de las manos que le cubrían el rostro como si fuera un niño.

—Escucha bien, Aron. Tu hermano Markus conversó con su esposa Ruth. En un principio decidieron aceptar la ayuda propuesta para escapar de Europa. Pero luego, al conversar con tus padres y encontrarse con su falta de aceptación de tan solo pensar en Edgar fallecido, Markus dio marcha atrás y decidió permanecer en Viena junto a ellos.

—¡Pero está condenando a Ruth y a mis sobrinos a una muerte segura! ¿O me estoy equivocando? Leo, por favor ayúdame a pensar con claridad.

—Tienes toda la razón; es tal cual tú lo planteas. Pero no podemos actuar contra la voluntad del individuo a rescatar. No creas que es el único caso, eso ocurre con la mayoría. Tus padres lo hacen por esperar a Edgar, Markus lo hace por lealtad a tus padres, pero muchos lo hacen simplemente por creer que a ellos no les pasará nada porque no están involucrados en ninguna actividad prohibida. Como si fuera necesario haber hecho algo más que nacer en una familia judía para sufrir los horrores que están viviendo sus amigos, sus familiares. Es una gran negación colectiva. La naturaleza humana hace que la gente prefiera aferrarse a una ilusión estúpida que asumir que están inmersos en algo que no terminará hasta que no quede un judío vivo en toda Europa.

—Yo le escribiré a Markus e intentaré convencerlo, ¿puedes tú hacerle llegar mi carta eludiendo la censura?

—No puedo prometerte nada, Aron, cada día que pasa es más difícil, pero no hay intento que no valga la pena. El tiempo es oro, así que ahora te dejo solo en la sala, escribe con tranquilidad y yo esperaré aquí en la terraza a que tengas lista la misiva. Mañana mismo partirá a Europa.

CAPÍTULO 13

Washington D. C., julio de 1937.

Leo lo había invitado a desayunar a Aron en la taberna The Horse You Came in On Saloon como hacía ya cinco años cuando le presentó a Mabel Krauss y juntos comenzaron la odisea de Rosewood.

Aron, que estaba enfrascado en darle forma al primer artículo de su serie de “Las Chicas de Rosewood”, grabó fotografías mentales de cada rincón del bar que luego describiría en una de las primeras entregas.

Ambos coincidieron en el ingreso al restaurante, lo que lo llevó al periodista a reflexionar. “O Leo se está acostumbrando a mis llegadas tarde o yo estoy mejorando mi puntualidad.” En realidad, se trataba de lo segundo; el gran reloj de la taberna marcaba las nueve en punto cuando entraron y se dirigieron a la misma mesa de siempre.

—Me estás debiendo el primer artículo que enviarás a Washington, recuerda lo que te advertí sobre las correcciones.

—Es verdad, prometo la semana próxima entregártelo.

En otro orden de cosas, Leo le comentó a Aron, que estaba realizando avances muy importantes con su equipo sobre algunos pacientes que había seleccionado por poseer una patología similar entre sí.

—Todos ellos en el fondo están afectados por la misma enfermedad que Judith, solo que son casos muchísimo más severos que los de nuestra joven amiga.

—Sabes, Leo —dijo Aron un poco avergonzado—, hace un par de meses conversando con Eunice me ha pedido que no la vea a Judith como a una niña, ni como una hermana, que la vea como la mujer en la que se está convirtiendo.

—Amigo, por la manera en que me lo cuentas, veo que ya lo has hecho.

—Debo confesarte que he comenzado a verla con otros ojos. En verdad, es un ser humano maravilloso y reúne todas las condiciones para convertirse en una mujer con todas las letras.

—No; no debe hacerlo, ya lo ha hecho. Tú no sabes lo bien que trabaja en la clínica y con qué responsabilidad lo hace. Trata a los pacientes, que por cierto son algunos incluso mayores que ella, como una profesional. Tiene un razonamiento tan agudo que me sorprende de manera constante. Realmente apoyo con todas las letras la solicitud de Eunice. Yo sería con todo gusto su padrino de bodas.

—No bromees, Leo, tú sabes que yo piso los treinta y dos años; Judith tiene apenas diecinueve.

—Amigo, conozco muy bien a ambos y sé que ella tiene la madurez de una mujer de más de diecinueve. Tú, por otro lado, cada vez estás más inmaduro. Si siguen así, pronto Judith será la adulta, y tú el joven.

—Bueno, ya basta; me haces sentir incómodo. Me haces acordar a Jenne tratando de presentarme sus amigas. Dejemos el *shiduj* para las casamenteras y pasemos al tema importante. ¿Qué noticias tienes de mi familia?

Leo había planificado así la reunión, empezar por un tema trivial para luego conversar sobre lo que los convocaba, ya que no tenía buenas noticias para su amigo.

—Tienes razón, vamos al tema que nos convoca hoy, que es muy serio y delicado. Ya van meses que no podemos tener noticias ni de Markus, ni de Ruth. Un día dejaron a los niños al cuidado de tus padres y se fueron supuestamente a trabajar, pero ninguno de los dos llegó al trabajo ese día, ni el siguiente, ni nunca. Los camaradas locales temen que tu hermano y tu cuñada hayan corrido la misma suerte de Edgar. No llegaron ni siquiera a entregarle la carta que tú le enviaste en las que insistías en que vinieran.

La consternación de Aron le hizo dudar a Leo si seguir hablando, pero el muchacho con congoja le preguntó.

—¿Acaso tus amigos piensan que la desaparición de ellos pueda estar ligada a la de Edgar?

—Sí, es muy probable. No pienses ni por un instante que Edgar les haya dado el dato de Markus a los nazis, sus compañeros de resistencia dan fe de que nunca haría tal cosa.

—¡No, por supuesto! Edgar jamás delataría a nadie —dijo Aron bastante molesto y alterado.

—Por eso, escucha de nuevo mis palabras. Te reitero que no pienso ni por un instante que Edgar les haya dado algún dato. Entiendo que la desesperación te juegue malas pasadas, pero, por favor, procesa bien lo que te digo. Me cuentan que cuando atrapan a alguien de la resistencia, las pandillas pro nazis, logran acceder a todos los datos de sus familias. Sin dudas con colaboración de agentes del estado austríaco que les brinda todo por simpatía o por terror.

—Entonces, mis padres y mis sobrinos están corriendo el mismo riesgo de Markus y su esposa —dedujo, apesadumbrado, Aron.

—Aparentemente, no se están ocupando ni de los ancianos ni de los niños... por ahora. Solo se ensañan con aquellos potenciales enemigos del régimen que les puedan dar pelea. Desde que tomaron a Edgar, tu hermano es un factor de riesgo para ellos. Pero, ¿qué podría hacer tu padre, que lo único que deseaba era ver aparecer por la puerta a tu hermano perdido? Ahora él espera, junto a tu madre, por tres personas en vez de por una.

—¿No hubo manera de convencer a mis padres de que huyan? —preguntó Aron aunque conocía la respuesta.

—Por un lado, la respuesta es no, no pudieron convencerlos, mantienen la fe intacta en que Dios no va a abandonar a sus hijos a su suerte.

—¿Y por el otro?

—Por el otro lado, ya es muy difícil hacer salir a un adulto joven de Austria; para tus padres, hacerles pasar por las peripecias de esa huida, sería prácticamente adelantar su muerte. Con gran pena debo ser de nuevo el transmisor de estas malas noticias. Por el momento, no hay nada que podamos hacer por los adultos de tu familia. Pero sí podríamos intentar salvar a tus sobrinos. Hay muchos nobles cristianos que acogen a niños judíos huérfanos y los protegen de los captores de sus progenitores. Pero tus padres no lo aceptan porque insisten en esperar a Markus y Ruth, ya que sueñan que, cuando los padres de los niños regresen, todo volverá a ser como antes. Se niegan a aceptar la posibilidad de que sus hijos no regresen más.

—¡Pero la vida está por encima de todo! Desde niño mi padre me ha repetido que lo principal era mantener la vida. Cuando Markus regrese, si lo hace, *Baruj Hashem*, habrá tiempo para restablecer el contacto con los niños.

—Pienso igual que tú, pero no podemos pasar por encima de los abuelos de los niños, quienes, a falta de los padres, son los responsables a cargo.

—¿Podemos seguir intentándolo? ¿Puedo escribirles esta vez a mis padres para que recapaciten y salven a los niños?

—Por supuesto, Aron, hasta el final continuaremos nuestros intentos.

CAPÍTULO 14

Baltimore, fines de diciembre de 1938.

La invitación que los Kanner realizaron a Aron para cenar en su casa, junto a Eunice, Judith, Annie y George Frankl y el rabino Kolster con su esposa estaba prevista para las siete de la tarde, lo que le daba tiempo al periodista para dar los toques finales a la última entrega de “Las Chicas de Rosewood” que había resultado un éxito inesperado hasta para el mismo Meyer. Su idea de publicar la historia en forma de ficción con tintes de novela había sido excelente. La circulación sabatina de *Wapo* se había incrementado en un veinte por ciento desde la aparición de los capítulos, que fueron ganando en tamaño, hasta completar la página central del periódico. Aron ya era un periodista y novelista respetado en el círculo intelectual. Tenía en su cabeza el tema y la trama argumental de su próxima novela. Pero su trabajo en la redacción del diario local era muy intenso, ya que, además de dirigir la sección de policiales, le habían asignado tareas editoriales.

La vida social de Aron continuaba en un segundo plano, ya que apenas tenía tiempo para ello. “Cuando termine la saga completa de ‘Las Chicas...’ tendré tiempo para sociales”, se mentía a sí mismo y a quienes le reclamaban más presencia en las reuniones comunitarias o de beneficio a las que lo invitaban día tras día. Él detestaba esas reuniones, las sentía de compromiso y no había manera de sobrellevarlas, así que siempre encontraba una excusa para no ir. Una de las excusas se le acababa junto con el fin de “Las Chicas de Rosewood” y quizás por eso estaba pensando en comenzar de inmediato una próxima novela. Las únicas reuniones que disfrutaba Aron eran con sus amigos cercanos, que incluían por supuesto a los Kanner, a Eunice y Judith, a las que se habían sumado George y Annie Frankl. Los siete formaban un círculo privado al que nadie más podría acceder sin el consentimiento unánime. A ciencia cierta no sabían si alguien más querría sumarse, pero estaba tácitamente acordado que nadie podría llevar consigo a algún invitado extra sin antes conversarlo con el resto. Pero como la excepción hacía a la regla, existían dos prerrogativas: una se trataba de la presencia del rabino Kolster con su esposa y su hija, que, si no participaban con más asiduidad, se debía a una decisión propia; la otra la propiciaba Jenne Kanner quien quería ver a Aron con alguna compañera, a lo que él siempre le contestaba “algún día”.

Los invitados arribaron puntuales y luego de conversar en forma animada se dirigieron hacia la mesa y tomaron ubicación en los sitios que los usos y costumbres le habían asignado a cada uno. Por supuesto, como cada vez que Leo y Aron se reunían, no podía faltar la pregunta del periodista, en privado, acerca de noticias del paradero de Anne. Siempre la respuesta que debía dar Leo era negativa y pesimista. Esa vez, sin embargo, dejó traslucir una pequeña dosis de optimismo:

—Russell se encuentra tras una leve pista, pero no quisiera adelantar nada hasta que esa levedad se afirme y se convierta en algo concreto.

—Está bien, Leo, acepto tu cautela, pero me alienta un poco saber que, por primera vez, hay alguna posibilidad.

Mientras el personal servía la cena, Aron comentó las últimas noticias acerca de Europa que había alcanzado a leer en la redacción. Continuaban los remezones de la *Kristallnacht*, ocurrida en Alemania y Austria durante el mes anterior. En una noche aterradora de noviembre, todas las fuerzas de choque del gobierno alemán, bajo órdenes directas de Adolf Hitler y organizadas por el jefe de propaganda del Tercer Reich, Joseph Goebbels, utilizando a miles de ciudadanos alemanes arengados por aquellos maestros de la difamación, desataron un maquiavélico linchamiento generalizado. Esa noche, además de los cristales de escaparates pertenecientes a negocios de ciudadanos judíos, se persiguió a personas de carne y hueso por el solo hecho de ser judíos; asesinaron a casi un centenar de ellos en una sola noche; detuvieron y enviaron a campos de concentración a más de treinta mil, por lo que destruyeron familias enteras que nunca supieron el destino de los detenidos.

—Las noticias que llegan son realmente alarmantes, se ha desatado el infierno tan temido en contra de nuestros hermanos, no entiendo cómo la Liga de las Naciones no toma intervención, para frenar a ese loco criminal que maneja a discreción el destino de centenares de miles de judíos, actúa contra toda norma internacional, ha armado a Alemania de una manera que no quedan dudas de sus intenciones, mientras Gran Bretaña, Francia, Rusia y los mismos Estados Unidos no le ponen freno.

—Los gobernantes de estos países —completó Leo— cometen torpezas como dejar llegar a personajes como Hitler a lugares a donde jamás imaginaron que este se animaría a alcanzar. Y yo creo que esto no se detiene aquí, el canciller del Reich, al ver la tibieza con que reacciona occidente a sus tropelías, irá aumentando su intensidad y, cuando se lo quiera frenar, ya será tarde.

Los rostros de la mayoría de los compañeros de velada alternaban entre la indignación y la incredulidad. No parecía posible, pensaban algunos, que la realidad fuera tan terrible como estaban escuchando.

—Papá, ¿no podemos hacer nada para detener a ese demente? —interrogó a Leo su hijo Albert, quien, como adolescente que era, no podía entender que se conocieran semejantes atrocidades sin que Estados Unidos, su patria, interviniera.

—Por desgracia, hijo, la política internacional actúa muchas veces de maneras inexplicables.

El *rebe* Kolster, que era compañero de Leo Kanner en toda su actividad referida al salvataje de judíos especialmente de Alemania y Austria, hasta ese momento escuchaba en silencio. Por fin participó para confesar:

—Aron, el motivo de esta cena, es comentarte algo que hemos estado tejiendo con Leo a tus espaldas, pero que hoy estamos en condiciones de comentarte. Hemos encontrado una vía de escape para tus sobrinos. La salida ya está en marcha. Disculpa que no te lo hayamos dicho antes, pero no podíamos poner en juego el éxito de la misión, por lo que todos los involucrados nos comprometimos a mantenerla en el más absoluto secreto. Para evitarte un sufrido suspenso, comienzo por el final. Tus sobrinos Theodor y Iara están en Gran Bretaña, fuera de las garras de los nazis.

Una mezcla de sorpresa y alegría invadió a todos los que estaban presentes. Judith saltó de su silla para ir a abrazar a Aron, que lloraba como un niño. Luego todos se concentraron alrededor de ellos hasta que se soltó ese abrazo, y cada uno saludó a Aron, a quien el llanto se le transformó

en sonrisa. Sin embargo, con cada palabra que recibía de sus amigos, las emociones volvían a transformarse en lágrimas y así fue pasando de la risa franca al llanto silencioso, de ida y de vuelta. Los últimos en saludarlo fueron Leo y el rabino Kolster, quien le dio también un fuerte abrazo y le dijo unas palabras en ídish que Aron no alcanzó a escuchar. Por último, Leo lo tomó de ambos antebrazos con fuerzas y lo miró directo a los ojos que reflejaban la emoción que sentía. También con ojos llorosos, le pidió íntimamente disculpas por no haberle comentado todas las gestiones que habían llevado adelante con el rabino Kolster, pedido cuya aceptación se materializó en un abrazo en el que los dos se emocionaron. Ya recompuesto de la congoja, Leo invitó a un brindis por la noticia, el que fue coronado con el fuerte clamor del *lejaim* y todos se transformaron en expectante auditorio de lo que tuviera para decir Aron.

—Amigos, no soy una persona a la que a menudo le faltan palabras, pero, en este momento, no encuentro la manera de expresar la felicidad que siento. “Quien salva una vida, salva al universo entero”, reza el Talmud. Estas dos personas, con su labor, desde hace años llevan salvados varios universos: que me desmienta George si no es así. Personalmente, les digo con absoluta seguridad, tanto a Leo como al rabino, como a todos aquellos que desde las sombras habrán colaborado para que esto ocurra, que han salvado mi propio mundo. Sé que nunca conoceré sus nombres, pero les ruego sean transmisores de mi infinito agradecimiento. No tengo aquí a nadie más que a los que estamos alrededor de esta mesa. A los únicos que me interesaría tener además de ustedes es a mis padres, mis hermanos y mis sobrinos. Me dijeron que vienen solo mis sobrinos, por lo que debo asumir que quizás nunca más veré a mis padres y hermanos, pero la felicidad por aquellos a quienes recibiré me produce una indescriptible alegría, ya que son el futuro. Los adultos que no recibiré, viven aquí —dijo golpeando fuertemente su pecho con un crispado puño derecho—, en lo más profundo de mi corazón.

La tristeza por esa pérdida encubierta en semejante alegría hizo que el ánimo del brindis tocara fondo, pero Leo supo salir de ese momento.

—Propongo un nuevo brindis, por Aron, por los niños que recibirá en su hogar y por aquellos que, seguramente intuyendo su inexorable final, sentirán alivio por la salvación de los pequeños que serán su continuidad en la vida. ¡Lejaim!

—¡Lejaim! —contestaron todos.

—¡Por favor! Cuéntenme cómo lo hicieron y cuándo llegan.

Todos miraron a Leo quien relató:

—Después de la Noche de los Cristales que tú hace un rato nos comentaste en detalle, el gobierno británico relajó las restricciones de inmigración para ciertas categorías de refugiados judíos. Hasta ahora, casi todos los países han puesto un cupo a la inmigración de refugiados, pero Gran Bretaña, luego de la noche de ese oscuro acontecimiento, entró en razones y autorizó el ingreso sin cupo de menores provenientes de Alemania y Austria principalmente, en forma temporaria, hasta que termine la crisis que atraviesan las comunidades judías de esos países. Con el rabino debimos hacer una maniobra muy veloz, ya que nos enteramos de esto días después de la trágica noche.

—De inmediato me he conectado con el *rab* Mendel Levy en Viena —prosiguió el *rebe* Kolster—, para que este visite a tus padres y los convenza de la necesidad de poner a los niños bajo tu tutela mientras ellos continuaban esperando el regreso de sus hijos. No les dio demasiada oportunidad de reflexionar, porque un tren partía esa misma noche. Mientras tanto, a través de

nuestro trabajo en el Comité Judío Estadounidense, nos comunicamos con el Comité Judío Alemán encargado de coordinar el accionar de los llamados *Kindertransport*, el transporte de los menores.

Kanner retomó la palabra:

—En efecto, desde ese comité se coordina y organiza primero la terriblemente difícil tarea de determinar qué niños son los que están en situación más vulnerable, entre los que no tuvieron reparos para incluir a Theodor y Iara, ya que estaban en una situación muy endeble, porque dependían de sus abuelos mayores que podían ser los próximos desaparecidos de la familia. —Al notar la dureza de su última frase, Leo observó a Aron para solicitarle por segunda vez en pocos minutos, esa vez gestualmente, perdón.

—Una vez lograda la aprobación de tus padres —continuó el rabino Kolster— y la inclusión de los niños en un *Kindertransport*, conseguimos que viajaran por tren a un puerto en Bélgica desde donde los embarcaron hacia Harwich, en Gran Bretaña. Allí están ahora, en un alojamiento provisorio situado en la campiña al norte de Londres, aguardando que podamos organizar tu viaje, tomar su custodia y traerlos a casa.

—Amigos —explicó Leo—, queríamos darle estas noticias a Aron en un ambiente de contención; fue por eso que decidimos con el *rebe* hacerlo de esta manera, para que entre todos le ayudemos a digerir las novedades.

* * *

Los días siguientes a aquella cena estuvieron para Aron cargados de febriles preparativos para terminar con la ayuda —esa vez casi como de un coautor— de Leo la última entrega de “Las Chicas de Rosewood”, organizar el trabajo en el periódico para poder ausentarse al menos dos semanas y preparar el hogar para recibir a sus sobrinos.

Mientras tanto, Leo, con sus contactos, era el encargado de conseguir los dos vuelos, el primero para llevar a Londres a Aron; el segundo para devolver a los tres a Estados Unidos. En tiempos de preguerra, no se trataba de una fácil misión, en especial porque un civil era el que debía viajar.

Esos días Aron estuvo muy apegado a Judith, que le pidió permiso a Kanner para no ir a la clínica y colaborar en todo lo que necesitaba preparar su amigo, acostumbrado a vivir solo con el mínimo confort. Se necesitaba un cambio importante para acoger a los pequeños en un ambiente que les hiciera mitigar el sufrimiento de abandonar todo lo que conocían y amaban, entre otras cosas nada menos que a sus padres y abuelos.

Por fin, Aron dejó su habitación en el Gran Maryland, no sin antes una reunión de despedida, que organizó rápidamente en el *hall* de entrada del edificio con autorización del encargado, para quienes fueron sus vecinos durante toda su estancia en Baltimore. Alquiló una casa con jardín, que los ingresos por la novela y el trabajo fijo en el *The Baltimore Sun* le permitían pagar con holgura. Siempre había dilatado esa mudanza que podría haber hecho mucho tiempo atrás, quizá para no olvidar sus comienzos al llegar a Estados Unidos.

Judith fue muy importante en la elección de la residencia. Ella se dedicó a concurrir a las tiendas a adquirir el mobiliario y la decoración necesarios. Aron le dio vía libre para que ella decidiese cada detalle chico o grande, no obstante Judith todo el tiempo le pedía que la acompañara a tal o cual lugar para tomar alguna determinación, la mayoría de las veces solo como excusa para pasar tiempo con él, ya que casi siempre esas decisiones estaban acompañadas por un café o un helado que disfrutaban tomar juntos.

Judith había aprendido de Eunice la capacidad de combinar muebles y géneros para lograr, con la menor cantidad de dinero, hacer lucir un ambiente de forma que no tuviera nada que envidiarle a los domicilios de los más adinerados de una ciudad. Aron no dejaba de protestar cada vez que Judith lo convocaba a decidir una nimiedad, aunque, en el fondo, disfrutaba enormemente esos momentos.

Al final, llegó el momento; Aron partió a Nueva York desde donde viajaría en avión a Londres. Lo despidieron en la estación de trenes de Baltimore todos sus afectos, que le deseaban el mejor de los viajes. Cuando llegó el momento de despedirse de Judith, y a pesar de que ambos disimularon lo más que pudieron, se notó en el ambiente que ahí había algo más que una amistad. La cara de Eunice brillaba como nunca lo había hecho desde la pérdida de Frank.

* * *

Una vez en Londres, luego de larguísimas horas de viaje tras atravesar las clásicas tormentas del Mar del Norte, lo primero que Aron hizo al retirarse del aeropuerto fue dirigirse a las oficinas del comité que había rescatado a sus sobrinos de la peor de las pesadillas. Allí, luego de acreditar quién era y demostrar cuál era el lazo que lo unía a sus sobrinos, todo mediante la documentación minuciosamente preparada por Leo y el rabino, Harry, uno de los voluntarios del comité lo llevó en su propio auto a la campiña a buscar a los niños.

Ese operativo, lejos de ser nuevo para Harry, se había vuelto una constante desde que los *Kindertransport* habían comenzado. Sin embargo, cada vez que participaba de uno de esos viajes en auto, con hombres y mujeres cuyos rostros denotaban la misma alegría y preocupación que la de su actual compañero de recorrido, le revolvía el estómago la horrible sensación que ya conocía de los pequeños internos que quedaban en el albergue al emprender el regreso a Londres.

Cuando estaban por llegar a destino, vieron a un puñado de niños que jugaban en el parque aledaño. Al percibir el vehículo que se acercaba levantando polvo de la carretera, los pequeños dejaron los juegos para dedicarse a observar el auto, cada uno de ellos con una sensación casi de ruego silencioso de ser el posible beneficiario de esa visita que implicaría por fin volver a tener un hogar. Aquellos más grandes se veían más mesurados en sus expectativas, porque sabían que las chances eran muy bajas, mientras que los más pequeños lo vivían con una ansiedad difícil de calmar por los más experimentados que los contenían como hermanos mayores.

Aron, sin la experiencia de Harry, no era muy ajeno a los pensamientos que el otro tenía. Al ver a esos pequeños, que, si estaban allí, habían sido separados de sus padres, muchos de ellos ya huérfanos, y los demás con un destino prácticamente sellado a convertirse en eso, se angustió de

tal manera que le fue imposible expresarle a su compañero lo que sentía. “Es imposible salvarlos a todos; no puedo hacer nada con los que quedan.”

Ambos hombres pensaban lo mismo, pero sin verbalizarlo. Cuando llegaron a la casa central del complejo, ambos bajaron del vehículo. Harry se acercó a dialogar con la directora del lugar, la señorita Louisa, que los invitó a ingresar e instalarse en su oficina. Por la ventana, Aron podía ver rostros de niños, en algunos casos solo la parte superior de sus cabecitas, que pegados al ventanal trataban, sin éxito, de escuchar lo que se hablaba dentro de la habitación, a la espera de saber quién sería el afortunado que se marcharía en ese auto.

Al mismo tiempo que Aron escudriñaba al grupo, trataba de adivinar cuáles podrían ser sus sobrinos, de los que solo conocía sus edades: diez años el varón y siete la niña. Trataba de encontrar rasgos de su hermano en ellos, pero la opacidad de los vidrios le impedían ver con claridad.

Las lágrimas asomaron por sus ojos, mientras la directora y Harry completaban unas planillas donde asentaban con cuidado las admisiones y egresos de niños al albergue, con los datos completos de la filiación tanto de los pequeños como de los adultos que los retiraban. Llegó un momento en que no pudo resistir más el malestar que le recorría el cuerpo. Primero se aclaró la garganta para llamar la atención de ambos, que lo observaron de inmediato, pero también para liberar un poco la pena que se alojaba hasta taparle las cuerdas vocales.

—Disculpen que los interrumpa, no puedo menos que felicitarlos por su tarea, agradecerle que hayan rescatado y cuidado de mis sobrinos, pero al ver todos estos niños que esperan a alguien, como periodista, pero más como ser humano, necesito preguntarles, ¿qué pasará con aquellos que no tengan un pariente que los retire?

El que respondió fue Harry:

—Ya le dije en el viaje hasta aquí, no hay nada que agradecer, señor Lewin, hacemos esto de corazón, es lo menos que podemos hacer con estas pobres criaturas. Ojalá pudiéramos hacer mucho más, pero estamos trabajando con la máxima capacidad de transporte y de acogimiento.

Luego continuó Louisa:

—Este centro se abrió especialmente para dar albergue a los niños que perdieron contacto con o, directamente, perdieron a sus padres. Muchos de ellos, tienen familiares que los pueden recibir, como es su caso, otros son colocados en adopción a familias que abren su corazón a estos pobres mártires de la persecución. Aquellos que no son reclamados por nadie y a quienes no les encontramos una familia dispuesta a adoptarlos, permanecen en el albergue donde reciben todo lo necesario para vivir: se les brinda educación y el cariño que podemos darles los que aquí trabajamos, que, si bien no es lo mismo que un hogar, tratamos como podemos de suplir esa falta. Creemos que, al final del día, podremos cumplir nuestra meta de que cada uno de ellos comience una nueva vida con una familia que los ame, pero hasta que ello ocurra, aquí estamos.

El corazón se le estrujó con otra vuelta más. Tenía que pensar apenas regresara a América cómo ayudar efectivamente a esas criaturas. Quizás Leo le permitiera sumarse a su tarea en el jdc.

* * *

Una de las damas voluntarias del albergue, lo guio a través de pasillos dentro del edificio, donde decenas de chiquillos pasaban al lado, algunos corriendo, otros jugando, algunos estaban en aulas en las que podía ver desde el pasillo sillas ubicadas en círculo, con un mayor que les hablaba. Aron pensó que debería ser un educador o quizás un médico o psicólogo.

Por fin llegaron al cuarto de visitas, donde la mujer le pidió que aguardara unos minutos. Los nervios del periodista estaban a punto de estallar, le transpiraban las manos, se preguntaba si los niños tendrían el color de ojos de la abuela, el pelo ondulado del abuelo, alguna marca de nacimiento que coincidiera con las que él mismo tenía.

Imaginaba a las damas cuidadoras peinando a la niña, acomodando la ropa al jovencito que quizás fuera alguno de los que estaban en el jardín cuando ellos pasaron a su lado con el vehículo. “¿Que habrá pensado Theo si era uno de ellos?”, se preguntó. Sea cual fuera esa respuesta que no conocería, de seguro los estaban preparando para presentárselos ante su tío lo más prolijos posible. “Si supieran lo poco que me importa cómo están vestidos y peinados”, pensaba Aron y sonreía de alegría y ansiedad.

De pronto, se abrió a puerta y aparecieron los niños, primero ingresó a la habitación Iara que pareció ser la más desinhibida, y tras ella lo hizo Theo, con una timidez propia quizá de la edad, supuso Aron que de comportamiento de niños sabía poco y nada.

Él se esforzó en no ser demasiado efusivo, por más que sentía unas ganas enormes de levantarse y correr a abrazarlos, ya que sus amigos en Baltimore le habían aconsejado que no asustara a los niños, que los dejara aclimatarse de a poco a ese pariente que llegaba a buscarlos para llevarlos aún más lejos de sus padres. Así que solo se levantó de la silla y se acercó con lentitud a los niños que lo miraban con ojos que parecían salirse de sus órbitas. Por supuesto, les habló en alemán, quizás un tanto verborragico por la ansiedad, atinó a expresar:

—Hola, Theodor; hola, Iara. Soy Aron, hermano de su padre Markus y he venido de muy lejos porque estoy ansioso por conocerlos. Tú, Iara, tienes la misma mirada de tu *bobe* Lea; a ti, Theodor, te reconocería entre cien chicos, ya que eres la viva imagen de tu padre cuando él tenía más o menos tu edad y nos pasábamos la tarde jugando a la pelota; solo que él es dos años mayor que yo por lo que siempre me derrotaba. Si por casualidad alguna vez le ganaba yo, él me daba mi merecido hasta que el *zeide* Shmuel nos retaba y castigaba por igual, también incluía a tu tío Edgar en el castigo bajo su resignada protesta, ya que él no jugaba con nosotros porque éramos demasiado pequeños según siempre manifestaba.

Les sacó una sonrisa a ambos y se sintió más tranquilo, seguía las instrucciones de Eunice, sobre todo para romper el hielo. Incluso se cuidaba al extremo de mencionar a los padres de los niños siempre en tiempo presente. Aun así, los pequeños seguían silenciosos, así que Aron siguió dándoles conversación para animarlos un poco.

—Sabes, Iara, yo no conozco a tu madre más que por fotos, pero miren esta que traigo conmigo que recibí cuando tú naciste... Ven que allí están la *bobe* Lea, el *zeide* Shmuel, el tío Edgar, sus padres, este gordito eres tú Theodor, y el bebé que está en brazos de Ruth eres tú, Iara. Por lo que puedo observar y por lo que Markus me cuenta en sus cartas, su madre es la mujer más hermosa de Viena; veo que tú eres igual de bella que ella. Y, de verdad, tu mirada me recuerda absolutamente a la *bobe* Lea, que es también mi mamá. Y tú, Theodor, por lo que veo ya no eres ningún gordito.

Al ver la foto, los niños relajaron sus posturas y comenzaron a participar de la charla, de una forma por cierto no muy fácil para Aron.

—Tío, ¿dónde están mamá y papá? Los extraño mucho. —Rompió el silencio Iara, al borde de las lágrimas.

—Lo cierto, pequeños, es que no lo sé con exactitud, sé que debieron partir y dejarlos al cuidado de sus abuelos porque en Viena faltaba trabajo para poder mantenerlos y que, apenas las cosas mejoren, ellos vendrán por ustedes.

—Eso no es cierto —dijo Theo en medio de un esfuerzo por detener el llanto que pugnaba por salir desde su garganta—. Algunos de los niños más grandes que viajaron junto a nosotros nos contaron que quienes ocupábamos los vagones de ese tren habíamos quedado sin padres por culpa de la policía y los soldados.

—Theo —dijo Aron mientras intentaba no contagiarse del llanto de los dos pequeños—, no te digo que no haya casos así, como el que te contaron en el tren, ni tampoco te puedo garantizar que mamá y papá no estén detenidos, porque la realidad es que no tenemos noticias de ellos últimamente, pero de ninguna manera existe la certeza de que ellos estén mal. Lo cierto es que se fueron a buscar trabajo para el bienestar de ustedes y que son épocas en que las comunicaciones se vuelven difíciles. Solo te prometo que, en el momento en que yo reciba alguna noticia sobre ellos, sea cual fuera, se la voy a contar a ustedes antes que a nadie. ¿Trato hecho?

Los dos niños asintieron, mientras limpiaban las lágrimas que surcaban sus mejillas utilizando para ello los puños de sus abrigos.

—¿Saben cómo se sellan los tratos en donde vamos a vivir?

—No —respondió Iara, lo que la confirmaba como la más extrovertida del dúo.

—En Estados Unidos, cuando hacemos un pacto, nos estrechamos las manos.

—¡En casa también hacemos así! —dijo Theo.

—Bueno, entonces aprovechemos la coincidencia y sellemos el pacto con un apretón de manos; para estar más seguros aún le agreguemos un abrazo, ¿les parece?

Iara extendió su mano a Aron, quien se la apretó con dulzura y luego igual con Theo, pero, a propósito, para que se sintiera más a gusto, el apretón de manos con él fue con más fuerza que con la niña. Acto seguido, los invitó a un abrazo de los tres juntos, que aceptaron y fue lo más hermoso que le había pasado a Aron en su vida.

La señora que había llevado a los niños hasta el encuentro con el periodista intervino.

—Bueno, niños, ¿qué les parece si su tío les cuenta algo acerca del sitio donde van a vivir a partir de ahora?

—Queridos sobrinos, vamos a vivir en un país llamado Estados Unidos que queda cruzando el océano Atlántico.

—¿Qué es *ocenoclántico*, tío?

Aron sonrió y dijo:

—Hermosa, se llama océano Atlántico, miren, ¿ven este mapa? Aquí estamos nosotros —dijo él al señalar el punto cercano a Londres donde se hallaban—, esto celeste que está aquí es el océano Atlántico que les nombré, que es como un río, pero mil veces más grande y bello; del otro lado, está América del Norte, que es donde se encuentra su nuevo hogar. ¿Ven aquí? Esa es la ciudad de Baltimore, que es donde tengo mi casa lista y preparada para que sea ocupada por nosotros tres.

Estaban conversando sobre Baltimore, sobre la vida que allí llevan los niños, los parques de recreo y sobre la residencia donde vivirían, cuando se asomó una auxiliar a avisarle que lo llamaba la señorita Louisa. Él les dio besos en cada mejilla como recordó que se acostumbraba en Austria y se dirigió a la oficina mientras los niños se retiraron a preparar, junto a su tutora en el albergue, el poco equipaje que llevaban. En la oficina junto a Louisa también estaba Harry.

—Señor Lewin, está todo en condiciones para que usted viaje con sus nuevos hijos adoptivos. Le hemos preparado la documentación que los acredita como tal ante la ley de Gran Bretaña, así que no debería tener problemas para egresar de Inglaterra ni para ingresar a los Estados Unidos con ellos.

—Les reitero mi agradecimiento y cuenten con que, de alguna manera, colaboraré desde mi país para que se difunda la tarea que ustedes están realizando. De seguro, encontraremos más hogares para estos pequeños y los que se vayan sumando.

—Desde ya la agradecida soy yo, señor Lewin, y le deseo una vida feliz junto a estos hermosos y muy bien educados niños que lleva con usted.

Louisa envió a la auxiliar por Theo y Iara, quienes llegaron cada uno con su pequeña maleta, de la mano de la tutora, que les dio un abrazo maternal a ambos con lágrimas en los ojos. La señorita directora también lloraba.

Luego, los niños recibieron el saludo de algunos de sus compañeritos de odisea con los que alcanzaron a trabar amistad en el tiempo compartido. La directora saludó primero a Aron; luego se despidió muy cariñosa de los niños al decirles casi al oído unas palabras que Aron no alcanzó a escuchar, pero que, en su imaginación, eran de aliento para lo que se avecinaba en sus vidas, que sin dudas sería mejor que lo que habían pasado durante los últimos meses.

Por fin, tomados cada uno de una mano de Aron se dirigieron al auto en el que Harry ya había cargado las maletas y los esperaba con el motor en marcha. Subieron al mismo y emprendieron la aventura de sus vidas, que incluía, según les había contado su tío, volar por sobre el agua para llegar a su nuevo hogar en Estados Unidos.

Detrás de la nube de polvo que levantaba el vehículo y lejos de la mirada de Aron que intentaba observarlos por el espejo retrovisor sin éxito, quedaba un puñado de pequeños que los observaba marcharse. En esas caritas se reflejaba la desilusión por ver sus expectativas otra vez desairadas.

CAPÍTULO 15

Baltimore, diciembre de 1941.

Como siempre que había una ocasión importante para discutir, para lamentarse o para festejar, el hogar de los Kanner se transformaba el centro de reuniones. Esa vez el motivo era agridulce.

—Queridos amigos —comenzó George Frankl—, nos hemos tomado junto a Annie el atrevimiento de pedirle a Jenne y Leo que convocaran esta mesa junto con la que tantas emociones compartimos.

En el círculo ampliado se encontraban Theo y Iara que, sentados junto a Albert, escuchaban atentos.

—Debemos comentarles que me han invitado de la Universidad de Kansas para que me haga cargo del servicio de pediatría psiquiátrica de su clínica universitaria.

A todos invadió la mezcla de alegría por el progreso que significaba en la carrera de George y tristeza por lo que implicaría la separación en ese grupo tan amalgamado. Sin embargo, pudo más la felicidad por la promoción.

—Lo hemos conversado con Leo, por supuesto, y, si bien él deseaba que yo me quedara a cargo del servicio aquí, en el Hospital Johns Hopkins, entendimos que era mejor que lo siguiera conduciendo él, tan cerca que se está de obtener los máximos logros en materia de autismo. Nosotros, ya que Annie trabajará conmigo, seremos los voceros hacia el centro y oeste del país de los logros en el camino que comenzamos a transitar juntos aquí, en Baltimore.

—Y vendremos cada vez que nos podamos escapar de Kansas —agregó Annie con una emoción que no podía disimular por dejar de ver cotidianamente a quienes eran su familia desde hacía siete años, cuando llegó de Austria.

En medio de los festejos, Aron se deslizó sin ser visto hacia un lugar apartado de la residencia, de donde luego volvió a la mesa con un imperceptible paquetito en el bolsillo que Leo había tenido la complicidad de esconder allí hasta de los ojos de Jenne.

Cuando los ecos del anuncio de los Frankl se aplacaron, Aron se puso de pie, aclaró su garganta y procedió ceremonioso con un armado discurso.

—Estimados, voy a aprovechar la convocatoria para celebrar el ascenso de nuestro amigo George y, por qué no, de Annie, ya que sabemos que detrás de cada hombre hay una gran mujer... ¡que le indica lo que tiene que hacer y dónde dejó las medias guardadas! —Las risas interrumpieron el discurso, pero Aron supo esperar que se acallaran para continuar—. Decía que, aprovechando el momento y sin querer opacar en lo más mínimo el homenaje a George y Annie, deseo hacerlos partícipes de esto. Hace casi tres años, tuvimos la fortuna de traer a nuestras vidas

a estas dos criaturitas que nos han cambiado la vida. Hablo en plural porque no me hubiera sido posible llevar a cabo la crianza de mis amados hijos, sin la ayuda de Judith que día y noche y, desde antes de viajar a buscarlos a Londres, estuvo presente en cada detalle.

Todos los rostros sonrientes se dirigieron hacia la joven, quien se sonrojó y agachó la cabeza con real modestia.

—La conozco desde pequeña, desde aquel día en que la acción determinada de este grupo de amigos ingresamos a esa infausta residencia y rescatamos a una jovencita que apenas daba crédito de lo que pasaba a su alrededor y que, ni en sus sueños más bellos, si es que los tenía, podía imaginar el cambio que se producía en ese mismo instante en su vida.

»Creo que es un excelente momento para recordar la memoria de nuestro querido Frank Keating, que ese día aplicó quizás el único *uppercut* de su vida para mandar a Stearling a la lona, lo que será recordado para siempre por quienes tuvimos el placer de ser testigos.

El llanto de emoción afloró en Eunice, que recordaba cada día con más nostalgia los pocos años pasados con Frank como pareja y cómo se dedicaron ambos al cuidado de Judith. “Ojalá estuviera aquí presente para ver en la bella mujer en que se ha convertido.”

—Disculpa, Eunice, no quise aplicarte un golpe bajo, mi homenaje y mi recuerdo en este momento hacia Frank es porque quiero pedirte a ti y en tu representación, al difunto Frank, que Dios lo tenga en la gloria, la mano de Judith.

Surgieron suspiros de las damas; los hombres se levantaron y abrazaron a Aron, lo apretaron hasta literalmente hacerle perder el aliento.

Cuando, ante la mirada feliz de Eunice, los amigos liberaron a Aron de ese encierro, él se arrodilló frente a Judith, tomó de su bolsillo el paquetito que retiró del escondite minutos atrás y lo abrió exhibiendo una hermosa sortija de oro coronada con un brillante.

—Judith, ¿deseas convertirte en mi esposa, bajo la ley de Moisés y del pueblo de Israel, para estar conmigo en las buenas y en las malas, para convertirte en madre de mis hijos, Theodor y Iara, para cuidarnos y protegernos, para dejarte cuidar y proteger por nosotros, hasta que la muerte nos separe?

Judith sentía que las lágrimas corrían por sus mejillas como un torrencioso río.

—¡Claro que sí, Aron! Hace mucho que estoy esperando tu propuesta. Te amo a ti, a estos niños y a mi abnegada madre como a nadie en el mundo. Solo deseo que formemos una familia. Ya me había dicho Jenne que, si quería casarme contigo debería ser yo la que te propusiera matrimonio, porque tú... ¡y te aseguro que estaba a punto ya de hacerlo!

Las risas de Jenne confirmaron ese diálogo que habían mantenido días atrás con Judith. La señora Kanner, cansada ya de haber intentado durante tantos años presentarle a una de sus amigas, había puesto los ojos en Judith. “¡Qué mejor candidata! ¡Cómo no lo había notado antes!”

—Queridos hijos, Theo y Iara, acérquense por favor —pidió Aron.

Los niños, que estaban medio aturdidos por los gritos y las emociones a flor de piel de todos, sabían perfectamente lo que implicaba el pedido de casamiento de Aron a Judith.

—¿Aprueban ustedes que, desde hoy mismo, Judith deje ser una tía para ustedes y se convierta en su mamá y, tras el tiempo mínimo que nos lleven los preparativos, sea mi esposa y se mude a nuestra casa a vivir?

—¡Claro que sí! —dijo Theodor mientras Iara corría a abrazarse con Judith.

—¡Tía querida!

—Iara, puedes decirle “mami querida” —la corrigió Aron.

Judith se acercó a Eunice que estaba llorando y le preguntó:

—Madre mía, ¿tú ves con buenos ojos nuestra unión?

—Hija mía, hace años le dije a Aron que no te vea como a una hermanita, ¿qué más podría desear yo? Que Aron sea mi hijo, que esos preciosos niños sean mis nietitos y que tú te cases con esa maravillosa persona.

—¡*Mazal tov!*

En cinco minutos, Jenne, junto a los demás invitados, movió muebles y alfombras, despejó la sala formando una improvisada pista de baile. Puso a funcionar en la vieja vitrola un vinilo con música *klezmer* para fiestas que, entre otros discos de diversos géneros judíos, un paciente de Leo que se dedicaba al tráfico de mercaderías desde y hacia Europa en aquellos días bélicos, le había conseguido especialmente. Como anticipo de lo que sería la fiesta de casamiento que Jenne ya soñaba en organizar, sacó a bailar a Aron mientras Leo hizo lo propio con Judith. Todos se sumaron en un improvisado baile de boda. Incluso la insistencia de Aron obligó a Eunice a participar a pesar de sus negativas.

El único que no bailaba era el rabino Kolster que estaba verificando en su *luaj*, el almanaque que usaba, cuál era el primer *shabat* en el que estuviera permitido realizar casamientos para agendar la boda.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 16

Baltimore, marzo de 1942.

El día transcurría en Baltimore idéntico a los de las últimas semanas. John Russell se encontraba en su oficina, con el ejemplar matutino de *The Baltimore Sun* abierto sobre el escritorio, mientras sorbía una taza de café negro que él mismo había preparado, acompañado por unas donas que había comprado en la nueva pastelería que había abierto entre su casa y la oficina. La rutina de muchos años de investigador privado lo llevaba a iniciar la jornada de trabajo leyendo con minuciosidad la sección de sucesos policiales del diario, en la que había cultivado la habilidad para encontrar, entre las palabras y los silencios de las notas, pistas que lo ayudaban a resolver casos. Solo había modificado el orden de lectura; comenzó por las noticias referidas a la guerra, a partir de diciembre del año anterior, cuando los japoneses se atrevieron a bombardear de forma artera las instalaciones estadounidenses en Pearl Harbor. El ataque produjo la muerte de más de dos mil cuatrocientos ciudadanos estadounidenses, con la inmediata consecuencia de la declaración de guerra a Japón por parte de los Estados Unidos y el involucramiento activo en la conflagración mundial, ya que Alemania e Italia, aliados de los japoneses, le declararon la guerra inmediatamente a los Estados Unidos. “Es hora de que le demos su merecido a ese petulante alemán y a los nipones traicioneros”, pensó en aquel momento John, que lamentaba no tener ya edad para alistarse en las tropas del Tío Sam. Ese impedimento lo frustró hasta afectar su estado anímico. Incluso se alejó de los pocos amigos tenía. “En mi profesión no podemos tener amigos, solo conocidos de los que obtenemos información.”

Era todavía uno de los investigadores privados más buscados de Maryland; sin embargo, no deseaba tomar nuevos casos. Se había especializado en la búsqueda de personas desaparecidas y se vanagloriaba de poseer el récord no comprobable de hallazgos positivos de Baltimore. “Me llegó la hora del retiro, ya no me excita perseguir pistas por todo el país.” Estaba en esos menesteres y pensamientos, cuando sonó el teléfono de su oficina. Decidió no atender la llamada. “Si es por algo importante, llamarán de nuevo más tarde.” Dejó finalizar el timbre del teléfono para continuar leyendo el periódico. Se destacaba en aquella edición de *The Baltimore Sun* del 29 de mayo de 1942 la noticia de que México, al fin, le había declarado la guerra a los países del eje. Eso como respuesta a que proyectiles alemanes habían hundido dos barcos petroleros mexicanos, país que se creía neutral hasta ese momento. Se trataban de los buques *Portero del Llano* y *Faja de Oro*, ambos proveían a Estados Unidos del elemento vital para su industria y para abastecer al ejército. Ese hecho de solidaridad mexicana con su país vecino no pasó inadvertido para el Eje, que obligó a México a definir su participación en la guerra, por lo que dejó de gozar de la formal neutralidad que hasta ese día protegía a sus buques mercantes.

Estaba leyendo aún la declaración del presidente Manuel Ávila Camacho, cuando comenzó nuevamente a repiquetear la campanilla del aparato telefónico.

“Bueno, parece que es importante”, se dijo John que levantó desganado el tubo.

—Hable.

—Hola, ¿hablo con John Russell?

—Depende, ¿quién pregunta?

—John, soy Stephen Hall, de Birmingham, Alabama. —El interlocutor había reconocido la inconfundible voz del iracundo investigador.

Stephen Hell era uno de los colegas de Russell, con quienes compartían las búsquedas interestatales. Formaban una red de más de veinte investigadores que lograban mejores resultados cuando en conjunto que si lo hacían solos; en especial, cuando un caso excedía las fronteras de su propio estado.

—Hola, Stephen, qué es de su vida. ¿Leyó las noticias sobre México? —preguntó John, sin dejar de leer el periódico.

—Sí, claro, ya era hora de que se involucraran los vecinos. Pero imaginaré que no le hablo por eso.

—Adelante, lo escucho.

—Hace unos años, usted me participó acerca de la búsqueda de una menor raptada por su madre adoptiva. ¿Lo recuerda?

—Por favor, no lo tome como una actitud arrogante de mi parte, pero son tantos los casos que manejo con las características que me acaba de mencionar que necesitaría más datos.

La soberbia de Russell era un clásico y no llamaba la atención a ningún colega, no en vano tenía el récord de reapariciones.

—El caso que menciono es el de la joven Anne Mann junto a la señora Sylvia Silverman.

Russell pegó un salto en la silla que lo hizo salir del estado de apatía. Había invertido tantos esfuerzos en Anne Mann y recibía tanta presión del abogado Benmiske, que la conversación con el de Alabama pasó a ser su prioridad. Dejó el diario de lado.

—Sí, claro, dígame qué lo lleva a llamarme por ese caso.

—¿Sigue teniendo interés en esa joven?

—Sí, lo tengo en carpeta aún —dijo como si buscara restarle importancia al tema para que la ambición económica de su colega descendiera en la misma medida.

—Bueno, si es así, tengo una punta de la que tirar.

Al contrario de otros investigadores que podrían haber pedido más precisiones por teléfono y, porque conocía que Stephen no lo llamaría por una pista endeble, John arregló con su colega encontrarse en Birmingham.

* * *

Birmingham, Alabama, abril de 1942.

Birmingham era una importante ciudad del sudeste de los Estados Unidos. Ubicada en el centro del estado de Alabama, había crecido al ritmo de la producción de acero, ya que la región contaba con todos los recursos necesarios para su fabricación. Mil doscientos kilómetros separaban a Baltimore de Birmingham, lo que implicaba un viaje de más de doce horas por carretera. Había pocas cosas que provocaran temor en Russell; una de ellas era volar. Cientos de veces había realizado viajes de esas distancias y aun superiores persiguiendo pistas, por lo que viajar muchas horas en auto o en autobús no resultaba algo que fuese ajeno a su vida. Sin embargo, su estado de salud ya no tenía la fortaleza de antaño, así que decidió desafiar su fobia, incrementar la cuenta de viáticos que le pasaría a Benmiske y tomó un avión.

El mes de abril se encontraba dentro de la temporada en la que, si bien aún no comenzaban los insoportables calores veraniegos, la lluvia se volvía un castigo casi permanente. Los vientos estaban, en esa época del año, en descenso, por lo que las probabilidades de que el vuelo fuera muy movido se reducían. Con ese ánimo, subió al avión de American Air Lines que, en menos de dos horas, lo depositaría en el Birmingham International Airport.

Fue un vuelo tranquilo, al llegar a la puertecilla de la aeronave y comenzar a bajar la escalinata, la molesta lluvia empapó el impermeable y el sombrero que Russell vestía. Se dirigió lo más rápido que pudo a la puerta de la estación aérea y se subió al primer taxi que se detuvo en la parada, adelantándose a varios pasajeros que esperaban su turno. No era habitual en él esta inconducta, pero había sufrido tal estrés que lo hizo sin percibir que había gente con prioridad. Le pidió al conductor que lo llevara hasta el hotel que había reservado. Durante el viaje no respondió ninguna de las preguntas que el chofer le realizaba hasta que se rindió porque se daba cuenta del pésimo carácter del pasajero.

Tres días más tarde, mientras el doctor Benmiske archivaba escritos que se habían acumulado sobre el escritorio, su secretaria lo llamó por el intercomunicador para informarle que tenía en línea a un señor que se presentaba como John Russell.

—Gracias, Lucy, enseguida tomo la llamada —respondió el abogado sorprendido. Habían transcurrido varios meses, quizá más de un año desde la última comunicación con el investigador. Esa vez, según recordaba Benmiske, fue por el cobro de algunos viáticos generados por una pista que finalmente no había conducido a nada.

Hubo un período en que llegaban a Russell varias decenas de pistas falsas. Fue luego de que, en mayo de 1940, agotados ya los medios habituales de búsqueda, publicaran en el periódico principal de cada estado de los Estados Unidos un aviso destacado con el ofrecimiento de una importante recompensa monetaria a quien otorgara pistas firmes que llevaran a localizar a la joven, de quien se publicó una antigua fotografía tomada en Rosewood, junto a un dibujo del artista Paul Walls, experto en retratos hablados que trabajaba para la policía de Baltimore. Walls había imaginado un método para simular como se vería diez o veinte años después un delincuente que, luego de haber cometido algún delito grave, hubiera logrado huir de las manos de la justicia. Kanner contrató a Walls para que, en base la fotografía de Anne, los ayudara a aproximarse a cómo se vería la pequeña en sus actuales veinte años. También pusieron en los avisos fotos de la apropiadora porque pensaban que sería más fácil que alguien la reconociera a ella.

—Señor Russell, soy Benmiske.

—¿Cómo le va, doctor? Necesitaría que, en lo posible, mañana mismo usted y Kanner se reúnan conmigo aquí en la ciudad de Birmingham...

El asombro del abogado fue *in crescendo*.

—¿Mañana? —atinó a balbucear Benmiske—. Imposible. Russell, salvo que usted tenga algo muy concreto...

—¿Usted piensa que, si no lo tuviera, los citaría con tal urgencia? —No existía tal premura, pero el veterano investigador ya no soportaba las lluvias permanentes y deseaba volver cuanto antes a su rutina en Baltimore—. Son dos horas de vuelo, doctor, y es lo más importante que hemos estado esperando por tantos años... Ahora, si usted desea posponerlo yo no tengo ningún problema —añadió porque sabía que el abogado no se quedaría con esa intriga—. Si toman el mismo vuelo que yo tomé, que sale a las siete de la mañana de Baltimore, a las nueve estarán aquí.

Sin aceptar comentarle nada acerca de la pista, Russell le solicitó al abogado que se trasladaran lo más velozmente posible con el doctor Kanner y la mayor cantidad de material que pudiera acreditar la identidad de Anne a la ciudad más importante del estado de Alabama. La reunión sería al día siguiente a las nueve de la mañana y el punto de encuentro estipulado fue el The Green Lantern, uno de los bares más antiguos de Birmingham, el preferido de Russell.

Los recién llegados se trasladaron desde el aeropuerto al bar y debieron esperar unos quince minutos hasta que el investigador apareciera por la puerta y se aproximara a su mesa. Después de un corto saludo, Russell fue directamente al tema que a él más le interesaba.

—¿Leyeron hoy los periódicos?

Ante la respuesta negativa de ambos, continuó.

—Ayer les devolvimos lo de Pearl Harbor a esos nipones. Nuestros aviones B-25 desde el portaviones Hornet atacaron Tokio y otras ciudades japonesas. No lo esperaban, no pudieron ni reaccionar y los pilotos lograron, todos, descargar los explosivos y huir a China. ¿Saben lo que les mandamos colgando de las bombas? Las medallas de la amistad que los japoneses les regalaron a nuestros soldados semanas antes de atacarnos. ¿No es brillante?

Leo y John miraron extrañadísimos al investigador.

—Perdón, Russell, ¿nos ha citado para contarnos avatares de la guerra?

—Disculpen, pensé que compartían mi patriotismo, pero no importa. Hace unas semanas, se presentó en las dependencias que la Universidad de Alabama posee dentro del Hospital Público Bryce, en la ciudad de Tuscalusa en este mismo estado, una joven acompañada por su madre, para que le realicen un test psiquiátrico solicitado por el doctor Nickholson. Dicho doctor atiende aquí en su consultorio en Birmingham, pero también pertenece al equipo de la universidad.

»La joven fue registrada en la clínica como Annmarie Pattern, tal como figuraba en la tarjeta de seguridad social y, si bien es un nombre muy común, a un informante de un colega le pareció que el rostro se asemejaba a la fotografía de Anne Mann que publicamos en los periódicos y que mi colega se encargó, por pedido mío, de distribuir en todas las instituciones de salud mental dado los antecedentes de Anne que la llevaron a la internación en Rosewood. Cuando mi colega me informó eso, me dirigí a Tuscalusa para echar un vistazo a la historia clínica de la paciente. — John hizo una pausa para tomar el café que le había servido el mozo y, de paso, incrementar la expectativa de sus cautivos oyentes—. No había en la historia médica nada más que su nombre, un número de seguro y el nombre del médico que solicitó el estudio. Por lo que decidí realizar una visita al consultorio del doctor Nickholson. Supuse que el médico no me revelaría nada por el secreto profesional, pero no hay secretaria que no se emocione cuando alguien de mi prestancia le obsequia una caja de bombones. Esperé en la acera hasta que vi retirarse al doctor y aproveché mi

momento. Comencé la conversación con la secretaria... Bueno, pero a ustedes no les interesa escuchar mis tácticas ni a mí revelarlas. —Los dos hicieron señales afirmativas, ansiosos—. La secretaria del galeno me informó que, en efecto, el doctor atendía a Annmarie desde hacía unos años, que era una joven muy bella, que no parecía tener ninguna enfermedad, al menos de manera visible para ella, una simple secretaria, y que siempre concurría a las consultas acompañada de una señora muy agradable y excelentemente bien vestida. Le mostré una foto de Sylvia Silverman. A pesar de tratarse de un retrato muy antiguo y tener diferente hasta el peinado le pareció que podía ser ella.

»No pude acceder a la historia clínica, pero sí pude constatar en un recibo la firma de la madre de nombre Syl Pattern. Para un novato, no significaría nada, pero yo, analizando la firma, descubrí entre los garabatos su verdadero nombre: Sylvia Silverman. Eso, aunque a ustedes les parezca increíble por la cara que me muestran es más habitual de lo que imaginan, las mujeres modifican su nombre o utilizan su apellido de solteras, pero difícilmente cambien la firma que les sale naturalmente.

»Esa información del consultorio del médico estuvo siempre presente, pero, al ser información privada, no había manera de descubrirla. Sin embargo, cuando Sylvia debió recurrir a un hospital público, no pudo evitar completar en la ficha el número de seguro social de su hija. Sumada la perspicacia del investigador más un golpe de suerte... y ¡voilà!

—John, por favor, devélenos el final... ¿Obtuvo luego el sitio donde ubicar a las damas? —preguntó Leo que estaba perdiendo su clásica compostura, exasperado por la lentitud del relato del investigador.

Russell sacó del bolsillo interior de su saco un papel doblado en cuatro, que entregó a Leo como quien entrega el plano del tesoro escondido del pirata Morgan. Kanner leyó en voz alta.

—Greenbow, Alabama. ¿Esto es todo? ¿No hay una dirección? ¿El nombre de una calle? ¿No tiene algún dato certero?

—Estimado doctor —dijo Russell fastidiado—, después de tantos años esperando un indicio sobre el paradero de la niña, ahora joven, en los que me tuvo la confianza suficiente para depositar en mí la responsabilidad de la investigación, ahora que lo estoy por conducir directo y literalmente hasta la niña, ¿va a poner en dudas la seriedad de mi trabajo? ¿Ustedes piensan que los haría venir sin haber comprobado personalmente que las personas que encontramos son realmente las que estamos buscando?

—Tiene usted razón, le ruego me excuse; la ansiedad me está carcomiendo.

—Excusas aceptadas —dijo el investigador mientras, como retribución a la desconfianza sobre su profesionalidad, pidió al mesero que le sirviera otro café y una tarta de limón que ingirió con exagerada parsimonia mientras John y Leo lo observaban sin decir palabra.

Cuando acabó de degustar el último bocado y tomado el último sorbo de café, dijo:

—Ya estoy listo, ¿desean que pague yo la consumición e incremente la cuenta de viáticos?

—No se preocupe por eso, Russell, mientras usted tomaba su consumición yo pagué el ticket, fui al excusado, me probé un traje en la tienda del frente y me corté el cabello en la barbería de aquí al lado.

El investigador sonrió, se levantaron de sus asientos, Leo dejó unas monedas sobre la mesa para el camarero y los tres salieron a la calle.

* * *

Greenbow, Alabama, abril de 1942.

Durante el viaje de tres cuartos de hora en el vehículo rentado, Russell sació el hambre de precisiones de Leo.

—Greenbow es una pequeña ciudad de quince mil habitantes. Allí todos se conocen y como no hay muchos pasatiempos en la ciudad, qué mejor que hablar con un forastero. Allí averigüé que Sylvia es maestra y ejerce sus funciones en la escuela pública en la que goza de gran estima. En un momento se presentó una oportunidad, y Sylvia estuvo en el lugar exacto en el momento apropiado para abordarla. Una tradicional familia local, a la que la mujer es muy allegada por haber sido la maestra de casi todos los pequeños es la propietaria de una enorme residencia. Por cuestiones laborales que no creo les interesen del jefe de familia, se trasladaron a la ciudad de Charlotte, en Carolina del Norte, pero, como la idea era regresar pronto a Greenbow, el clan familiar decidió no vender la propiedad. Al llegar la noticia a oídos de Sylvia, en un pueblo como ese que en diez minutos se entera uno de todo, propuso alquilarles su propiedad mientras se ausentaban y mantenerla en buenas condiciones, con la idea de subarrendar los dormitorios a viajeros o personas que en forma temporaria debían establecerse en la ciudad, en la que, entre otras cosas, escasean camas para visitantes. Al dueño de la propiedad, le dio temor al principio que la propiedad perdiese valor con la nueva actividad..., pero la confianza que se había ganado la maestra, sumada a su capacidad de convencimiento, lo hizo finalmente aceptar la propuesta. De esa manera, Sylvia comenzó a complementar un ingreso como docente hasta lograr un buen sustento para ella y Anne, además de poder afrontar los gastos médicos de su hija.

—Qué conveniente —reconoció Leo—. ¿Qué pudo averiguar de la salud de la joven?

—Nadie sabe demasiado acerca de la condición de Anne, en realidad, Annmarie, como aquí es conocida. Solo me comentaron que es una muchacha muy tímida, un poco retraída, con pocas amistades, pero sumamente educada y servicial, que ayuda a su madre en la administración de la residencia. Ellas son muy apegadas la una a la otra y, por lo que pude saber, Annmarie completó los estudios en la misma escuela pública donde Sylvia dicta clases, lo que fue muy importante sobre todo en los primeros años de su escolaridad, ya que, según las docentes con las que platicué —queda claro que no querrán ustedes que les cuente el secreto de como logré su confianza—, tuvo una fluida intervención en la educación de la niña.

Eso tranquilizó a Leo, se notaba por el relato de Russell que Anne estaba bien cuidada y contenida por su madre adoptiva, más allá de la infame manera en que esa adopción se había producido.

Llegaron a Greenbow, una tranquila ciudad de granjeros, las casas se veían bonitas, con amplios jardines, y los niños jugaban en los parques arbolados que había por doquier. Recorrieron la calle principal, muy bien cuidada, hasta llegar a la plaza frente a la que estaba el ayuntamiento, la estación de policía y el banco; dieron la vuelta al llegar al final de esa calle cortada por las vías del ferrocarril, doblaron a la derecha, avanzaron dos cuadras, y el investigador aparcó.

—Aquella es la casa de Sylvia —afirmó mientras señalaba con un movimiento de cabeza una bonita residencia de dos pisos, con un gran jardín.

La vivienda lucía impecable, muy bien mantenida, las maderas blancas que conformaban las paredes parecían recién pintadas, se advertía un gran cuidado en la decoración y enormes canteros llenos de flores que aportaban gran colorido a la escena.

Leo había debatido mucho con el abogado respecto al modo de actuar ante el hipotético hallazgo de Anne. No un caso igual a ninguno de los anteriores. Por un lado, le parecía evidente que la actitud de la mujer de abandonar la comodidad de su residencia en Baltimore para marcharse con su hija adoptiva sin más que lo puesto, manifestaba que amaba a la pequeña, de lo contrario habría huido sola. Podría haberlo hecho con mucha mayor facilidad. De todos modos, el momento de enfrentarla había llegado y se les planteaban dos escenarios posibles. Presentían más probable que el ambiente familiar construido por Sylvia fuese positivo para la niña; lo opuesto, que deseaban desechar, era que fuera nocivo para su desarrollo. Entre ambos escenarios el abanico de posibilidades se abría hasta el infinito. Si fuera peligroso para la salud de Anne, no le cabía duda al dúo, que debían hacer lo posible por quitarle la custodia legalmente a la mujer para buscarle a la joven un hogar adecuado. Incluso Leo y Jenne estaban muy dispuestos a ser ellos mismos quienes dieran cobijo a la joven. Pero, si se daba la primera posibilidad y Anne estuviera en buenas condiciones con su madre apropiadora, ¿qué deberían hacer? Sería imposible dejar de brindarle importancia al tiempo transcurrido desde que la mujer vivía con Anne y cómo se había afianzado el vínculo. Entonces, ¿qué sería mejor para ella? Quitársela a la madre mediante una batalla legal sin dudas perjudicaría a quien los adultos estaban obligados a proteger. Por otro lado, dejársela sería perpetuar una apropiación ilegal. Sin dudas estaban ante un dilema ético importante.

De cualquier manera, estaban seguros de que debían actuar con mucho más tacto que en aquellos rescates de la primera época. Debían buscar la manera de sentarse a dialogar con Sylvia, para evaluar la situación clínica y ambiental de Anne, así como las consecuencias de cada una de las acciones que podrían intentar. Con esa intención, decidieron que fuera solo Leo el que tomara contacto con la mujer. Reservaron al abogado solo como alternativa si hiciese falta utilizar la opción legal.

Leo se acercó a la puerta y agitó la campanilla que hacía las veces de llamador. Sintió pasos dentro de la residencia hasta que se abrió la puerta. Una bella dama que debía rondar los cuarenta años y lucía sobre sus vestimentas un delantal a cuadros abrió la puerta.

—Bienvenidos los que concurren a nuestro hogar; adelante caballero.

A Leo le sorprendió que la mujer ni siquiera le preguntara quién era ni el motivo de su visita, pero luego entendió que, para la anfitriona, resultaba habitual que apareciesen forasteros en busca de alojamiento.

La mujer lo guio a lo que parecía ser una sala de actividades comunitarias, en la que había diferentes sillones y una mesa con un mantel de felpa verde, donde de seguro los pasajeros jugaban a las cartas o a los dados. Una vez que tomaron asiento, Leo declinó con amabilidad el ofrecimiento de algo para beber que le ofreció la dueña de casa y procedió a comentar el motivo de su visita.

—Señora Syl Pattern, ¿verdad?

—Sí, caballero, le han dado bien el dato. Gracias a Dios son mis vecinos quienes más recomiendan mi humilde albergue. ¿Desea usted un alojamiento permanente o solo por algunos días?

—No es ese el motivo de mi presencia aquí, señora Pattern, estoy aquí por una razón completamente diferente.

—No puedo comprender entonces...

—Señora, por respeto hacia usted y para evitar su ansiedad, no le andaré con rodeos.

—Le agradeceré que así sea, caballero —dijo Syl con una expresión de disgusto y preocupación en el rostro, en segundos en los que le vinieron a la mente todos los temores que la acompañaron desde su huida de la casa de Silverman.

—Mi nombre es Leo Kanner, soy médico psiquiatra, especializado en conductas psicóticas de la infancia. Hace unos años me he enterado de la manera en que diferentes familias se apropiaron de pacientes del Instituto Rosewood en Baltimore.

El rostro de la mujer empalideció y envejeció diez años en diez segundos.

—Viene usted enviado por mi exmarido —balbuceó.

—No, Sylvia, puedo llamarla por su verdadero nombre, ¿verdad? Me interesa muy poco el señor Silverman, quédese usted tranquila que no sabrá por mí su localización.

Un leve alivio se reflejó en la cara de la dama, pero igual sentía que se le derrumbaba todo lo que le había costado tantos años construir junto a Annmarie.

—Usted sabe que la maniobra por la que le otorgaron la custodia de Anne fue absolutamente fraudulenta... —Hizo una pausa, para ver la reacción de la mujer.

—A decir verdad, doctor, no me extrañaría que mi exmarido hubiera realizado maniobras fuera de la ley; por eso notará que no vivo más con él. Pero le juro que nunca supe de nada irregular en la tenencia de Anne. Mi motivo para huir de casa de esa manera no fue el de escapar de la justicia sino de él, que no me hubiese dejado ir nunca de otra manera. No iba a permitir que los abusos que yo sufría los sufriera también mi hija.

—Sin embargo, usted sabía que Anne llegó a su hogar luego de vivir internada en un instituto psiquiátrico.

—Doctor Kanner, yo solo deseaba tener una hija, algo de lo que la naturaleza me había privado supongo que para no perpetuar los genes de Silverman. Sí, por supuesto conozco el origen de Annmarie, yo concurrí con Silverman a retirarla de Rosewood, pero igualmente, de no haberlo hecho, hubiese sido imposible no notar sus dificultades. La amé desde el momento en que la vi por primera vez y, a la larga, fue mi motivo para seguir viviendo. Gracias a tenerla, descubrí que estaba cometiendo un error al continuar con ese hombre, por lo que, así como no dudé un segundo en recibirla para la adopción, tampoco dudé mucho en decidir que ese hogar no era adecuado para nosotras. Fue entonces cuando le expliqué a Annmarie en palabras que ella pudiera entender, que debíamos huir de esa casa.

—Señora, yo la entiendo, pero ¿es consciente de que, de la manera en que abandonó a su esposo, al quitarle la posibilidad de tomar contacto con la niña de la cual ambos eran tenedores compartidos, es un delito y que la justicia la puede perseguir por ello si su marido la denuncia?

—En primer lugar, Silverman de hecho no es más mi marido y segundo; si volviera el tiempo atrás, actuaría de la misma manera en que lo hice. Primero, Annmarie; segundo, Annmarie y tercero, Annmarie. Esa es la escala de importancia que le doy a mi vida.

—Quisiera darle la tranquilidad de que no venimos a destruir el castillo de naipes que usted construyó con tanto sacrificio personal. Me gustaría, si usted lo permite, realizar una evaluación médica a Anne y quisiera que usted sepa que hay un hermano de ella que vive en Canadá y que es quien contribuyó a que se destapara la olla del guisado que se cocinó en Rosewood. Le adelanto que creo en el derecho tanto de Anne a conocer que tiene un hermano mayor que se preocupa por ella, como el de su hermano Benjamin en conocer cómo se encuentra Anne.

—En este momento estoy en estado de shock, doctor, pero no dude usted por un segundo que deseo lo mejor para Annmarie. Si lo mejor para ella es que usted la revise y me indique algunos cambios en la formación y en el método que le he enseñado para manejar sus diferencias, los aplicaremos en la medida de nuestras posibilidades, previo consultar al médico que atiende a la joven desde pequeña, que, si bien no ha dado con un diagnóstico, me ha ayudado con algunos consejos que me resultaron de mucha utilidad.

—Estoy de acuerdo en eso. Como le dije, mi especialidad es la psiquiatría infantil y por lo que leí en el expediente de Rosewood, más otros detalles que me han informado, le pido perdón que no revele mis fuentes, lo que Anne podría padecer es una patología que estoy estudiando en mi clínica y, créame, si pudiera confirmar el diagnóstico, sus vidas serían mucho más sencillas, lo que evitaría que esa condición le impida ser una mujer plena. —Por un momento, al no entrar en los detalles, Leo se sintió igual de crápula que John Russell.

—Doctor, qué bueno escuchar sus palabras, realmente estoy aterrada por dos cosas: una, que algún día se descubriera nuestro paradero y Silverman enviara por nosotras; la segunda, no sabe usted mi desesperación por las noches, cuando no puedo conciliar el sueño al pensar una y otra vez qué será de Annmarie cuando yo no esté. No tengo a quién confiar su cuidado, si usted es especialista en este tipo de enfermedades, me va a entender. Usted me brinda una luz de esperanza y tranquilidad respecto al futuro de mi hija que nadie me había dado anteriormente. Ojalá lo confirme con los hechos, disculpe la desconfianza, pero ya estoy cansada y frustrada de tanto peregrinar por consultas y estudios, de tanto buscar un diagnóstico y una cura para el mal de mi hija, sin encontrar respuesta. Hace poco la llevé por pedido de su médico a una clínica espeluznante para hacerle unos estudios. Trataron a mi hija como si fuera una demente, cuando ella es primero que nada una persona, muy inteligente y hábil, que solo tiene falencias en el ámbito social y algunas características que le debo haber contagiado ya que soy demasiada estructurada.

“Si supiera que gracias a esa visita a la clínica estamos aquí conversando”, pensó Leo.

—Respecto al derecho a conocer su identidad, derecho que respeto, le soy muy sincera cuando le digo que tengo terror por las acciones que pudiera realizar Silverman. Pero si usted puede garantizarme que no me quitarán a Annmarie, estoy dispuesta también a que ella conozca la existencia de su hermano.

—Permítame trabajar en ello. Mientras tanto, le agradecería nos reserve alojamiento para dos personas por un par de días, ¿tiene dos plazas vacantes? Afuera me espera el doctor Benmiske, un abogado que, en este momento, no creo que sea necesario más que para tranquilizarla a usted sobre las probables acciones de Silverman y cómo evitarlas.

Sylvia sonrió a Leo, tranquila por primera vez en muchos años, ya que el peso que cargaba comenzaba a alivianarse y vislumbraba por fin una vida con Annmarie sin sobresaltos.

* * *

Russell se marchó de Greenbow con un cheque con muchos ceros en su bolsillo y el compromiso de no poder sumar el hallazgo de Anne a su récord. Se trataba del mayor logro en su carrera por lo difícil que había sido, por los años que había insumido, por los contactos utilizados. Todo eso fue recompensado por el monto del premio más que generoso que se llevaba consigo. Suficiente como para dejar de lado su ego por una vez.

Tras conversar el investigador, el abogado y Kanner sobre la situación respecto de Silverman, habían resuelto que lo más prudente, sin dudas, sería que el exmarido jamás se enterara de la aparición de Sylvia y Anne. Para la policía y la justicia, el caso llevaba mucho tiempo cerrado y archivado. Si nadie sacudía el avispero, nunca se reabría. Sin embargo, si por algún motivo se enteraba Silverman de la aparición de su esposa, solo movido por el rencor hacia ella, podría pedir que se reabriera el caso de la desaparición y acusarla penalmente por privarle del deber de protección que él había asumido ante la justicia al recibir la tenencia de la niña. Un costo demasiado elevado para ambas deberían pagar si se conocía el éxito de la búsqueda. Todo eso ameritaba un pacto de silencio.

Sylvia solicitó ser ella la encargada de anunciar a Anmmarie de las grandes y fuertes novedades que resurgieron en un firmamento que parecía plácido para ella. Eso ocurriría luego de servirles la cena a los huéspedes de la posada, por lo que Sylvia les rogó a Leo y John que cenaran algo en una taberna, de modo que Anmmarie recién pudiera conocerlos al día siguiente.

Sylvia no le ocultó a la muchacha nada sobre su origen. La joven sabía que tanto su madre como su padre la amaban, pero se vieron obligados por las circunstancias de la vida y la imposibilidad de atenderla como ella necesitaba a internarla en un instituto de gran renombre para su bienestar, convencidos de que era lo mejor para ella. Siempre le habló Sylvia como madre, acerca de la valentía y amor que debían haber sentido para tomar la decisión de resignarse a perderla con tal que ella tuviese posibilidades de acceder a una mejor vida. Por supuesto que no le había dicho nunca que tuviera un hermano porque ni siquiera ella misma lo sabía.

Anmmarie supo desde siempre que Silverman no sentía ningún tipo de aprecio por ella, no por habérselo contado Sylvia, sino porque lo percibía en carne propia: él la trataba como a una sirvienta; Anne presenciaba las peleas constantes que mantenía el matrimonio por el deseo de Sylvia de que se relacionara con la niña como lo que realmente era para ella, una hija.

A pesar de haber sido pequeña cuando ocurrió, Anmmarie recordaba el momento del escape, la angustia y el miedo que Sylvia no lograba evitar que sintiera la pequeña al estar ella misma aterrada.

Luego al establecerse en Greenbow, en un ambiente bucólico, Anne logró recomponerse y afrontar la nueva vida, con nuevas personas que conocer, aunque socializar nunca fue ni de su interés ni su fuerte. Asistió a una escuela por primera vez y contaba con una madre incondicional que siempre estuvo a su lado para satisfacerle las necesidades aunque eso implicara renunciar a las propias.

—Anmmarie, a todo lo que sabes —continuó Syl— sobre tu historia, debemos agregar que tienes un hermano mayor, cuya existencia yo desconocía hasta hoy. El perdió contacto contigo cuando ambos eran muy pequeños; sin embargo, jamás te olvidó. Y movilizó a un puñado de personas las que, sin nosotras saberlo, nos buscaron por cielo y tierra, preocupadas por ti, además

de en procura de darle respuestas a las intrigas de Benjamin, tu hermano. Nosotras, que nos transformamos en invisibles para escondernos de Silverman, realizamos tan bien el trabajo que se lo hicimos difícil a quienes querían ayudarte.

Annmarie sonrió y sintió una inesperada e inusual nostalgia por aquel hermano, que comenzaba a aparecerle en la mente como una imagen muy difusa, abrazado a ella en un sitio que ella no reconocía, que resultó ser ni más ni menos que el gran ingreso de Rosewood que para una criatura de su edad tendría que haber parecido gigantesco.

—Dentro de ese grupo de personas que te buscaban, había dos personas que fueron muy importantes para ti mientras estuviste internada allí, muy probablemente no los recuerdes, pero ella se llama Eunice, una enfermera, mientras que él era un doctor llamado Frank.

A medida que su madre le hablaba, Anne fue recuperando vagos recuerdos emocionales. Podía percibir el riquísimo aroma de la mujer que la abrazó con tanta fuerza mientras ella veía las figuras de un adulto y un pequeño que se retiraban por la puerta principal. De los años en Rosewood no tenía mayores recuerdos, pero algunos se asomaban en su mente: el momento cuando Sylvia y Silverman la retiraron de allí, cuando pasaron en la salida junto a la mujer del dulce perfume que lloraba sin que la pequeña entendiera el motivo de ese llanto. De golpe, a emoción se transformó en terror.

—Madre, ¿no tendremos problemas con Silverman? —preguntó angustiada Annmarie que nombraba al sujeto por su apellido ya que nunca lo consideró más que el dueño de la casa donde había vivido con Sylvia.

—No te preocupes, mi pequeña —la tranquilizó su madre mientras la abrazaba tal como lo hacía cuando era pequeña—. Mi Annmarie, la vida permanentemente pone a las personas en encrucijadas. En cada una de ellas, se va trazando el círculo de sus vidas. En tu caso, el contorno de ese círculo se abrió con tu nacimiento, siguió su trazado durante tu niñez apoyada por tus papás, luego se borronearon algunos contornos del mismo en tu paso por Rosewood, pero sin dejar de ir completando la línea de la circunferencia con la colaboración de Eunice y Frank, tus papás postizos que te mencioné. Luego, el destino me colocó en el lugar y momento justos para ayudarte en la tarea de ir completando el recorrido del dibujo de tu vida, hasta llegar al estado actual en que, ya como una persona adulta, eres responsable de proseguir por ti misma tu proyecto de vida hasta que logres cerrar tu círculo en la plenitud de tu desarrollo.

Entonces, Annmarie pudo llorar lo que nunca antes había podido. Lloró abrazada a Sylvia durante largo rato, mientras se desahogaba de tantos recuerdos y dolores. Sylvia, que siempre había llorado en silencio y a escondidas de Annmarie, tampoco pudo ni quiso contener el llanto. Juntas permanecieron hasta que el sueño las venció; juntas durmieron como cuando ella era pequeña y escapaban de Baltimore.

El primer paso estaba dado.

* * *

Annmarie pasó la noche en la habitación de su madre, como aquella lejana primera noche sin Silverman, en un hotel de bajo prestigio en Baltimore. El taxi que las había transportado desde la casa, las dejó en la estación de trenes. Ellas ingresaron al *hall* y salieron por una puerta auxiliar

sin ser vistas. Sabía Sylvia que su esposo iría tras ellas y temía no alcanzar a tomar el tren, por lo que decidió borrar toda pista al tomar otro taxi que por fin las llevó a un hotel de viajeros, en uno de cuyos espantosos cuartos pasaron la noche. Sylvia no durmió, con la idea de que en cualquier momento se abriría la puerta de la habitación, cuya llave era apenas un pestillo que Silverman furioso violentaría de un simple puntapié.

Al día siguiente, comenzaron la travesía en el autobús que las llevaría a Greenbow con varias paradas y cambios de vehículo para no dejar ningún vestigio rastreable.

Se trataba de un pueblo apacible, con pocas calles pavimentadas, tranquilos habitantes de los cuales la mayoría vivía del producto de sus actividades agrícolas en la que participaba toda la familia. Lejos tanto de Montgomery, la capital del estado de Alabama, como de Birmingham, la ciudad más importante, Sylvia consideró a Greenbow un lugar suficientemente invisible y apto para iniciar allí la vida tranquila que se proponía para ambas.

Sylvia se preocupó antes que nada por hallar algún sitio acogedor en donde pasar las primeras noches, hasta conseguir algún trabajo estable para mantenerlas. Usaba siempre el apellido de soltera. Mientras tanto imaginaba un pasado creíble que les permitiera iniciar una nueva vida sin vínculos con su historia. Como necesitaba con urgencia un ingreso de dinero, Sylvia se dirigió a averiguar al ayuntamiento donde, en virtud del título docente que poseía, le indicaron que hablara con la señorita Livingston, directora de la escuela pública de la ciudad. Por fortuna, siempre eran necesarias docentes en las escuelas de pueblos pequeños, ya que las jóvenes con vocación de magisterio buscaban, con el título bajo el brazo, conseguir escapar de la chatura de esa ciudad sin futuro.

Así fue como Sylvia volvió a sus viejas épocas de soltera, cuando enseñaba en un establecimiento educativo de la red de escuelas públicas de Baltimore, antes de conocer a Silverman, quien, una vez contraído matrimonio, la obligó a renunciar a su trabajo para dedicarse de lleno a la casa. Con ese salario mensual fijo, Sylvia pudo rentar una casita cómoda para las dos, con lo justo y necesario. La libertad se había vuelto lo más importante para ella: eso y la posibilidad de conectarse por completo con su hija.

Esa extraña mezcla de confusión y temor que sintió aquella primera noche en el hotelillo de Baltimore fue la misma que sintió Annmarie la noche en que se enteró de su pasado, perturbada por la aparición de un hermano de quien prácticamente desconocía la existencia.

Si bien pudo dormir, no desaparecían de sus sueños las imágenes que le habían acudido a la mente del día de ingreso a Rosewood, de las figuras de su padre y su hermano que se esfumaban, del protector abrazo de Eunice y luego de la extracción de ese lugar seguro. Esos recuerdos se sucedían una y otra vez en su mente como una película sin fin. Su madre le había aconsejado que intentara relajarse para pasar la noche, porque, por la mañana, con la luz del día, todo se vería más claro.

Ella se sentía diferente a las demás jóvenes desde siempre. Lo tomaba como algo habitual y aprendió a vivir con ello: simulaba cuando tenía que hacerlo y se volvía ella misma cuando estaba con su madre. No se sentía menos que nadie, solo distinta y, tras haber aprendido a los golpes, guiada por Sylvia sobre cómo manejarse ante cada situación, a esa altura de la vida se sentía mejor plantada. Le gustaba lo que hacía, trabajaba junto a su madre, desarrollaba una veta artística

pintando paisajes de Greenbow y otros que captaba en sus vuelos imaginarios. Tenía una gran creatividad, que le permitió canalizar las situaciones angustiosas que no faltaron en su vida. Ahora tenía que todo eso se esfumara. Se abrazó una vez más a su madre.

* * *

Leo Kanner tampoco pudo dormir. No solo porque los ronquidos de su compañero de cuarto se lo impedían, sino porque por su cabeza pasaban tantos años de búsqueda, su frustración por la falta de justicia final en contra de los apropiadores, la cantidad de jóvenes perdidas que no pudieron recuperar, su informe en el congreso ante sus colegas, la desilusión por la inacción de sus pares.

Recordaba, una y otra vez, cada una de las irrupciones a los domicilios, la mayoría sin resultados; se mezclaban la felicidad por Judith con la tristeza por la pérdida de Frank Keating.

La noche anterior habló con Jenne por el teléfono que le facilitó Sylvia y la puso al tanto de todo lo ocurrido para que ella lo transmitiera al resto del grupo. También le quitaba el sueño su ansiedad por conocer a Anne, objeto de tantos insomnios pasados y conocer su real estado. Hasta no examinarla minuciosamente, no podía adelantarse a sí mismo nada, menos a los demás. Entendía la inquietud de la mujer que tanto había cuidado a esa niña y trataría de que no influyera en su trabajo de los próximos dos días.

—El desayuno se sirve a las ocho en punto —les había advertido Sylvia.

Ella se había marchado a la escuela cuando Leo bajó las escaleras junto a Benmiske y tomaron asiento juntos frente a una larga mesa ubicada en el comedor de la residencia, completa de delicias caseras y muy bien presentada. Saludaron a los demás pasajeros que ya habían tomado otros lugares alrededor de la mesa; quedaron libres dos asientos a la par, que ocuparon los viajeros de Baltimore. No había pasado ni medio minuto desde que se sentaron, cuando, a las ocho en punto, la preciosa joven ingresó desde la cocina para servirles el café caliente. Ella sabía quiénes eran los nuevos pasajeros, a quienes les dedicó una tímida sonrisa. Al resto de los huéspedes les dispensó un saludo en general y procedió a llenar las tazas de cada uno de ellos.

Leo estaba absorto mientras observaba los rasgos de Anne. De manera increíble, se veían muy similares a los de Sylvia. Leo quedó anonadado por ese detalle. “Con razón nadie sospechó que no fuera su hija natural durante tantos años.”

Tenía ojos celestes como el océano, cabello castaño y ondulado, que se había oscurecido respecto a aquel más claro que se distinguía en la antigua fotografía sobre la que realizaron los retratos de búsqueda; su cuerpo estilizado parecía el de una bella mujer.

Leo le devolvió la sonrisa y aguardó con paciencia que terminara la tarea, puesto que pensaba que, tal vez, una vez servido el desayuno, ella tomaría el único lugar libre, presto para que alguien lo ocupara y todavía sin comensal. Pero no fue así, al terminar la ronda dijo tímidamente: “Gracias” y se marchó nuevamente a la cocina. El espacio servido resultó ser para un huésped que no había llegado en el horario establecido y que, cuando bajó, debió ir él mismo a servirse a la cocina. Las relaciones públicas, quedaba claro, no eran la función de la joven en el negocio, para eso estaba su madre.

Los pasajeros conversaron animadamente sobre los últimos sucesos de la guerra. Kanner y Benmiske participaron de la charla. Le resultó interesante a Leo escuchar los diferentes matices que sobre el mismo tema traían a colación cada uno de los participantes de la conversación, teñido por las particularidades del estado de donde provenían. Leo notó que, tal como ocurría en cada congreso de médicos, resultaba muy evidente el hecho de que, en aquellos que provenían del centro del país y del interior más profundo, fuera mucho más fuerte el fanatismo nacionalista y proteccionista en favor de lo estadounidense, mientras que aquellos que provenían de los puertos tenían una visión más cosmopolita y tolerante con los inmigrantes, ya que incluso mucho de ellos lo eran.

Luego de concluido el desayuno, cuando cada uno de los huéspedes se retiró para iniciar sus actividades, Leo le pidió disculpas a Benmiske, pero necesitaría que se tomara libre la mañana para que, de esa manera, él pudiera trabajar intensamente con Anne antes de que Sylvia regresara de la escuela.

Cuando estuvo solo, se acercó a la cocina donde estaba la muchacha que finalizaba el lavado de la vajilla utilizada en el desayuno. Ella le daba la espalda y estaba absorta en sus pensamientos mientras secaba los últimos platos, por lo que Leo le habló con suavidad para no sobresaltarla.

—Hola, Annmarie, es un placer conocerte —dijo respetando el nombre al que respondía la joven desde hacía muchos años.

—Buenos días, doctor, me dijo mi mamá que cuando culminara la tarea posterior al desayuno tendría una charla con usted. Si me disculpa, me falta muy poco para terminar. Cuando lo haga, lo buscaré por la sala. Muchas gracias.

—No hay problemas, tómate el tiempo que requieras, que yo te esperaré allí.

A los cinco minutos de ese breve diálogo en la cocina, cuando aún Leo no había terminado de acomodarse en el sillón de la sala, se acercó Annmarie que ocupó el sillón frente al de Leo, de modo que dejaba un espacio importante entre ambos.

—Annmarie, ¿tú sabes por qué tenemos esta conversación?

—Sí, doctor Kanner, me dijo mi mamá que usted iba a evaluar me para ver si puede ayudarme en mis necesidades diarias.

—Ajá, muy bien, y dime, Anne... ¿puedo llamarte Anne?

—Preferiría que me llame por mi nombre como todo el mundo.

—Perdón, Annmarie, efectivamente estoy para ayudarte, pero para eso necesito que me hables con absoluta sinceridad y que no te guardes nada por pensar que puede parecer tonto lo que me quieres expresar. Nada es tonto, ¿comprendido? Ahora dime, ¿en qué crees tú que necesitas ayuda?

La muchacha se sentía tranquila con Leo por todo lo que le había contado su madre la noche anterior, por lo que habló con libertad.

—Tengo muchas oportunidades por día en las que la gente me hace algún comentario que me parece muy absurdo, de modo que no sé bien qué contestar.

—¿Puedes darme un ejemplo concreto de eso que me dices?

—Hoy mismo, esta mañana, un pasajero llegó cuando ya se había servido el desayuno.

—Sí, claro, lo observé y noté que pasó directamente a la cocina a servírselo él mismo.

—Sí, ese. Cuando llegó a la cocina, me dijo: “Perdón que llegué tarde, el tiempo se me pasó volando”. Mi cabeza empezó a girar por dentro para tratar de comprender qué me quería decir. Al instante, pensé en un reloj con alas, pero obviamente no podía ser. Así que decidí que, dado que era un comentario que según mi análisis no era necesario comprender, respondí con una de mis frases preparadas para eso y le dije: “A veces suceden esas cosas”; y funcionó.

—Estuviste brillante, Anmmarie, es una excelente salida que yo también utilizo cuando no sé qué contestar a un comentario que no merece una respuesta. ¿Cómo fue que te imaginaste esa respuesta?

—Cuando era pequeña, si alguien me hubiese dicho “el tiempo pasa volando”, le habría contestado algo como “eso que dices no tiene sentido” o algo por el estilo.

Kanner sonrió con ternura ante la inocencia que le trajo a la memoria a sus pacientes en el Hospital Johns Hopkins.

—Sin embargo, mamá me enseñó que la gente no siempre se expresa de forma correcta y que utiliza un lenguaje coloquial que, a pesar de ser semánticamente incorrecto, está socialmente aceptado. Y yo no logro comprender ese lenguaje, así que siempre hago un esfuerzo por traducir ese idioma extraño a mi forma de comprender las cosas. Ese esfuerzo casi siempre da sus frutos y puedo mantener una charla sin que la otra persona note mi sacrificio.

—Está perfecto, Anmmarie; eso es lo que debes hacer.

—Sí, doctor, pero usted no sabe cómo me cansa. Luego de eso, necesito salir del ámbito, buscar un sitio donde relajarme sin que nadie me observe y allí desplegar los ejercicios físicos que me logran relajar.

—¿Todo eso te enseñó tu madre?

—Sí, por supuesto.

—¿Y tu madre también te enseñó a responder con algo insulso como hiciste con el hombre en la cocina esta mañana?

—No, eso lo aprendí sola, porque lo utilicé una vez y vi que dio resultado. ¿Notó usted que la gente hace preguntas o comentarios sin importarles en absoluto la respuesta que le demos? No entiendo para qué lo hacen, pero comprenderlo me ayuda bastante.

—Lo hacen solo por una cuestión banal de cortesía. Está muy bien tu razonamiento; sin embargo, a veces, tú también deberías mostrarte interesada en cómo le fue por ejemplo a tu madre en la escuela ese día.

Con charlas de esa índole fue pasando el tiempo y, luego de tres cuartos de hora, Leo entendió que había llegado el momento de hacer un corte, pero no quería ser él quien cerrara esa ventana de diálogo que quizás la muchacha estaba esperando hacía mucho tiempo.

—Anmmarie, ¿tú quieres continuar esta charla?

—Tal vez.

Ahí Leo comprendió que estaba tomando de su propia medicina. Ella le estaba contestando con una ambigüedad para no ser descortés con él, pero, en realidad, ese era el momento de terminar la charla.

—¿Sabes qué? Soy yo el que está cansado. Quizá sea mejor que sigamos cada uno con sus cosas, ¿te parece bien?

—Sí, me parece bien —dijo ella. Luego se levantó y se dirigió a su cuarto hasta el mediodía, exactamente a las doce en punto, cuando se repetiría la rutina de la mañana, pero para el almuerzo.

* * *

Leo aprovechó el tiempo hasta el mediodía para pasear un poco por la ciudad, mientras pensaba en lo que aún le faltaba discutir con Sylvia y con Benmiske sobre la estrategia a seguir con respecto a la vida de Anne, a la relación con Benjamin, a cómo cuidar las espaldas de ambas mujeres.

La ciudad, aunque casi seguro cercana al límite inferior de habitantes que se requería para convertirse en tal, se veía demasiado tranquila para un ser cosmopolita como Leo. Todos los vecinos con quienes se cruzaba en su paseo lo saludaban; se tocaban el sombrero los hombres y hacían un pequeño gesto, más parecido a un amague, de sutil flexión de sus rodillas las mujeres. “Todos se conocen, pensó Leo, qué difícil le debe haber resultado a Sylvia pasar desapercibida cuando llegó con Anne.”

Más adelante, ya en la plaza principal, observó a unos niños que jugaban como hacía demasiados años no podían hacer los de Baltimore, por los peligros que las permanentes llegadas de marineros de origen y prontuario desconocido habían traído consigo para la seguridad en general y para la tranquilidad de los padres en particular.

Al pasear su mirada por los edificios que se encontraban cruzando las únicas calles pavimentadas de la ciudad, le llamó la atención el Cine-teatro Greenbow, con su marquesina que se hallaba con las luces de neón apagadas, que anunciaba la flamante cinta *Casablanca*, en la que se destacaban sus protagonistas: Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. “No me parece tan buena como las críticas que la preceden”, pensó Leo con una mueca de desagrado. Había concurrido a su estreno en Baltimore invitado por el propietario de la sala principal en la que se exhibía. De todos modos, debió reconocer la eficiente política de difusión de los estudios Warner Bros. para distribuir sus producciones en poblaciones tan recónditas del interior del país, casi en simultáneo con la llegada a los centros urbanos más importantes.

Tras pasar por el edificio donde funcionaban tanto la central de policía, como los tribunales, entendió que la elección de esa población como sitio para reiniciar su vida por parte de Sylvia había sido muy acertada. No parecían organismos preparados para lidiar con algo más importante que un robo de gallinas.

Cuando su reloj de bolsillo le indicó que ya eran las once y quince, regresó a la residencia y, luego de atravesar la entrada principal, al que ya conocía que no le colocaban cerrojo durante el día, se sentó en el mismo sillón que ocupó en la entrevista con Anne, a la espera de Sylvia y John.

Primero ingresó Sylvia cargada con los víveres de la proveeduría. Annmarie salió de su habitación al escuchar la puerta de ingreso, dispuesta a recibir a su madre y ayudarla con las vituallas. Con gran satisfacción para Leo, cuando la joven llegó hasta su madre para sostener algunas bolsas le preguntó:

—Hola, mamá, ¿cómo te ha ido en la escuela hoy?

Sylvia se sintió sorprendida por la pregunta y atinó a contestar con una gran sonrisa.

—Muy bien, hijita, en la escuela me fue muy bien. Te acuerdas esa amiga que yo tengo que...

—Qué bueno, mamá —dijo Annmarie quien, tras haber cumplido con mostrarse interesada, dio por satisfecha la recomendación de Leo.

Cuando la hija se dirigió a la cocina, Leo echó a reír ante Sylvia que no entendía lo que había pasado y por qué lo que acababa de suceder le causaba tanta gracia al doctor.

—Después se lo explico —le dijo y la dejó preparar la comida tranquila.

Quedaron de acuerdo en reunirse después del almuerzo. Entonces subió a su habitación a conversar con John que recién llegaba.

* * *

—Sylvia, hoy tuve un corto pero intenso momento con Annmarie.

—Estoy ansiosa por escuchar los detalles, doctor.

—Antes que nada, le comento que, dado que ella es mayor de edad, el contenido de nuestras charlas debe ser confidencial. Sin embargo, porque se trata de una persona por el momento que depende de usted, no infringiré el secreto de confidencialidad sino todo lo contrario, le estaré dando una opinión que dista de un diagnóstico para lo cual debería tener varias entrevistas con ella y realizarle algunas pruebas.

—Entiendo, doctor, cuénteme usted lo que considere que me puede contar.

—Para que no haya malos entendidos en adelante, le diré que, cuando mis conversaciones con Annmarie, si es que continúan, tengan que ver con su propia manera de ver o sentir su relación con usted, las mantendré en secreto. Solo las traduciré a usted en indicaciones de correcciones de conductas en caso que las tuviera que sugerir.

»La verdad, Sylvia, es que debo felicitarla, ha realizado usted un trabajo con su hija, que no dista demasiado de lo que yo le hubiera recomendado que hiciera si me hubiera visitado en la infancia de Annmarie.

Sylvia no buscaba elogios, solo quería saber cómo estaba su hija y cómo debería seguir de ahora en adelante para lograr la tan ansiada independencia de su hija.

—He notado que usted la ha dejado desarrollar su personalidad, incluso la ha orientado intuitivamente como si fuera una guía de madera que, ligada a un árbol recién plantado, permite que crezca derecho y luego, cuando ya no es necesario, es removida. Usted ha logrado algo muy difícil para padres de niños con problemas similares al de Annmarie, que consiste en no tomarla como una discapacidad sino todo lo contrario, rescatando sus diferencias para transformarlas en elementos positivos. Eso lo consiguen solo padres muy abnegados y con una tutoría profesional que usted no tuvo. Creo que su preparación y la práctica que realizó dentro del magisterio le han provisto, afortunadamente, de elementos previos a la llegada de Anne a su familia, perdón de nuevo, Annmarie. Entienda que me resulta muy difícil cambiar en veinticuatro horas el nombre por el que obsesivamente buscamos a su hija durante años.

—Disculpe, pero si yo no hubiese huido...

—Ni siquiera se lo plantee, Sylvia, si no hubiese huido desconocemos qué hubiese ocurrido.

—Doctor, esa preparación que menciona me la brindó, en efecto, el hecho de trabajar con niños con capacidades distintas a las de los demás y de lidiar con sus padres durante mucho tiempo. Noté que los padres o bien sobreprotegían a sus niños impidiéndoles crecer, o, por el contrario, negaban la existencia de alguna diferencia y culpaban al niño por eso. O una combinación de ambos tipos de padres, que son los casos más difíciles con que me he encontrado.

—Es así como usted lo expresa. Siento que Dios, el destino, o la naturaleza, ha puesto a usted en la vida de Anmmarie. Ella debe estar agradecida por ello. Ahora vamos a lo importante; le reitero que no debe tomar esto como un diagnóstico porque no sería serio de mi parte adelantarlo con la poca seguridad con la que cuento. En una primera presunción, de acuerdo a mi experiencia, lo que Anmmarie padece, aclarándole que la palabra padecer suena a sufrir, pero no necesariamente debe ser así, lo que ella muestra son características propias que son diferentes a aquellas que son consideradas “normales”. Esas tipologías las estamos estudiando con mi equipo de psiquiatría infantil en el Hospital Johns Hopkins desde hace años en varios casos de niños que lógicamente, van creciendo hasta transformarse en jóvenes. Lo hacemos tomando en cuenta algunos conceptos de una condición que había sido descrita por otros investigadores, la denominamos “trastorno autista”.

»En los casos que estamos tratando, esas particularidades son mucho más marcadas que en Anmmarie. En cambio, en el caso de su hija, la sintomatología es muy leve y muy bien manejada desde pequeña, lo que hace que hoy pase inadvertida ante un ojo no experto. Jóvenes como ella son tratados por la sociedad como personas tímidas o de corto genio, de las que hay miles en esta misma ciudad y viven sin saber que, quizá, haya alguna característica en sus genes que los lleva a ser así. Simplemente son así, la gente los acepta como son y viven una vida en sociedad.

»En el caso que nos importa, lo fundamental fue haberle dado usted las claves para manejar sus diferencias, haberla respetado. Con el tiempo, Anmmarie ha aprendido a desarrollar sus propias herramientas. Eso es muy auspicioso, Sylvia. Usted puede estar tranquila de que, si algo le pasara, Dios no lo permita, la muchacha estará preparada para manejarse sola por la vida. Le aclaro algo, si se confirmara el diagnóstico, no se revierte, solo se aprende a vivir con él.

—Le agradezco muchísimo sus palabras, doctor. Ahora, ¿podríamos pasar a un tema que me desveló anoche?

—Sí, imagino cuál es, pero dígame, por favor.

—Ustedes buscaron a Anne durante años para retirarnos su custodia. Ahora que la encontraron, ¿qué piensa que deberíamos hacer?

—Lo que sea mejor para ella, Sylvia. A mi criterio, eso es que permanezca aquí, con usted. Ella debe conocer sus orígenes, tomar contacto con su hermano y, si usted lo permite, promover nuestro monitoreo espaciado en relación al avance de su supuesto autismo. Sepa que, a veces, va a notar, como seguramente ya lo ha hecho, algunos retrocesos sobre los pasos caminados, pero eso forma parte del sendero.

—Sí, por supuesto, muchas veces he llorado mucho cuando eso sucedía.

—Bueno, no es un lecho de rosas el camino, pero hay que mantener el rumbo.

—Con respecto a Silverman, ¿cómo nos protegeremos?

—Silverman nunca va a conocer este encuentro, ni los futuros. Tenemos un pacto de confidencialidad con mi equipo para que no salga fuera del grupo la noticia del hallazgo. Pongo las manos en el fuego por mis compañeros. Lo que sí desean ellos, y yo avalo, es que, como están

desesperados por conocer a Annmarie, organicemos un viaje de ustedes dos a Baltimore, se hospedarían en mi residencia y les puedo asegurar que no van a tener ninguna chance de encontrarse con Silverman.

* * *

Greenbow, Alabama, 24 de abril de 1942.

Estimado Benjamin,

espero que te encuentres bien. Te escribe el doctor Leo Kanner, ya que, lamentablemente, quien debería escribirte esta carta, el doctor Frank Keating, nos dejó hace varios años sin tener la fortuna de poder ver y transmitirte estas noticias.

Debo decirte que, por fin, diez años después, los esfuerzos que tú iniciaste con aquella carta de 1932 dieron su fruto. Hemos localizado a tu hermana Anne, se encuentra muy bien de salud, ha sido muy bien protegida por su mamá adoptiva, la señora Syl Pattern, quien no solo le dio el amor y cariño que tú desearías para ella, sino que, con su esfuerzo y dedicación, ha logrado revertir el severo cuadro que obligó a tu padre a internar a tu hermana en Rosewood, en aquella desoladora jornada que imagino tú recordarás vivamente. En aquel momento, tu pequeña hermana fue en los hechos adoptada por una enfermera de nombre Eunice y por el propio doctor Keating, quienes hicieron su trabajo de gran manera hasta que les fue arrebatada por la maniobra de un grupo de oscuros personajes, historia que ya tendremos oportunidad de contarte.

Lo importante es que ella está muy bien, es una joven espléndida que trabaja codo a codo con su madre y ha desarrollado una vida lejos de Baltimore, aquí en Alabama.

Su nombre de adopción es Annmarie Pattern y así quiere ser llamada, pero no se aleja en nada en la esencia de la Anne Mann que tú conociste desde que nació. Tus padres estarían orgullosos y felices de ver en quién se ha convertido su bebé.

No tengo más palabras, solo invitarte a visitar a Annmarie. Mi equipo correrá con todos los gastos y será un placer para todos nosotros conocerte.

Por último, le dejo finalizar la carta a una persona que te ama sin conocerte.

Te saluda atentamente, doctor Leo Kanner

PS: Hola Benjamin, soy Annmarie y realmente aún estoy conmocionada por todo lo acontecido en estos últimos días. Me emociona mucho saber que te tengo. El hecho de que tú hayas movido cielo y tierra para ubicarme, ya me demuestra tu amor y me hace amarte. Conozco desde siempre quiénes fueron nuestros padres. Nunca olvidaré a quienes me dieron la vida y mostraron el enorme desprendimiento para resignarse a no tenerme a su lado pensando en mi beneficio y no en un egoísmo que hubiera sido entendible que tuvieran. Pero Syl, que, para mí, entenderás, es mi madre también, siempre se ocupó de mantener la imagen de ellos

en donde correspondía tenerla. Y ahora que me entero que existes tú, mi hermano, mi felicidad es completa. Espero conocerte, por favor cuéntame de ti, ¿te has casado?, ¿tengo sobrinos? Espero tu respuesta con ansias. Tu hermana que te ama,
Annmarie

CAPÍTULO 17

Obituario publicado en The New York Times del 7 de abril de 1981.

Doctor Leo Kanner, ochenta y seis, psicólogo infantil
Por David Bird

El doctor Leo Kanner, un líder en psicología infantil que instó al sentido común en lugar de un seguimiento rígido de guías o modas en la crianza de niños, murió el viernes de insuficiencia cardíaca en su casa en Sykesville, Maryland. Tenía ochenta y seis años.

“No hay refugio contra las bombas verbales que llueven sobre los padres contemporáneos”, escribió en un libro en 1941 el doctor Kanner, quien era conocido en los círculos psiquiátricos como el padre de la psicología infantil.

“A cada momento tropiezan con palabras y frases raras que pueden confundirlos y asustarlos sin fin: complejo de Edipo, complejo de inferioridad, rechazo materno, rivalidad entre hermanos, reflejo condicionado, personalidad esquizoide, represión, regresión, bla, bla, bla, bla y más bla, bla”.

El libro fue *En defensa de las madres*. Lo subtitó “Cómo educar a los niños a pesar de los psicólogos más celosos”. Allí instó a las madres a “recuperar ese sentido común que es suyo, que ha sido suyo antes de ser intimidada por supuestos totalitarios omniscientes”.

El doctor Kanner, que fundó la Clínica Psiquiátrica para Niños Johns Hopkins en 1930, fue el primero en describir el “autismo infantil”, que también se conoce como “síndrome de Kanner”. Describió la discapacidad como la “incapacidad innata de ciertos niños para relacionarse con otras personas”.

“Con estos niños extremadamente desapegados”, dijo “debes darles la oportunidad de relacionarse con un número limitado de personas y de venir al mundo para descongelarse”.

Kanner sintió que algunas dificultades mentales en los niños tenían su origen en padres demasiado rígidos e inflexibles. Dijo que los niños perturbados, a menudo eran producto de padres demasiado organizados, racionales y fríos y que “simplemente se habían descongelado lo suficiente como para tener un hijo”.

Leo Kanner nació el 13 de junio de 1894, en Klekotow, Austria. Las esperanzas de una carrera literaria como poeta y crítico terminaron cuando nadie aceptó publicar su poesía. Él dijo más tarde que esto le había salvado la vida. “Si lo

hubiera hecho en literatura”, dijo, “me habría quedado en Alemania y habría muerto en el Holocausto”. Escribió un libro de texto sobre los niños.

Después de haber servido en el ejército austríaco en la Primera Guerra Mundial, reanudó sus estudios en la Universidad de Berlín, donde recibió su título de médico en 1919. En 1924, llegó a los Estados Unidos y se unió al personal de un hospital psiquiátrico en Yankton, Dakota del Sur.

Los artículos sobre salud mental que escribió Kanner en 1928 atrajeron la atención del doctor Adolph Meyer, fundador de la escuela de psiquiatría de la Facultad de Medicina Johns Hopkins en Baltimore, quien lo invitó a unirse al Johns Hopkins. En 1935, había escrito el primer libro de texto sobre psicología infantil, titulado *Psiquiatría infantil*. El libro fue traducido a cuatro idiomas.

Kanner estaba preocupado por el rechazo y el maltrato de los niños con los padecimientos que describía en sus textos. Una actitud de la sociedad que “hace que los intelectuales tengan menosprecio por los intelectualmente desposeídos”, dijo, ha llevado a muchos a despreciar al niño mentalmente deficiente como un objeto de manipulación adulta más que como un ser humano que reacciona “al afecto y la hostilidad, a la aceptación y el rechazo, a la aprobación y desaprobación, a la paciencia y la irritabilidad como cualquier otro niño reaccionaría ante ellos”.

Estaba en especial preocupado por una situación que descubrió en Baltimore, donde las “matronas de la sociedad” que querían ayuda doméstica barata se unieron a los abogados para obtener muchachas de un instituto de salud mental.

Las chicas fueron literalmente vendidas en “esclavitud” y tratadas aún peor, dijo el doctor Kanner en una sesión de 1937 de la Asociación Americana de Psiquiatría. Dijo que algunas no recibieron ningún salario, mientras que otras fueron sobrecargadas de trabajo, mal alimentadas o, simplemente, maltratadas. Habló de una mujer a quien dijo que “regañó, castigó y maltrató a una niña, de cuya liberación él fue responsable, porque, aducía la mujer, en lugar de pertenecer al reino animal, era una verdura”.

Al doctor Kanner le sobreviven su esposa, June Lewin y un hijo, el doctor Albert Kanner, oftalmólogo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Wisconsin.

CAPÍTULO 18

Los Ángeles, California, marzo de 1997.

Ese día era el turno de July para acompañarla en la caminata diaria que le había prescrito el médico cardiólogo en la última visita. Dios la había bendecido con esos tres cariñosos nietos, que junto a su hijo Samuel y su nuera Alice, considerada por Annmarie como una hija más, la ayudaron a salir adelante luego de que su amado Peter se fuera de este mundo aquel triste día de agosto de 1985. Habían pasado doce años, pero, aún, para Annmarie, su falta le causaba una sensación de ahogo que solo los suyos comprendían.

Siempre la sociabilidad le había producido aversión; desde niña, en Greenbow, prefería la soledad a las reuniones sociales en las que no se hallaba cómoda. Con el tiempo, aprendió a evitar aquello que le hacía mal. En Alabama, cuando la invitaban a una fiesta con motivo de algún casamiento, aniversario, cumpleaños, desde el mismo momento en que recibía la invitación, sufría pensando en ese momento. Lo primero que hacía era evaluar su nivel de compromiso con los que la participaban de la fiesta. Si se trataba de un vínculo menor, le resultaba más sencillo encontrar la excusa para evitar esa tortura. Sin embargo, cuando el compromiso se volvía ineludible, el padecimiento se transformaba en físico, lo que le provocaba terribles dolores de cabeza, porque se obligaba a no defraudar a quien quería tenerla presente en el ágape. Aunque a veces se animaba a disculparse y no concurría, nunca sin previo aviso. Quienes la querían de verdad, sabían que no mentía al contarles de su dificultad y ni siquiera insistían.

Cuando en 1946, un apuesto joven apareció en su vida, solicitando alojamiento en la residencia que manejaba junto a su madre, la vida de Annmarie dio un vuelco de ciento ochenta grados. Por primera vez en su vida se sintió atraída por un hombre. Ese muchacho recientemente había regresado de la guerra para hacerse cargo del negocio familiar de transporte de cargas con sede en su ciudad natal de Los Ángeles. La compañía la manejaba el padre del joven, cuando Peter fue reclutado por el Tío Sam y, durante su participación en la contienda en Europa, en una de las escasas correspondencias que le llegaban, se enteró de la lamentable noticia del fallecimiento de su progenitor. Como era único hijo, al regresar tomó las riendas del negocio.

El joven le produjo al corazón de Annmarie, al atravesar la puerta de la residencia, un galope difícil de disimular. Había aprendido muchas técnicas con Syl, pero su madre no la había preparado para manejar una situación como esa. Por suerte, aquel día en que ese joven golpeó a la puerta de la residencia Pattern, su madre estaba con ella y, cuando notó la turbación de la muchacha, se hizo cargo de la situación y recibió al nuevo huésped.

Peter viajaba por la región, como lo estaba haciendo con los estados en donde su compañía no poseía base de operaciones propia; buscaba socios locales para expandir el negocio familiar.

La visita que iba a durar un par de días, misteriosamente llevaba ya cuatro o cinco días, cuando Peter, que no se caracterizaba por ser demasiado atrevido, se animó a invitar a Annmarie a salir con él a tomar un helado. Ella esperaba esa invitación ansiosamente, por lo que, de inmediato, aceptó. Así comenzó un romance que duraría para siempre.

Peter tuvo que regresar a California, pero antes de irse los jóvenes se comprometieron. Dos meses después, el muchacho regresó esta vez con su madre y un par de excamaradas de armas. El matrimonio se concretó en Greenbow en una íntima ceremonia civil, a la que concurrieron solo familiares y amigos.

Syl, que era católica bautizada, supo desde siempre el origen judío de Annmarie, por lo que decidió, desde su huida de Silverman, mantener un respetuoso alejamiento de cualquier religión, hasta que su hija decidiera por sí misma su destino dentro de alguna religión, o quizás compartiera su creencia en un Dios sin etiquetas, que es lo que finalmente ocurrió.

Algo similar ocurría con Peter que, si bien provenía de una familia católica, durante la guerra vio y vivió tantas atrocidades, que decidió no creer más en un Dios que permitiera tanta crueldad.

El matrimonio de Annmarie y Peter duró casi cuarenta años, que fueron sin dudas los de mayor felicidad de ella. Fruto de esa relación nació ese hijo que le dio la hermosa descendencia de sus tres nietos.

Durante esas cuatro décadas, a Annmarie se le hizo un poco más fácil concurrir al tipo de reuniones que odiaba. Peter la animaba, le prometía que se retirarían del salón apenas hubiesen pasado las fotografías en las que debían aparecer. Sin dejar de respetar, en cada oportunidad, la decisión final de Annmarie, concurrieron a muchas fiestas. Aunque nunca fue del completo agrado de ella, sin embargo lo hacía para complacer a su esposo.

Así que, cuando él falleció, de inmediato ella volvió a la reclusión, que en realidad nunca había dejado. Primero por el duelo, luego con diferentes excusas, no asistió más a ningún evento social que no fuera exclusivamente de sus hijos y nietos.

Con la mayor de ellos, July, caminaba Annmarie ese día. Casi había cumplido ochenta años y llegaba a su casa muy cansada como cada día, sobre todo cuando July la acompañaba. Le había rogado, una y otra vez, a su nieta que no le impusiera tanto ritmo a la caminata, pero fue siempre infructuoso su pedido. En cambio, cuando lo hacía con Johnny o Matt, ellos lo transformaban más en un paseo que en una exigencia médica, por lo que ella regresaba menos agitada. Sabía que lo que había indicado el médico era el ritmo que July aplicaba, pero ella disfrutaba más el de sus nietos varones.

Entraron a la casa; estaban allí Samuel y Alice. Tomaron asiento, July le alcanzó agua a su abuela, que se relajó en su sillón preferido. Samuel estaba en el lugar que siempre utilizaba Peter y que, desde que había fallecido, Annmarie se empeñó en que utilizara su hijo, como si estuviera heredando el puesto paterno, tal como le había tocado a Peter al regreso de la guerra. A Samuel no le gustaba ocupar ese sitio, pero había cedido ante la insistencia porque entendía que Annmarie lo necesitaba. Lo mismo ocurría con la cabecera de la larga mesa familiar, que fue ocupada por Samuel contra su preferencia.

En esa ocasión, no parecía casual que estuvieran en la sala de la casa de Annmarie. Samuel quería contarle que habían ido con Alice a la agencia de viajes donde le compraron como regalo por sus ochenta años, dos pasajes aéreos de ida y vuelta desde Los Ángeles hasta Edmonton, así podría por fin conocer a la familia de su hermano Benjamin, quien había fallecido hacía unos años

al igual que su cuñada Ruth, pero que había dejado el legado de un hijo y tres nietos. Samuel mantenía un contacto permanente con el hijo de Benjamin, quien le rogaba que convenciera a Annmarie de viajar a conocer las tierras donde se crio y desarrolló su hermano de la mano del tío Jacob. Samuel y Alice hicieron emitir los pasajes para ella y para July, quien la acompañaría en su viaje.

A Annmarie le corrió un escalofrío de horror cuando recibió la noticia de ese regalo. Nunca había viajado fuera del país. Los contados viajes que había hecho de Los Ángeles a Greenbow a visitar a Syl, hasta que ella murió, los había hecho de la mano de Peter. July, por su lado, comenzó a gritar de alegría ante la posibilidad de un viaje y de conocer esa parte de la familia.

Annmarie no logró adquirir, a pesar de su entrenamiento con Syl y luego con Peter, los procedimientos de diversos trámites complejos. Peter siempre le insistió en que se esforzara por aprender de todo, porque no podía depender de él. Ni él ni nadie podía saber en qué momento dejaría el mundo. Entonces, deseaba que Annmarie fuese completamente independiente. Ella respondía que no hacía falta, que ella partiría primero, cosa que al final no sucedió. Como consecuencia, no aprendió, entre otras cosas, a organizarse para viajar, ni a preparar la maleta, ni los pasajes, ni los documentos. Disfrutó de varios viajes con Peter y, luego, cuando él finalmente no estuvo, no volvió a viajar y no pensaba volver a hacerlo.

Estaba absolutamente dispuesta a no ceder.

* * *

Tomaron un vuelo en Los Ángeles que las depositó en Seattle, donde debían aguardar dos horas para tomar un vuelo hasta Edmonton. Aprovecharon para pasear por los comercios de la sala de pasajeros en tránsito mientras transcurría el tiempo remanente luego de las gestiones que realizó July mientras Annmarie la esperaba pacientemente sentada, leyendo el libro *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, que había llevado consigo para matar el tiempo durante el viaje. En cambio, July viajó con un libro en inglés que estaba de moda ese año entre los jóvenes de los Estados Unidos, *Harry Potter y la piedra filosofal*, de una ignota autora británica que firmaba su libro como J. K. Rowling.

El tramo de Seattle a Edmonton fue cubierto en muy poco tiempo. Apenas el avión despegaba de la pista del aeropuerto, la aeronave giró en forma muy cerrada hacia la derecha. Las viajeras se vieron asombradas por la majestuosidad de las montañas, con cumbres tan altas que casi parecían rozar las alas del avión. Por indicación del comandante, quien desde su cabina relataba a los viajeros por los parlantes los picos emblemáticos que se podían observar, lograron distinguir el monte Edith Cavell, el más alto de la provincia de Alberta, ubicado en el parque nacional Jasper, ya cerca de Edmonton, en esa Canadá que parecía helada al lado de una soleada California. Los montes que veían estaban completamente nevados, así que resultó un espectáculo magnífico, como volar sobre un océano blanco infinito.

En el aeropuerto de Edmonton, la nave las depositó en la pista, a la que bajaron por una escalinata cuya firmeza a Annmarie no le brindaba ninguna seguridad y en la que la primera impresión que percibieron fue un viento helado que les hizo perder rápidamente la regulada

temperatura de a bordo. Una vez en tierra firme ingresaron a un autobús de la compañía aérea que las aguardaba para llevarlas junto al resto de los pasajeros al edificio del aeropuerto.

Aguardaron las maletas hasta que aparecieron por la cinta transportadora, July las reconoció y las quitó de la cinta no sin esfuerzo en el caso de la de su abuela que, a pesar de los consejos, llevaba una tonelada de ropa por las dudas. Colocado el equipaje en un carrito, July lo arrastró hasta los puestos aduaneros y de migraciones. Annmarie se mantenía unos pasos detrás de su nieta y le pedía cada dos minutos que aminorara el paso para poder seguirle el ritmo, ya que tenía las piernas hinchadas por los largos viajes.

Cuando por fin ganaron la salida, se encontraron con un discreto, pero muy efusivo recibimiento, con grandes muestras de cariño expresadas por Andy y Alison, hijo y nuera de Benjamin respectivamente. Luego del emotivo saludo, Andy los condujo en auto hasta su residencia, adonde estaba planificado el encuentro con los sobrinos nietos de Annmarie.

Al llegar a la casa, la quietud llamó la atención de Annmarie, por lo que le explicaron que, por ser sábado a la tarde, los pequeños estaban en sus actividades recreativas semanales en el club. De modo que tuvieron tiempo para hablar. July, entusiasmada, intervenía todo el tiempo, de modo que dejaba a Annmarie siempre dispuesta a una frase cuando su nieta ya había contestado por ella.

Annmarie recorrió con atenta mirada toda la sala, repleta de fotografías familiares, de algunas de las cuales había recibido copia por correspondencia. Estaban reflejados en ellas los casamientos; en primer lugar, el de su hermano Benjamin. También había fotos enmarcadas de ceremonias religiosas, de numerosos encuentros familiares en los que siempre presidía la foto su hermano, con un gesto paternal que emocionó a la anciana mujer.

En el mueble principal del living, resaltaba un portarretrato color plata, que parecía estar especialmente dispuesto en ese sitio para que la fotografía que enmarcaba fuese iluminada a esa precisa hora por el haz de luz solar que ingresaba a través de un amplio ventanal. La foto era añeja, por supuesto en blanco y negro; en ella se distinguía un matrimonio: la dama sentada en un importante sillón con un bebé en brazos, mientras que el hombre se encontraba parado orgulloso a su lado; por la posición de su mano parecía mover la enrulada cabellera de un pequeño con pantalones cortos y camisa con moño. La anciana dirigió su mirada a Alison como si le suplicara la aprobación para tomar la fotografía en sus manos, quien, de inmediato, le alcanzó el portarretrato para que le resultara más fácil acceder a él. Annmarie besó la foto y la apretó contra el pecho. Lloraba con una gran emoción, que, aunque con un tonto esfuerzo por disimular, contagió a todos los presentes.

Tomaron asiento y comenzaron a conversar, mientras Annmarie continuaba con la foto apretada contra el pecho. Nadie se atrevió a hablar sobre la fotografía. No hacían falta palabras.

Comenzaba a oscurecer. Andy se retiró para buscar a los niños al club, mientras Annmarie, que no quería ser descortés, se preguntaba a sí misma a qué hora se cenaría. Por fin, cerca de las ocho de la noche y cuando ya habían tomado varias tazas de té acompañado de tortas, que la anfitriona había adquirido en una tradicional casa de té, arribaron los niños.

Aleccionados por sus padres acerca de la visita que tendrían esos días, uno a uno, se fueron presentando ante la tía Annmarie y la prima July. Sin haberlo establecido previamente, sino por la madurez propia de cada uno, lo hicieron respetando el orden de edades.

Nick, el mayor y Connie, una hermosa niñita con dos colitas en su cabello, saludaron efusivamente a su tía y a su prima sin dejar en ningún momento de observar a la mayor, con la avidez despertada por las historias que sus padres les contaron desde pequeños sobre aquella hermana de su *zeide*, de quien él había perdido el rastro durante muchos años hasta casi, de milagro, encontrarla. Ambos niños estaban alrededor de Anmmarie, mientras que Ralph, el tercer jovencito que, al llegar, había saludado respetuosa y cariñosamente a las huéspedes, se había retirado a un costado de la sala a continuar la lectura de un libro gastado de tanto uso.

Al mismo tiempo, Anmmarie los observada detalladamente. El mayor de sus sobrinos nietos vestía ropas deportivas con la suciedad lógica de un niño que recién regresa luego de una extensa jornada en el club. Su madre ensayó un pedido de disculpas por presentarlo en ese estado, ante lo cual la anciana se rio y les dijo que estaba feliz de verlo así, porque significaba que estaba sano y fuerte.

La niña era una primorosa criatura de nueve años, también con ropa deportiva, que, a pesar de haber pasado el mismo tiempo que su hermano en el club, lucía un aspecto prolijo y arreglado.

Por último, la atención de Anmmarie recayó en el que se encontraba apartado del grupo. Allí se detuvo. El niño de cinco años, desinteresado de aquello que a sus hermanos les despertaba curiosidad, vestía ropas impecables, aunque un tanto desarregladas. Anmmarie llamó al pequeño, que prestó inmediata atención al llamado. A diferencia de sus hermanos, Ralph solo sabía de la anciana casi desconocida presente en su living, lo que sus padres le habían contado en los días previos a la llegada, ya que nunca antes se había interesado en las historias contadas por aquellos. Cuando Anmmarie lo llamó, Ralph la corrigió, no sin cortesía, por cierta inflexión que consideró mal utilizada. Eso le causó gracia a los demás niños, y vergüenza de su madre, pero al pequeño no le importó; él actuó como acostumbraba, si veía algo que estaba mal lo decía naturalmente. Bastó que Anmmarie terminara la inspección ocular desde el calzado hacia arriba, para encontrarse con unos hermosos ojos celestes, pero que presentaban una mirada diferente a la de los demás. Para cualquier persona, esa mirada podría parecer vacía, pero a ella le hizo recordar al instante su primera infancia, cuando sus padres sufrían porque ella no era como las demás niñas de su edad. Reconocerse de manera tan clara a sí misma en uno de los nietos de su hermano fue algo para lo que no estaba preparada.

Transcurrieron dos horas, o quizá más, hasta que por fin, luego de muchas charlas, risas y, por sobre todo, comida, Alison comprendió en el rostro de Anmmarie el agotamiento que trataba de disimular.

—Bueno —propuso guiñándole un ojo a la anciana—, ya es hora de dejar descansar a la tía ya que mañana tenemos una cargada agenda de actividades.

Anmmarie, le agradeció de manera infinita con la mirada a Alison y se dejó conducir hasta el cuarto de Connie, que con mucha dedicación habían preparado para ellas. No faltaba ni siquiera el sutil detalle de un bombón de chocolate sobre las almohadas que coronaban las camas en las que dormirían las viajeras.

Previo a acostarse, Anmmarie se quitó los restos del maquillaje que llevaba largas horas sobre su rostro, tomó un largo baño que la relajó sobremanera y se vistió con su camisón con la lentitud de la que pueden gozar solo quienes ya no tienen ningún apuro. Acostada y luego de conversar un rato con su nieta, que estaba eufórica por lo que había vivido esa jornada, apoyó la cabeza de niveos cabellos sobre la mullida almohada. Tras cerrar los ojos, retomó el pensamiento sobre el

descubrimiento de sí misma en Ralph, el pequeño que tanto le recordaba su infancia y que le trajo a la mente la idea de aquel lejano círculo con el que su madre solía graficarle las etapas de su propia vida. “¿Será este reconocimiento de mí misma en Ralph el cierre de aquel círculo?”, se preguntó para luego responderse: “No, en realidad, mamá nunca habló de que el círculo debía completar su órbita”.

Fue entonces cuando entendió que aquí no se cerraba, sino que, por el contrario, era ese viaje – al que por algo se había dejado convencer por su hijo Samuel– el que le brindaba la oportunidad de rasgar la tela del círculo, que parecía destinado a cerrarse en ella, para transmitir a la familia de su hermano, su propia sangre, su experiencia transformada en herramientas de vida para ayudar a que Ralph tuviera las mismas posibilidades que ella tuvo.

Con una sonrisa, mientras pensaba en la sabiduría de su madre, Annmarie cerró los ojos con una paz que hacía muchos años no sentía.

EPÍLOGO

Estado de Maryland, verano de 1997.

Lo despertó de su ligera somnolencia el suave sonido de la puerta de la habitación que se abrió solo lo suficiente para permitir el ingreso de Ivy, que, sigilosa, se acercó hasta la abertura que daba paso al balcón para descubrir si Aron dormía o simplemente se hallaba en una de sus habituales vigiliadas. Al percibir el perfume de la muchacha, el anciano abrió los ojos y le dedicó una tierna sonrisa a la joven asistente que con tanta dulzura lo atendía.

—Es hora de almorzar, Aron, ¿se viste y baja al comedor o prefiere hacerlo aquí?

—Ya lo sabes, Ivy.

—Lo imaginaba; lo imaginaba. Pero vamos adentro que ya está haciendo mucho calor.

Con una parsimonia lejana a la de aquel impetuoso periodista de los años treinta, tomó con delicadeza el periódico abierto en la página central que permanecía sobre la mesa, lo dobló con cuidado y lo devolvió a su sitio en el cofre de madera que le había regalado Ethan. Antes de cerrar la tapa de la caja, miró a la joven que lo auxiliaba con una súplica de perdón dibujada en el rostro por hacerla esperar unos minutos más. Entonces, tomó del restante compartimiento del estuche un grueso cartapacio que denotaba antigüedad por las ajaduras y colores desteñidos. Se detuvo unos segundos para observar la cubierta, se concentró en el enorme rótulo que ocupaba gran parte de la superficie y luego la volvió a colocar en su lugar.

Ivy estaba intrigada, en los meses que llevaba trabajando en la residencia, siempre había visto en manos de Aron los viejos periódicos, pero nunca ese documento. Favorecida por la lentitud de movimientos del hombre, Ivy alcanzó a leer un nombre impreso en el rótulo que para ella no significaba nada. Con un marcador negro sobre un papel blanco, pegado con cuidado, rezaba en grandes letras: “Doctor Hans Asperger”.

Con gran intriga, pero mayor discreción, ayudó a Aron a prepararse para el almuerzo que en breve le alcanzarían a la habitación. El hombre sonrió para sus adentros pensando que ya faltaba un amanecer menos para que llegara el fin de semana en que Ethan y Jenny lo visitarían como de costumbre.

AGRADECIMIENTOS

A quienes me acompañaron y alentaron.